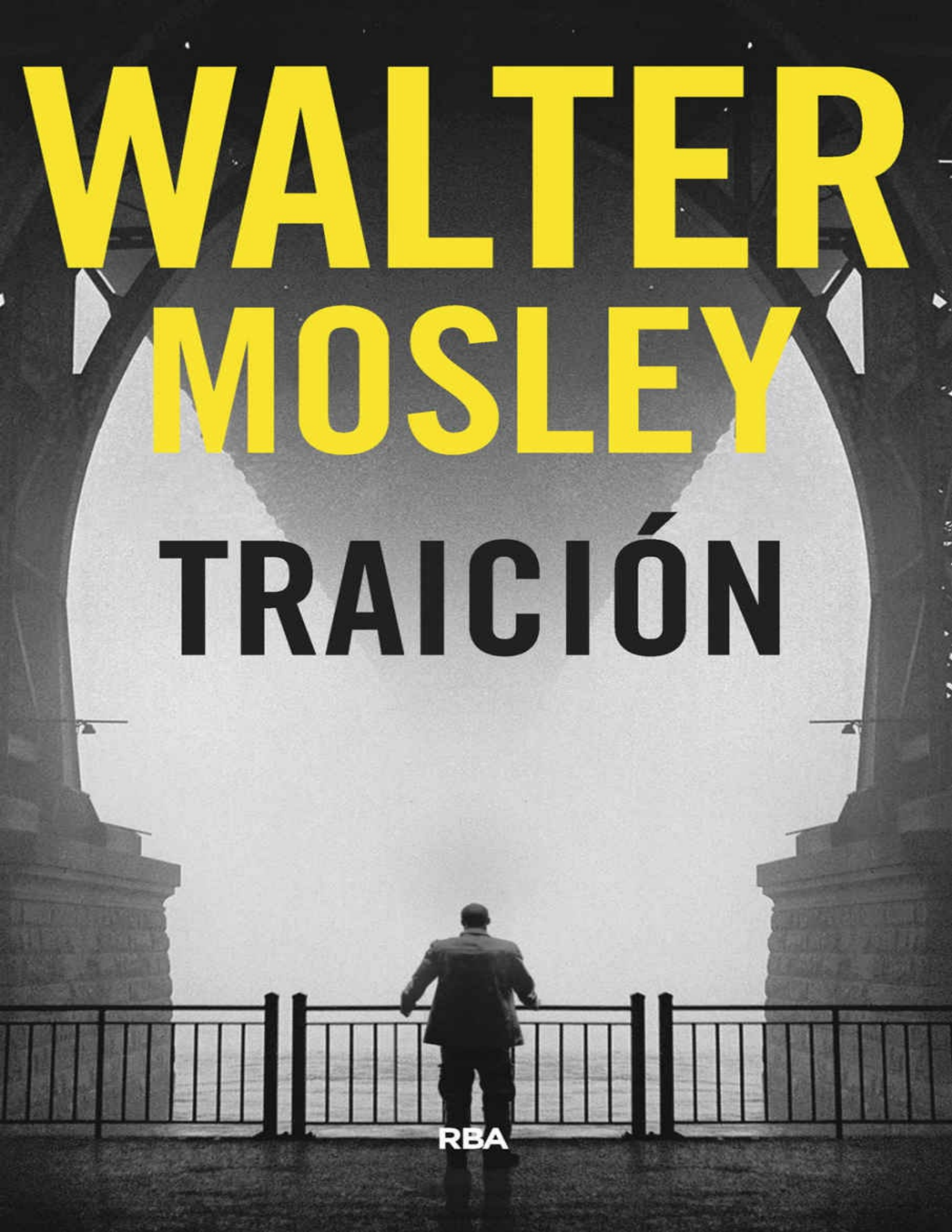
WALTER
MOSLEY
TRAICIÓN
RBA

Título original: *Down the River Unto the Sea*

© Walter Mosley, 2018.
© de la traducción: Eduardo Iriarte, 2018.
© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.
Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

REF.: ODBO334
ISBN: 9788491871491

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34

35
36
37
38
39
Ganadores del premio RBA de novela policíaca
Notas

PARA MALCOLM, MEDGAR Y MARTIN

1

La vista de Montague Street desde mi ventana del segundo piso es mejor que desde la tercera planta. Desde aquí casi se aprecian los surcos de las caras de los cientos de trabajadores que pasan por delante; gente que tiene cada vez menos motivos para cruzar la entrada de los elegantes comercios y bancos que se han adueñado de esta vía pública. Estos nuevos negocios son como prospectores modernos que peinan la ciudad en busca de los dorados clientes aburguesados que adquirirán los apartamentos de millones de dólares y la ropa de lujo, comerán en bistrós franceses y comprarán vino de cien dólares la botella.

Cuando me trasladé a este despacho, hace casi once años, había librerías de viejo, tiendas de ropa usada y suficiente comida rápida para alimentar a un ejército de trabajadores de Brooklyn Heights. Fue entonces cuando Kristoff Hale me ofreció un contrato de arrendamiento por veinte años renovable porque otro poli, Gladstone Palmer, había pasado por alto la implicación de su hijo, Laiph Hale, en la brutal agresión contra una mujer; una mujer cuya única ofensa había sido decir no.

Tres años después, Laiph fue a la cárcel por otra paliza; una que, gracias a un acuerdo con la fiscalía, quedó en homicidio involuntario. Pero eso no tuvo nada que ver conmigo; yo ya tenía el contrato de arriendo.

Mi abuela materna siempre me dice que todos los hombres reciben lo que se merecen.

Trece años antes, yo también era poli. Habría intentado enchironar a Laiph por la primera agresión, pero así soy yo. No todo el mundo ve las normas del mismo modo. La ley es algo flexible —a ambos lados de la línea—, influido por las circunstancias, el carácter y, naturalmente, la riqueza o la ausencia de ella.

Mi problema concreto con las mujeres era, en cierta época, que las deseaba. A mí, inspector de primera clase Joe King Oliver, no me hacía falta más que una sonrisa o un guiño para descuidar mis obligaciones y promesas, mis votos y el sentido común, por algo, o apenas la promesa de algo, tan fugaz como una brisa fresca, una buena cerveza o una calle en la cual la gente nunca era la misma.

Durante los últimos trece años he estado algo menos preso de mis impulsos sexuales. Sigo apreciando al otro sexo, a veces calificado de débil. Pero la última vez que me dejé llevar por el instinto me metí en un problema tan grave que llegué a la conclusión de que prácticamente me había curado de mi tendencia al ligue.

Se llamaba Nathali Malcolm. Era una Tallulah Bankhead moderna, con la voz ronca, el ingenio afilado y ese algo que definía a la aspirante a estrella de otros tiempos. Mi superior, el mismo sargento Gladstone Palmer, me llamó al móvil para encargarme el asunto.

—No debería suponer mayor problema, Joe —me aseguró Palmer—. Es básicamente un favor para el jefe de Policía.

—Pero estoy con ese asunto del puerto, Glad. Little Exeter siempre entra en acción los miércoles.

—Eso quiere decir que también lo hará el miércoles que viene y el siguiente —razonó mi sargento.

Gladstone y yo habíamos ido juntos a la academia. Él era irlandés blanco, y yo, de un tono marrón oscuro, pero eso nunca afectó nuestra amistad.

—Estoy cerca, Glad —dije—, muy cerca.

—Es posible que así sea, pero Bennet está en una cama de hospital con un pulmón perforado y Brewster echa a perder dos de cada cinco redadas. Además, necesitas anotarte un par de puntos en la hoja de servicios este año. Pasas tanto tiempo en los muelles que no haces ni la mitad de las detenciones necesarias para alcanzar la cuota.

Estaba en lo cierto. El único aspecto en el que la ley se mostraba inflexible eran las estadísticas. Nuestras carreras profesionales dependían de las detenciones y condenas de delincuentes, la recuperación de propiedades robadas y la investigación competente que conducía a la resolución de crímenes. Tenía un caso gordo entre manos, pero quizá tardase un año en darle carpetazo.

—¿De qué delito se trata? —pregunté.

—Robo de vehículos.

—¿Solo un poli para un taller ilegal?

—Nathali Malcolm. Le robó un Benz a Tremont Bendix en el Upper East Side.

—¿Una ladrona de coches?

—La orden viene de arriba. Supongo que Bendix tiene amigos. No es más que una chica soltera que vive sola en Park Slope. Dicen que el coche está aparcado delante de la casa de piedra caliza. Basta con que llames al timbre y le pongas las esposas.

—¿Tienes una orden de detención contra ella?

—Te estará esperando en comisaría. Y King...

—¿Qué? —Glad solo usaba mi segundo nombre cuando quería dejar algo bien claro.

—No la cagues. Te enviaré un mensaje de texto con todos los detalles.

El Benz morado estaba aparcado delante de la casa. Tenía la matrícula correcta.

Miré la puerta principal, flanqueada por ventanales cubiertos con unas cortinas amarillas.

Recuerdo pensar que era la detención más fácil que me habían encargado nunca.

—¿Sí? —dijo ella al abrir la puerta quizás un minuto después de que hubiera llamado al timbre.

Sus ojos color canela parecían mirarme a través de una niebla. Tenía el pelo rojo, y, por lo demás, era una auténtica Tallulah.

A mi abuela le gustan las pelis antiguas. Cuando voy a verla a su asilo en el Lower Manhattan, vemos historias de amor y comedias antiguas en el canal TMC.

—¿Señora Malcolm? —dije.

—¿Sí?

—Soy el inspector Oliver. Tengo una orden de detención contra usted.

—¿Cómo?

Saqué la cartera de piel con la placa y la identificación. Se las enseñé y las miró, pero no sé si llegó a ver nada.

—Tremont Bendix asegura que le robó usted su coche.

—Ah. —Suspiró y meneó ligeramente la cabeza—. Entre, inspector, adelante.

Podría haberla agarrado allí mismo y haberle puesto las esposas mientras le leía sus derechos tal como los había dispuesto el Tribunal Supremo. Pero era una detención fácil y la mujer se sentía delicada, vulnerable. Sea como sea, Little Exeter Barret ya se había puesto en contacto con el capitán del Sea Frog. El cargamento de heroína aún tardaría unos días en llegar.

Yo era un poli bueno. Uno de esos agentes que tenía más paciencia que un santo y que solo perdía los nervios cuando algún sospechoso lo amenazaba físicamente. Y ni siquiera en esa situación disfrutaba pegándole después de haberlo reducido y esposado.

—¿Quiere un vaso de agua? —me ofreció Nathali Malcolm—. Ya se han llevado todo lo bueno.

La sala de estar se encontraba llena de cajas, bolsas de lona rebosantes y montones de libros y dispositivos electrónicos, además de plantas en macetas apiñadas aquí y allá.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunté, como si recitara una frase que me hubieran escrito.

—Esto es lo que Tree considera robarle el coche.

Llevaba una bata verde de un tejido fino y satinado sin nada debajo. Al principio no me había fijado bien. A mi llegada, aún estaba absorto en el encargo.

—No lo entiendo —dije.

—Durante los tres últimos años me ha pagado el alquiler y me ha dejado usar el Benz como si fuera mío —explicó. Los ojos de color canela se habían vuelto dorados bajo la luz eléctrica—. Pero, en el momento en que su mujer amenazó con divorciarse de él, me dijo que me largara y le llevara el coche a su garaje en un barrio de las afueras.

—Ya veo.

—Tengo que mudarme, inspector..., ¿cómo ha dicho que se llama?

—Joe.

Cuando Nathali sonrió y movió los hombros, la estructura de nuestra relación temporal pasó de la posibilidad de que le pusiera las esposas a la seguridad de que acabaríamos bajo las sábanas.

Nathali era muy buena en la cama. Sabía besar, y eso es lo más importante para mí. Necesito que me besen, y mucho. Ella intuyó esa necesidad, así que pasamos la mayor parte de la tarde y hasta bien entrada la noche descubriendo nuevos y excitantes sitios y maneras de besar.

Era una víctima. Se le veía en los ojos, se le oía en la voz ronca. Y la orden de detención era un error. Un hombre que dejaba su coche en la casa de una novia, una casa de la que pagaba el alquiler, no esperaba que ella llevara el automóvil de vuelta a su garaje.

A la mañana siguiente presentaría un informe... y volvería a los muelles, donde se estaban cometiendo delitos de verdad.

Cuando abrí los ojos, Monica Lars, mi esposa por aquel entonces, ya estaba despierta y preparando el desayuno para ella y Aja-Denise Oliver, nuestra hija de seis años. Me desperté con el olor del café y con el recuerdo de Nathali besándome la columna en un lugar al que yo no llegaba. Me había despedido de ella al terminar mi turno. Me duché y me cambié en comisaría y llegué a casa para cenar algo más tarde de lo habitual.

Dormitando un poco más en la cama por la mañana, respiré hondo con satisfacción; entonces sonó el timbre.

El dormitorio de nuestra casa de Queens estaba en la primera planta, y yo no tenía que ir a trabajar hasta después de comer. Estaba desnudo y muy cansado; en cualquier caso, Monica sabía abrir la puerta.

Me desperecé un poco, pensando en cuánto adoraba a mi pequeña familia y que un ascenso a capitán no era algo imposible una vez trincara yo solito a los integrantes de la mayor banda de traficantes de heroína que había existido nunca dentro de los confines de la mejor ciudad del mundo.

—¡Joe! —gritó Monica desde el vestíbulo, que estaba abajo y en la otra punta de la casa.

—¿Qué? —contesté a voz en cuello.

—¡Es la policía!

Lo único que no dice nunca la esposa de un poli es: «Es la policía». Eso es lo que dicen los criminales y las víctimas de los criminales. A veces lo decíamos nosotros mismos al apuntar con un revólver reglamentario a la nuca del autor de algún delito. El alcalde nos llamaba a nosotros

«la policía» y de vez en cuando también lo hacía la prensa; pero que la esposa de un poli dijese «es la policía» era como si mi abuela de piel bien negra le dijera a mi abuelo, antiguo aparcero: «¡Han venío unos negros!».

Me di cuenta de que algo iba mal y Monica intentaba avisarme. Poco me imaginaba yo que ese sería su último gesto de amor en nuestro matrimonio o que esa advertencia anunciaba el final de cualquier clase de vida normal que pudiera esperar.

Después de la detención, mi abogada del sindicato me informó de que el fiscal decía que había un cartelito al lado de la puerta principal de la casa de piedra caliza de Park Slope. Decía: PROPIEDAD BAJO VIGILANCIA ELECTRÓNICA, conque yo no podía haber esperado ninguna intimidad.

—La señora Malcolm dijo que le diste a elegir entre ir a la cárcel o hacerte una felación —me explicó Ginger Edwards.

Solo llevaba treinta y nueve horas en Rikers y ya me habían agredido cuatro presos. Un apósito adhesivo blanco me sujetaba la carne rajada de la mejilla derecha. Le rompí al sirlero la nariz y la mano de la navaja, pero la cicatriz que me dejó duraría mucho más tiempo.

—Eso no es verdad —le aseguré a Ginger.

—He visto la grabación. Ella no sonreía.

—¿Y qué me dices de cuando me besaba?

—No hay nada de eso.

—Entonces la grabación fue manipulada.

—No, según nuestro hombre. Lo investigaremos más a fondo, pero todo parece indicar que te han pillado.

Ginger era baja y tenía el pelo castaño claro. Era esbelta, pero daba la impresión de poseer fuerza física. Con treinta y tantos años, tenía una cara más bien poco atractiva que no sería muy distinta veinte años después.

—¿Qué puedo hacer? —le pregunté a la diminuta blanca.

—Yo propondría un acuerdo que excluya cumplir condena.

—Lo perdería todo.

—Todo menos la libertad.

—Tengo que pensármelo.

—El fiscal tiene intención de incluir el cargo de violación.

—Vuelve pasado mañana —dije—. Ya hablaremos entonces de un acuerdo.

Ginger también tenía los ojos de color castaño claro. Los abrió mucho cuando me preguntó:

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Me he cortado afeitándome.

Decidí jugármela con el sistema. Durante los dos días siguientes me metí en media docena de peleas. Me habían encerrado en una celda individual; pero, la cuarta mañana de encarcelamiento, un tipo con pinta de chalado que se llamaba Mink lanzó un cubo de orina a través de la puerta de mi celda. Mink tenía los ojos grises, la piel olivácea y el pelo rubio ensortijado.

Los guardias no tenían a nadie que limpiara mi celda.

Fue en medio de ese hedor cuando me convertí en un asesino en ciernes. La siguiente vez que pasó Mink por delante de la puerta de mi celda se inclinó hacia delante, fingiendo olisquearme. Cometió un error de cálculo de poco más de diez centímetros y lo agarré. Antes de que ese payaso se diera cuenta, lo tenía cogido por el cuello gracias a la misma llave que había usado contra muchos colegas suyos. Lo mataría y mataría a cualquier otro que pensara siquiera en ponerme la mano encima. Pasaría en la cárcel el resto de mi vida, pero todo el mundo, desde los amigos de Mink hasta el alcaide, sabría que más valía no ponerse a mi alcance.

Los guardias se presentaron antes de que pudiera matar a ese preso tan feo y cargado de orines. Tuvieron que abrir la puerta para separarme de mi víctima. Luego, los encargados de mantener la paz y yo tuvimos una pelea de mucho cuidado. Hasta entonces no sabía lo que era que te apalearan con una porra; la ira impide que sientas los golpes, pero por la noche los huesos magullados duelen que te cagas.

En pocos días había pasado de poli a criminal. Pensaba que eso era lo peor..., pero me equivocaba.

La tarde siguiente, cuando me había acostumbrado al olor a orina en la ropa, cuatro guardias se acercaron a mi celda pertrechados de la cabeza a los pies con equipamiento antidisturbios. Alguien pulsó el dispositivo para abrir la puerta y se abalanzaron sobre mí, inmovilizándome contra el suelo para encadenarme las muñecas y los antebrazos en torno a la cintura y ponerme grilletes en los tobillos. Luego me llevaron a rastras por un pasillo tras otro hasta que me metieron en una salita tan pequeña que tres hombres no habrían podido jugar al blackjack en la mesita de metal en miniatura soldada al suelo.

Me encadenaron a una silla metálica, a la mesa y al suelo. Había visto a muchos sospechosos amarrados ante mí de esa manera mientras los interrogaba. En realidad, nunca me había parado a pensar cómo se sentían ni cómo nadie podía esperar que alguien mantuviera algún tipo de conversación reveladora mientras estaba atado de pies y manos.

Me revolví contra mis ataduras, pero el dolor de las magulladuras de la víspera era tan intenso que tuve que parar.

Cuando dejé de moverme, el tiempo se solidificó a mi alrededor como si fuera ámbar sobre un mosquito que hubiera dado un minúsculo paso en falso. Oía mi propia respiración y notaba el

pulso en las sienes. Fue en ese momento cuando entendí la expresión «cumplir condena». Tenía una obligación que cumplir como el criado que era.

Cuando renunciaba a toda esperanza, entró en la sala un irlandés alto y, a decir de algunos, bien parecido.

—Gladstone —mascullé. Bien podría haber sido un salmo.

—Tenéis un aspecto de mierda, alteza.

—Y huelo a meados.

—Eso me lo iba a callar —dijo, al tiempo que ocupaba la silla metálica al otro lado de la mesa —. Me han llamado y me han dicho que enviaste a un preso al hospital junto con tres guardias para que le hicieran compañía. Le has roto la nariz a un tipo y la mandíbula a otro.

La sonrisa que afloró a mi rostro fue involuntaria. Alcancé a ver mi dolor reflejado en los ojos de Gladstone.

—¿A ti qué te pasa, Joe?

—Esto es un manicomio, Glad. Me han pegado, rajado y empapado en orines. Y a nadie le importa un carajo.

El sargento coordinador Gladstone Palmer era fibroso e imponente, con un metro ochenta y cinco de estatura (unos cinco centímetros más que yo) y una boca que siempre estaba sonriendo o a punto de hacerlo. Me miró y negó con la cabeza.

—Es una vergüenza, chaval —dijo—. Se han vuelto contra ti como una jauría de perros.

—¿Quién firmó la orden de detención contra la chica? —pregunté.

—Era un email del jefe de Policía, pero cuando llamé a su despacho dijeron que él no lo había enviado.

—Yo no abusé de esa mujer.

—Nos hubiera venido bien que no tuvieras la polla tan grande y negra. Con solo ver a esa chica mirártela se puede intuir lo asustada que estaba.

—¿Y el resto de la grabación?

—La única cámara estaba en la sala de estar. No se veía nada más.

Recordé entonces que ella quiso subir al dormitorio después del primer movimiento de nuestra trágica ópera. Era un plan.

—Me tendieron una trampa, Glad.

Mi amigo hizo una mueca de dolor y volvió a menear la cabeza.

—¡Me tendieron una trampa!

—Mira, Joe —continuó después de treinta segundos de silencio—. Yo no digo que no lo hicieran. Pero todos sabemos cómo eres con las mujeres, y luego está eso otro.

—¿A qué te refieres?

—Si es una trampa, es irrefutable. Con el vídeo y el testimonio de la chica, te han pillado como violador. Le estabas agarrando del pelo, por el amor de Dios.

—Ella me pidió que lo hiciera —dije, y caí en la cuenta de cómo sonarían esas palabras delante de un jurado.

—No hay audio en la grabación. Parece que te estaba suplicando que parases.

Quise decir algo, pero no encontré las palabras adecuadas.

—Pero ese no es el problema —continuó Gladstone—. El problema es que tienes enemigos poderosos que pueden llegar aquí dentro y acabar contigo.

—Necesito un cigarrillo —repuse.

Mi único amigo en el mundo encendió un Marlboro, se levantó de la silla y me lo puso entre los labios. Le di una buena calada, contuve el humo y luego lo solté por las fosas nasales.

El humo provocó un efecto maravilloso en mis pulmones. Asentí y di otra chupada.

No olvidaré nunca el frío que hacía en esa sala.

—Tienes que mantener la calma, Joe —dijo mi coordinador—. Más vale que no hables de ninguna trampa aquí, ni con tu abogada. Lo investigaré y hablaré también con el jefe de Policía. Tengo un contacto en su oficina. Además, conozco a un par de tipos allí. Te van a apartar de los presos comunes y a poner en régimen de aislamiento. Por lo menos así estarás a salvo hasta que yo pueda hacer algún truco de magia.

Sabes que has sufrido un batacazo terrible cuando estás agradecido de que te pongan en régimen de aislamiento.

—¿Y Monica? —pregunté—. ¿Puedes conseguir que la dejen entrar a verme?

—No te quiere ver, King. La inspectora que lleva el caso, Jocelyn Bryor, le enseñó la grabación.

Mi gratitud por estar en régimen de aislamiento no duró mucho. La celda era pequeña y oscura. Tenía un catre, un retrete de aluminio de bordes duros y espacio suficiente para dar dos zancadas y media. Alcanzaba a tocar el techo metálico con solo levantar la mano quince centímetros por encima de la cabeza. La comida me daba náuseas en ocasiones. Pero, como solo me alimentaban una vez al día, siempre tenía un hambre voraz. El menú consistía en patatas rehidratadas, carne de vaca en conserva, judías verdes hervidas y, una vez a la semana, un postre de gelatina.

No estaba a solas porque había cucarachas, arañas y chinches. No estaba a solas porque había docenas de hombres a mi alrededor, también incomunicados, que pasaban horas gritando y aullando, a veces cantando y martilleando ejercicios rítmicos.

Un tipo, que de algún modo sabía mi nombre, me agasajaba a menudo con insultos y amenazas.

—Voy a darte por el culo y, cuando salga de aquí, voy a hacer lo mismo con tu mujer y tu hijita.

Nunca le di la satisfacción de contestarle. En cambio, encontré un puntal de hierro que de

algún modo se había desprendido a medias del suelo de hormigón. Estuve enredando con el travesaño hasta que, por fin, después de ocho comidas, conseguí arrancarlo.

Veintidós centímetros de hierro oxidado con un mango que confeccioné arrancando un jirón de una manta raída. Alguien iba a morir atravesado por ese fragmento de Rikers. Con un poco de suerte, sería el hombre que amenazaba a mi familia.

Nunca, ni una sola vez, me sacaron de esa celda. Allí me moría de ganas de tener un periódico o un libro... y una luz para poder leer. Encerrado en régimen de aislamiento, me enamoré de la palabra escrita. Quería novelas y artículos, cartas manuscritas y pantallas de ordenador rebosantes del conocimiento de todas las épocas.

Durante esas semanas alcancé un logro hasta entonces imposible: dejé de fumar. No tenía tabaco, y los síntomas del síndrome de abstinencia se confundían con el resto de mis sufrimientos.

Las quejas de los demás presos pasaron a ser ruido de fondo, como la música de ascensor o una canción que has oído muchas veces pero de la que no te sabes la letra.

Tenía aferrada en todo momento el arma fabricada en la celda. Alguien iba a morir por mi mano; transcurridas dos semanas, no importaba quién fuera.

Había devorado ochenta y tres comidas nauseabundas cuando, mientras dormía, entraron en la celda cuatro agentes con equipamiento antidisturbios y me encadenaron. Se me cayó la herramienta porque, al entrar de repente, la luz de fuera de aquella celda que parecía una cripta me cegó y me desorientó.

Les grité a mis captores, exigiéndoles que me dijeran adónde me llevaban, pero no contestó nadie. De vez en cuando alguien me golpeaba, pero no eran más que toquecitos amorosos en comparación con lo que podrían haber hecho.

Me dejaron en una sala bastante grande y amarraron mis cadenas a unas argollas de acero ancladas en el suelo. Estaba sentado en el extremo de una larga mesa. La luz fluorescente me quemaba los ojos y me daba dolor de cabeza. Me pregunté si iba a entrar alguien a matarme. Sabía que aquello seguía siendo Estados Unidos y que la gente que trabajaba para la justicia no ejecutaba a nadie sin el visto bueno de los tribunales, pero justo en ese momento no lo tenía tan claro. Quizá me ejecutaran porque sabían que me había convertido en un asesino impenitente tras los muros de su prisión.

—Señor Oliver —dijo una mujer.

Miré hacia el lugar de donde venía la voz y me asombró ver que había entrado en la sala sin que me diera cuenta. Detrás de ella había un robusto negro uniformado de azul al que no conocía. No los había oído entrar. Los ruidos habían adquirido significados nuevos en mi cabeza, y no podía tener plena seguridad de qué había oído.

Le grité una palabra que no había usado nunca antes ni he usado después. El hombre de la camisa azul se precipitó hacia mí y me dio una bofetada... bastante fuerte.

Tensé todos y cada uno de mis músculos intentando romper las ataduras, pero las cadenas de las cárceles están diseñadas para ser más resistentes que los tendones humanos.

—Señor Oliver —dijo de nuevo la mujer.

Era alta, esbelta y de piel clara, con el pelo salpimentado y un traje pantalón de color azul marino mate. Llevaba gafas. Los cristales relucían, ocultándole los ojos.

—¿Qué?

—Soy la vicealcaidesa Nichols y he venido a informarle de su puesta en libertad.

—¿Cómo?

—En cuanto nos vayamos el teniente Shale y yo, los hombres que lo han traído aquí le retirarán las cadenas, lo llevarán a un sitio donde se pueda duchar y afeitar y luego le darán ropa y algo de dinero. A partir de ahí, su vida queda en sus manos.

—¿Y qué pasa... qué pasa con los cargos?

—Los han retirado.

—¿Y mi esposa?, ¿mi vida?

—No estoy al tanto de sus asuntos personales, señor Oliver, solo de que está a punto de salir en libertad.

Por primera vez en meses me vi la cara en el espejo de acero pulido junto a la pequeña ducha en la que me adecenté. Al afeitarme quedó a la vista la gruesa y atroz cicatriz que me cruzaba la mejilla derecha. En Rikers no siempre ponían puntos de sutura.

Cuando me apeé del autobús en la estación de Port Authority, en la calle Cuarenta y dos, me detuve y miré alrededor, y caí en la cuenta de lo falsa que era en el fondo la palabra «libertad».

2

—¿Otra vez estás pensando en la cárcel, papá?

Aja estaba en el umbral de mi despacho. Casi un metro ochenta de altura y negra como la Virgen española. Tenía mis ojos. Aunque le preocupaba mi estado de ánimo, sonreía. Aja no era una adolescente melancólica. Era una antigua animadora y estudiante de ciencias, lo bastante guapa para no necesitar un novio fijo y lo bastante atenta para que otras chicas de su edad con novios supieran que ella era mejor partido.

La falda negra era demasiado corta y la blusa color coral, demasiado reveladora, pero estaba tan agradecido de que hubiera vuelto a mi vida que escogía con sumo cuidado mis enfrentamientos con ella.

Monica, mi exmujer, pasó años intentando mantenernos alejados. Me llevó a los tribunales para intentar obtener una orden que me impidiera volver a ver a Aja-Denise y luego me demandó por no pagar la pensión alimenticia cuando ya había vaciado mis cuentas y no me quedaban ni dos centavos a mi nombre.

No fue hasta que cumplió los catorce años cuando Aja obligó a su madre a que esta la dejara quedarse conmigo con regularidad. Y, ahora que tenía diecisiete años, decía que o trabajaba en mi oficina o le contaría a cualquier juez que le prestase oídos que el nuevo esposo de Monica, Coleman Tesserat, entraba en el cuarto de baño cuando ella estaba en la ducha.

—¿Qué? —le dije a mi pequeña.

—Cuando miras por la ventana así casi siempre estás pensando en la cárcel.

—Allí me dejaron hecho polvo, cariño.

—A mí no me lo pareces. —Era lo que yo le decía por la mañana cuando era pequeña y quería librarse de ir al cole.

—¿Qué llevas ahí? —pregunté, indicando con un gesto lo que tenía en la mano.

—El correo.

—Ya lo abriré mañana.

—Nada de eso. No lo abres nunca hasta que las facturas han vencido. No sé por qué no me dejas gestionar tus cuentas en Internet para poder pagarlas yo todas.

Tenía razón; no dejaba de pensar que llegaría por correo alguna prueba nueva y me enviarían de vuelta a aquella celda infestada de cucarachas.

—Ahora tengo que ir a ocuparme de ese asunto de Acres —expliqué.

—Te lo llevas y lo revisas mientras esperas. Dices que el noventa y nueve por ciento del tiempo estás sentado en el coche sin hacer nada.

Tendió el fajo de cartas y me miró a los ojos. Era evidente que Aja-Denise se había peleado con su madre porque sabía que yo la necesitaba.

Cogí el correo y ella sonrió.

—Ha llamado el tío Glad —dijo mientras yo revisaba las facturas, el correo basura y varias peticiones de clientes, tribunales y, cómo no, de mi exmujer. También había un pequeño sobre rosa con la dirección elegantemente escrita a mano y matasellos de Minnesota.

—Ah, ¿sí? —dije—. ¿Y qué ha dicho?

—Que él y Lehman, War Man y el señor Lo van a jugar a las cartas esta noche calle abajo.

—Se llama Jesse Warren —observé—, no War Man.

—Él me dijo que le llamara así.

Los amigos de Gladstone no me caían muy bien, pero los mantenía alejados del despacho casi siempre. Y estaba en deuda con Glad; me había salvado el cuello más de una vez desde mi detención.

Al conseguir que me pusieran en régimen de aislamiento evitó que me convirtiera en un asesino y luego, cuando ya no podía reunir suficiente dinero para la pensión alimenticia y el alquiler, me prestó la pasta necesaria para poner en marcha Servicios de Investigación King. Hasta me recomendó a los primeros clientes.

Pero lo mejor que hizo por mí Gladstone Palmer fue negociar mi despido de la Policía de Nueva York. Perdí la jubilación y los beneficios, salvo el seguro médico para Monica y mi hija. Como por arte de magia, mi historial siguió sin tacha.

Llevaba una semana o así leyendo una novela con casi cien años de antigüedad, *Sin novedad en el frente*. Había un personaje que me recordaba a Glad: Stanislaus Katczinsky, alias Kat. Kat era capaz de encontrarse un banquete en un cementerio o una mujer hermosa en un edificio bombardeado. Cuando el resto del ejército alemán se estaba muriendo de hambre, Kat volvía a su pelotón con un ganso asado, queso maduro y unas cuantas botellas de vino tinto.

Un amigo como Kat o Glad no se ponía en entredicho.

—Le he dicho que tú estabas ocupado con un caso —continuó Aja.

—Eres mi ángel.

—Ha dicho que procuraría pasarse por aquí antes de que te vayas.

La carta procedente del interior del país me intrigaba, pero decidí dejarla para más tarde.

—¿Qué tal tu madre? —pregunté.

—Bien. Te escribe para que les des dinero a Tesserat y a ella para pagarme el viaje a Italia. Hay un congreso de jóvenes físicos en Milán.

—Parece interesante, como una especie de honor.

—Hay cientos de chicos y solo cuatro de Estados Unidos, pero no quiero ir. Puedes decirle que ya les darás el dinero, pero no tendrás que hacerlo.

—¿Por qué no quieres ir?

—El reverendo Hall ha montado una escuela especial en su iglesia del Bronx en la que alumnos de ciencias aventajados enseñan a niños en riesgo de exclusión cómo hacen experimentos los científicos.

—Oye, tienes que empezar a portarte mal alguna vez, de verdad —dije en un tono demasiado cargado de seriedad.

—¿Por qué? —preguntó Aja preocupada de veras.

—Porque, como padre, tengo que ser capaz de ayudarte por lo menos de vez en cuando. Con notas estupendas, un buen corazón y esa manera que tienes de atosigarme con el correo, me da la sensación de que no tengo nada que ofrecerte.

—Pero ya hiciste algo por mí, papá.

—¿Qué? ¿Comprarte un Happy Meal o un perrito caliente?

—Me enseñaste a que me encantara leer.

—Solo lees para hacer los deberes y te quejas de eso.

—Pero recuerdo los fines de semana que pasaba contigo cuando era pequeña. A veces me leías toda la mañana, y sé que yo también lo haré cuando tenga una hijita.

—Ya estás otra vez —dije procurando disimular las lágrimas en la voz—. Eres tan buena que me haces sentir como un inútil. Igual tendría que empezar a castigarte cada vez que haces alguna cosa bien.

Aja sabía cuándo se acababa la conversación. Meneó la cabeza y se dio la vuelta. Salió de la habitación y, por un breve instante, se disipó el peso de mi caída en desgracia, propiciada por alguien de la Policía de Nueva York.

Antes de que pudiera centrarme en el sobre rosa que procedía del Medio Oeste, Aja volvió con un sobre grande de color marrón en las manos.

—Casi se me olvida —me dijo—. El tío Glad ha dejado esto para ti.

Me entregó el paquete y se fue antes de que tuviera ocasión de seguir tomándole el pelo por lo perfecta que era.

3

Después de que Aja volviera a la mesa del vestíbulo de la oficina, me quedé allí a la deriva un rato. Mi vida desde aquellos noventa y tantos días que pasé en Rikers había estado vacía; no podría describirla de otra manera. No me sentía a gusto en compañía de la mayoría de la gente, y la sintonía pasajera con mi hija o los pocos amigos que tenía me dejaban un regusto a aislamiento. La sintonía con otro ser humano no hacía más que recordarme lo que podía perder.

Dedicarme a la investigación como detective privado me iba de maravilla porque mis interacciones con la gente las llevaba a cabo por medio de dispositivos de escucha y teleobjetivos de cámara. Las pocas veces que tenía que hablar de verdad con alguien era o bien haciendo un papel, o bien planteando preguntas concretas como: «¿Estuvo aquí fulano el viernes después de las nueve?» o: «¿Cuánto lleva trabajando para usted el señor Smith?».

Sonó el portero automático.

Medio minuto después, Aja-Denise dijo por el intercomunicador:

—Es el tío Glad, papá.

—Que pase.

Se abrió la puerta y entró el eterno sargento, alto y atlético. Llevaba una chaqueta informal de color pajizo y pantalones de un verde tan oscuro que podrían haber pasado por negros. La camisa blanca y la corbata azul eran sus prendas esenciales, y esa sonrisa lucía por igual en sus ojos que en sus labios.

—Señor Oliver —saludó.

—Glad.

Me levanté para estrecharle la mano y luego ocupó el asiento frente al mío.

—Este despacho huele a celda —observó.

—Tengo una mujer de la limpieza que viene a poner ese aroma cada dos semanas.

—Lo que te hace falta es abrir una ventana y pasar menos tiempo pudriéndote detrás de esa mesa.

—Aja me ha dicho lo de la partida de póquer de esta noche. Me gustaría ir, pero tengo que seguir a un tipo.

Glad tenía los ojos de color azul aciano. Sus globos oculares se posaron relucientes sobre mí, acompañados de una sonrisa en plan «es una pena».

—Venga, Joe. Sabes que tienes que dejar atrás de una vez este bajón. Hace ya una década. Mi

hijo se ha ido a la universidad. Mi hijita ya está buscando a mi segundo nieto.

—Me va bien, sargento Palmer. Ser detective me conviene. Yo me lo monto así.

Siempre le había tenido envidia a Gladstone, desde antes incluso de que mi vida naufragara. Ya solo con su manera de estar sentado te hacía pensar que llevaba las riendas de una vida que le permitía disfrutar y, al mismo tiempo, estaba cargada de sentido.

—Pues igual podrías montártelo para mejorar tus circunstancias —sugirió.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo?

—Conozco a un tipo que podría ser de ayuda. ¿Te acuerdas de Charles Boudin?

—¿El infiltrado que estaba como una cabra? ¿El que se metió tanto en el papel que mordió al agente que intentaba detenerlo para congraciarse con la banda de Alonzo?

—Y, tú, ¿cuál eres? —repuso Glad—. ¿La sartén o el mango?

—¿Qué pasa con Charlie?

—Iba a emborracharte con una botella nueva de coñac de setecientos pavos que tengo —dijo Glad—.Ya sabes, para quedarme con toda tu pasta y tirarte de la lengua. Luego iba a decir que ahora C. B. es teniente de la Policía de Waikiki. Dice que podría colocarte allí en un abrir y cerrar de ojos.

Era el primer indicio de la gran transición que tenía ante mí. A Glad le cabreaba que nuestros hermanos de azul me trataran con tan poco respeto. Quería que todos los polis tuvieran lo mejor. Era mi único amigo íntimo de verdad, quizá con una sola excepción, que no fuera también pariente consanguíneo.

—¿Hawái? Eso está a ocho mil kilómetros de aquí. No puedo dejar a Aja sin más ni más.

—En un año serías residente y la Universidad de Manoa tiene un Departamento de Física estupendo. A. D. podría obtener una licenciatura en Ciencias y seguir su camino, o quedarse allí y sacarse un doctorado. Es una universidad muy buena y no cuesta casi nada.

Había hecho los deberes.

—¿Intentas librarte de mí, Glad?

—Tienes que volver a ponerte las pilas, Joe. No hay ningún cargo pendiente contra ti y el Cuerpo tiene legalmente prohibido desvelar de qué fuiste acusado. Sé de tres capitanes que te darían excelentes referencias.

—¿Y Charlie ya ha dicho que me contrataría?

—Allí en la isla necesitan gente con experiencia como tú, Joe. Fuiste uno de los mejores investigadores que ha tenido la Policía de Nueva York.

—Es posible que Aja no quiera irse tan lejos.

—Querría si vas tú. Esa chica te idolatra. Y lo haría solo para que dejaras de comerte el tarro aquí como una especie de morsa melancólica.

—¿Y si llegara a saberse? —repuse—. Ya sabes..., ¿lo que dicen que hice? ¿Y si doy un giro a

mi vida y luego todo se va a la mierda? Habría hecho cambiar de ciudad a Aja para acabar sin dinero ni manera de regresar.

Sin perder comba, Glad dijo:

—¿Recuerdas aquella vez que Rebozo fue abatido en East Harlem?

—Sí, ¿y qué?

—Dos pistoleros con semiautomáticas y el agente R. desangrándose como un cabrón sobre el asfalto. Tú te enfrentaste a ellos con tu arma reglamentaria, los heriste a los dos, contuviste las hemorragias de las heridas de Paulo y volviste a casa a tiempo para cenar.

—Y, aun así, me incriminaron como a un puto pringado.

—Que les den —replicó Glad, con apenas una sonrisa—. Si fuiste capaz de enfrentarte a dos pistoleros armados, ¿por qué iban a darte miedo ocho mil kilómetros?

Era una buena pregunta.

4

En mi oficio hace falta un coche; para seguir a gente, sí, pero también para ir de un lugar a otro sin tener que esperar, ni pagar, taxis y vehículos de alquiler, coches de Uber y taxis piratas. Eso a menos que te guste deambular por los túneles del metro como una rata o una cucaracha que se arrastrara por la celda de un preso olvidado.

Nueva York no es una ciudad muy propicia para conducir, así que decidí comprarme un Bianchina de fabricación italiana: un microcoche tan pequeño que casi viene con su propia plaza de aparcamiento. Parece un sedán hecho y derecho reducido casi al tamaño de un juguete. Encargué que lo pintaran de un tono marrón mate para que pasara un poco más inadvertido.

A las 18: 16 aparqué justo delante de la puerta del edificio de apartamentos Montana Crest, cerca de la calle Noventa y uno con la Tercera Avenida. Mientras esperaba a mi presa, tenía intención de abrir el correo que me había dado Aja-Denise.

Antes de abrir el primer sobre me planteé cómo sería la vida sin invierno y trabajando otra vez de poli. Estaría tan lejos que nadie conocería mi historia. Quizá fuera eso lo que me hacía falta para dejar atrás este bache que ya duraba diez años.

Eso me hizo pensar de nuevo en mi hija.

Aja no era el nombre de pila de mi hija. Cuando aún era pequeña aprendió a deletrear Asia en el cole y luego vio las letras A-J-A pintadas en un grafiti en alguna parte. La idea de que dos palabras que se escribían distinto se pronunciaran exactamente igual en inglés le hizo gracia y le tomó cariño al nombre porque, según decía: «A veces estoy feliz y a veces estoy triste, pero sigo siendo la misma persona de todos modos».

Empecé por el paquete que había traído Gladstone.

En su interior había cuatro documentos emitidos por la Policía de Nueva York que seguían el curso de una investigación basada en archivos.

Los expedientes me permitieron ver que las huellas dactilares halladas en el botellín de agua que había tirado a la papelera la mujer que se identificaba como Cindy Acres pertenecían en realidad a alguien llamado Alana Pollander. La señora Pollander, cuyo nombre de nacimiento era Janine Overmeyer, había cambiado de identidad después de ser condenada por falsificación de cheques en Ohio, donde había nacido. Pertrechada con su nuevo nombre, había entrado a trabajar para un hombre llamado Ossa James, un investigador político de Maryland.

Con ayuda del iPad que me había obligado a comprar mi hija, averigüé que Ossa James había

firmado recientemente un contrato exclusivo conAlbert Stoneman, candidato al Congreso por el mismo distrito donde estaba yo esperando al congresista Bob Acres. Bob Acres, que estaba casado con una Cynthia a la que yo no conocía.

Cuando estaba en Nueva York, el congresista Acres era sumamente puntual. Por lo general, volvía a casa entre las 18: 30 y las 19: 05. Así pues, a las 18: 25 guardé los expedientes y el iPad y encendí el estéreo portátil porque la radio del Bianchina no tiene muy buenos altavoces, que digamos.

Ese día puse un CD que había grabado de mi músico preferido desde que salí de Rikers: Thelonious Monk. Antes de que me detuvieran, me encantaba el jazz antiguo: Fats Waller y Louis Armstrong, entre otros muchos. Mi padre, Chief Oliver, quiso llamarme King para que nadie pudiera denigrarme usando mi nombre de pila como si fuera una especie de criado o algo así. A él también le encantaba el mentor de Louis Armstrong, King Oliver, y quiso rendirle homenaje poniéndome su nombre. Pero mi pobre y desafortunada madre, Tonya Falter, se crio en Chicago y estaba convencida de que los demás niños del colegio se meterían con un nombre tan altisonante como King. Chief respetó la opinión de Tonya y me pusieron Joseph, el nombre de pila de King Oliver, y dejaron King como segundo nombre.

Como mi nombre tenía tanto que ver con el jazz, naturalmente empecé a interesarme por ese estilo de música. Pero, una vez salí de la cárcel, ya no me llegaban los suaves fraseos de los músicos más antiguos. Monk siempre se rodeaba de un grupo de músicos con talento; pero, mientras ellos interpretaban melodías intensas, él era el loco en la esquina que percutía la verdad entre las invenciones de rhythm and blues.

Estaba sonando *Round Midnight* cuando Bob Acres se apeó de un taxi delante del Montana Crest. Vestía un traje color café con zapatos oscuros y no llevaba sombrero. Tampoco llevaba corbata, pues su carrera política se basaba más en la fraternidad que en la superioridad. Le gustaba hablar con sus electores y, a decir de la prensa, representaba sus intereses tan celosamente como el mejor político.

Por doscientos quince dólares al día mantenía bajo vigilancia las actividades nocturnas de Acres tal como me había encargado la mujer que decía ser su esposa. Me dijo que estaba convencida de que tenía una aventura y quería pruebas de ello para obligarlo a llegar a un acuerdo amistoso de divorcio.

En apariencia, todo tenía sentido. El *New York Times* había publicado un pequeño artículo sobre la separación de Cynthia y Robert Acres. Ella había regresado a su Tennessee natal. En la única foto borrosa que tenía de ella se parecía bastante a la mujer que había venido a mi despacho, si es que esa mujer había perdido peso y se había teñido de rubio.

Antes de que me incriminaran y me detuviesen, hubiera creído a la mujer que decía ser Cindy Acres, pero después de mi ruina siempre ponía en tela de juicio lo que me decían. Por lo tanto,

cogí las huellas dactilares de un botellín de agua que había tirado a la papelera y le pedí a Glad que las cotejara.

No era más que la segunda semana que Bob estaba en la ciudad. Pasaba la mayor parte del tiempo en Washington, ocupado con asuntos legislativos y estrategias políticas.

La primera semana que seguí a Bob había salido tres veces: una a cenar con un joven que podría haber sido su hijo; otra a una gala benéfica en el Harvard Club, y la tercera a lo que parecía ser una timba de cartas ilegal en la Veintisiete Oeste. Pero esta última semana todo eso había cambiado. Volvía a casa todas las tardes a las 19: 00, subía a su apartamento en la tercera planta y encendía la luz. Luego, todas las noches, la luz se apagaba a las 22: 17 y volvía a encenderse a las 6: 56 de la mañana siguiente.

Cuatro días seguidos, la luz de Bob se apagó y se encendió con precisión militar. Me preguntaba quién le habría dado el soplo de que lo estaban vigilando y adónde iría para necesitar un temporizador para que la luz se encendiera y apagara de forma automática.

La noche anterior, esperé en una calleja cerca de un portal al lado del Montana. A las 20: 34 salió Bob Acres, vestido de chándal. Recorrió dos manzanas hacia el oeste, donde lo recogió un Lincoln Town Car negro.

Veinticuatro horas después, yo estaba preparado.

En cuanto cruzó la puerta principal del Montana, conduje hasta la manzana donde lo había esperado el coche negro. Había otra limusina aparcada en la esquina siguiente.

Esperé allí.

Thelonious había pasado a *Bright Mississippi*. Mientras interpretaba ese tema, bastante tradicional, saqué el sobre rosa de Minnesota, olí el ligero aroma que desprendía y lo rasgué para abrirlo.

Estimado Joseph K. Oliver:

Perdone mi intromisión en su vida, pero me llamo Beatrice Summers y creo que tengo información muy importante para usted. No somos desconocidos. Cuando me conoció, me llamaba Nathali Malcolm. Le engañé para que creyese que era víctima de un hombre cruel, lo seduje y luego lo acusé de agresión sexual. Desde entonces no he dejado de pensar en usted. Un policía llamado Adamo Cortez me obligó a tenderle una trampa. Me abordó después de que me detuvieran con una cantidad considerable de cocaína y me enfrentara a una larga condena en la cárcel. Pero desde aquello me mudé a Saint Paul, dejé la droga y entré a formar parte de una comunidad cristiana que conocía mis pecados y los perdonó.Ahora estoy casada, tengo dos preciosos hijos y un marido maravilloso al que no le oculto nada. Darryl y yo hablamos de lo que le hice a usted y acordamos que le escribiera y me ofreciese a volver a Nueva York para prestar testimonio a favor suyo. Los dos somos pecadores, señor Oliver, pero creo que, mientras que usted ha pagado por sus transgresiones, yo no lo he hecho. Más abajo le indico mi número de teléfono. Hoy en día soy ama de casa, madre y esposa, y tengo contestador automático. Espero tener noticias suyas.

Suya en Cristo,
BEATRICE SUMMERS

Al leer la carta me sentí entumecido y nervioso al mismo tiempo. Naturalmente, sabía que había habido una conspiración detrás de mi detención, pero había sido tan lograda y yo había estado tan cerca de verme encerrado en una celda para los restos que dejé que esa certeza se desdibujara hasta quedar oculta casi por completo detrás del recuerdo de los muros de aquella cárcel.

Pero ahora tenía la respuesta a una pregunta que temía plantear; que temía plantear porque no quería volver a aquella celda. No quería, pero tenía la prueba ahí mismo en la mano..., ahí mismo.

La mezcla volátil de ira y miedo me llevó a levantar la cabeza justo cuando el congresista Bob Acres abría la portezuela de atrás del vehículo de alquiler.

Soy demócrata de toda la vida, igual que mi padre y su padre antes que él. Bob Acres era un republicano a ultranza, pero en ese momento hubiera votado por él. Su aparición ahuyentó el pasado un momento y permitió que me concentrara.

La limusina tomó la autopista del West Side y atravesó el túnel de Holland. Cruzamos la frontera del estado en algún punto bajo el río Hudson, pero fue un trayecto corto.

Al salir en Jersey City, Nueva Jersey, la limusina tomó el primer desvío a la derecha y entró en el aparcamiento del motel Champagne Hour en Clarkson. Aparqué en la acera de enfrente y saqué unas fotos con mi cámara digital de alta resolución. Las puertas de las habitaciones de la primera planta daban al aparcamiento. A través del potente teleobjetivo vi que Acres entraba en la número 39.

La limusina se marchó.

Esperé siete minutos, luego entré en el aparcamiento, estacioné y fui a la recepción acristalada, que tenía un mostrador de color rosa subido, paredes turquesas y el techo alicatado con baldosas de un rojo reluciente. Detrás del mostrador alto había una preciosa joven negra con gruesas trenzas de color castaño oscuro y rojo cereza. Tenía la cara ancha, pero no lucía una sonrisa que acompañara a su belleza.

Yo llevaba en la mano la mochila, que bien podía haber sido un bolso de viaje.

—Buenas noches —saludé.

—Hola —contestó sin que no sonara en absoluto a bienvenida.

Me alegró ver su desaliento. La felicidad rara vez quiere tener tratos con un hombre que se dedica a mi oficio.

Dejé un billete de cien encima del mostrador y dije:

—Tengo gratos recuerdos de las habitaciones treinta y siete y cuarenta y uno.

—Con eso no basta —repuso mirando el billete con desdén—. Son ciento ochenta dólares la noche.

—Esto es para ti —dije, a la vez que dejaba dos billetes de cien más al lado del que ya había

aflojado—. Esto es por la habitación.

Sonrió y dijo: «La cuarenta y uno está libre», y yo lancé hurras en secreto por mi país, donde, una y otra vez, el todopoderoso dólar demuestra su superioridad.

Llegaba algún que otro sonido de la habitación 39 a través de la pared. Abrí la mochila y saqué un pequeño taladro manual con una broca de tres milímetros. El dispositivo era de lo más silencioso: cuando presioné a intervalos de un segundo o así la punta rematada en diamante contra la puerta cerrada que unía las dos habitaciones, apenas emitió un levísimo ruido.

Mi habitación estaba a oscuras, y, cuando asomó la luz de la 39, cogí la lente quirúrgica de fibra óptica de la mochila, la conecté a la cámara digital multiusos y luego conecté la cámara al iPad. Introduje el cable del objetivo láser por el orificio y llenó la pantalla una imagen de lo que solo se podría describir como una depravación incomparable.

La pareja de prostitutas transgénero debían de haberle estado esperando. Los tres estaban ya desnudos y empalmados. Observé el numerito con atención, sobre todo para evitar pensar en la información que había puesto en mi conocimiento Beatrice Summers.

Las trans eran muy buenas en lo suyo. Representaban el papel femenino a las mil maravillas.

A Bob, por su parte, se le veía apasionado y muy pero que muy feliz.

Grabé unas tres horas y media de vídeo antes de que terminara la miniorgía alimentada por el alcohol y la droga. Esperé a que todo el mundo en la habitación 39 se hubiera duchado, vestido y marchado; luego me acosté en la cama con el artículo más importante de mi bolsa de trucos de detective: una petaquita plateada llena de bourbon de veinte años con un cien por cien de alcohol.

Mis sueños giraron en torno al régimen de aislamiento y la barra de hierro que se me había caído mientras me sacaban a rastras de aquella celda. En la pesadilla descargaba sobre la cara de Mink los puñetazos más fuertes y satisfactorios que había dado nunca.

5

Desperté a las 11: 07 según el reloj digital que había junto a la cama. La resaca era bastante suave, teniendo en cuenta lo que podría haber sido. La habitación no me daba vueltas; temblaba nada más. Y la cabeza me dolía solo si la movía muy rápido o miraba directamente la luz.

Pasaron por lo menos diez minutos antes de que recordase la carta de Beatrice/Nathali. Pero no había tiempo de pensar en eso. Me había levantado tan tarde que tenía que apresurarme si quería llegar a tiempo al Gucci Diner.

Mi móvil sonó cuando cruzaba el túnel de Holland. Puse el altavoz y contesté:

—¿Sí?

—¿Papá?

—¿No tendrías que estar en clase, A. D.?

—Estoy entre clases y quería decirte que te he concertado una cita con una mujer llamada Willa Portman a las cuatro de esta tarde. Te he enviado un mensaje de texto, pero a veces no los lees.

—¿Para qué es esa cita?

—Quiere contratarte para que hagas un trabajo de investigación.

—¿De qué tipo?

—No lo ha dicho, pero parecía simpática.

—¿Por teléfono?

—Qué va. Ha venido.

—De acuerdo. Allí estaré.

—Pues nos vemos. Te quiero, papá.

Entre el dolor de cabeza, el tráfico de mediodía en Manhattan y elaborar el discurso que tenía que pronunciar, no tuve mucho tiempo para cavilar sobre Beatrice Summers y el peligro que podía suponer su confesión.

El Gucci Diner quedaba bastante lejos en el lado este de la calle Cincuenta y nueve. Era un negocio familiar que llevaba décadas allí. Conocía el establecimiento porque a mi padre le gustaba ir cuando él y mi madre seguían juntos. El patriarca, Lamberto Orelli, tuvo la previsión de comprar el edificio de tres plantas, y hasta el momento ninguna oferta inmobiliaria desorbitada había conseguido sacarlos de allí. Estacioné el coche en un aparcamiento y fui al banco de una parada de autobús en la acera de enfrente a sentarme y esperar. Me pregunté si de

algún modo podría olvidar la carta, a Beatrice y a Adamo Cortez (fuera quien fuese). Puede que, si esperaba lo suficiente, la ira y el miedo volverían a remitir, lo que me permitiría continuar criando a mi hija y seguir a notables pervertidos de aquí para allá cruzando fronteras estatales.

Llevaba aspirinas en la mochila y agua embotellada, pero prefería sentirme mal. Parecía una respuesta adecuada a quien era y lo que era.

Bob Acres apareció exactamente a las 13:15. Fue a su mesa habitual y se sentó con el *New York Times*, el *Wall Street Journal* y el *Daily News*.

Dejé que pidiera y le sirviesen antes de entrar por la puerta del Gucci y acercarme tranquilamente hasta la mesa del político. Me senté sin que mediara invitación y miré a mi presa a los ojos.

—¿Sí? —dijo.

—¿Quién le informó de que le estaban siguiendo?

Acres abrió la boca pero no habló.

—Me refiero —continué— a que es la única razón que puede haber tenido para instalar un temporizador para la luz justo esta semana.

Bob me caía bien. Era un desviado y, para colmo, republicano, pero todos tenemos nuestros rincones oscuros.Yo me habría convertido en asesino si no se me llega a caer aquella barra de hierro.

—¿Quién lo contrató? —preguntó Bob.

En vez de contestar, saqué el iPad, enredé un poco con el dispositivo y le mostré la pantalla, en la que había toda una página de imágenes en miniatura que yo había tomado mientras se lo follaban.

Fue mirando las fotografías, analizándolas una tras otra. No asomó a su rostro ninguna expresión que pudiera desentrañar, lo que me llevó a pensar que probablemente había salido ganando en la partida de póquer a la que fue.

—¿Quién lo contrató para hacer estas fotos? —preguntó al levantar la vista.

El tipo me caía bien.

—Dijo que se llamaba Cynthia Acres —respondí.

Eso hizo que se le tensaran los párpados.

—¿Cindy? —Bien podría haber sido un niño cayendo en la cuenta de la primera traición de su madre.

—Eso dijo, pero cuando la investigué vi que era una doble enviada por una tercera parte para facilitarle a Albert Stoneman trapos sucios sobre usted.

—Entonces ¿no era mi mujer?

—No. No era un asunto de amor, sino de política sin más.

—Así que lo contrató Stoneman.

—Probablemente me contrató. La mujer que se hace pasar por su esposa trabaja para un tipo llamado Ossa James. Ossa es un asesor político a sueldo de Stoneman.

Acres levantó la mano derecha con la palma hacia su cara; luego se frotó el centro de la palma con los dedos de la mano izquierda.

—No lo entiendo —caviló el congresista—. ¿Por qué iban a encargarle que me enseñe las pruebas a mí en lugar de hacerlas públicas? ¿Por qué iban a permitirle que los identifique?

—Mi amo es el dólar, pero no soy ningún esclavo —repuse. Eso solía decir mi padre—. Cuando me di cuenta de que la mujer que me contrató no era su esposa, me mosqueé un poco. Una vez una mujer contó falsedades sobre mí y no me hizo ninguna gracia.

Acres puso las palmas de las manos sobre la mesa.

—¿Le está molestando este hombre? —le preguntó a Bob un tipo fornido. Por el uniforme blanco, pensé que igual era un cocinero. El tono autoritario con que hizo la pregunta quería decir que era o bien un matón, o bien un integrante del clan de los Orelli.

—No, Chris, es el ayudante de otro congresista que ha venido a darme un mensaje.

Chris posó en mí su mirada curtida. Él tenía más músculo, pero seguramente yo estaba mejor preparado. También tenía permiso de armas, aunque por lo general dejaba la pistola en casa o en el maletero del Bianchina; sobre todo por el recuerdo de aquella barra de hierro en mi mano encallecida.

Después de que se fuera el guardaespaldas espontáneo, Acres preguntó:

—Bueno, ¿qué quiere? ¿Y cómo se llama?

—¿La persona que le informó sobre mí no le dio un nombre?

—No. Ella solo me dijo que me estaba siguiendo un detective.

Ella.

—No me hace falta un nombre para esta charla, señor Acres. Y lo que quiero no es tangible.

—No pienso dimitir —dijo.

—Mire, yo soy demócrata y expoli. Tres personas en la habitación de un motel en Nueva Jersey no tienen ninguna importancia para un poli, y que usted sea de derechas tampoco la tiene. Estoy aquí porque un detective medio decente podría vigilarle, seguirle y obtener fotografías así sin tener que esforzarse mucho.

»A mi modo de ver, o bien quiere usted que lo pillen o bien su deseo es tan fuerte que a veces se le va un poco la pinza. Si es lo primero, conozco a un buen terapeuta. Si es lo segundo, conozco a una mujer llamada Mimi Lord. Por una tarifa competente le concertará citas que no lograría descubrir ni el mismísimo Sherlock Holmes.

—¿Eso es todo? —preguntó Bob al ver que yo no continuaba.

—Llamaré a la segunda Cindy y le diré que no logré averiguar nada. Ya me han pagado la

mitad del trabajo. Le diré que está tirando el dinero, que no hace falta que me abone el resto. Pero usted tiene que hacer algo por mí.

—¿Cuánto?

—No se trata de dinero. Tengo que saber quién lo puso al tanto de que le seguía.

Acres tenía los ojos de color avellana a juego con la chaqueta informal tirando a dorada que llevaba ese día. Las pupilas del depravado congresista revelaban su corazón maquinador.

Se me pasó por la cabeza que los detectives y los políticos éramos en cierto modo parecidos. Nos las veíamos con pasión fingiendo en todo momento ser objetivos, aunque no libres de pecado.

—No sé cómo se llama. La que llamó al despacho, fuera quien fuese. Le dijo a la operadora que era una amiga mía. Así consiguió que le pasaran con mi ayudante. Ella le dijo que sabía que un detective me estaba investigando durante mis estancias en Nueva York. Nuestro sistema localizó el número. Se lo puedo enviar desde mi oficina.

Me caía bien, incluso si estaba intentando averiguar mi identidad.

—Claro —dije—. Envíemelo a handy@handy 9987.tv 3.

—¿Qué es eso? —preguntó mientras anotaba la dirección de email.

—Mi correo electrónico —respondí, y sonreí—. Dígame, congresista, ¿por qué fue a ese motel si sabía que había un detective tras sus pasos?

Bajó la mirada y volvió a levantarla. Meneó la cabeza y me ofreció una levísima sonrisa.

—¿Ha dicho que se llama Mimi Lord? —preguntó.

Le anoté el número en una hoja de una libretita que llevaba. La arranqué y se la di.

—Ella se ocupará de usted —aseguré, y me puse en pie.

—¿Y qué pasa con esas fotos?

—¿Qué pasa?

—¿Qué hará con ellas?

—Las borraré de la tableta y luego las olvidaré.

—¿Cómo puedo estar seguro? —indagó recordándome una canción famosa muy antigua.

—No tengo ningún motivo para perjudicarlo, congresista. Si quisiera hacerlo, se las habría dado a Stoneman o le habría pedido a usted el doble.

—Ha dicho que es demócrata —me dijo—. Igual no le gustan mis convicciones políticas.

—Desde que Reagan se cargó los sindicatos, ambos lados del Congreso se han convertido en lacayos de los ricos. Todos son elegidos, pagados y despedidos gracias a la pasta que nos roban del bolsillo a gente como yo.

Acres frunció un poco el ceño. Quizá se sentía insultado, quizá no. En cualquier caso, me dirigió un gesto con la cabeza y yo hice lo propio.

Al salir del Gucci Diner, estaba mejor de lo que me había sentido en bastante tiempo.

6

Unos minutos después de las tres de la tarde estaba de vuelta en la oficina. Mi buen humor había remitido en proporción al recuerdo del régimen de aislamiento y las ramificaciones de la carta de Beatrice Summers.

Una carta.

¿Quién enviaba cartas en estos tiempos? El papel sin pautar era de un tono rosado, y la tinta, azul pavo real. La letra era uniforme, sin borrones ni tachaduras. No había errores ortográficos y las líneas escritas eran rectas y paralelas a las partes superior e inferior de la hoja cortada a máquina.

Todos esos detalles indicaban algo. Había intención detrás de la carta. Se había escrito otro borrador como mínimo en alguna parte y luego se había copiado en papel bueno con una hoja pautada debajo para que las líneas no se torcieran: «adelante, soldados cristianos».

En la base de datos de la Policía de Nueva York, a la que tenía acceso gracias al patrullero Henri Tourneau, no aparecía ningún Adamo Cortez que trabajara en ninguna sección del Cuerpo. La Base de Datos para Investigadores Privados, por la que pagaba mil ochocientos dólares al año, me informó de que durante los últimos nueve años Summers había vivido en el municipio de Odumville, a las afueras de Saint Paul.

Me pregunté qué imaginaría la antigua Nathali cuando pensaba en Dios o qué deidad se habría figurado al cavilar sobre su acólito pecador arrepentido.

Por mi parte, cada vez que cerraba los ojos me veía en aquella celda sin luz otra vez. Olía a meados y sudor. Revoloteaban por la oscuridad insectos batiendo las alas. Hombres gruñían y se lamentaban del otro lado de la sudorosa puerta de metal que me tenía encerrado.

Sonó una campanilla de plata.

Al abrir los ojos, estaba contemplando otra vez Montague Street desde la ventana del segundo piso. Era noviembre, pero el frío no se había asentado todavía. El sol brillaba con fuerza. Una mujer se detuvo en la acera de enfrente y, al levantar la mirada, me vio.

La campanilla de plata volvió a sonar, me espabilé y me aparté de la mirada de aquella viandante al azar. Salí al área de recepción que ocupaba mi hija todos los días después de clase.

La puerta principal de la oficina estaba cerrada con llave, claro. Solo me sentía seguro detrás de puertas cerradas.

La cámara de vigilancia encima del montante por el lado del pasillo transmitía una imagen al pequeño monitor de la pared. Era una mujer blanca, joven y esbelta, vestida en tonos azules y

blancos. Su vestido tenía un aire solo ligeramente profesional. Llevaba un maletín de cuero marrón y una maleta de cabina con ruedas de tejido gris.

Con la mirada levantada hacia el objetivo, tenía la belleza de la juventud, y también la pena.

—¿Quién es? —dije por el portero automático.

—Willa Portman. ¿Es usted el detective Joe Oliver?

Abrí la puerta y dejó escapar un grito ahogado, como si hubiera ocurrido algo chocante.

—Habíamos quedado a las cuatro, ¿no? —pregunté.

—S... sí. Llego con unos minutos de antelación.

—Tengo un amigo que siempre me dice que, llegue cuando llegue, siempre llega justo a tiempo.

Sonrió y, tirando de la maleta de cabina, entró en la oficina.

—Por aquí —dije, al tiempo que señalaba la puerta de mi despacho.

—¿Dónde está Aja? —preguntó mi posible clienta.

—Es estudiante de secundaria, debería llegar en cualquier momento.

Willa me lanzó una mirada preocupada, pero luego cruzó la puerta de mi despacho.

El lugar donde trabajo es una habitación bastante pequeña con techo alto enlucido de blanco y un enorme ventanal del suelo hasta el techo. Las paredes son de ladrillo visto, y el suelo, de madera oscura. La mesa es de fresno, sin cajones. No tengo artículos de oficina ni archivos en el despacho. La zona donde está Aja, que es mucho más grande, hace las veces de almacén de expedientes y material de oficina.

—Siéntese —le dije a la chica nerviosa.

Se planteó la invitación un momento y se sentó en una de las sillas de fresno dispuestas para las visitas.

—Es un despacho poco corriente —dijo mientras movía la cabeza de lado a lado.

—¿Por qué está tan nerviosa?

—Esto... No lo sé, bueno, supongo que estar aquí quiere decir que voy a hacerlo de verdad. Ya sabe, cuando uno solo piensa en hacer algo no es del todo real todavía.

—Sé a qué se refiere —contesté con más énfasis de lo que era mi intención.

Willa, creo yo, detectó la sinceridad en mi entonación, y por lo visto la tranquilizó.

—Me llamo Willa Portman.

—Eso ya lo ha dicho.

—Trabajo como becaria de investigación para Stuart Braun.

—Stuart Braun. Es un pez gordo.

—Sí —dijo con un deje de desdén—. Es un pez gordo, un abogado muy importante para esa gente de la que nadie más se ocupa.

Stuart Braun era el famoso abogado radical que representaba a A Free Man, un periodista militante negro detenido por el asesinato de dos agentes de policía hacía tres años. Habían encontrado a Man, cuyo nombre de nacimiento era Leonard Compton, gravemente herido a unas manzanas del lugar del tiroteo, en el Far West Village. Llevaba el arma que se había utilizado para matar a los agentes. Las balas le habían atravesado limpiamente el cuerpo, conque no se podían identificar las armas que le habían disparado.

Man se negó a implicar a nadie más que pudiera haber estado con él aquella noche y negó haber tenido nada que ver con los asesinatos. Se enfrentaba a la pena de muerte, vigente en el estado de Nueva York para los asesinos de polis. No mostró ningún remordimiento y, en general, rehusó cooperar con la policía o la fiscalía.

Antes de que Braun se involucrara, parecía bastante claro que Nueva York iba a celebrar su primera ejecución en mucho tiempo.

La Máquina Braun, como se le conocía, llevó el caso a nuevas cotas. Después de que Braun demostrara que buena parte de las pruebas contra su cliente habían sido circunstanciales y sus abogados de oficio fueron incompetentes, se le otorgó el derecho de apelación. La prensa sugirió que se estaba preparando un alegato de actuación en defensa propia. Se estaban celebrando manifestaciones a favor de la libertad de Man de costa a costa.

Yo no era partidario suyo. Cuando las víctimas eran polis, yo no era más que otro ladrillo en el Muro Azul. Pocos civiles entendían lo duro que es ser policía cuando casi todo el mundo te teme y recela de ti. El alcalde, el Ayuntamiento y la mitad de la población civil estaban dispuestos a creer lo peor de nosotros, cuando arriesgábamos la vida veinticuatro horas al día siete días a la semana.

Nosotros.

Todavía me consideraba un poli. En mis tiempos en el Cuerpo me habían pegado a traición, acuchillado y escupido, y además había sido grabado por un millar de teléfonos móviles. Cada vez que llevaba a cabo una detención, la comunidad parecía declararse en mi contra. No tenían idea de lo mucho que nos preocupábamos por ellos, por sus vidas.

—¿Así que es usted abogada, señorita Portman?

—Aprobé el examen de ingreso el pasado mes de junio —dijo—. Pero estoy con Braun porque hace la clase de trabajo que me gustaría hacer a mí.

—¿Y qué quiere de mí Stuart Braun? —pregunté.

—Nada.

—Entonces ¿por qué ha venido?

—He venido porque el señor Man es inocente y Stuart Braun está a punto de traicionarlo y deshacerse de él lanzando lastre —respondió la joven.

—Soltando lastre —señalé.

—¿Qué?

—Se suele decir «soltar lastre».

—Ah. —Willa me miró con una mezcla de desesperación e ira en los ojos.

—Creía que Braun estaba decidido a salvar a Man —observé.

—Así era —dijo—, al principio. Reunió toda clase de pruebas contra los polis a los que Manny abatió...

—¿Ha confesado los asesinatos?

—N... no —tartamudeó Willa Portman—. Bueno, sí, pero no tal como dice usted. Ellos intentaban matarlo. Le estaban acechando. Ya habían asesinado a tres de sus hermanos de sangre y dejado paralítico al otro. Iban tras él y, sencillamente, se protegió.

Había estado paseando la mirada mientras hacía esas afirmaciones, pero acabó la frase mirándome a los ojos.

—Entonces —la insté—, Braun estaba reuniendo pruebas...

—Tenía fechas y horas, informes de balística y declaraciones de testigos fiables que podían corroborarse.

—Parece un caso sólido.

—Lo era. Lo es. Pero entonces, hace dos semanas, Stuart, no sé..., se volvió frío. Lo cierto es que no hay otra manera de describirlo. Teníamos que ir a ver a una feligresa llamada Johanna Mudd. La señora Mudd había accedido a testificar que el agente Valence aceptaba sobornos del diácono Mordechai por ponerle en contacto con chicas y chicos sin hogar con el fin de obligarlos a ejercer la prostitución.

—¿Eso lo organizaba una iglesia?

—La Iglesia Baptista del Último Ritual de Cristo sufragaba una organización benéfica que en teoría ayudaba a chicos y chicas huérfanos que se habían escapado de casa. Mordechai y algunos amigos suyos tenían acceso a ellos. Valence, el agente Pratt y otros llevaban el negocio.

—¿Esa es la estrategia de defensa? —pregunté—. ¿Que Man y su banda luchaban contra una red de prostitución?

—No solo eso —dijo—. No solo eso. Manny dice que los polis estaban implicados en toda suerte de actividades delictivas. Había mercancía robada, droga y asesinatos. Si alguien intentaba plantarles cara, lo mataban.

—Pero entonces, una mañana, el honorable señor Braun se volvió frío, me ha dicho.

—Le pregunté cuándo íbamos a ir a ver a la señora Mudd, y dijo que no íbamos a ir. Le pregunté por qué y me contestó que todo lo que nos había contado A Free Man era mentira, que era él mismo quien había matado a sus hermanos de sangre porque iban a delatar a Valence y Pratt.

Eugene Valence, alias Yollo, y Anton Pratt eran los polis por cuyo asesinato había sido condenado Man. Eran agentes condecorados que a menudo trabajaban como guardaespaldas del alcalde y dignatarios de visita.

—Quizá Braun dice la verdad —insinué. Conocía a demasiados polis inocentes acusados de delitos que no habían cometido. Yo era uno de ellos.

—La señora Mudd ha desaparecido —me anunció Willa—. Fui a hablar con ella unos días más tarde, porque no conseguía localizarla por teléfono. Su hijo Rondrew me aseguró que nadie sabía dónde estaba. Que fue a reunirse con Stuart y no volvió.

Suspiré. Fue una exhalación inesperada. Como bien sabía, era debida a que la posible clienta había captado mi interés.

Entrelazó las manos y miró el suelo de madera noble.

—Hola. —Aja estaba en el umbral. Sonreía, su cabello corto erizado en ángulos diversos igual que un campo de hierbas silvestres rematadas en punta. Llevaba los vaqueros tan ceñidos que para el caso podrían haber sido pintados, y la blusa no le llegaba hasta la cintura ni mucho menos.

Sentí deseos de preguntarle si cumplía las normas de vestimenta del instituto, pero entonces Willa levantó la mirada con los ojos anegados en lágrimas.

—Ay, cielo —exclamó mi hija, que se precipitó hacia la abogada, se arrodilló y la abrazó.

Entre mi súbito suspiro y la preocupación de Aja, no me cupo duda de que dedicaría por lo menos uno o dos días a investigar el caso de Portman.

—Ven conmigo. —Aja ayudó a la joven entristecida a levantarse de la silla. Después de la maniobra de despegue fueron al cuarto de baño anexo a la zona de recepción.

En su ausencia intenté ver una relación entre la carta de Beatrice y el caso de A Free Man. Sabía que no había vínculo directo, pero las similitudes podían ofrecerme la oportunidad de resolver un caso tan parecido al mío que quizá tuviera cierta sensación de pasar página sin necesidad de volver a Rikers.

Si Man era inocente y lograba que fuera puesto en libertad, sería, en cierto modo, como liberarme yo mismo.

Estaba mirando por la ventana otra vez.

—Lo siento, señor Oliver —se disculpó Willa Portman detrás de mí.

—¿Quieres que tome notas, papá?

—Quiero que bajes a la tienda —dije— y me compres un paquete de esas libretitas que uso.

—Pero puedo tomar notas aquí.

—Venga. —Me levanté para dejarle más clara la directiva.

A menudo entre familiares las palabras significan mucho menos que los tonos y las miradas. Aja vio que necesitaba que se ausentara de la oficina y obedeció.

Por la puerta abierta alcancé a ver que A. D. recogía la mochila y salía por delante. Esperé quizá diez segundos y luego volví a sentarme de cara a la chica de ojos húmedos.

—Ya ve los problemas que conlleva todo esto —observé.

—¿Por eso le ha pedido a Aja que se vaya?

—Ella es mi hija y usted es algo así como veinte kilómetros de carretera en mal estado. —Willa hizo un gesto de dolor—. Con que solo sea verdad una de las cosas que me ha contado —continué—, hay malas noticias y asesinatos para dar y regalar.

—Pero Manny es inocente —gimoteó.

—Creía que estaba casado.

—¿Qué?

—Por cómo habla de él, cualquiera diría que es su novia.

—No.

—¿De verdad?

Su manera de mirarme casi me hizo sonreír. El magnetismo entre los jóvenes amantes (incluso cuando son viejos) es la gravedad del alma; innegable, incuestionable y, tarde o temprano, inoportuna.

—Solo una vez —reconoció—. Cuando Stuart tenía que ocuparse de otro caso y yo estaba grabando la declaración de Manny. Yo... yo respeto a Marin. Ella es la madre de su hijo; pero, como no están legalmente casados, no le dejan verlo si no es detrás de una pantalla de plexiglás... Él necesitaba a alguien.

—¿De verdad ha desaparecido Johanna Mudd?

—Sí.

—¿Y Braun se ha retirado del caso?

—Pasó los expedientes por la trituradora —aseguró—. Dijo que no eran más que embustes.

—¿Así que ya no hay pruebas?

Alargó el brazo y posó la mano sobre la maleta de cabina.

—Cuando empecé a trabajar para el señor Braun, mi asesora universitaria, Sharon Mittleman, me dijo que hiciera siempre copias por si se perdía algo. El señor Braun no quería que los expedientes se archivaran informáticamente. Decía que los hackers podían acceder a cualquier dispositivo de almacenamiento. Así que yo iba por la noche para usar la fotocopiadora.

—¿Qué tiene? —pregunté. Mi respeto por la posible clienta iba en aumento a cada palabra que decía.

—Tres mil trescientos diecisiete folios a doble cara.

—¿Seis mil páginas?

—Más cerca de siete mil.

Siete mil páginas. De pronto me entró miedo. Cualquier prueba le resulta útil a un detective, pero me imaginé leyendo todos aquellos folios mientras una sombra se me acercaba sigilosa por detrás con una pistola cargada en su mano totalmente sólida.

—Sabe que no puedo trabajar *pro bono* como Braun —dije, buscando a la desesperada una estrategia de salida.

Dejó el maletín encima de la mesa y lo abrió, revelando fajos y más fajos de billetes de

cincuenta dólares sujetos con tiras de papel.

—Casi diecinueve mil dólares —dijo—. Es la mitad de una herencia que me dejó mi abuela. Sé que no podemos ir a la policía y tampoco puede haber ningún contacto entre nosotros. He estado sacando dinero de la cuenta, de mil en mil dólares. Quiero que usted demuestre que Manny es inocente y consiga que lo pongan en libertad.

—¿Y si luego quiere volver con Marin? —pregunté.

—Si quieres a alguien, lo dejas en libertad[1] —dijo con toda la intensidad de la canción pop.

Viendo a la bonita joven con esa cara tan tan triste, pensé en las últimas veinticuatro horas y en lo mucho que yo había cambiado. Entre el congresista Acres y Beatrice Summers, estaba a punto de convertirme en alguien, en algo nuevo.

A punto, pero sin haber cruzado la línea todavía.

—Quédese un día más con este dinero —dije.

—¿Por qué?

—Voy a revisar todos estos documentos y después tomaré una decisión.

—Todo lo que estoy diciendo es verdad.

—Es posible, pero, aun así, tengo que convencerme.

—Pero es mi única esperanza, la única esperanza de Manny.

—¿Por qué cree siquiera que puede confiar en mí? —pregunté. Las divinas palabras brotaron de mis labios igual que Atenea de la frente de Zeus.

—Jacob Storell.

7

Jacob era hijo de Thomas y Margherita Storell. El padre poseía y regentaba una pequeña ferretería en el Lower East Side y la madre era directora de un club privado para mujeres llamado Dryads. Tom vendía martillos y clavos mientras Rita y sus amigas rezaban a los espíritus de los árboles.

La mujer me llamó después de leer la primera línea de mi anuncio en las Páginas Amarillas —SERVICIOS DE INVESTIGACIÓN KING— gracias a la palabra «servicios». Le pareció que el uso de esa palabra implicaba dedicación y dignidad.

De eso hacía ocho años. El divorcio se demoraba y el abogado de Monica había amenazado con embargar mis nuevas cuentas bancarias si no le pagaba la tarifa inicial.

Me hacía falta un trabajo, cualquier trabajo.

Tom Storell me contó que su hijo había sido detenido por robo. Había entrado en una tienda de artículos de oficina también en el East Village y vaciado la caja registradora mientras el dependiente estaba con un cliente en un pasillo al fondo del establecimiento. Llamaron a la policía y casualmente estaba a escasos segundos de allí. Detuvieron a Jacob antes de que hubiera llegado a la esquina.

—Lo que necesita es un abogado —les aconsejé—, no un detective.

—La policía tiene una grabación en vídeo —dijo Tom con convicción desesperada.

—Pero estamos seguros de que nunca haría algo así —añadió Margherita—. Es tan bueno que ya desde pequeño los demás niños le hacían meterse en problemas. Vaya a verlo. Revise las pruebas. Nos haría un gran favor.

Así pues, por un adelanto de ochenta dólares de la tarifa de cuatrocientos, fui a la comisaría del East Village y solicité ver a mi cliente.

—A ti te condenaron por falta de ética profesional, ¿no? —preguntó el sargento de guardia.

—Fui falsamente acusado —repliqué.

El poli, de cincuenta y tantos, era fornido y estaba pálido. Tenía algún que otro pelillo en las mejillas, por lo demás afeitadas, y sus ojos habían perdido el color casi por completo. Estaba a tres palmos de él, pero imaginé un olor rancio y retrocedí medio paso.

—Sala de interrogatorios 9 —me dijo el sargento. No llegué a averiguar su nombre. Me entregó una fundita de plástico transparente con una tarjeta roja dentro en la que se me identificaba como V 9.

Cuando iba por el pasillo en dirección a las salas de interrogatorios, me sobrevino una súbita claustrofobia. Tuve la sensación de que las paredes se me echaban encima. Notaba el suelo inestable, y el olor imaginado del sargento sin nombre se había vuelto acre en mis fosas nasales.

Di un traspié y mantuve el equilibrio apoyando la mano izquierda en la pared que me abrumaba.

—Joder, tío —dijo un hombre, a la vez que me pasaba la mano bajo la axila izquierda—. ¿Estás bien?

Era asiático, probablemente chino, iba vestido con uniforme de patrullero y llevaba gafas redondas de montura negra. Tenía una mirada amistosa y no olía en absoluto.

—Gracias —dije—. Supongo que los días se amontonan.

—Y cada vez quedan menos —añadió—. ¿No eres Joe Oliver?

—Sí.

—Tío, vaya putada te hicieron. Si yo hubiera sido el inspector a cargo de aquella investigación, nunca hubiese salido a la luz un vídeo. Bueno, no le pegaste a aquella tía ni nada por el estilo.

Por aquel entonces, eso no hacía sino alimentar mi malestar. Lo lógico hubiera sido que un colega de azul «extraviara» una prueba como aquella. Y los agentes de policía siempre eran los primeros en ver el escenario.

—Gracias —dije irguiéndome—. ¿Cómo te llamas?

—Archie, Archie Zhao.

—¿La sala de interrogatorios número 9 está por ahí, Archie?

—Al doblar la esquina.

En esa comisaria, las salas de interrogatorios no eran más que armarios para artículos de limpieza. Cuando abrí la puerta con cierre automático, el único ocupante se estremeció en la silla y levantó las manos hasta donde se lo permitían las cadenas.

Era un joven bajo y gordinflón con vaqueros y camisa de cuadros de manga larga. Por el aspecto de su cara, había recibido una buena paliza. Tenía el ojo izquierdo cerrado por completo y el labio inferior partido, además de un hematoma del tamaño de una pelota de golf en el pómulo derecho.

—Confesaré si quiere que lo haga —se ofreció.

No hizo falta que dijera nada más. Yo había estado en su lugar no mucho tiempo atrás. Hubo momentos en que hubiera dicho cualquier cosa para eludir el miedo a lo que pudiese ocurrir a continuación.

—Vengo de parte de tu madre, Jacob.

—Ah, ¿sí? —Abrió un ojo de par en par mientras se esforzaba por ver algo con el otro.

—¿Estás bien?

—Me han pegado. Me han pegado mucho.

—¿Robaste ese dinero?

—¿Va a llevarme a casa?

Por su aspecto, habría dicho que tenía en torno a veinticinco años, pero hablaba y se comportaba como un niño.

—Ahora mismo no, pero, si contestas mis preguntas con sinceridad, haré todo lo posible por demostrar tu inocencia.

Fue entonces cuando se echó a llorar. Apoyó la cara en las manos encadenadas y sollozó. Me senté frente a él al otro lado de la mesa de detención y esperé. Poco a poco los lloros se tiñeron de miedo y se hicieron más intensos. Empezó a gritar y a intentar quitarse las esposas, unidas a una cadena que atravesaba un agujero en la mesa y estaba amarrada a una argolla de acero anclada al suelo de hormigón.

Guardé silencio y le dejé que se desahogara. Sabía lo que se sentía.

Un rato después se calmó y se sentó erguido, más o menos.

—Lo siento —murmuró.

—No pasa nada —dije—. Te detienen por algo que no hiciste y luego te dan una paliza por decir la verdad.

Jacob me miró con su ojo de Quasimodo.

—¿Por qué cogiste el dinero de la caja registradora? —pregunté.

—Sheila me dijo que podía.

—¿Quién es Sheila?

—Una amiga que hice.

—¿Dónde la conociste?

—En el parque de Bowery. Dijo que su padre tenía una tienda y que nos iba a dar dinero para cenar. Tenía mucha hambre.

Todo el asunto llevó unas tres horas. Logré que el agente Zhao me dejara ver la grabación de la cámara de seguridad del escenario. Era evidente que alguien fuera de plano le estaba diciendo a Jacob qué hacer; probablemente Sheila. Y lo más seguro es que ella tuviera otro amigo que estaba entreteniendo al dependiente en un pasillo al fondo.

El informe de los agentes que habían efectuado la detención decía que el sospechoso no llevaba dinero encima. Estaba a solo tres puertas y ya le habían cogido el dinero.

El inspector a cargo del interrogatorio era Buddy McEnery, un tipo de mi quinta que tomaba atajos siempre que podía.

Yo también tenía mi reputación. Me gustaban las mujeres y era muy puntilloso con los detalles. Casi todas mis detenciones pasaban a ser condenas.

Convencí a Buddy de que accediera a otras cámaras de vigilancia de la zona para dar con una

imagen de Jacob saliendo del establecimiento.

—Seguro que hay algún plano de la chica y el chico, o quizá las dos chicas, que engañaron al chaval.

—Aun así, el dinero lo cogió él —remachó Buddy, un irlandés moreno.

—¿Has hablado con él?

—Claro —aseguró—, con este. —Levantó el puño izquierdo.

—Seguro que en su expediente de secundaria pone que es un alumno con necesidades especiales.

—¿Un retrasado?

—Deja que lo lleve a casa, Bud, antes de que os metan un puro a ti y a tu departamento.

McEnery llevaba un traje gris que había adquirido un lustre plateado con el tiempo. Me miró fijamente, sus labios contorneados por el desprecio, y al final dijo:

—Ya no eres uno de los nuestros, ¿verdad?

—Jacob es un buen chico —le dije a Willa—, pero no creo que sea una referencia fiable.

—Jackie era mozo de almacén en la ferretería de mi padre —respondió—. Era una especie de amigo. Me habló de ti, y su madre dijo que conseguiste sacarlo de la cárcel en apenas unas horas. Cuando le pregunté si debía contratarte, me aseguró que tenías un compromiso con el servicio y la verdad.

No creo en lo sobrenatural, pero hay gente que parece ver cosas que a mí se me escapan. No sé si es cuestión de inteligencia o de una clase de percepción que no alcanzo a comprender, pero hay personas en las que confío más allá de los límites de la simple lógica. Aunque solo la había visto una vez, Margherita Storell era una de esas personas.

—¿O sea que revisará los documentos esta noche? —preguntó la bisoña abogada.

—Deme doscientos cincuenta en efectivo y los leeré. Quizá pueda darle algún consejo, quizá no.

—¿Es posible que acepte el caso si cree que lo merece?

Esperé cuatro compases antes de decir:

—Es posible.

Willa se marchó y, durante un rato, me quedé a solas y en paz tal como un soldado durante la Primera Guerra Mundial estaba en paz en las trincheras a la espera del siguiente ataque, la gripe definitiva o quizá la llegada del gas mostaza arrastrándose por el borde de una trinchera que tal vez se convertiría en su tumba.

Estaba pensando en Acres y en Summers y ahora también pensaba en Man.

Para despejar esas inquietudes me conecté a Internet, con la esperanza de encontrar buenas noticias o por lo menos algún anuncio que mereciera la pena.

El decimoséptimo correo de la lista era de bacres 1119@repbacres.com. El único mensaje era un número de teléfono.

8

Después de trabajar, llevé a Aja-Denise a un nuevo bistró francés en Montague llamado Le Sauvage. Yo tomé *boeuf bourguignon* y ella, *coq au vin*. El vino tinto era bueno y solo le dejé tomar un sorbo.

—¿Vas a aceptar el caso de Willa? —preguntó después de que le impidiera volver a probarlo.

—¿Qué te contó?

—Que ese tipo, A Free Man, es inocente y ella cree que puedes demostrarlo.

—No se lo menciones a nadie —le advertí.

—No lo haré. Solo estoy hablando contigo.

Un hombre a dos mesas de la nuestra nos miraba de reojo de vez en cuando.

—Hay otra cosa —continué.

—¿Qué?

—¿Usas el ordenador que te di?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Alguna vez te lo llevas a casa?

—Es un portátil, pero pesa como seis kilos. No me llevaría ese trasto a ninguna parte.

—Así que nunca te lo llevas a casa.

—Qué va —respondió, pero noté un espejeo de vacilación en sus ojos.

—¿Qué?

—Los expedientes están en la nube. Por lo general descargo el trabajo al ordenador una vez a la semana para poner al día algo que igual no he acabado. ¿Tiene eso algo de malo?

Adoro a mi hija. Si tuviera que pasar el resto de mi vida en un ataúd mohoso enterrado bajo tres metros de hormigón sin oír otra música que polcas, lo haría por ella.

—¿Pasa algo, papá?

—No, cariño. Es un poco tarde. Voy a llevarte a casa.

—Vale. ¿Vas a aceptar el caso de Man? —preguntó cuando nos levantábamos.

—Haz el favor de no volver a mencionar ese hombre. Ni a tu madre ni a ninguna otra persona.

—De acuerdo. —Me miró suplicante para recalcar la promesa.

Había aparcado cerca de Montague, pero antes de que llegáramos muy lejos nos llamó alguien.

—Oigan —dijo. Venía hacia nosotros desde la entrada de Le Sauvage.

Me pregunté si me habría dejado algo.

Era el tipo que nos había estado mirando de reojo: un blanco de alrededor de uno ochenta con una cazadora deportiva verde y amarilla, y camisa y pantalones negros.

—Oigan —repitió al llegar a nuestra altura.

Sus zapatos tenían aspecto de estar hechos de paja trenzada.

—No tienes por qué ir con él —le dijo a mi hija.

—¿Eh? —respondió ella.

No supe si lanzarle un gancho a la cara o darle un beso en los labios.

—Te equivocas, tío —dije—. Es mi hija.

Parpadeó y luego miró con más atención. Hay cierto parecido si se escudriña a través del optimismo y el dolor.

—Ah. Lo siento mucho. Perdonen. Había pensado que...

—Mira —añadí—. Es de agradecer que te preocupes por una joven, pero aquí no hay ningún problema.

—¿Había pensado que era mi novio? —preguntó con incredulidad mi hija, tan inocente.

—A mi hija menor se la llevó la calle —dijo dirigiéndose a mí.

—La próxima vez es mejor que hagas una foto con el móvil y llames a la poli —sugerí—. Eso es mucho más seguro.

El trayecto a Plum Beach fue divertido. A Aja le encantaba escuchar a Sidney Bechet porque «su trompeta sonaba como si alguien estuviera hablando».

Le conté la historia de cómo Bechet retó a duelo a otro músico en París porque el tipo le había dicho que no tocaba las notas adecuadas.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿Le pegó un tiro al otro tipo?

—Eran mejores músicos de jazz que tiradores. Resultó herido alguien que pasaba por allí. Me parece que era una mujer.

—Eso mismo me ocurrirá a mí si hablo de tus casos, ¿no? —señaló.

—Probablemente no, pero no lo descartes.

El marido de Monica salió a la puerta de su casa de tres plantas de piedra blanca. Esperaba que mi hija llegara sola.

—Joe —dijo.

—Coleman.

—¿Qué haces aquí?

—Papá tiene que hablar con mamá —respondió Aja en tono de autoridad.

—¿De qué? —Coleman Tesserat me dirigió a mí la pregunta.

—¿Joe? —dijo Monica desde el descansillo del primer piso.

—Hola, Monica —saludé—. Tengo que hablar de una cosa contigo.

—Llámame mañana.

—No puedo —contesté—. Es CVM.

Me las arreglé para no sonreír al ver cómo se le fruncían los labios a Coleman. Quería que Aja le llamara «papá» y no le hacía ninguna gracia que su mujer y yo tuviéramos un sistema secreto de abreviaturas para comunicarnos.

Mi exmujer rezongó y luego dijo:

—Déjame que me ponga algo. Nos vemos en la cocina.

—Me quedo contigo hasta que baje —se ofreció mi hija.

—Tienes que acostarte —dijo Coleman.

Era un negro de piel clara bien parecido. Medía más o menos lo mismo que yo y era diez años menor que mi ex. Coleman era agente de inversiones y tenía una posición bastante acomodada; era de esos a los que les gusta poseer cosas, o por lo menos controlarlas. Me gustaba esa característica suya porque sacaba de quicio a mi hija.

La mirada asesina que le lanzó fue una monada viniendo de una chica de diecisiete años que vivía en un ambiente protegido, pero algún día Coleman y Monica se darían cuenta del odio que se iba cocinando debajo a fuego lento.

—Vale —obedeció Aja. Luego me dio un beso en la mejilla y susurró—: Buenas noches.

Crucé la sala de estar de la planta baja hasta una zona comedor más pequeña y entré en la cocina en forma de L. Me senté a la mesita donde la familia de tres desayunaba y a veces cenaba.

Estaba pensando en la mejor manera de abordar la charla en serio que teníamos que mantener. CVM significaba «cuestión de vida o muerte» en nuestro código. Al oírlo, Monica supo que yo iba en serio.

Unos quince minutos después, entró Monica con un chándal de color verde azulado. Coleman venía detrás. Vestía vaqueros y una camiseta negra.

—¿Y bien? —preguntó él—. ¿De qué se trata?

—Dile que se vaya —le dije a mi ex.

—Tú no me das órdenes en mi casa —replicó Coleman.

—Por favor, C. C. —dijo Monica casi en un susurro.

Él tenía ganas de pelea. Yo también. En cambio, él dio media vuelta, cruzó las habitaciones hasta las, escaleras, y subió camino de la cama dando fuertes pisotones igual que Rumpelstiltskin después de una dura jornada ganando oro en su rueca de Wall Street.

Cuando estuvimos seguros de que se había ido, ella dijo:

—¿Qué pasa?

—No dejas de meterte conmigo, M. —repuse—. Me envías cartas amenazantes, haces que los abogados me envíen cartas amenazantes, y de vez en cuando intentas buscarme las cosquillas a

través de A. D. No pasa nada. Me lo tomo con calma. No vengo aquí y te pregunto por qué no hiciste nada para ayudarme a mí, el padre de tu hija, cuando intentaban enterrarme tras los muros de la cárcel.

—Ya sabes por qué —dijo, con el tono de Moisés en las alturas.

—¿Así que me haces esto? —pregunté, pasándome el dedo por la profunda cicatriz en la mejilla derecha.

—Yo no te rajé.

—Pero podrías haber evitado que me rajaran. Podrías haber retirado nuestros ahorros y haberme sacado bajo fianza.

—Tenía que preocuparme de nuestra hija, de su futuro.

—Sí —convine en cierto modo—. Y la mejor manera de protegerla es asegurarte de que yo siga pagando lo que ella necesita para vivir.

—Coleman nos proporciona lo necesario.

—Pero viene bien tener un cheque extra. Hasta un sueldo de seis cifras andaría justo para estar a la altura de lo que cobran en Columbia.

—¿Qué quieres, Joe?

—Me gustaría que dejaras de intentar que me peguen un tiro.

La expresión de su rostro era la de una inocente oyendo los desvaríos de un idiota.

—Cuando llamaste a Bob Acres —continué—, no sabías cuáles eran las circunstancias.

Su gesto despectivo se desdibujó.

Monica había sido una joven preciosa. Tenía la piel marrón intenso y rasgos que remitían a África occidental. Era cariñosa y sexy, lista y leal. La había traicionado, no había excusa para algo así, pero que me dejara pudrirme en Rikers había sido más que suficiente.

—Si pones sobre aviso a un hombre que estoy investigando, yo podría acabar muerto. ¿Y si decido investigar a Coleman? ¿Qué clase de trapos sucios encontraría sobre él?

Conocía, al menos en parte, la respuesta a esa pregunta. Estaba bastante seguro de que ella también.

—Nunca... nunca he oído hablar de un tal Bob Acres —dijo sin mucha convicción—. ¿Es ese congresista?

—Me envió el número de la persona que avisó a su ayudante. Era tu móvil.

—Coleman no tiene nada que ver con esto.

—Llévame a los tribunales, denúnciame a las autoridades cuando me retraso seis días en el pago de la pensión, cuéntale a mi hija exactamente qué hice para enfurecerte tanto —enumeré—, pero, si vuelves a putearme con el trabajo, haré que lo lamentes. Te joderé esta vida perfecta que tienes hasta tal punto que no podrás ni salir a coger aire. ¿Lo entiendes?

No esperé a que contestara. Me levanté, desanduve mis pasos hasta la puerta principal y salí a la calle.

Había refrescado el ambiente. Me gustaba.

9

Encima de mi oficina, en el primer piso, está el apartamento donde vivo. También tiene los techos a cinco metros de altura y dos magníficos ventanales con vistas a una calle cada vez más aburguesada. Puse unas cortinas de color rojo intenso del techo al suelo hechas de un tejido liviano derivado, de algún modo, del bambú. Las abro por la noche porque las luces están en la parte delantera del espacio y nadie puede ver el interior.

Todo mi apartamento es una gran sala diáfana y un cuarto de baño. Tengo una profunda bañera de hierro con patas, una cama de matrimonio extragrande encima de un estrado de noventa centímetros de alto y una mesa de caoba de más de cien años de antigüedad.

Dejé el resto del espacio a oscuras, encendí la lámpara de la mesa y abrí la maleta llena de expedientes que trajo Willa Portman.

No sé si era Willa o su jefe, pero uno de los dos era muy organizado. La carpeta azul encima del enorme montón de papel era un índice que prácticamente describía la defensa de A Free Man, antes Leonard Compton. Contenía su historia personal, sus implicaciones políticas, su trabajo y experiencia militar, y los acontecimientos que desembocaron en la noche de la muerte de los agentes, Valence y Pratt.

Encima de la página del índice de la carpeta azul había una fotografía de siete por quince de una sonriente mujer negra de mediana edad. La sonrisa revelaba un diente superior de oro, y los ojos hacían pensar en inteligencia y certidumbre. Escrito con rotulador rojo en la parte inferior de la fotografía estaba el nombre: JOHANNA MUDD. Willa Portman, no me cabía duda, había puesto ahí la foto porque la desaparición de la señora Mudd era el motivo de la investigación.

Cuando aún era Leonard Compton, Man sirvió como sargento mayor en la Guardia Nacional. Había obtenido altas calificaciones como tirador y ganado muchas medallas, lo que atestiguaba su valentía y lealtad a la nación. Cuando dejó las fuerzas armadas se matriculó en el City College y llegó a ser profesor de secundaria en el Upper Manhattan, donde se esforzaba por que sus alumnos, chicos y chicas, no se metieran en líos.

Leonard escribía artículos para un periódico de las afueras de escasa tirada llamado *La trompeta del pueblo*. Empezó escribiendo sobre su experiencia militar, pero con el paso del tiempo comenzó a detallar crímenes cometidos contra los jóvenes en las inmediaciones de los barrios negros de la ciudad de Nueva York.

En algún momento se unió a un grupo llamado los Hermanos de Sangre de Broadway, o quizá lo fundó. Este grupo constaba de cinco hombres y dos mujeres.

Tanya Lark había sido una de las historias de éxito de Man. Era una asesina que formaba parte

de una banda y asustaba a todo aquel que conocía hasta que él le enseñó que la ira y la violencia se podían redirigir para ayudar a la comunidad.

Greg Lowman era guardia de seguridad de Trickster Enterprises, una compañía juguetera que se había diversificado (según las fuentes de Braun) en varios negocios tecnológicos. Lowman era un socio negro de la Asociación Nacional del Rifle y creía firmemente en el derecho de todo estadounidense a defenderse.

Christopher Carson, alias Kit, había cumplido seis condenas en la cárcel, sobre todo por robo con allanamiento. Una de ellas se debía a una detención llevada a cabo por Pratt.

Son Mali era un africanista convencido de que algún día una revolución haría pedazos Estados Unidos. De día trabajaba como maestro fontanero.

Lamont Charles era el miembro más escurridizo de los Hermanos de Sangre de Broadway. Era sospechoso de ser un timador al que nunca habían trincado, un seductor de proporciones casi míticas y un jugador de póquer tan devastador que solo le permitían acceder a ciertas partidas profesionales desde Atlantic City hasta Las Vegas.

Lana Ruiz era una dominicana que le había rebanado el gaznate a su chulo mientras dormía, pero de algún modo logró que un juez considerase que lo había hecho en defensa propia. Su imagen era la de una preciosa mujer de piel oscura que se mostraba desafiante incluso sonriendo para la foto.

Los HSB no eran un grupo afortunado. Lowman, Carson y Mali habían sido asesinados en los dieciocho meses anteriores al tiroteo de Man con Pratt y Valence. Lamont Charles fue abatido pero sobrevivió; había quedado tetrapléjico y vivía en una clínica en Coney Island.

Mientras que Lana Ruiz fue condenada por robo a mano armada e intento de homicidio, Tanya Lark había desaparecido del mapa por completo.

Era un caos considerable hasta para un grupo político militante, incluso un sábado de verano por la noche en Brownsville, Nueva York.

Había una larga lista de testigos que aseguraban que los polis muertos estaban implicados en actividades delictivas, y dos testigos que en un primer momento declararon que los polis abrieron fuego contra Man (su testimonio fue casi idéntico), solo para retractarse con tres días de diferencia.

Aunque Braun no lo había mencionado en su argumentación, yo no atinaba a entender por qué el antiguo Leonard Compton habría de decidir enfrentarse a los polis en un tiroteo de dos contra uno. Él era tirador experto y ellos profesionales entrenados. ¿Por qué no se apostó en un tejado y los abatió durante alguna de sus misiones?

¿Y a qué venía abandonar un caso solo porque el cliente podía haber sido culpable? El deber de un abogado era atenerse a la ley, no preocuparse por el bien y el mal.

Debía de haber leído cuatrocientas páginas cuando me di cuenta de que ya eran casi las cinco de la madrugada. Tendría que haberme acostado, pero todas las pruebas me llevaban a pensar que si Adamo Cortez no era el nombre de un agente de la Policía de Nueva York, quizá fuera un apodo oficial o el nombre de un informador confidencial.

Fue en ese momento cuando supe que iba a ocuparme de ambos casos: la trampa que me tendieron y la condena por asesinato de A Free Man.

Nací para ser investigador. Para mí ese trabajo era como hacer un puzle en tres dimensiones al natural que al final sería una representación exacta del mundo real.

Del profundo cajón inferior de mi antiquísima mesa saqué dos resmas de papel, las dos de tonos pastel: una azul y la otra rosa. Así podría aunar el desarrollo de las investigaciones siguiendo dos líneas diferentes. En mi carrera frustrada, había usado hasta cinco colores distintos para orientarme.

Me habían pagado doscientos cincuenta dólares por una jornada de dieciocho horas para ver si las dos investigaciones eran coherentes. Tenía el camino despejado porque nadie sabía lo que me traía entre manos.

Como primer paso cogí una hoja blanca del cajón superior y escribí en el encabezamiento: ELEMENTOS COMUNES.

El primer asunto que tenía que plantearme en ambos casos era si necesitaba o no un socio en el proceso.

Consideré a Gladstone Palmer. Era mi amigo; de eso no cabía duda. Fue a Rikers y se aseguró de que yo estuviera a salvo en régimen de aislamiento. Cuando trabajaba setenta horas a la semana en dos empleos como vigilante de seguridad, me prestó dinero para que montara la agencia de detectives, y luego me envió a mis primeros clientes. Y Glad sabía cómo funcionaba el Cuerpo. Tenía contactos en todos los distritos, con todos los capitanes y la mayoría de los soldados rasos de la Policía de Nueva York. Sus aportaciones serían de un valor incalculable y..., si fue capaz de limpiar mi nombre, quizá también despejaría el camino para progresar él.

Pero las virtudes de Glad también eran sus defectos. Conocía a todos los que movían los hilos dentro y fuera del Cuerpo, así que quizás estuviera en deuda con gente a la que yo podría verme obligado a perjudicar. Y, si sumábamos a eso que estaba intentando que un asesino de polis saliera bien librado de los delitos que se le imputaban pese a que había reconocido apretar el gatillo..., no sería de mucha ayuda para mi amigo.

El patrullero de primera clase Henri Tourneau era otra opción. El padre del joven poli nacido en Haití me pidió que le ayudara a prepararse para entrar en el Cuerpo. Había servido de guía a Henri en todas y cada una de las fases del proceso, incluida la formación en informática para que tuviera unos conocimientos de los que carecía la mayoría de los polis. Una vez entró en la

Policía, le enseñé a vérselas con todo el mundo, desde el capitán hasta la tropa. Le dije qué reglas se podían infringir y cuáles eran sacrosantas.

Una cosa que nunca fue capaz de hacer fue reconocer que yo era algo más que un amigo de su padre.

Henri me dejaba introducirme a placer en las bases de datos generales, pero usarlo como compañero en estas investigaciones estaba muy por encima del nivel del joven policía recién casado.

Ningún otro poli cumplía los requisitos, así que amplié el campo de búsqueda. Había media docena de detectives privados que conocía de trabajos que había hecho a lo largo de los años. Pero no tenía una relación lo suficientemente estrecha con ninguno de ellos como para tener la sensación de que podía confiar en alguno para algo tan serio.

El sol empezaba descollar sobre el edificio del banco en la acera de enfrente cuando pensé, a regañadientes, en Melquarth Frost. Melquarth, más conocido como Mel, era un feroz criminal.

Mel había cometido muchos errores en su vida. Había robado bancos, asesinado a rivales, torturado a víctimas, puesto bombas y formado parte de varias peligrosas bandas de atracadores que habían llevado a cabo algunos de los robos más audaces de lo que iba del siglo XXI.

Me crucé con este delincuente nato cuando el FBI encargó a unos cuantos polis de la ciudad que reforzaran los puntos débiles en una trampa que habían tendido a la banda de los Byron. Ted y Francis Byron eran auténticos arquitectos del crimen. Habían planeado y llevado a cabo por lo menos ocho atracos a bancos en los que consiguieron atravesar un muro interior para acceder a cámaras acorazadas llenas a rebosar de pasta.

En esos trabajos siempre contaban con un hombre como Mel por si había pelea.

El robo se llevó a cabo poco después de las tres de la madrugada de un miércoles en un banco del centro de la ciudad, en la Cincuenta y seis Oeste. Yo estaba vigilando una rejilla de ventilación del metro en la Sesenta y tres que, según los federales, podía servir para la huida. Estaba yo solo porque no creían probable que nadie llegara tan lejos y los jefazos les cobraban los hombres de refuerzo a dos mil quinientos dólares por barba.

Escuché la operación por una línea segura que teníamos todos los participantes. La explosión se había producido a las 3:09. Poco después, seis de los siete atracadores fueron detenidos sin que se efectuara un solo disparo.

Se discutió mucho sobre el séptimo atracador.Yo me quedé en mi posición porque era mi cometido y siempre cumplía con mi deber, a menos que hubiera una mujer por alguna parte.

Treinta y dos minutos después del inicio de la operación, se levantó ligeramente la rejilla del respiradero del metro. Observé a cobijo de las sombras, calculando el mejor momento de mi intervención.

Podría haber pedido refuerzos, pero para entonces el sospechoso se habría escapado. Podría haberle pegado un tiro en la pierna o el pie, o haberlo matado si a eso vamos, pero yo no soy de

esos tipos. Así pues, esperé en cambio a que asomara una mano del suelo, la esposé y sujeté la otra esposa a la gruesa rejilla de metal. Luego apunté con mi revólver de servicio a la cabeza del individuo y dije: «Enséñame la otra zarpa, y más vale que esté vacía».

Me otorgaron una medalla al Mérito Excepcional por la detención, que me fue entregada por el jefe de Policía en persona. El FBI me invitó a su oficina central, donde el director local me estrechó la mano.

Todos los honores se fueron al traste cuando llevaron a juicio a Melquarth. A los otros seis atracadores los juzgaron juntos, pero, como Mel fue detenido solo y bastante lejos del escenario del crimen, su abogada, Eugenia Potock, pudo separarlo de los demás.

Antes de que yo prestase declaración, el fiscal me «entrevistó», sugiriendo que quizás había oído al acusado reconocer su implicación en el delito. Los demás hombres habían rehusado testificar contra los otros, igual que Mel.

Si quería quedarme con la conciencia tranquila, no podía decir en el estrado más de lo que sabía. Había decidido al comienzo de mi carrera como poli que siempre me ceñiría a la letra y el espíritu de la ley. Para mí la ley era como las Sagradas Escrituras.

Melquarth se libró de los cargos, y yo fui transferido al turno de noche en Staten Island para los siguientes tres años.

Pasó el tiempo. Fui incriminado, encarcelado y molido a palos, conque es fácil entender que me olvidara por completo de Melquarth. Y entonces, hace solo dos años, me encontraba en mi despacho mirando por la ventana y pensando en el régimen de aislamiento, cuando Tara Grandisle, la predecesora de Aja, dijo por el interfono:

—Señor Oliver.

—Sí, Tara.

—Ha venido a verle un tal señor Johnson.

—¿Quién?

—Dice que quiere hablar de un caso con usted.

Hasta donde sabía, el tal señor Johnson no era más que otro posible cliente. No tenía idea de que era el hombre por el que me había ganado tres años en una embarcación de Staten Island.

—Que pase —dije, a la vez que me guardaba en el bolsillo el calibre 32 de morro chato, solo por si acaso.

Cuando entró por la puerta Melquarth Frost, estuve a punto de sacar el arma.

Mi visitante sonrió y levantó los brazos, mostrando las palmas de las manos abiertas.

Pulsé el interfono y dije:

—Nos hace falta pan de centeno para el pastrami.

—Vale —dijo Tara. Era nuestra clave para cuando ella tenía que salir a dar una vuelta.

—Señor Oliver —dijo Mel.

—Melquarth Frost.

—Llámame Mel; así me llaman todos mis amigos.

—Yo no soy amigo tuyo.

—Es posible. Pero yo sí soy amigo tuyo. ¿Puedo sentarme?

Me planteé la petición un poco más de lo que hubiera sido correcto y luego accedí:

—Claro.

Vestía un traje gris medio lo bastante amplio para tener libertad de movimientos, pero confeccionado de manera que le diera un aire profesional.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Acabo de cumplir tres años en la trena de Joliet —dijo, como si de algún modo contestara mi pregunta—. Mi segunda condena, y la última.

El hombre era lo opuesto a su traje. Era esbelto y de aspecto peligroso, con piel aceitunada, pelo castaño corto y unos ojos oscuros que las mujeres debían de adorar. Tenía las manos muy musculosas.

—¿Te has comprado una pastilla para suicidarte o algo así? —pregunté.

—Un tipo me disparó por la espalda cuando habíamos acabado el trabajo del banco —explicó Mel—. Me disparó allí mismo en el banco por un dieciséis por ciento dividido entre cinco.

Meneó la cabeza, asqueado.

—¿Y está por ahí en alguna parte?

—No. —Melquarth Frost frunció los labios y noté una punzada de miedo—. Se lio con una novia mía después del atraco.

—Así que igual no era solo una quinta parte del dieciséis por ciento.

Mel sonrió y luego torció el gesto.

—Se suponía que debía encontrarse con ella en el Carving Table en North Chicago una noche pero alguien le pegó un tiro en el ojo.

—¿Todo eso es de dominio público?

En vez de contestar, prosiguió:

—Los polis me salvaron la vida y luego intentaron incriminarme en plan cutre. Me metieron dinero del banco en el bolsillo, pero mi abogada pudo demostrar que no me lo había guardado yo.

»Llevaba un arma de fuego ilegal encima. Ya solo por eso, me habrían caído doce años. Pero se vieron obligados a llegar a un acuerdo porque no querían que trincasen a los polis haciendo eso que hacen.

Otra cosa me que llamó la atención de mi visitante fue cómo se sentaba. Tenía las piernas abiertas del todo. Acercó una silla vacía y apoyó la muñeca izquierda encima del respaldo. La mano derecha la tenía sobre la rodilla. Era como si estuviese a sus anchas, disfrutando de la vida más que un multimillonario.

Miró el espacio encima de mi cabeza, cavilando sobre una vida dura con cierto entusiasmo y

quizás una pizca de fantasía.

—¿Y bien? —pregunté antes de que intentara quedarse a vivir allí.

—Me cayeron cinco años, y desde el primer día me tuvieron en régimen de aislamiento.

Debí de estremecerme, porque asomó a sus labios de criminal de carrera una sonrisa fugaz. Asintió ligeramente.

—Eso casi acabó conmigo —reconoció—. Casi. Recuerdo que pasé días gritando. Luego lloré. Y al final, una mañana..., supongo que era por la mañana porque era cuando me desperté, una mañana encontré la paz suficiente para hablar sobre mi vida. La revisé de cabo a rabo, desde el colegio hasta la celda de aislamiento, ¿y sabes qué descubrí?

—Ni idea.

—Que en todo ese tiempo tú fuiste el único que me trató limpiamente.

—¿Qué coño dices? Te detuve por atracar un banco.

—Podrías haberme pegado un tiro. Podrías haberme pegado en la cabeza con un tubo de plomo. Joder, desde luego podrías haber declarado que había mencionado de algún modo el robo al banco. Sé que tus jefes se cabrearon cuando no mentiste.

Mel se inclinó hacia delante, ahora con las manos en los muslos.

—Así que has venido desde Illinois a agradecérmelo, ¿no? —pregunté.

—Ya te lo he dicho —continuó—. No pienso volver a la cárcel. He venido para retomar mi profesión y decirte que, si alguna vez necesitas un favor, estoy en deuda contigo.

Era un vínculo muy importante para mí. Rara vez alguien veía en mí lo que vículo yo en el espejo. Quizá Melquarth fuera un delincuente, pero era un delincuente con mi número en el bolsillo.

No pensaba confesarle nada parecido a él, claro.

—¿Qué profesión? —me interesé.

—Relojero.

—¿De verdad?

—Cuando tenía catorce años, iban a meterme en un reformatorio por agresión con lesiones. El juez me dio a elegir entre matricularme en un programa extraescolar o ir a la trena. Elegí relojería con un judío pequeñito llamado Harry Saltkin que arreglaba relojes en Cherry Lane. Aprendí mucho con él. Luego apliqué esos conocimientos a la fabricación de bombas, pero en mi tiempo libre estudiaba relojería.

—El caso —contesté— es que, aunque ya no soy poli, sigo estando al otro lado de la línea.

Dejó una tarjetita de visita blanca encima de la mesa y dijo:

—Tengo entendido que juegas al ajedrez.

—Pues sí.

—El tablero es un lugar neutral. Voy al parque de Washington Square en Greenwich Village casi todos los lunes, miércoles y sábados. Juego allí. El número está en la tarjeta. Si alguna vez

quieres que midamos nuestros ingenios a un lado y a otro de esa línea que dices, dame un toque y tendré el tablero preparado.

Se levantó de la silla con desenvoltura. Hizo un gesto con la cabeza en lugar de tenderme la mano.Yo asentí también, y se marchó.

Busqué el nombre «Melquarth» en Internet en cuanto hubo salido. Había sido una de las deidades tutelares de Aníbal antes de que el general atacara Europa. También estaba relacionado con Baal, que según la religión occidental era una manifestación de Satán.

En los dos años transcurridos desde entonces, hemos jugado en torno a una docena de partidas. Después de la tercera, que ganó él, fuimos a tomar una copa. Después de la quinta, que también ganó él, fuimos a comer.

10

Aún no eran las siete de la mañana cuando subí los peldaños de hormigón hasta la pasarela peatonal elevada sobre el puente de Brooklyn.

El aire matinal era fresco, pero llevaba la cazadora y un jersey debajo. Había pocos viandantes a esas horas y los vientos pueden soplar bastante fuerte. La combinación de soledad y de frío me infundía de algún modo una sensación de libertad; hasta el punto de que tenía ganas de reír. Era consciente de que esas emociones indicaban cierta inestabilidad de ánimo, pero me traía sin cuidado. Un hombre podría vivir toda su vida ciñéndose a reglas impuestas por el azar y por el señuelo forrado con la pasta de la moralidad aderezada con seguridad; una vida entera y al final no habría hecho nada en absoluto de lo que enorgullecerse.

Desde Montague Street hasta Manhattan había un trayecto a pie de cuarenta y nueve minutos. Una vez en el barrio rico dejé atrás el Ayuntamiento y fui hasta el West Side, donde doblé a la izquierda por Hudson.

Tres manzanas más allá, había una cafetería de carretera llamada Dinah's enfrente de la residencia Stonemason.

—Señor Oliver —dijo Dinah Hawkins a modo de saludo cuando me senté al mostrador—. Hace tres meses que no le veo.

—Por lo general voy allí directo, D. Pero hoy quería estirar las piernas y pensar.

—No habrá venido andando hasta aquí desde Brooklyn, ¿verdad?

—Pues sí, señora.

—No es bueno para la salud pasarse de la raya, señor Oliver.

Dinah era una mujer de talla considerable que trabajaba doce horas al día, siete días a la semana. Con sesenta años cumplidos hace tiempo, tenía unos bíceps más grandes que los míos, y estaba convencido de que hubiera seguido sin muchos problemas el ritmo de la mayoría de los estibadores.

—Es el único ejercicio que hago —mentí.

—Pues se le ve bastante bien para no hacerlo. —Le chispearon los ojos de color verde irlandés, y supe que cuando era joven seguro que fue lo que su padre hubiera llamado una «buena pieza».

»¿Tiene algún caso interesante? —preguntó, a la vez que me dejaba una taza de café delante.

Hablaba de mi trabajo con ciertas personas que no tenían nada que ver con los organismos que

velan por el cumplimiento de la ley. Pero, cuando se trataba de casos nuevos, toda discreción era poca.

—Me topé con un personaje público al que le iban los tríos con chicas T —dije.

—¿Qué es eso? ¿Tigresas?

—Creo que en la calle se las conoce como «chicas con polla».

Sonó la campanilla a mi espalda. En el espejo vi a un joven que vestía un traje confeccionado para un banquero mayor y probablemente con más éxito. El joven, que rondaba los veinticinco, nos miró unos instantes y luego fue hacia la caja registradora.

—¡Ah! —Dinah tenía las mejillas sonrosadas y una boca que podía convertirse en un círculo perfecto—. Enfrente del apartamento donde estamos Dan y yo, vivía una de esas. La llamábamos señorita Figueroa. Era la criatura más limpia que he visto en la vida. Fue Dan quien tuvo que decirme que ella era él. Le juro que no se notaba en absoluto.

—¿Qué tal está Dan?

Dinah me ofreció una sonrisa radiante.

—Gracias por preguntar, señor Oliver. Él y yo damos un paseo por la orilla del Hudson todas las tardes. Me cuenta las mismas historias una y otra vez, y yo lo quiero más cada vez que lo hace.

—Perdone —dijo el joven-viejo banquero blanco.

—Se acuerda mucho de usted —continuó Dinah sin hacer caso al joven—. Dice: «¿Cómo está ese chico de color tan majo que ayudó a Arnold?». Sé que no debería hablar así, pero no le queda memoria para aprender.

—Perdone —insistió el banquero.

—¿Qué quiere? —le espetó Dinah.

—Dos cafés con leche y azúcar para llevar.

—La ventanilla de pedidos para llevar está saliendo a la izquierda y luego otra vez a la izquierda. —Me miró, arqueando las cejas.

—Pero llego tarde —dijo—. Cóbreme ahora y los recojo en la ventanilla.

—Pasará por la ventanilla ahora. Hay un cartel enorme y no me gusta preparar cosas para llevar.

—No es una estrategia de negocio muy amable con el cliente —opinó.

—Tampoco lo es meterle una colleja, pero es lo que pienso hacer si no mueve ese culo suyo tan privilegiado.

Asomó a la cara del joven un destello de ira. Me miró de soslayo y yo negué con la cabeza, muy levemente. Soy bastante grande y casi tan fuerte como Dinah, así que captó la indirecta y se fue, renegando entre dientes.

—No tenía por qué molestarse, señor Oliver —dijo Dinah una vez se hubo ido el tipo—. Puedo cuidar de mí misma.

—No estaba preocupado por usted, mujer. Es que no quería tener que declarar después de que le partiera la nariz a ese y él llamara a la policía. —Eso era verdad.

Dinah rio y nos tomamos un respiro para retomar el hilo de nuestra conversación.

—¿Ha visto últimamente a mi abuela, D.?

—Viene a fumarse un pitillo casi todas las tardes a no ser que esté lloviendo o haga mucho frío. Salimos un rato ahí atrás mientras Moira se ocupa de los rezagados.

—¿Qué tal se la ve?

—Sabia como un profeta y más astuta que un zorro. Dice que ojalá viniera tu tío.

—Siempre está trabajando —expliqué.

Tío Rudolph estaba en Attica, preso por un fraude de seguros tan complejo que los fiscales no consiguieron precisar la suma exacta que había malversado.

—Ah, bueno —opinó Dinah—. Por lo menos Brenda le tiene a usted.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó una rubia con buena figura. Estaba detrás del mostrador de recepción de la residencia de alto nivel. Me gustaba su estilo.

Con cuarenta y tantos, y a mucha honra, llevaba una blusa a motas verdes y rosas que hacía resaltar una ceñida falda negra.

Hay mujeres que sencillamente no envejecen.

—Joe Oliver —dije—. He venido a ver a mi abuela.

—¿Trabaja ella para algún paciente? —preguntó la rubita, con la misma soltura que si hablara del tiempo.

—No. —Empezaba a no parecerme tan atractiva.

—Esto... —Estaba confusa de veras—. ¿Trabaja en el centro?

—Es una paciente —aclaré—. Brenda Naples. Habitación dos, siete, cero, nueve.

Por un momento la recepcionista, que llevaba una placa de identificación con el nombre de THALIA, dudó de mí. Pero luego obró un pequeño milagro con el registro en su iPad.

—Está aquí —dijo Thalia.

—Desde antes que tú —observé—. Y seguirá aquí mucho después de que hayas vuelto a Nueva Jersey.

—Lo siento mucho, señor Oliver.

—Yo también —convine—. Aunque quizá no por la misma razón.

—Cariño —dijo mi abuela. Había llamado a la puerta abierta y entrado en la habitación.

Se levantó de un sillón fijado a una altura a medio camino entre asiento normal y taburete de bar. El vestido era amarillo intenso y su piel tenía la negrura de un cielo nocturno.

Le di un beso en los labios porque era lo que siempre habíamos hecho.

—Siéntate en la cama, cielo —dijo, al tiempo que indicaba la cama individual que cumplía la principal utilidad de su habitación.

Volvió a sentarse en el sillón de madera tapizada y luego levantó los hombros un momento para demostrar lo mucho que se alegraba de verme.

—¿Qué tal has estado, abuela?

—Bien —respondió con un punto de desdén—. Ese blanco, Roger Ferris, me invita una y otra vez a ir a escuchar música en el Lincoln Center. Siempre le digo que no pienso tener una cita con un blanco. Bueno, si fuera una cita doble y él tuviera una amiga blanca y yo un amigo negro, entonces no pasaría nada.

—¿Qué te dijo él?

—Que no teníamos por qué darnos un beso de despedida.

Aprecié un indicio de sonrisa en su ceño fruncido.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Dice que, si no hay beso, entonces no es una cita de verdad. Y que, si yo sabía antes de salir que no íbamos a llegar a besarnos, entonces no tendría por qué pensar que era una cita.

—Es un argumento bastante convincente, a mi modo de ver —observé.

—Nadie te lo ha preguntado.

—Roger Ferris. ¿No es ese el dueño de la mayor parte de la plata que hay bajo tierra en el mundo entero?

—Qué sé yo. Aquí la única tierra que tenemos es la de la parcela del cementerio a la que irá a parar la poca carne que nos queda sobre los huesos.

—¿Qué tal están tus otros amigos? —pregunté.

—Ya basta, King. Tú y yo sabemos que no has venido a las ocho y media de la mañana para hablar de cosas sin importancia.

Adoro a mi abuela. Había superado hacía tiempo el hito de los noventa años, pero leía el *Daily News* todas las mañanas y se encargaba de remendarme toda la ropa. Medía un poco menos de metro y medio, y hacía años que no superaba los cincuenta kilos, pero era toda una fuerza con la que medirse.

Stonemason era una de las residencias más exclusivas del mundo, pero algo que hizo mi abuelo en su carrera como bombero les había granjeado a él y a su esposa una cláusula de indemnización que yo nunca había visto.

Brenda Naples seguía andando, fumando y replicando. No me extrañaría que me sobreviviera.

—¿De qué se trata, King? —preguntó.

Le conté lo de la carta de Beatrice Summers y el peligro de que yo siguiera la pista de esas pruebas.

Puso todos sus sentidos en concentrarse: su vista, sus oídos, y quizás hasta su olfato.

—Tienes que hacerlo, cariño —dijo cuando hube terminado—. Lo único que tiene un hombre es su noción de lo que está bien y lo que no lo está. Si sabes que no has hecho nada malo y sabes cómo corregirlo, entonces no tienes elección. —Su dialecto se remontaba a sus raíces del Mississippi cuando hablaba en serio.

—Siempre lo he sabido —mantuve.

—Pero nadie te había dado esperanzas, ni un nombre —repuso la abuela—. Y antes tenías algo más importante de lo que ocuparte.

—¿Mi trabajo como detective?

—No, bobo. —Resopló—. Aja-Denise. Tenías que verla convertirse en una mujer joven antes de poder ocuparte de ti mismo. No es más que sabiduría materna.

No dije nada porque ya lo había dicho todo ella.

—¿Quieres venir a desayunar conmigo en el economato? —preguntó.

—Claro.

11

Roger Ferris se vino a desayunar con mi abuela y conmigo. Era uno o dos años menor que ella, y medía uno ochenta incluso a tan provecta edad. Era larguirucho y tenía el cráneo coronado por una mata de pelo plateado, recordatorio, sin lugar a dudas, de su riqueza casi ilimitada.

Mi abuela parecía disfrutar de su compañía. Supongo que la mesa del desayuno quedaba exenta del estatus de cita.

Roger era un entusiasta de las armas y también un pacifista.

—Cualquiera que aprende un arte letal —me dijo mientras comíamos salchichas de pollo y tortillas de clara de huevo con hierbas—, ya sea boxeo de competición o tiro al blanco, tiene que atenerse a un estándar superior. Quiero decir que un hombre con una semiautomática puede matar a una decena de personas en menos de lo que tardaría en decir sus nombres. Eso es un crimen contra Dios.

—Por eso es tan difícil ser policía —dije, al tiempo que asentía y tomaba un sorbo de café descafeinado.

—¿A qué te refieres? —preguntó el hombre con un patrimonio valorado en 79.000 millones de dólares.

—Estás ahí —expliqué— en la calle con tu arma y gente que quizás esté armada. Te tienen miedo, están furiosos contigo, quieren vengarse por lo que tal vez les hizo uno de tus hermanos de azul. Pero aun así te ves obligado a tener la *pistola*[2] enfundada porque tienes la autoridad y también la responsabilidad.

Roger me sonrió y asintió. Vi que para él las armas eran un símbolo del poder de su riqueza, y durante ese breve instante nos vio, aunque no exactamente como iguales, sí como sus semejantes.

—Tu abuela es una mujer maravillosa —me dijo Roger en la puerta del ascensor. Había querido acompañarme hasta allí y por lo visto a mi abuela le había parecido bien.

—Hace mucho tiempo que lo es.

—Dice que tuviste que dejar tu trabajo de policía porque te metiste en alguna clase de problema.

—Un problema me tendió una emboscada cuando tenía los pantalones en los tobillos y la lujuria desatada. —No sabía por qué había sido tan sincero con Ferris en ese momento. Ahora entiendo que irradiaba una especie de confianza y la sensación de que se podía confiar en él.

—Eso me contó Brenda —dijo asintiendo—. Es asombrosa. Muy intuitiva y sin rastro de maldad ni codicia.

—Dice que usted quiere llevarla a un concierto.

—Me dijo que no, a menos que me broncee un poco más.

—Quiere ir, señor Ferris. Siga insistiendo y accederá, tarde o temprano.

Ferris sonrió y me permitió ver con claridad sus ojos azul pálido. Eran unos ojos tristes. Imaginé que dentro de poco él y mi abuela estarían sentados codo con codo en algún concierto elegante.

—Cuando has ido al servicio, tu abuela me ha dicho que igual te han surgido dificultades.

—Ya sabe cómo son las abuelas —concluí—. A veces se pasan de protectoras.

—Bueno —repuso el multimillonario, a la vez que me ponía una mano en el hombro—. Si está en lo cierto, tú me llamas.Verás que no hay gran cosa que me asuste en este mundo.

Me tendió una tarjeta de visita y se despidió con un gesto de cabeza.

Ese año aún hacía algún que otro día cálido a finales de noviembre. Estaba en la calle, redactando cinco correos con el smartphone. Soy un poco obsesivo con las comunicaciones electrónicas. Releí cada mensaje por lo menos tres veces y comprobé la ortografía de todos. Al terminar, tomé el tren de cercanías y fui al centro de vuelta a Brooklyn Heights.

Me zambullí en Internet un rato en busca de términos clave que incluían «Adamo Cortez», «detención», «agente de policía» y «testimonio».

Eran las 10: 07 cuando por fin marqué el número.

—Hola —contestó un hombre.

—¿Señor Summers? —pregunté.

—Sí.

—Soy Joe Oliver. Creo que ha oído hablar de mí.

—Un momento.

El teléfono emitió un estrépito y luego se oyeron niños que expresaban alegría y quejas. Oí la voz de ella antes de que se pusiera al aparato. No sonaba en absoluto como la mujer a la que recordaba suplicándome que le tirase del pelo.

—¿Hola?

—¿Señora Summers? Soy Joe Oliver.

—Sí. Esperaba su llamada.

En algún lado al otro extremo de la línea se cerró una puerta de golpe y cesaron los ruidos del ambiente doméstico a primera hora de la mañana en el Medio Oeste.

—Para empezar —dije—, quiero que sepa que agradezco su carta y lo que significa. Sé que no tenía por qué ponerse en contacto conmigo.

—Gracias, pero en eso se equivoca, señor Oliver. Desde que volví al seno de la Iglesia he

pensado en todas las equivocaciones que cometí. Algunas no tienen remedio, pero... pero en su caso decir la verdad es lo menos que puedo hacer. ¿Cuándo quiere que vaya a Nueva York?

—Ya hablaremos de eso un poco más adelante —dije—. Antes, quiero hacerle unas preguntas.

—De acuerdo —respondió con un suspiro.

—Decía en la carta que la detuvo un hombre llamado Adamo Cortez y que luego la coaccionó para que presentara cargos contra mí.

—Sí.

—¿Dijo ese hombre que era policía?

—Era policía —me corrigió—, un inspector.

—¿Y fue él quien la detuvo?

—No. Me detuvieron con mi, mi..., esto, mi novio por aquel entonces, Chester Murray. Nos llevaron a la comisaría de la calle Ciento treinta y cinco.

—¿En el distrito Treinta y dos?

—No lo sé —respondió—. Pero estaba en la calle Ciento treinta y cinco. Recuerdo que olía a desinfectante.

—Todas huelen a eso en algún momento.

—Supongo que sí —dijo, intentando apreciar mi pobre intento de quitarle hierro al asunto—. No recuerdo los nombres de los agentes que me detuvieron. Conducía Chester, pero el coche lo había alquilado yo. Había diez kilos de cocaína en el maletero. Me llevaron a una sala y no me dejaron hablar con Chester ni llamar a un abogado ni nada. Ni siquiera me dejaban ir al servicio...

Beatrice guardó silencio durante un minuto o más. Sabía en lo que estaba pensando. Si un poli quiere transformar a un detenido en confidente, le mete el miedo en el cuerpo al tío o, en este caso, a la tía. Las herramientas son el hambre, la humillación y el dolor. No todas funcionaban con todos los delincuentes. Había que elaborar un cóctel específico para cada personalidad. En el caso de Beatrice era el miedo al aislamiento, quizás un poco de síndrome de abstinencia y la vejiga tan llena que se viera obligada a aliviarse sin tener acceso al servicio.

—Estuve allí por lo menos un día antes de que el inspector Cortez fuera a verme.

Se vio sometida de nuevo por medios ilegales. Me hizo pensar en la prisión de Rikers y en la quemazón en el rostro cuando me rajaron con el borde mellado de la tapa de una lata de tomate de medio kilo.

Tras otra larga pausa, continuó:

—Dijo que podía tenerme allí dos días más sin presentar cargos y que para entonces Chester ya se habría vuelto en mi contra.

—¿Cree que lo habría hecho? —pregunté. No sé por qué.

—Sí. Chester declaró una vez contra su primo solo para que no añadieran otro cargo a su historial. Ni siquiera habría ido a la cárcel, pero les entregó a Jerry de todas maneras.

—¿Qué aspecto tenía Adamo?

—Bajo, para ser hombre. Tenía el pelo negro y un bigote bastante tupido. Tenía la piel morena igual que un huevo marrón barnizado.

—¿Tenía acento de alguna parte?

—No... no me acuerdo.

—¿Qué le dijo?

—Que me pasaría un año en la cárcel por cada medio kilo en el maletero. —Se le escapó un sollozo de la reserva—. Que no tendría nunca hijos ni la oportunidad de llevar una vida decente.

—Y —deduje— yo era el precio a pagar para salir de allí.

—Sí.

—¿Le dijo exactamente qué quería que hiciera?

—Sí.

—¿Lo que tenía que hacer en el salón, lo que tenía que decirme, todo?

—Sí. —Esta vez la palabra me dolió.

—¿Y de verdad llegó al extremo de presentar cargos? —pregunté, extrañado de no estar furioso.

—Hizo que me transfirieran a otra comisaría. Allí me dio unos papeles para que los firmara.

—Y, luego, ¿qué?

—Me llevó a una casa en Queens y me tuvo allí una semana. Pasé atada la mayor parte del tiempo. Él... él me violó.

—Y, luego, ¿la soltó?

Casi alcancé a oírla asentir.

—Sí.

Beatrice y yo compartimos el torrente de silencio. La oía respirar, a más de mil quinientos kilómetros.

—¿Recuerda algo más?

—No.

—¿Tiene planeado presentar cargos contra el inspector Cortez?

—Ni siquiera me lo había planteado. ¿No es... no es muy tarde?

—Sí. Pero podría putearle a base de bien la jubilación.

—Sé que está disgustado, señor Oliver, pero ¿puede hacer el favor de no hablar así?

—Lo siento.

—¿Por qué quiere saber si voy a presentar cargos?

—¿El tipo con el que la detuvieron se llamaba Chester Murray? —pregunté en vez de contestar.

—Sí.

—¿Volvió a verlo?

—Nunca.

—¿Era su chulo?

—Eran otros tiempos, señor Oliver. ¿Cuándo quiere que vaya a Nueva York?

—¿Qué le hace pensar que quiero que venga aquí?

—Para declarar. Para demostrar que no hizo lo que dijeron que hizo.

—Me parece que no la necesito para eso, señora Summers. Me ha dado un nombre y una pista que seguir. Es suficiente.

—¿De verdad?

—Sí.

—Así que ¿eso es todo?

—A menos que recuerde algo más.

—Eso que me ha preguntado sobre el inspector Cortez.

—¿Qué?

—Tenía acento. Hablaba muy en plan neoyorquino. ¿Sabe a qué me refiero?

—Desde luego. Dele las gracias a su marido de mi parte, Beatrice —dije, y colgué.

12

Ya me había metido a fondo en los dos casos, y no había pasado ni un día.

Despejé el escritorio de mi apartamento y en una hoja de papel rosa escribí: «Sin duda alguien del Cuerpo estuvo implicado en las falsas acusaciones contra mí. En el distrito Treinta y dos, un hombre llamado Adamo Cortez, que se hacía pasar por inspector, coaccionó a Nathali Malcolm para que presentara cargos contra mí por violación. Adjunto abajo su declaración y el texto correctamente escrito».

Después de pegar la carta de Beatrice a la parte inferior de la página, coloqué la hoja rosa en el centro del vade verde sobre la mesa vacía. El sencillo acto hizo que un escalofrío me recorriera el cráneo y los hombros. Por fin había empezado.

Dejando el entusiasmo en el tercer piso, bajé por la escalera de trampilla de mi apartamento al despacho en la planta inferior. Por lo general iba por las escaleras del pasillo que comunicaban los pisos, pero esa mañana me sentía clandestino, como fuera de la ley.

Había un sistema de poleas para volver a plegar los peldaños de madera y guardaba un palo largo en un rincón del fondo para cerrar la trampilla. Me senté ante el ventanal de mi despacho privado y me puse a mirar a los viandantes de clase trabajadora que la calle hacía aparecer y luego desdeñaba.

No dije ni hice nada salvo cavilar durante las dos horas siguientes. No había dormido mucho porque no conseguía desconectar del todo la mente. La falta de sueño y mi estado de ánimo sombrío me sumieron en una suerte de fuga disociativa. No estaba yo, sino solo los detalles de futuras hojas azules y rosas. Había una cáscara de huevo con bigote y un soldado de la Guardia Nacional con una pistola en la mano. Había un agujero oscuro que parecía albergar información, y una chica hecha toda una mujer.

El teléfono me sacó de mi retiro temporal.

—¿Sí? —contesté, quizás un poco ensoñado.

—¿Joe?

Yo seguía en aquel lugar lejano. La voz me resultaba familiar pero anónima.

Gruñí y la vibración desencadenó el reconocimiento.

—Eh, Henri. Sí, soy yo. Debo de haberme quedado dormido. ¿Qué hora es?

—Las tres y media. ¿En qué coño andas metido, tío?

—¿Cómo está tu padre? —pregunté mientras intentaba recordar el correo que había enviado

esa mañana.

—Adamo Cortez —insistió quien llamaba.

—¿Qué? —dije. Y luego—: Ah..., sí.

—Sí. He llamado y he dicho que había un tipo que aseguraba ser confidente de un tal inspector Adamo Cortez. Me han dicho que no habían oído nunca ese nombre; no aparecía en sus archivos. Pero, unas horas después, han venido a la calle a verme dos agentes de paisano de la jefatura de Policía. A la calle, Joe.

—¿Qué querían? —pregunté, con el vacío alejándose a mi espalda.

—Querían saberlo todo. Todo. Dónde lo conocí. Qué dijo. ¿Había alguna cámara de vigilancia cerca?

—¿Qué les has dicho? —pregunté, casi de vuelta por completo a la normalidad.

—Me he inventado unas cuantas chorradas. He dicho que estaba de patrulla por Central Park, cosa que era verdad, y un tipo se me acerca y me suelta que tenía que decirle a mi superior que Bato Hernández tiene que hacer una entrega. Dijo que tenía que hablar con Adamo Cortez, que Cortez sabía cómo ponerse en contacto.

—¿Qué te han dicho?

—Querían una descripción completa. Cómo vestía el tipo, qué edad tenía y toda la pesca. Hasta han preguntado si nos había visto alguien.

—¿Querían una declaración en plan testigo ocular?

—Sí.

—¿Estabas preparado?

—Fuiste tú el que me dijo que siempre hay que tener preparada una mentira, Joe. Que hay que tenerlo todo bien pensado porque nunca se sabe.

—Debo de habérselo dicho a un centenar de polis, Henri, pero tú eres el único que me ha hecho caso. Lo siento, chaval, no pensaba que fueran a apretarte tanto las clavijas.

—Consulté la base de datos —repuso el poli haitiano—. No figuraba en ella. Ni como poli, ni como confidente, ni como sospechoso siquiera. En ninguna parte. Pero pensé que, si alguien informó de ello, quizá consultaran alguna base de datos secreta de la que no estamos al tanto los de uniforme.

—Con una pregunta en los labios y una mentira en el bolsillo —dije con admiración—. El caso es que hay algo que nunca te enseñé, chaval.

—¿Qué, Joe?

—Que a veces uno puede pasarse de listo.

—Bueno, ¿en qué andas metido, tío?

—¿Esta línea es segura? —pregunté, demasiado tarde ya.

—Es una cabina en la planta inferior de Grand Central. Me sorprende que estos trastos sigan funcionando.

—No te intereses por lo que estoy haciendo, Henri. No nos beneficiará a ninguno de los dos. Pero dime los nombres de los agentes de paisano.

—El inspector Dennis Natches y el capitán Omar Laurel.

—Un inspector —dije—. Joder. ¿Te han revelado algo?

—La verdad es que no. Me han amenazado con una evaluación. Han dicho que tendría que haber retenido al sospechoso. Pero he contestado que no era un sospechoso, que lo único que ha hecho ha sido preguntar, y que, de todos modos, me ha parecido que estaba pirado. —Hablaba como si estuviera discutiendo con los jefazos, demostrando que era un buen poli, un buen embustero.

—¿Algo más?

—Eso mismo ha preguntado Laurel —repuso Henri—. Cuando lo ha hecho, yo he respondido: «¿Como qué?». Y él ha preguntado si el tipo ha mencionado algún otro nombre. Le he dicho que mi idioma materno era el francés, pero que el inglés se me da de maravilla salvo por los nombres extranjeros. «En un momento dado», he dicho, «me ha pedido que probara con "Guys-noséqué" o "toucan", algo por el estilo».

Sonreí con la mirada fija en la mesa, pensando que el chico llegaría a ser un gran investigador algún día.

—¿Y ha sugerido alguna coincidencia? —pregunté.

—Ha dicho: «¿Cumberland?».

—Qué listillo —exclamé—. Oye, tío, olvida que has hablado conmigo. Deja correr todo el asunto.

—¿No vas a decirme de qué va esto?

—Tu padre me contó una vez que al día siguiente de que nacieras se compró una pistola. Dijo que nunca la había necesitado, pero que cuando te vio supo que tenía que estar preparado para morir por su hijo.

—Así es mi padre. Buena suerte, Joe. Llama si me necesitas.

Un correo respondido y cuatro por responder.

El segundo email lo envié a través de un rúter inalámbrico que eliminaba cualquier conexión electrónica conmigo. Me identifiqué como Tom Boll, un investigador que trabajaba para unas personas interesadas en la desaparición de Johanna Mudd. Sabía que Braun había concertado un encuentro con Mudd y que, al no presentarse él, ella desapareció. Mis fuentes (fueran las que fuesen) me habían informado de que él, Braun, estaba investigando la condena del asesino de

polis A Free Man. Luego pasé a decir que necesitaba información sobre el caso a fin de ver si sus enemigos también lo eran de la señora Mudd.

Era una posibilidad remota, pero pensé que por lo menos me comunicaría por email con el famoso abogado, recogiendo algunas miguitas por el camino.

A las 16: 14 llegó Aja-Denise. Yo estaba sentado a la mesa del área de recepción mirándome las yemas de los dedos de la mano izquierda. Mi hija adolescente llevaba un vestido rojo que apenas le rozaba la parte superior de los muslos y unos zapatos de plataforma de vinilo blanco que la aupaban casi hasta mi estatura. Las correas verdes de la mochila se le hundían en los hombros desnudos.

—¿Qué? —me preguntó.

—¿Llevas algo debajo de esa combinación?

—¡Papá!

Levanté un dedo en ademán de sermoneo y dije:

—Imagina que entraras aquí y yo no llevara más que una camiseta y un bañador de esos de satén tan ceñidos que llevan esos tipos de Sunset Beach. Porque, hija mía, eso sería ir demasiado tapado en comparación con lo que llevas tú ahora mismo.

Lo que ocurre entre A. D. y yo es que sabemos qué decirnos. Cambió de postura un poco incómoda y dispuso los brazos de modo que le cubrieran parte de la piel.

—Todo el mundo viste así.

—Responde la pregunta.

—Supongo que no me haría gracia —convino—. Pero, si tengo que ir hasta casa, no podré trabajar para ti hoy.

—¿Qué llevas en la mochila?

—Una gabardina.

—Póntela.

Abrió la boca para protestar, pero yo abrí los ojos de par en par y Aja se desprendió, en cambio, de la incongruente mochila verde apagado.

La gabardina era liviana y corta. Se la puso, abrochándose todos los botones y anudándose el cinturón. No era mucho más larga que el vestidito rojo que llevaba y le quedaba tan ceñida como un traje de etiqueta. Pero por lo menos dejaba algo a la imaginación.

—Ya sabes que vamos a tener que hablar del asunto algún día dentro de poco —dije.

—Lo sé. —Me ofreció una expresión irónica heredada de su madre.

Adoro a esa cría. Durante mis años más difíciles, ella y Gladstone fueron los únicos que no me dejaron en la estacada.

Sonó el timbre de la puerta y A. D. fue a abrir.

Era la respuesta en persona al tercer correo que había enviado.

—Hola —dijo Aja, con auténtica alegría en la voz. Se apartó de la entrada, dejando a la vista a Willa Portman, que llevaba un vestido negro y naranja sencillo y casi sin forma, y un jersey rosa, y traía el mismo maletín.

—Holaaa —saludó a todos sin excepción.

—Señorita Portman.

—Señor Oliver. Espero no interrumpir.

—No.Aja y yo estábamos hablando de las normas de etiqueta en el trabajo. Me ha dicho que no puedo venir en camiseta de tirantes.

Willa sonrió y le indiqué que pasara a mi despacho.

—¿Quieres que vaya a tomar notas? —se ofreció A. D.

—No —dije, antes de cerrar la puerta.

—Veo que lo tiene —le dije a mi improbable clienta una vez nos hubimos sentado.

—Diecinueve mil doscientos cincuenta dólares y un maletín bien chulo.

—Bien chulo —repetí—. ¿De dónde es?

—De una pequeña localidad de Ohio llamada Martins Ferry.

—El poeta James Wright es de allí.

—¿Quién?

—Da igual. Leí muchos de los expedientes que dejó. Desde luego resulta sospechoso, y no entiendo por qué habría de echarse atrás un abogado de la talla de Braun. Así que pondré el dinero en un lugar seguro y lo usaré hasta que el caso esté resuelto, Man haya muerto o yo haya llegado a la conclusión de que es culpable.

—Gracias.

—¿Sigue trabajando en el bufete de Braun?

—Tengo previsto renunciar mañana.

—No creo que sea muy buena idea.

—¿Por qué no?

Antes de que pudiera contestar, resonaron las evocadoras notas de *Claro de Luna,* de Debussy. Al instante, pulsé en el interfono un botón que acallaba cualquier sonido y encendía una luz roja en la mesa de Aja. Luego saqué un móvil de prepago del cajón superior y, al tiempo que lo cogía, me llevé un dedo a los labios para que lo viera mi cliente.

Pulsé un botón en el lateral del móvil para obtener respuesta al segundo email del día.

—¿Señor Braun? —dije.

—Señor Boll.

—Esperaba que me llamase. Estoy atascado por completo con este caso.

—¿Quién es?

—Un detective privado que trabaja para un grupo preocupado por la desaparición de la señora Mudd. Nadie ha tenido noticias suyas ni la ha visto desde hace más de una semana y estamos muy inquietos por ella. Tiene diabetes y el bienestar de sus nietos depende de ella.

—A la señora Mudd no le pasa nada —informó Braun en su tono de abogado más disimulado y tranquilizador—. Nadie conoce su paradero porque nadie necesita conocerlo.

—No le entiendo.

—No tiene por qué entenderlo. Usted fíese de mi palabra cuando le digo que Johanna Mudd estaba en peligro, pero ahora se encuentra en lugar seguro.

—¿Ni siquiera su hija y su hijo saben cómo ponerse en contacto con ella?

—Es mejor para todos que no lo sepan.

—No les puedo decir eso a mis clientes.

—¿Sus hijos?

—No. Una tercera parte interesada.

—Esta es una situación muy delicada, señor Boll. Tiene que facilitarme los nombres de sus clientes para que se lo pueda asegurar yo mismo. Y para que pueda hacerles ver lo importante que es la discreción.

Aguardé los seis compases apropiados para fingir que me lo estaba planteando.

—No puedo decirle sin más los nombres de mis clientes —repuse—. Pero me reuniré con ellos y les diré que el caso es más complejo de lo que pensaba. Les contaré que está dispuesto a reunirse con...

—También tengo que reunirme con usted, señor Boll. Tenemos que hablar.

—¿De qué?

Willa me estaba mirando con gesto atemorizado.

—No conviene revelar secretos por teléfono. ¿Conoce el Liberté Café de Hudson?

—Sí, lo conozco.

—Nos veremos allí esta tarde a las siete y media. Creo que puedo convencerlo de la necesidad de llevar este asunto con toda discreción.

—No puedo llegar hasta las nueve y media —respondí—. Tengo que ponerme al día con unos cuantos correos importantes.

—De acuerdo —dijo enseguida, demasiado rápido—. A las nueve y media. Nos vemos entonces. ¿Cómo lo reconoceré?

—Llevaré un pensamiento rojo en la solapa —repuse antes de colgar.

Cuando volví a dejar el móvil en el cajón, Willa preguntó:

—¿Era el señor Braun?

—Sí.

—¿Le contó lo que yo le dije?

—Le envié un correo informándole de que era el detective privado Tom Boll y trabajaba para ciertas partes interesadas en que localizara a Johanna Mudd. Sabe que estoy al tanto del caso de A Free Man, pero eso ya ha aparecido en la prensa.

—¿Le ha mencionado lo de que tiene intención de abandonar el caso?

—No.

Suspiró.

—Pero quizá sospeche que estoy obteniendo información de alguien de su bufete. Así pues, lo mejor que puede hacer usted es seguir adelante con el asunto. Le voy a dar otro número al que puede llamarme, por si surge algo de lo que tenga que ponerme al tanto.

La joven abogada me miró, cayendo en la cuenta por primera vez, o eso me pareció a mí, de que estaba con la mierda hasta el cuello.

Asintió e incluso hizo el esfuerzo de sonreír.

—Supongo que para esto me puse en contacto con usted —dijo.

—¿Quiere que lo dejemos correr?

Escudriñó mis ojos en busca de una respuesta. Después de un buen rato, respondió:

—No. En realidad, no sabía hasta qué punto podía ser alguien víctima de la ley hasta que conocí a Manny. Mató a gente, pero no es un criminal. No puedo darle la espalda.

Le di a Willa el número de otro móvil de prepago que tenía y luego la acompañé a la puerta.

Me quedé allí contemplando la nada después de que se fuera.

—¿Te hizo algo mamá? —preguntó Aja a mi espalda.

—Sí —le dije a la puerta.

—¿Tenía que ver conmigo?

Me volví para mirar a la sangre de mi sangre ataviada con gabardina.

—Curioseó en mis archivos.

—¿Cómo lo sabes?

—Puedo saber cuándo mira alguien ciertos archivos —mentí—. Archivos que tú no habías abierto nunca.

—Eso no es tan grave, ¿no? —indagó Aja.

—No. Pero, a partir de ahora, no saques el trabajo de la oficina, ¿de acuerdo?

Asintió, y eso fue suficiente.

13

Aja se fue a las seis y media. Me vestí y estaba listo para salir a las siete.

La última charla que había tenido con mi hija había solucionado el problema con Monica, pero olvidé, como tiende a hacer la mayoría de los hombres, que lo que me ocurra a mí no depende necesariamente de mí.

Al salir por la puerta que daba a Montague Street oí que un hombre gritaba: «¡Oliver!».

La calle estaba abarrotada de compradores que empezaban a pensar en la cena y las Navidades y que debían aprovechar antes de que el frío del invierno los mandara a casa para el resto de la estación.

Un grupo de hombres y mujeres jóvenes, sobre todo negros, tonteaban cerca del bordillo. Coleman Tesserat, el niño bonito con el que se había casado mi mujer, se abrió paso entre los juerguistas veinteañeros. Llevaba ropa de deporte con la capucha puesta. El chándal era amarillo con ribetes de color azul oscuro o negro.

Yo llevaba el calibre 45 de cañón corto en el bolsillo de la cazadora, aunque no creí que fuese a necesitarlo. Quizá más avanzada la noche la cosa cambiara.

—Coleman —dije.

Una chica negra de cabello azul cielo que nos miraba percibió el deje de amenaza en la voz de Coleman, igual que yo.

—¿Qué le dijiste a Monica? —preguntó en tono de exigencia.

—¿Por qué vienes a preguntarme algo que ya sabes?

Coleman se detuvo a tres palmos de mí. Era cinturón negro de algún arte marcial oriental y pensaba que gracias a eso sabía defenderse.

—Te he hecho una pregunta —dijo con todo el aplomo de los muertos.

—Ya lo sabes —insistí.

La chica de pelo azul le dio un toque en el hombro a un joven.

—No te tengo miedo —me advirtió Coleman.

—Si fuera cierto —dije mirando todavía a la chica—, no te habrías presentado aquí.

—Puedo darte de hostias aquí mismo —me amenazó Coleman.

—¿Delante de testigos? —pregunté con tono inocente—.Y yo sin levantar las manos siquiera.

—No te metas en mis asuntos —insistió, cayendo en la cuenta de que había cometido un error táctico al enfrentarse a mí de esa manera.

—¿Te contó tu mujer por qué le dije que te investigaría?

—Eso da igual.

—Llamó a un hombre al que yo estaba investigando. De haber estado hecho de otra pasta ese tipo, quizá yo estaría muerto. Monica me estaba jodiendo sin ningún motivo. Yo contraataqué. Y la próxima vez que vengas a por mí más te vale estar preparado para matar, porque no pienso rendirme hasta zanjar el asunto.

Cuando me alejé, me recorría el cuerpo y la mente toda suerte de disparates.

Notaba el efecto de las hormonas adolescentes en el corazón y los músculos porque quería machacar al nuevo marido de Monica. A la sombra de esa sensación me sobrevino la revelación de que había recuperado mi interés por el otro sexo. Lo supe al ver que la del pelo azul me miraba.

Estaba preparado.

En la avenida D cerca de Houston hay un club privado ilegal. Ocupa el subsótano de tres plantas de un inmenso bloque de viviendas protegidas.

Pulsas el timbre del apartamento 1A y te abren con un zumbido. Vas a la puerta y dices un nombre. Si les gusta el nombre, cruzas la puerta, bajas unas escaleras y llegas a otra puerta. Esta da a una sala muy grande que es discreta y suele estar medio llena de hombres y mujeres que necesitan intimidad al nivel de una sociedad secreta. Hay cómodos sillones y mesas, paredes cubiertas de estanterías llenas de libros, y el personal de servicio va vestido con esmoquin o minifalda.

Los vecinos de ese edificio no se quejan nunca porque los propietarios del club anónimo tienen por lo menos tres vigilantes de seguridad en la entrada en todo momento. No hay atracos, ni tráfico de drogas, ni prostitución encima de ese sótano; nunca.

No había estado nunca en el club, pero lo conocía.

—¿Busca a Mel? —preguntó una preciosa negra joven y rubia detrás del atril de hierro fundido al pie de la escalera. Llevaba un vestidito negro, medias negras y una microcadenita de plata con una piedra roja a modo de joya.

—Pues sí.

Me llevó por una puerta detrás del atril a través de un pasillo estrecho hasta otro tramo de escaleras que conducía a otra amplia sala con menos ocupantes.

—En la pared del fondo —dijo.

Vi que Melquarth Frost me saludaba con la mano desde el lugar que indicaba la azafata. No pude por menos de sentir que estaba a punto de hacer un trato con el diablo.

Se levantó cuando me acercaba a la mesa. Me dio la impresión de que era un alarde de respeto. Nos estrechamos la mano. Noté su poderosa zarpa como un guante de abrigo lleno de cemento.

—Señor Frost.

—King..., recibí tu mensaje de texto. ¿Te han dejado entrar tal como dije?

—Desde luego.

Nos sentamos y nos miramos como tomándonos las medidas un momento. Llevaba un traje color limón, holgado pero con buena caída. La camisa era lapislázuli y estaba surcada de abundantes hebras errantes plateadas y doradas.Yo vestía una gabardina marrón con forro de fieltro, pantalones negros y zapatos de cuero negro con suelas de goma.

En los trece años en el Cuerpo que tenía a mis espaldas, seis de ellos como inspector, Frost era el delincuente más peligroso con el que me había topado. Nuestros pocos encuentros me habían convencido de que se sentía en deuda conmigo, aunque nunca habíamos hablado de semejante obligación después de la primera vez que vino a verme al despacho.

Estábamos quizás a punto de empezar a hablar cuando un hombre de estatura media cargado de hombros que llevaba una chaqueta blanca y pantalones negros se acercó a la mesita redonda.

—Mel —dijo el tipo en una voz dura y clara.

—Ork.

—¿Quién es tu amigo?

—Nadie de quien tengas que preocuparte.

—Un tipo en la barra me ha dicho que se parece a un poli que conocía.

—Vuelve con él —respondió Mel— y dile que se ocupe de sus asuntos.

Mel y Ork se sostuvieron la mirada quizás unos quince segundos. A este se le ensancharon las aletas de la nariz, y luego se alejó.

—Qué sitio tan agradable —solté.

—Los maleantes son gente nerviosa —repuso Mel.

—Creía que ya habías dejado todo eso atrás.

—La verdad es que me gusta el ambiente. A veces uno tiene necesidad de hablar con gente que tenga las ideas claras detrás de los ojos.

Asentí.

—¿En qué te puedo ayudar, King?

—Dime por qué viniste a mi despacho aquel día —me limité a responder.

—Ya te lo dije.

—Pues quizá podrías añadir algún detalle.

—¿Por qué?

—Porque igual tengo que pedirte una cosa, y te bautizaron en honor a Satán.

Melquarth Frost sonrió.

—Vi un pájaro rojo en Prospect Park dos días antes de que me trincaras.

—Un pájaro rojo.

—Escarlata puro —dijo con un vigoroso asentimiento—. Al principio no era más que un

destello en los árboles, entre las hojas. Pero luego se posó en una rama a unos doce metros. Era lo más bonito que había visto nunca. Me sorprendí deseando que se acercara para verlo mejor. Estaba sentado en un banco del parque mentalizándome para el atraco. Aquel bicho alzó el vuelo y se posó en el césped delante de mí. Era grande, casi del tamaño de un cuervo, y tenía una sola pluma negra en la coronilla.

La cara del exatracador adquirió un semblante que solo puedo describir como beatífico.

—¿Y? —dije.

—Me miró y supe que tenía algún significado. Un animal completamente silvestre se te acerca y te mira a los ojos. Eso significa algo.

Había captado mi atención.

—¿Qué? —pregunté.

—No estaba seguro del mensaje exacto, pero un pájaro significa libertad y el color rojo significa «presta atención».Y pensé que un pájaro así, un pájaro que destacaba como una llamarada en plena noche, era algo parecido a mí.

»Y entonces, cuando el fiscal te pidió que dijeras algo sobre mí que diera con mis huesos en la cárcel, te negaste. Fuiste el mejor hombre cuando yo huía y volviste a serlo cuando estaba desvalido.

»No te equivoques. Podría haber cumplido la condena. No tenía miedo, pero tú tampoco. Fuiste como ese pájaro rojo en el árbol y luego bajaste. Esa era la señal, más clara que la nariz en el feo careto de Ork.

»Me había comprometido a hacer otro trabajo, y, como ya te conté, mi compañero me disparó por la espalda. Eso fue la gota que colmó el vaso: el negocio se había terminado para mí.

Estaba convencido de que a Mel se le había ido la pinza. Pero su visión psicótica del mundo parecía coherente y definitiva; algo que me podía creer que era lo que era.

—Tengo entre manos un par de casos —dije tras una pausa de apreciación—. Voy a necesitar ayuda y he pensado que igual podía contratarte. Tengo un pequeño presupuesto y podría contratar a alguien. No es dinero como el de un atraco, pero tú ya no eres atracador.

—Hecho.

—¿No quieres saber de qué se trata?

—Claro. Tienes que decírmelo, pero, señor Oliver, si ese pájaro rojo me hubiera pedido que le siguiera, también le hubiese dicho que sí.

—¿Cuánto me vas a cobrar?

—Un dólar ahora y otro cuando haya acabado.

Saqué un dólar de la cartera y se lo di.

—¿Te apetece dar una vuelta conmigo? —le pregunté a Melquarth Frost.

Se guardó el dólar en el bolsillo del pecho y se levantó.

Le seguí escaleras arriba y hacia un destino lleno de tarados y pájaros rojos, polis sin nombre y

mujeres que te engañaban una y otra vez.

14

Ir caminando del East al West Village fue un viaje fundamental, podría decirse incluso que fue un viaje de transición en mi vida.

Mi padre era delincuente y por eso yo me había metido a policía. Me incriminaron y amenazaron, conque dejé de ser agente y empecé a trabajar como detective privado. Todos y cada uno de los pasos que había dado habían sido una reacción igual y opuesta a mi padre; cabría decir que no había tenido nada que ver con el libre albedrío.

Pero caminar por esas calles frías y otoñales junto a un hombre tan malvado que no se arredraba ante ningún crimen suponía que había dado los primeros pasos por un camino diferente, un camino que era mío y nada más que mío.

—Sé que no tengo manera de compensar lo que fui —decía Mel cuando íbamos hacia el norte por Hudson. El ladrillo oscuro de los antiguos edificios impregnaba de melancolía su discurso y nuestro destino—. Bueno, hice de todo y eso no significa nada. Quizá si lo sintiera querría subsanarlo de algún modo...

Siguió hablando, pero yo no le hacía demasiado caso. Sabía en cierto modo que esto también era nuevo para él, que no era de los que te contaban nada a menos que fuera absolutamente necesario o mentira. Melquarth, quizá por primera vez, estaba pensando en voz alta, mientras yo recordaba mi celda en régimen de aislamiento y cómo mis enemigos me habían destrozado, me habían hecho encogerme de miedo como un perro.

—Ahí está —dije tras seis largas manzanas.

El Liberté Café, en el lado este de Hudson, tenía grandes ventanales y una terraza que solo usaban unos pocos. Era en esencia una pastelería demasiado cara que servía complejos cafés y bocadillitos que pasaban por franceses.

—¿Qué desean? —preguntó una joven de color caramelo. Tenía gruesas pecas flanqueándole la nariz ancha y un hueco entre los incisivos.

—¿Qué tal esa mesa de ahí? —sugerí.

—Claro. Juan les lleva ahora los menús.

Vi que Mel hubiera preferido una mesa medio oculta tras el mostrador, pero yo sabía que sentándonos allí habríamos parecido sospechosos.

Juan era un hombre más bien pequeño con la piel de tono bronce, un bigote airoso y ojos de tener que estar en otra parte.

—Un té verde con leche y una baguette de jamón —le dije al joven cuando preguntó qué quería.

—Café, solo, con algo de pan —dijo Mel.

Cuando se alejó Juan, Mel preguntó:

—¿Qué asunto tienes con ese tipo? —Se refería a Stuart Braun.

—¿Lo conoces?

—No, pero conozco a un pavo de San Quintín al que Braun consiguió librar de un cargo de asesinato en primer grado.

—¿Braun estaba en California?

—No. Pero ese tipo había matado a alguien en Nueva York y luego a otro en Sacramento. California lo extraditó y lo condenó después de que Braun obrara su milagro aquí.

—Prefiero no contarte todavía por qué lo estoy investigando —dije.

—Tú has aflojado el dólar.

Empezaba a caerme en gracia mi satánico secuaz.

—Bueno, ¿cuál es tu historia, Mel? Me refiero a la de verdad.

Me miró. Tenía los ojos totalmente inertes, pero a pesar de ello percibí gratitud en su mirada.

—La psiquiatra de la cárcel dice que tengo un trastorno de personalidad límite con episodios psicóticos intermitentes que alivian la presión de la culpa inconsciente y hacen de mí un tipo peligroso.

—Qué locura.

—¿A que sí? Le pregunté a la pava cómo era que, si andaba tan pirado, estaba en la cárcel y no en algún psiquiátrico.

—¿Qué te dijo? —indagué, a la vez que levantaba la mirada para fijarme en un trío de clientes más bien insólitos que entraban por la puerta de cristal. Los tiarrones llevaban todos vaqueros, chaquetas de algodón y camisas de cuadros de estilos diversos.

—Que el derecho moderno en Estados Unidos se basaba en la clase económica y en eso que la opinión popular clasificaba como maldad —explicó Mel, en respuesta a mi pregunta—. Dijo que en el mundo moderno un nombre que se da cabezazos contra la pared está loco, pero el tipo que golpea a otro en la cabeza es un criminal.

—Han entrado tres tipos —señalé.

—Los veo en el espejo.

Hablaban con la chica pecosa de piel acaramelada.

—El gordo de chaqueta clara es un tipo llamado Porker —añadió Mel—. No creo que me conozca. Se suponía que debía matarlo en una ocasión, pero su novia decidió que su esposa le daba pena y me dio el cincuenta por ciento de la tarifa.

Los hombres estaban paseando la mirada. Al final, decidieron ocupar la mesa medio escondida a la que le había echado el ojo Mel.

Cuando se acomodaron, Juan, el de la mirada huidiza, fue a tomarles el pedido.

—Entonces ¿tu historia consiste en una loquera penitenciaria reduciendo tus actos a un diagnóstico de manual? —pregunté, dando a entender a Mel que íbamos a permanecer atentos y esperar.

—No. Eso solamente era la respuesta oficial. Ya sabes que es así como la mayoría de la gente conoce a todos los demás. Lo leen en un anuncio en el periódico o quizás en una carta que les envían de casa.

—Entonces ¿cuál es la respuesta real?

—Mi madre era una chica católica. Desde los tres años iba con su madre a la iglesia todos los miércoles y domingos. A los nueve años entregó su vida a Jesucristo y se comprometió a cumplir todos y cada uno de los preceptos de un solo libro.

»Entonces una noche, cuando creía que estaba sola en la catedral, un hombre la arrastró al confesionario y la violó. Era apenas una adolescente y además lo hizo allí mismo en la iglesia. Esa putada le jodió la cabeza.

»Sus padres le ordenaron que abortara, pero ella les dijo que eso sería ir contra Dios. La echaron de casa y se fue a vivir a una residencia católica, donde dio a luz, me bautizó en honor al demonio y nunca, ni una sola vez, me demostró cariño.

»Yo era un deber para ella, como las pruebas de Job. Me daba cobijo, me alimentaba y me decía a diario que era hijo del mal.

Miré los ojos inertes de Mel, pensando que igual mi vida no había sido tan mala como pensaba.

—¿Sabes cómo se llama de verdad Porker? —pregunté.

—Lo he olvidado, pero sé dónde enterarme.

Después de eso nos entretuvimos con las bebidas y la comida. Mel poseía una amplia variedad de conocimientos que no tenían nada que ver con el crimen. Sabía lo suyo sobre la evolución. Me contó que su mayor deseo, cuando era niño, era convertirse en algo diferente, como los lobos se habían convertido en perros o los dinosaurios en pájaros.

Cuando mi reloj marcaba las 22: 37, los tres matones pagaron la cuenta, se levantaron y se fueron. No habían visto a un hombre con una flor roja en la solapa. Stuart Braun tampoco estaba allí.

—Supongo que nosotros también podemos irnos —dije, quizá media hora después de que Porker y los suyos se hubieran marchado.

A la salida del restaurante, Mel dijo:

—Maté al cabrón.

Mi antiguo yo hubiera estado alerta ante una confesión, pero ya había cruzado esa línea en el East Village.

—¿Quién?

—Mi padre. Pregunté por ahí hasta que oí hablar de un tipo del antiguo barrio de mi madre que había cumplido varias condenas por violación. Lo conocí en un bar y, después de whisky de centeno en abundancia, me habló de una chica de trece años a la que violó en un confesionario. Dijo que era el coñito más rico que había probado.

»Poco después inventé una excusa para cabrearme y pegarle en toda la boca. Recogí un poco de sangre con un pañuelo y a él lo dejé en la calle.

»El laboratorio de ADN lo identificó como mi padre y volví a quedar con él. Había estado tan borracho que no recordaba que lo hubiera derribado de un puñetazo. Lo llevé a una casa abandonada en el Bronx y le hice sufrir de lo lindo. Una vez muerto, eché sesenta y cinco litros de ácido sulfúrico en una bañera vieja bien grande y ese hijoputa desapareció de este mundo. Fue como si nunca hubiera existido.

—¿Lo hiciste porque violó a tu madre? —tuve que preguntarle.

—Porque me concibió e hizo de mí lo que soy y ni siquiera se enteró. Y además no le hubiera importado un carajo si yo se lo hubiera dicho.

15

Volví a casa en un taxi amarillo.

Montague Street estaba desierta. Coleman Tesserat podía estar escondido en algún portal con un arma en la mano. Quizá si alguien sacara a la luz sus delitos en Wall Street iría al trullo para veinte años; eso yo no lo sabía. Lo que sí sabía era que no me atemorizaba morir, que, desde que había decidido enfrentarme a los hombres que me robaron la vida, no tenía ningún miedo.

—King, guapo —dijo alguien.

Al girar la cabeza hacia la izquierda vi a Effy Stoller. Con menos de uno sesenta, y siete kilos más de los que un médico hubiera considerado su peso perfecto, tenía los labios grandes y la piel más oscura que la mía. Estaba encaramada a unos tacones muy pero que muy altos con la misma soltura que si fuera descalza, y lucía un peinado con la forma de una concha marina que existiría en algún futuro lejano cuando la humanidad hubiese involucionado hasta convertirse en un recuerdo geológico.

—Sé que llego un poco tarde —dije cuando se me acercaba—. Pensaba que ya te habrías ido.

Me dio un beso en toda la boca y dijo:

—Sabía que vendrías. Si me has enviado un correo tenía que ser por algo.

Effy había sido prostituta en los viejos tiempos, cuando yo salía de patrulla. La llevaba un chulo llamado Toof, que era de algún lugar del Medio Oeste. La hacía trabajar duro y la zurraba habitualmente. Pero ella no se quejaba ni le delataba.

Entonces, un miércoles por la noche a las tantas, cuando yo estaba de guardia en Midtown, una anciana se me acercó cojeando y me dijo que había oído un disparo en un edificio que yo conocía muy bien.

En el último piso había una puerta entreabierta al fondo del pasillo. Había tantos ojos posados sobre mí como cucarachas en las paredes, pero no salió nadie a decirme nada; no era un edificio de esos.

En el interior del apartamento, Toof estaba en el suelo con gabardina y traje de estilo años cuarenta de color marfil con hombreras enormes; el lado izquierdo de su cráneo y buena parte de lo que contenía estaban pegados a la pared. A tres metros de allí, Effy estaba sentada a una mesita en la diminuta cocina comedor. Estaba bebiendo coñac bueno a morro de la botella, cosa que yo tenía claro que Toof no le habría permitido nunca.

El arma estaba encima de la mesa. Era un enorme revólver de seis balas del calibre 41. Cogí el arma y me senté frente a ella.

—Cuando me he despertado esta mañana, sabía que ese tenía que morir —dijo mirando la

superficie de la mesa.

—Y eso ¿por qué? —pregunté.

—Tenía una chica nueva. Una monada.

—¿Y estabas celosa?

—La primera vez que le vi pegarla, algo cambió. Fue como si hubiera muerto y el vigilante a las puertas del cielo me estuviera mostrando mi vida. Me estaba ofreciendo la oportunidad de volver atrás y arreglarla. Lo único que tenía que hacer era dormir una noche a pierna suelta para averiguar cómo hacerlo.

Toof había cometido toda clase de fechorías, y Effy había sido una persona fácil con la que trabajar, más o menos. Si yo la trincaba, se tomaba la detención con estilo. Ella se merecía algo mejor y él se llevó exactamente su merecido.

El apartamento de Toof tenía una puerta trasera. Ayudé a Effy a ponerse en pie y le dije dónde podía ir a pasar la noche. Luego me guardé el calibre 41 en la cinturilla del pantalón a la espalda y llamé a los de homicidios, como era mi deber.

Effy era el quinto correo que había enviado esa mañana. Sabía que me haría falta un poco de cariño a la hora de acostarme.

Se desnudó y me bañó, me dio un masaje con aceite por toda la columna hasta los glúteos mayores. Una vez hubo acabado, me dio la vuelta. Los pechos y el estómago le relucían por el aceite.

—No estás empalmado, King, guapo. ¿Es que ya no te gusto?

—Pensaba que igual podíamos hablar un rato, para variar —dije.

—¿De qué quieres hablar?

—¿Recuerdas aquella vez que me dijiste que te despertaste por la mañana y sabías lo que tenías que hacer? —No habíamos hablado nunca de aquella noche.

—Sí —contestó, asintiendo levemente sin desviar la mirada.

—Yo desperté hace unos días.

Se tendió a mi lado y me puso una mano en el pecho. Estuvimos así largos minutos.

—Dejé de hacer la calle hace seis años —dijo.

—Entonces ¿por qué estás aquí?

—Supe cómo te sentiste después de que mintieran sobre lo que hiciste. Lo supe. Y cuando me has llamado he venido porque es lo que hace una mujer por el hombre que le salvó la vida. No tiene que quererla ni preocuparse por ella ni nada. Pero, si él le salvó la vida, está obligada a cuidarlo. Y, aunque ahora soy masajista profesional y totalmente legal, si me llamas, voy.

—Supongo que es la última vez que te voy a llamar —dije.

—Podríamos ir a tomar unas copas o algo —se ofreció—. Ahora, date la vuelta.

El nuevo masaje fue más suave y abarcó más áreas. Me masajeó los lóbulos de las orejas y entre los dedos de los pies, las membranas entre los dedos de las manos y los gruesos tendones de los pies. Mientras tanto ella hablaba, pero yo no alcanzaba a entenderla del todo.

—¿Papá?

Hacía mucho tiempo que no dormía tan profundamente. Desde que estuve en la celda de aislamiento no conseguía dormir muy bien. Unas horas aquí y allá eran lo más que podía esperar. Pero ese día, cuando A. D. me sacudió el hombro, desperté de un sueño que me había dejado descansado por completo.

—¿Sí, cariño?

—¿Has estado durmiendo todo el día?

—¿Qué hora es?

—Un poco más de las cuatro.

Me incorporé en la cama sin retirar la manta que me cubría.

Aja llevaba un vestido ligero que le llegaba casi hasta las rodillas, y aunque revelaba su figura, no se le ceñía demasiado al cuerpo.

Al ver su atuendo maduro me di cuenta de que era más atractiva incluso y parecía lo bastante mayor como para hacer algo al respecto. Sofoqué una risilla, pensando que no era capaz de tener el pájaro en la jaula.

—¿Qué miras, papá?

—El destino.

—¿Estás bien?

Sopesé su pregunta y al final dije:

—Siéntate.

Se encaramó al borde de la cama y ladeó la cabeza tal como hacía cuando era niña.

—¿Qué? —preguntó.

—Quería decirte que verte crecer hasta convertirte en una mujer es lo mejor que he hecho en la vida, de verdad.

—Hablé con mamá —dijo.

—Ah, ¿sí?

—Me contó lo que hizo. Intentó explicarme que no era tan malo, pero yo le contesté que ella no podía tener la menor idea de lo que pasaría si te desenmascaraba de esa manera. Creo que lo entendió.

—Ve abajo —dije entonces—. Voy a vestirme.

16

Incluso habiéndome despertado a esas horas del día, la tarde fue casi normal. Aja hizo llamadas de teléfono y cumplimentó cheques para que yo los firmase después de que se hubiera ido. Estuve mirando Montague Street, pensando en cómo Effy había fingido ser prostituta para ofrecerme lo que necesitaba y Mel había salido volando del infierno bajo la guisa de un pájaro escarlata para ser mi ángel guardián.

Tenía intención de usar el dinero de Willa para pagar una investigación a fondo del caso de Stuart Braun sobre A Free Man. Pero antes tenía que avanzar un poco en el asunto de la rueda de molino que me colgaron al cuello ciertos elementos de la Policía de Nueva York.

—Angles and Dangles —contestó una mujer de voz profunda y áspera al cuarto tono. Eran las seis y media y Aja estaba recogiendo para irse.

—Pásame con Marty Moreland —dije.

—¿Con quién?

—Mi amigo Marty ha dicho que estaría en el bar y que podía llamarle... a las seis en punto.

—Para empezar —dijo la mujer, mosqueada—, son las seis y media. Y, aunque ese que dice esté aquí, tiene que llamar al teléfono público si quiere hablar con un cliente.

Colgó y sonreí.

—¿Qué te hace gracia?

Aja estaba ahí plantada, mirándome desde el umbral.

—Me gusta mi trabajo —dije.

—¿Estás trabajando en lo de la señorita Portman?

—Desde luego que sí.

—La otra noche asustaste a Coleman.

—¿De verdad?

—Él y mamá han estado hablando de eso todas las noches cuando creen que ya me he dormido. Ella se pregunta qué habrá hecho Coleman para que estés convencido de que podrías pillarlo.

—¿Qué dice él?

—La verdad es que no oigo lo que dice. Él susurra casi siempre y ella grita. Pero ¿sabes qué, papá?

—¿Qué?

—Creo que deberías averiguar lo que hizo y entregarlo a la policía.

Miré con atención a mi hija, en el lugar oscuro en la luz de mi vida. Ella movió la cabeza adoptando una pose de absoluta seriedad y entró para ocupar una de las sillas de fresno de los clientes.

Quería que me diera cuenta de que no bromeaba.

Algo en la gravedad de su mirada me puso de mucho mejor ánimo.

—No puedo hacerlo, cielo.

—¿Por qué no? Sabes que mamá se puso como una furia por lo tuyo con aquella mujer, pero ella se veía con Coleman cuando seguíais casados. Vi una carta que él le envió escrita un año antes de que te metieran en la cárcel.

—Tenía sus buenas razones —contesté, reconociendo mis propios pecados sin concretarlos.

—Pero fue él quien le dijo que te dejara en la cárcel.

—¿Cómo lo sabes?

—Una vez, cuando ella comentó que lamentaba el tiempo que estuviste encarcelado, él le recordó que ya habían hablado del asunto cuando ocurrió y ella tomó la decisión correcta de cortar cualquier atadura.

Eso casi me afectó. Quizás habría hecho algo si no hubiera sabido que Monica no necesitó ninguna ayuda para abandonarme.

—¿Estás espiando a tu madre, A. D.?

—Ella lo hizo con mi ordenador. Registra mis cosas cuando le da la gana.

—Bueno..., no quiero que lo vuelvas a hacer —dije apañándome para insuflar cierto peso a las palabras—. Y yo no enviaría a nadie a la cárcel. No a menos que fuera mi deber.

—Pero ¿y si se lo merece?

—Da igual.

—¿Por qué?

—Porque he pasado por ello. Sé exactamente lo que es y no soy tan malvado.

Dejó escapar un bufido y me miró, calibrando al hacerlo lo que su padre valoraba y hasta dónde podía llegar ella.

—Voy a ir a casa de Melanie esta noche —dijo tras un largo intervalo en la conversación.

—¿A estudiar?

—Solo para escapar de esa casa.

—¿Lo sabe tu madre?

—Y está enfadada. Está enfadada contigo y ahora con Coleman. Lo único que ella quería era vivir como viven en la tele. Y lo único que consiguió fue aparecer en la primera plana del *Post*.

Era lo que yo decía de vez en cuando. Solté una carcajada y ella rio con disimulo. Nos levantamos al mismo tiempo para darnos un abrazo de despedida.

Angles and Dangles era un bar dilapidado a unas ocho manzanas de los antiguos astilleros de la marina. Había unos pocos anuncios pequeños de neón proporcionados por cerveceras difuntas en las ventanas recubiertas de mugre. En el interior, había chismes náuticos, como salvavidas, y grandes timones de roble colgados, apoyados o colocados en estantes aquí y allá.

Algunos hombres que bebían en la barra y en las pocas mesas que bordeaban las paredes podían haber sido marineros en algún momento de su vida; los demás habían sido estibadores. La mujer de detrás de la barra, Cress Mahoney, era la voz rotunda que me había colgado. Estaba ajada, pero seguía siendo bonita a los casi cincuenta años. Su pelo entrecano había sido castaño. Una chispa brillaba en sus ojos azules.

Todo el mundo era blanco allí dentro, y todos se fijaron en mi color de piel.

—¿Seguís preparando ese grog con zumo de limón y agua? —le pregunté a Cress cuando llegué a la barra.

—¿Te conozco? —preguntó con su laringe de papel de lija.

—Hasta el día de hoy, solo se lo había pedido a Pop Miller.

—¿Conocías a Pop? —No las tenía todas consigo.

—¿Que si lo conocía? ¿Murió?

La pregunta le hizo daño a Cress. Adoraba al viejo.

Yo también lo apreciaba y no me había enterado de su fallecimiento. La única razón de haber llamado al bar era para asegurarme de que el establecimiento seguía allí después de tantos años.

—Tuvo un ataque al corazón pescando en su barca de remos —dijo—. Tardaron tres días en encontrarlo. Había ido a la deriva hasta Delaware.

—Te dejó el bar —afirmé.

—¿Qué sabes tú?

—Que Cress Mahoney es una mujer sin par en la Costa Este. Sería capaz de destripar un pez o arponear a un tiburón con más maña que muchos que se hacen pasar por marinos. —Imité el acento del anciano lo bastante bien para convencerla de mi verdad a medias.

—¿Cómo te llamas?

—Mi padre me puso Thor, por un cómic que leyó una vez.

No había oído hablar nunca de mí, pero aun así mi bautismo imaginario la hizo sonreír.

—¿Y qué buscas aquí?

—Grog.

Conocía a su amante, Athwart Miller, alias Pop, y sabía más sobre ella de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Yo había captado a Pop como confidente cuando me enteré de que llevaba un chanchullo de tráfico regular de marihuana en los muelles. No interferí, sino que le hice identificar a Little

Exeter Barret y luego pasarme información sobre él. A Pop no le caía nada bien Exeter porque traficaba con heroína. Yo tenía un profundo interés en el canalla con cara de hurón porque podía llevarme a realizar la mayor redada antidrogas en la historia de la ciudad de Nueva York.

Solo iba al bar a las tantas de la madrugada, así que era poco probable que Cress reconociera mi cara o supiera nada sobre mí.

—No me suenas —dijo.

—Pop y yo jugábamos al go después de cerrar —contesté—. Me dijo que a su clientela no le gustaría ver a un hombre con mi tono de piel jugando a las damas chinas en su bar.

—Atty intentó enseñarme —recordó de viva voz—, pero es que yo no lo pillaba.

—Dicen que el go es más difícil que el ajedrez. Pop me contó que aprendió durante una travesía por el Sudeste Asiático en la marina mercante.

—¿Y por qué crees que ahora el bar es mío? —preguntó—. Tiene tres hijos y dos exmujeres.

—Pero solo una moza cachonda —cité— con la que le hubiera gustado estar en una isla desierta en el Pacífico Sur.

La tensión abandonó a Cress en ese momento. Vi en el espejo a su espalda que los clientes empezaban a perder interés en mí. Estados Unidos estaba cambiando a paso de caracol en medio de un huracán, pero, hasta que el molusco gasterópodo llegara a su destino, yo tenía un calibre 45 en el bolsillo y los ojos en los cuatro rincones al mismo tiempo.

Cress me sirvió la dulce bebida con ron y la saboreé.

Leía en mi iPad una versión de la historia de Juana de Arco, y a veces levantaba la mirada para ver cómo los moradores de un antiguo estilo de vida lo recuperaban durante una noche.

Había una gramola vetusta en la que llevaban treinta años sin cambiar el repertorio... Brandy era una buena chica y hubiera sido una buena esposa, pero su mujer era la mar.[3]

Quizá dos horas después un hombre dijo:

—Eh, oiga.

Se instaló en el taburete a mi derecha antes de que yo levantase la vista.

—¿Sí?

—¿Le conozco? —El sol transatlántico le había dejado la piel de un marrón marchito y requemado. Quizá sus ojos fueran de un color distinto al marrón, pero los tenía entornados.

Sonreí y apagué a Juana.

—¿Por qué lo pregunta? —repuse.

—No le había visto nunca por aquí, pero me suena de algo.

—Si me conociera, se acordaría.

—¿Tan chungo es?

—Lo que pasa es que me pirro por el grog como Dios manda, amigo mío.

—¿Ahora somos amigos? —preguntó. Incluso sentado bien erguido, seguía siendo un hombre pequeño.

Dos horas y lo único que sabía era que Juana dio pie a un acontecimiento fundamental en la culminación de la Guerra de los Cien Años. Salvó a Francia y fue traicionada por el rey al que ayudó a ser coronado. Se decía que era virgen, pero yo me reservaba mi opinión.

Ya había decidido que no iba a sacar nada de Angles and Dangles cuando resultó que el marinero enano había bebido lo suficiente para intentar buscar pelea conmigo. Dos horas desperdiciadas con sesenta segundos valiosos al final.

Levanté la mano para captar la atención de Cress, con la intención de pagar la cuenta y marcharme. Pero entonces se abrió la puerta y entró Little Exeter.

—¿Sí, señor Thor? —preguntó Cress mientras yo seguía con la mirada a la ratilla entre la clientela hasta una mesa apartada.

Miré a la camarera amante de Pop y dije:

—Ponle a mi amigo un triple de lo que esté tomando.

—Johnny, ¿ya estás otra vez sableando copas?

—Qué va, joder —exclamó mi nuevo mejor amigo—. Que sea whisky de centeno, Cressy.

—Estábamos contando historias del mar —mentí—. Es un buen tipo. Ponme otro grog a mí también.

Eran casi las dos de la madrugada cuando salieron de Angles and Dangles tres clientes dando tumbos.

Yo me había ido del bar algo menos de una hora antes y me había apostado entre las sombras de un portal en la acera de enfrente.

Little Exeter formaba parte del grupo tambaleante. Se separaron a media manzana de allí.

Seguí a mi presa tres manzanas, ciñéndome a la acera opuesta y guardando las distancias.

Las calles estaban oscuras y sin vida, salvo por las ratas que corrían por los rincones y la luz en alguna que otra ventana. Un indigente de barba poblada empujaba orgulloso su carro de la compra rebosante por en medio de la calle; uno de los últimos seres humanos del mundo que había sobrevivido al holocausto de la humanidad.

Little Exeter iba haciendo eses, se ladeaba y daba traspiés, pero de vez en cuando se detenía y ejecutaba un paso de baile casi perfecto que revelaba a un hombre completamente distinto del que yo había tenido bajo vigilancia una década atrás.

Me traía sin cuidado.

Cuando tuve la seguridad de que no había nadie cerca, avancé a paso ligero hasta quedar a su

espalda y lo dejé sin sentido de un puñetazo reforzado con un rulo de monedas de cinco centavos.

Lo arrastré hasta una calleja, le dejé caer de espaldas y me agaché para que me viera la cara, iluminada por una luz automática instalada allí a fin de ahuyentar a posibles merodeadores.

—¿Quién eres? —dijo.

Saqué la pistola y le apunté al centro de la frente.

—¿Te he hecho yo algo? —preguntó.

—Necesito un nombre, señor Barret.

—¿Eh? —No sabía si estar borracho o asustado.

—¿A quién rendías cuentas en la policía hace catorce años cuando traficabas con jaco en los muelles?

Los ojillos se le dilataron y parpadeó como una especie de criatura de la selva amazónica en busca de una estrategia de huida.

—Esto, esto... Cumberland —contestó—. Hugo Cumberland.

Era la primera vez desde Rikers que aquello me sobrevenía con toda su intensidad.

La calleja estaba oscura y húmeda, infestada de bichos y con un olor a gusanos que apestaba. Y yo era, otra vez, un asesino en ciernes, ahora con un arma en la mano y un hombre postrado ante mí al que ansiaba matar.

No es que quisiera apretar el gatillo; era solo que iba a apretarlo y él iba a morir. Esa realidad floreciente albergaba una poderosa revelación.

Creo que Little Exeter debió de ver su muerte en mis ojos, y en consecuencia el miedo lo abandonó, dejando solo la seriedad de los últimos instantes de una vida desperdiciada.

Esa expresión en el rostro de Exeter me recordó de algún modo a Aja, lo que me hizo pensar en cómo me había pedido que me librara de Coleman, que lo destruyera a él y a su madre. De no haber sido por ella, Exeter hubiera muerto en esa calleja asquerosa.

Me levanté rápidamente y eché a correr.

Cuando llegué a mi coche, a cinco manzanas de allí, seguía con la pistola en la mano.

—¿Hola? —dijo soñolienta—. ¿Eres tú, King, guapo?

—Sí —contesté después de una breve pausa para recuperar el aliento.

—¿Qué haces?

—Estoy en un coche cerca de los viejos astilleros de la marina.

—¿Qué haces allí?

—Cuando estuve en Rikers, me destrozaron. Me hicieron pedazos como un platillo de porcelana.

Effy sabía cuándo guardar silencio.

—Me dejaron hecho polvo —confesé—. Pensaba que era un tipo duro, pero todo aquello que conocía, todo aquello en lo que creía, sencillamente se esfumó.

Estaba haciendo toda suerte de movimientos gimnásticos con la cara para no llorar.

—¿Qué haces en ese coche, Joe?

—Estaba buscando un nombre. Aquí hay un tipo que creía que podía saberlo.

—¿Te lo ha dicho?

—Sí.

—¿Lo has matado?

La pregunta era tan íntima que por un breve lapso de unos segundos no me sentí solo.Y gracias a esa epifanía caí en la cuenta de que me sentía solo casi todo el tiempo: cuando hablaba con gente, caminando por avenidas abarrotadas, incluso cuando hablaba con Aja.

Estaba solo porque nadie más parecía saber lo que había en mi corazón. Únicamente Mel hasta cierto punto y ahora Effy, con quien había cometido toda clase de perversiones en la cama. Nada de eso importaba porque para estar de veras con alguien tienes que introducirte en su cabeza.

—¿Lo has matado, Joe? —preguntó de nuevo.

—No —respondí—. No lo he matado.

—¿Le has hecho algo?

—Lo he tumbado de un golpe.

—¿Se lo merecía?

—Unas cien veces.

—¿Sigue vivo? —indagó Effy.

—Sí.

—Eres un hombre bueno, King Joe —afirmó—. En cualquier país, idioma, religión o lugar dejado de la mano de Dios, eres un hombre bueno. Tú me reconociste cuando ni yo misma me reconocía.

—Gracias —dije, y luego puse fin a la llamada.

Dejé la pistola en el maletero y volví a casa a paso de caracol; el mismo caracol que estaba conduciendo a la humanidad a una manera nueva de entender la misma mierda de siempre.

17

Cuando Aja era una criatura, la miraba mientras dormía, a veces durante una hora o más. Su carita cambiaba de expresión según el sueño que estuviera teniendo o con cualquier cosa que se moviera en el cuarto o dentro de ella. Hacía ruidos fortuitos y alargaba las manitas de vez en cuando.

Dormir, me parecía a mí, era un acto de inocencia. Por eso permanecí despierto después de estar a punto de asesinar a Exeter Barret. Sabía que el sueño tranquilo era para los bebés, mientras que a un hombre como yo solo le aguardaban pesadillas.

Little X había corroborado la información que Henri había entresacado a sus superiores. No solo estaba implicado en mi caída en desgracia a un hombre llamado Cumberland, sino que además este traficaba con heroína y su nombre de pila era Hugo.

Si el nombre era un alias, lo había escogido bien. Sonaba a nombre real, pero al mismo tiempo tenía un punto imaginativo que podía ser una tapadera.

Usé las contraseñas de Henri Tourneau para acceder a los archivos de agentes y confidentes de la Policía de Nueva York. Hugo Cumberland no aparecía por ninguna parte.

Gracias a Google me enteré de que había un hombre llamado así que había muerto hacía más de veinte años. Era un carpintero que había tenido cuatro hijos, esposa y una casa en Nyack. En el momento de su muerte había vivido sesenta y un años, y su hijo menor, un muchacho de veintitrés años por aquel entonces, se llamaba Adam.

Adamo Cortez y Hugo Cumberland. Aunque poco concluyente, era el único indicio al que podía aferrarme a las 4: 19 de la madrugada.

No había confidentes ni policías con el nombre de Adam, pero encontré el informe de un incidente ocurrido hacía quince años; un tiroteo en East Harlem, un altercado entre traficantes de droga, y un hombre llamado Adam Cumberland había recibido un rasguño de bala en el bíceps izquierdo. Los agentes a cargo de dicha investigación creían que Cumberland era un transeúnte inocente.

Firmó una declaración en calidad de testigo, pero desapareció antes de la investigación. Si era un policía infiltrado, no había constancia de él en el sistema.

No habría sido mucha información aunque yo hubiera seguido siendo inspector de Policía. Podía ir al hospital o a la dirección falsa que dejó en su declaración, pero de todo eso hacía ya más de veinte años.

Me quedé mirando la pantalla y garabateé los nombres. La inicial de los dos apellidos falsos era la C. Quizá fuese el hijo del Hugo Cumberland original.

Sonó mi móvil cuando llevaba quizás una hora rastreando al vástago del carpintero muerto.

—¿Sí?

—¿Joe?

—Hola, Effy. Son las cinco y media. ¿Es que no duermes?

—¿Y tú?

—Dime una cosa.

—¿Qué?

—¿Tienes novio? —Se lo pregunté para dejar de pensar en el batiburrillo de nombres que tenía en la cabeza.

—Creía que no ibas a hacerme nunca preguntas así.

—No iba a hacértelas —dije—, cuando creía que hacías la calle.

—Acepté tu dinero igualmente.

—La tarifa de antes.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. ¿No lo parezco?

—Estaba despierta, preocupada por ti —explicó—. Nunca me habías llamado en busca de amistad como ahora.

—Gracias, cielo, pero estoy bien. Se me fue la cabeza un momento y necesitaba hablar con alguien que lo entendiera. Así que ahora vuelve a dormirte y un día de estos te llamaré para tomar un café.

—¿Joe?

—¿Qué?

—Na’ —dijo.

Allí sentado en las horas previas al amanecer, agradecí la llamada de Effy. No iba a llegar a ninguna parte con Adam o Hugo en esos momentos, conque decidí prestar atención a otro aspecto de mi humillación y destrucción.

Había desconectado el móvil de prepago que Stuart Braun conocía. Lo hice por si él tenía recursos para localizar y activar el número.

Había dos personas que sabían el número y dos mensajes.

El primero era de Braun.

«Señor Boll —decía—. Fui al Liberté Café y no se presentó. Esta situación es muy grave y

tengo que hablar sin falta con usted y sus clientes. Si hicieran públicas sus sospechas, mucha gente saldría perjudicada».

«Sobre todo tú», pensé.

«Haga el favor de llamarme y decirme cuándo nos podemos reunir», acababa Braun. Antes de colgar, hacía una larga pausa con la esperanza de que yo hubiera estado escuchando y fuera a descolgar.

El segundo mensaje era del diablo.

«Eh, King —decía Melquarth Frost—. Se me ha ocurrido llamarte y decirte que estoy a punto de obtener el nombre que me pediste. Ya hablaremos cuando tenga algo».

Me gustan las novelas de detectives. El investigador es más listo, más valiente o sencillamente más afortunado que su némesis. Él, o incluso ella, trabaja casi siempre solo, y pone la barbilla cada vez que está al caer un puñetazo. Si lo detienen, no pasa nada. Si alguien joven y atractivo anda necesitado de sexo, lo más probable es que justo entonces no sea el momento adecuado para él, o ella.

El detective literario suele ocuparse de un solo caso cada vez y sigue las pistas hasta que lo resuelve, tanto si se hace justicia como si no.

De vez en cuando me gustaba fingir que era un detective salido de un libro.

Con esta idea en mente, revisé lo que sabía, detalles que pudieran abrir alguna puerta inesperada. ¿Qué pensaría de Willa Portman el detective Tecumseh Fox de las novelas de Rex Stout? Si yo fuera Watson mirando por encima del hombro de Sherlock, ¿qué detalle extraño me llamaría la atención?

Del otro lado de la ventana todo seguía oscuro, pero los trabajadores ya estaban en la calle e iban camino de unos empleos con los cuales nunca ganarían el suficiente dinero para pagar todas las facturas.

Y, mientras los miraba, asomó a la superficie el nombre de Chester Murray.

La contraseña de acceso de Henri Tourneau me permitió consultar el largo historial de Chester con la Policía de Nueva York. Había sido detenido por robo, proxenetismo, agresión e incluso violación. Figuraba como confidente temporal de varios agentes que yo no conocía. Copié todos sus nombres por si surgían más adelante.

Lo más interesante del expediente de Chester era que el historial de detenciones acababa tres

semanas antes de que me trincaran a mí. Desde entonces, había sido testigo en diversos casos de tráfico de drogas y prostitución.

Era un negro, lo que los profesores de mi hija llamarían «afroamericano», de uno ochenta y siete y más o menos mi edad. Había ido a la escuela pública hasta los quince y la mayoría de los inspectores que lo habían investigado o habían trabajado con él lo consideraban un depredador.

Había un expediente abierto sobre él en relación con una mujer, Henrietta Miller, que desapareció hacía casi veinte años.

Si quería su dirección o su número iba a necesitar un nivel de acreditación superior al que tenía Henri.

No suponía mayor problema.

Subí a mi apartamento y pasé otra hora o más o menos tomando notas en hojas de papel de color rosa y azul. Las guardé en una carpeta de cuero que metí en una mochila con una petaca plateada de whisky de malta agria y un calibre 45 cargado, además de una caja extra de balas.

A las siete menos cuarto subí al primer vagón de un tren A al centro. Ya estaba lleno de gente de todas las clases sociales que iban a trabajar a Manhattan. A mi lado había una joven negra leyendo *Viaje al Oriente*, de Hesse. Estaba absorta en el estilo del nobel laureado, fallecido mucho tiempo atrás.

Con poco más de veinte años, iba vestida para trabajar en una oficina, aunque no impecable como una directora o una vicepresidenta. Supuse que era una universitaria que trabajaba de recepcionista o encargada de introducción de datos. Su perfil solo podía describirse como amigable, y dije:

—Probé a leer *El juego de los abalorios*, pero no lo pude terminar.

Levantó la mirada como si esperara encontrarse a otra persona.

—¿Qué?

—*Magister Ludi* —dije.

—¿Ha leído a Hesse?

—*Viaje al Oriente* y uno anterior titulado *Tres momentos de una vida*. —Atiné a ver una interrogación en sus ojos, así que añadí—: Sufrí un accidente una vez y pasé meses sin poder leer. Lo cierto es que nunca había leído mucho antes de aquello, pero una vez pude hacerlo de nuevo, fue como si no pudiera parar durante los cinco años siguientes. Sigo leyendo, aunque no tanto como antes.

—¿Cómo acabó leyendo a un autor como Hesse?

—Fui desviándome un poco de los existencialistas.

La expresión de su cara intentaba desmentir lo que yo afirmaba, pero era incapaz de encontrar una razón para hacerlo.

—¿Qué? —pregunté—. ¿No tengo aspecto de saber leer?

—No lo sé —dijo, con un deje de autenticidad en el tono—. Viste como un conserje salvo por esa mochila de cuero. Supongo que podría ser profesor.

—Soy poli jubilado.

—Yo creía que los polis leían a Tom Clancy o algo por el estilo.

—¿Cómo es que lees tú a Hesse?

—Estudio literatura comparada en Hunter. El último año tenemos que escribir algo así como una tesis.

Tendí la mano y dije:

—Joe Oliver.

—Kenya. Kenya Norman —dijo, estrechándomela—. ¿Me está tirando la caña, señor Oliver?

—No —dije. Y era cierto en buena medida.

18

Conseguí un número de teléfono antes de apearme en Port Authority. Kenya Norman, la joven erudita, se dirigía hacia Brinkman/ Stern, una compañía de inversiones en la zona entre las calles Sesenta y Setenta especializada en nuevas tecnologías.

—Supongo que no me distraeré de mi auténtico trabajo si mi empleo diurno no me interesa demasiado —me dijo.

—Seas quien seas —convine—, te tiene que gustar lo que haces o acabarás odiándote.

Me lanzó una mirada extraña y por un momento tuve la sensación de que me estaba mirando a un espejo.

Siguiendo el ejemplo de Henri Tourneau, fui a un teléfono de pago en la segunda planta del centro de despachos de billetes para viajes interestatales.

El móvil sonó solo dos veces antes de que contestara:

—Braun.

—Señor Braun, soy Tom Boll.

—¿Dónde está?

—Tenía que ocuparme de otro caso. Lamento la demora.

—¿Dónde está?

—En la calle. Me gusta llamar desde cabinas cuando puedo. Es más anónimo. ¿Sabe a qué me refiero?

—Tenemos que reunirnos.

—La verdad es que no.

—¿No? Pensaba que estaba investigando la desaparición de Johanna Mudd.

—Les hablé a mis clientes de usted y decidieron acudir a la policía con lo que sabían.

—Eso es un error...

Dijo algo más, pero colgué mientras seguía protestando. Quería tenerlo un poco nervioso.

—Éxtasis —dijo una mujer joven.

—Mimi, por favor.

—¿Y quién le digo que llama?

—Joe.

—¿Joe, sin más?

—No es lo que diría mi madre, pero puedes decirle a Mimi que soy Joe y necesito unas zapatillas de rubíes.

—Aún no son ni las ocho de la mañana —repuso la encantadora voz.

—Si te fijas bien en las palabras en clave verás que da igual la hora que sea.

Hasta renegando sonó arrebatadora. Me pregunté qué aspecto tendría la operadora.

Pasaron unos momentos y entonces:

—¿Joe?

—Hola, Mimi.

—¿Tienes algún problema?

—No más de los habituales.

—Entonces, ¿por qué me despiertas?

—¿Te llamó un tipo de mi parte?

—Un federal —aseguró—. ¿Es de eso de lo que hablamos?

—No. Necesito localizar a un tipo con el que igual tú tienes tratos. Un tal Chester Murray.

—¿Ese traidor de mierda? Te daré toda la información sobre él si prometes matarlo.

—Te aseguro que haré algo peor que eso.

—¿Sigues con American On Line?

—Sí.

—Qué dinosaurio. Haré que alguien te envíe lo que necesitas.

Compré tres dónuts con glaseado de azúcar de arce y una taza de poliestireno de café solo en un carrito en la planta baja. Luego hice otra llamada.

—Observando a los observadores observar a los observados —dijo.

Sonreí.

—Hola, Mel.

—Sí que madrugas.

—He oído que se meneaba un gusano y he salido a mirar. ¿Tienes algo?

—Todavía no, pero lo tendré pronto.

No había fumado un solo cigarrillo desde que estuve en régimen de aislamiento. Fui a un pequeño quiosco justo a la salida de la estación de autobuses y compré un paquete de Camel sin filtro. Tosí un poco con la primera chupada, pero luego pasó a ser un buen recuerdo.

Fumé el cigarrillo hasta la mitad y después lo aplasté contra la puntera de la suela del zapato derecho.

Mi teléfono de verdad emitió un pitido y vi el email que me había prometido Mimi Lord.

—Perdone —dijo una mujer.

Probablemente rondaba los treinta años, pero parecía que anduviera más cerca de los sesenta. No era ni blanca ni negra, no hubiera sabido definir su raza con más precisión. Tenía las manos muy sucias y el vestido negro y violeta que llevaba parecía que iba a caerse hecho jirones en cualquier momento.

—¿Sí?

—¿Tiene un pitillo?

Le di el paquete casi entero.

Lo encontré en la dirección que me había facilitado Mimi por correo, en un local con escaparate en un tramo de Flatbush que aún no se había contagiado del mal de la gentrificación. El espacio entero no tenía más que unas decenas de metros cuadrados y el único mobiliario era una mesa y cuatro sillas.

Chester estaba sentado a la mesa con un pie calzado en un zapato del número cincuenta por lo menos apoyado encima. Los otros dos hombres, uno blanco y otro no, estaban sentados en las sillas que lo flanqueaban. Todos fumaban y bebían en vasitos de plástico.

Se estaban echando unas buenas risas.

Había pasado en coche por delante del club privado con gran ventanal y aparcado en un garaje a seis manzanas de allí. Mi mochila estaba en el maletero, debajo de la rueda de recambio, pero llevaba el calibre 45 en el bolsillo; también tenía una navaja de primera.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó una voz de hombre a mi espalda.

Estaba en la acera de enfrente, a cuatro puertas de la madriguera de Chester.

Al volverme, vi a un hombre pequeño de piel cenicienta que me miraba desde medio palmo más abajo. Llevaba una chaqueta tan deformada que podría haber sido un jersey y la cinturilla de los pantalones le quedaba un poco por encima de donde debería haber tenido el ombligo. Con quizá setenta años, tenía una buena mata de pelo gris y unas gafas anticuadas le vidriaban los ojos color castaño rojizo.

El letrero en el escaparate del establecimiento detrás de él decía: NILES AQUARIUMS AND fiSHES. No quedaba claro si Niles era un apellido o una referencia poética a un antiguo río lleno de peces.

Miré al hombre a los ojos y dije:

—Tom Boll. Estaba, esto..., bueno, pensando si entrar y preguntar si pueden, ya sabe, darme trabajo.

Mis palabras sorprendieron al anciano.

—Me gustan los peces —expliqué—. Bueno, me gusta mirarlos. También me gusta comerlos,

pero ya sé que aquí no venden esa clase de pescado.

—Ahora mismo no busco más personal —respondió.

—Ya lo sé. Si lo buscara, probablemente habría un cartel en el escaparate o algo, ¿no? Pero me estaba preguntando si quizá tenía alguna clase de encargo que siempre había querido hacer pero había ido dejando para más adelante.Ya sabe, algo pesado o sucio. No me importa ensuciarme las manos. Y me vendrían muy bien unos cuantos dólares.

El viejo me midió con la mirada. Yo solo estaba charlando para pasar inadvertido mientras vigilaba a Chester y su cohorte beber y reír a carcajadas. Esperaba que el vendedor de peces me despachara, pero, en el caso de que alguien le preguntara más adelante, recordaría a un hombre sin estudios y casi indigente que buscaba trabajo.

—Tengo un almacén en la parte de atrás —dijo—. Hace siete años que se acumulan trastos allí.

Era el trabajo perfecto para un mendigo como el que yo fingía ser.

El establecimiento no era mucho más grande que el garito de Chester, pero estaba lleno a rebosar de pasillos de estanterías que albergaban por lo menos cincuenta peceras. No había tanques de agua salada ni peces exóticos, grandes o caros. Los acuarios estaban poblados por bancos de diminutos siluros, cebras, tetras con luminosas manchas anaranjadas, peces hacha de vientre enorme y suficientes pececillos de colores para llenar un estanque.

Al fondo de la tienda había un despachito donde el anciano, el señor Arthur Bono, tenía una mesa bajo un tablón de corcho decorado con docenas de fotos de jóvenes atractivos, todos elegantemente vestidos. Supuse que las había recortado de revistas de moda como *GQ* y *Esquire*.

El despacho tenía una puerta que daba a un almacén donde los desechos se amontonaban hasta el techo. Había cajas de cartón plegadas, peceras rotas, cilindros vacíos de comida para peces, grandes bolsas de basura de plástico llenas de cajas de pizza, docenas de botellas de vino vacías y otros envases perecederos de comida.

El olor era acre, pero no me importó.

—¿Tiene un par de guantes de trabajo? —pregunté al propietario entrado en años.

Era un tipo pequeño, pero tenía las manos más grandes que yo.

Me puse a trabajar atando y luego sacando los restos por una puerta trasera y una calleja que pasaba por el lateral de la tienda hasta la acera.

Las cuatro horas siguientes las pasé ocupado retirando al menos dos toneladas de basura.

Desde la acera veía sin problema a Chester y sus hombres. Más que nada bebían y fumaban. Les

sirvieron unas pizzas cuando yo estaba atando porquería en el almacén. Y luego hubo otra entrega más importante.

Llegó una camioneta de mudanzas de tamaño considerable y dos jóvenes de aspecto hispano empezaron a descargar cajas más bien pequeñas con ayuda de los secuaces de Chester.

Había amontonado los desechos de cualquier manera, conque aproveché la oportunidad para ordenarlos un poco.

Los hombres llevaron alrededor de treinta cajas a la oficina simulada de Chester. Las apilaron con rapidez y sin mucho cuidado; eran tipos con prisa. La camioneta se marchó y Chester y sus hombres volvieron a lo de sentarse y reírse, beber y soltar humo.

Llevaba unos cuarenta y cinco minutos ocupado en el montón de basura cuando uno de los hombres, el blanco, cruzó la calle. Venía hacia mí.

Me planteé la posibilidad de pegarle un tiro.

Una cosa era sentir deseos de matar a Little Exeter; después de todo, quizás hubiera formado parte de la trama para destrozarme la vida. Pero este tipo que venía por Flatbush, con las manos vacías a los costados, no suponía ninguna amenaza y yo no tenía motivos para guardarle rencor.

Me había convertido otra vez en aquella criatura creada de resultas de mi encarcelamiento. Era un perro rabioso sin apenas un jirón de bondad que disimulara la vergüenza.

El hombre pasó cerca de mí, saludó con un gesto de cabeza amistoso y fue hasta un Ford negro aparcado unas puertas más allá. Condujo el coche hasta el local y luego, con ayuda de Chester y el otro hombre, cargó las cajas en el maletero y el asiento de atrás del automóvil.

Nunca pudo alegar nadie que los criminales fueran los primeros de su clase en la escuela pública.

—Señor Boll —dijo Arthur Bono detrás de mí.

—Sí, señor. —Di la espalda a mi presa.

—Aquí tiene. —Me dio tres billetes de veinte nuevecitos.

—Coño —exclamé—. Pensaba que solo iba a sacar la mitad.

—Ha despejado bastante el almacén —me dijo—. Y pagar en negro cuesta mucho menos. Ahora me voy a casa. No me gusta andar por ahí de noche.

—Ajá. —Quería ver qué estaban haciendo Chester y compañía a mi espalda, pero era lógico mantener mi coartada.

—Tendría que comprarse ropa nueva —me aconsejó Arthur—. El hábito sí hace al monje. Si vuelve mañana por la mañana podría terminar el trabajo y quizá ganar suficiente para una camisa nueva o incluso una americana.

Me acordé de los jóvenes colgados en el tablón de corcho de su despacho. Intentaba hacerme un cumplido.

—Vendré a las nueve —mentí.

El anciano sonrió, me estrechó la mano y se fue.

Chester estaba en la acera, viendo cómo sus secuaces se alejaban en el Ford oscuro. Los siguió con la mirada hasta que se perdieron de vista y luego entró en su local vacío.

Yo fui justo detrás.

19

Su pie izquierdo cruzó el umbral y el mío también. Notó mi presencia, pero antes de que pudiera reaccionar le golpeé en la nuca con el calibre 45. Hincó una rodilla y le pegué de nuevo, bien fuerte.

Mientras se debatía sobre el linóleo verde y negro, lo cacheé por encima y encontré una pistola de pequeño calibre. Luego eché las cortinas para cubrir el ventanal de arriba abajo y pulsé el interruptor de la pared que encendía los fluorescentes.

Chester se cogía la nuca con una mano al tiempo que intentaba incorporarse con la otra. Estaba moviendo de lado a lado la mandíbula inferior como si le hubieran golpeado allí.

—No te levantes —le dije.

Dejó de moverse y levantó la vista para verme sentado a horcajadas en una de las sillas plegables de metal. Tenía el calibre 45 en la mano, apuntándole a la frente.

Estaba recostado sobre un codo y confuso, pero cuando encogió los hombros, quizá para ponerse en pie, amartillé el arma.

El factor miedo de un arma amartillada es la auténtica ventaja de un revólver de seis disparos.

Dejó de moverse, pero sus ojos estaban maquinando.

Era alto, fuerte, y se estaba planteando sus posibilidades de cambiar las tornas desde la posición que ocupaba en el suelo.

—Como lo hagas, te pego un tiro en la rodilla —advertí—, te haré las preguntas igualmente y luego me iré por la puerta, dejándote tullido de por vida.

—¿Qué quieres, tío?

—Llevabas a una mujer llamada Nathali Malcolm hace unos años.

Torció el gesto, intentando dar a entender, sin decir nada que lo delatase, que no sabía de lo que le hablaba.

—¿Ah? —lo imité—. ¿Te he dicho que te voy a reventar la otra rodilla si no me gustan tus respuestas?

—¿Qué quieres decir con eso de «llevabas»?

—Si estás intentando ganar tiempo hasta que entre alguien por la puerta —dije—, te pego un tiro en la cara y ya me las apañaré con lo que venga.

—De eso hace mucho tiempo —se quejó.

—Te lo estoy preguntando ahora mismo. No voy a volver a hacerlo.

—No he visto a Tatty desde que la trincaron hace años.

—Os pillaron a los dos, pero a ti te dejaron ir —aclaré—. Llevabas diez kilos de cocaína en el

maletero del coche y ni siquiera te detuvieron.

—¿Tú quién eres? —preguntó Chester Murray.

—¿Quién fue el último poli que habló contigo después de que te trincaran?

—Eso fue hace más de diez años, colega. ¿Cómo quieres que me acuerde del último poli o del primero?

Me levanté, retorciendo los labios a la espera del dolor.

Me encontraba fuera de lugar en ese local con las cortinas echadas. Tendría que haber aceptado la oferta del tipo de los peces y pasado otro día vigilando a Chester y sus hombres. Debería haber planificado el interrogatorio, pero iba embalado porque sabía que, tarde o temprano, los hombres que me habían incriminado descubrirían mi investigación sobre el asunto.

Chester echó atrás la cabeza, percibiendo mi desesperación.

—Cortez —exclamó—. El inspector Cortez. No me dijo el nombre de pila.

—¿Qué aspecto tenía?

—No sé, tío. Hace mucho tiempo, y en aquel entonces estaba colocado día y noche. Creo que era puertorriqueño. Bajo y tal. Qué sé yo.

Algo en mi mirada estaba asustando al gánster. A mí también me asustaba.

—¿Qué trato te ofreció? —pregunté lentamente.

—No quería..., no quería que montara ningún revuelo por Tatty. Dijo que ella tenía información que le hacía falta y que no quería que ningún abogado ni nadie preguntara por ella.

»¿Es tu mujer? Porque aquel poli no me dejó opción. Si le hubiera llevado la contraria, me habría metido en chirona. Era ella o yo, y... y... y dijo que solo quería información. Supuse que si no decía ni pío nos beneficiaría a los dos.

Guardé silencio un rato entonces. Chester y yo nos estábamos mirando, pero yo estaba convencido de que ambos veíamos cosas fuera de ese local.

—¿Qué hay en las cajas que se han llevado tus hombres?

—¿No lo sabes?

—No me obligues a preguntártelo de nuevo, idiota.

—A... a... armas. Son armas.

Mientras caminaba las seis manzanas hasta el garaje y luego conducía el coche de regreso a mi casa en Montague, estuve repasando una y otra vez los acontecimientos recientes. Desde la universitaria hasta A Free Man. Desde el anciano en la acera de enfrente hasta Chester.

Estaba al borde de una línea que tendría que cruzar tarde o temprano.

De momento, Chester seguía con vida. Yo también.

—Hola, papá —dijo A. D. cuando entré por la puerta de la oficina.

—Cariño, ¿qué tal te va?

—Bien. ¿Te gusta mi vestido? —preguntó en tono de niñata.

Al tiempo que se ponía en pie, dio media vuelta. El vestido era de color naranja mate y el dobladillo le llegaba a las pantorrillas. Le hice un cumplido por su figura sin proclamarlo a los cuatro vientos. Sabía que había costado 87, 99 dólares de percha.

—¿Tu madre te deja llevarlo?

—¿Lo recuerdas? —Una expresión de sorpresa borró el semblante de niña mimada.

—Estaba con ella cuando se lo compró. Me sorprende que aún lo tenga.

—Mamá no tira nada. Lo cogí del fondo de su armario.

En ciertos aspectos seguiría casado con Monica el resto de mi vida. Por lo menos hicimos una cosa bien.

—¿Alguna llamada?

—Ha venido un hombre y ha dicho que te estaría esperando en el bar.

—¿Qué hombre?

—Un blanco de ojos raros —dijo Aja—. Ha dicho que se llamaba Mel.

Antes de bajar a la calle para ir al Laniard's Wine Bar, entré en el despacho y me tomé tres tragos de whisky. Me apetecía fumar y lamenté haberme deshecho del paquete.

Vestido con una chaqueta de color arándano y pantalones de color avellana, estaba sentado en un taburete alto en el ventanal, de cara a Montague Street. Cuando me vio, saludó con la mano y me ofreció una voluta de sonrisa; alegría en el rostro de un demonio. Me alegré de haberme tomado el whisky.

Pasé junto al maître, un hombre alto con traje y corbata negros. Me indicó que esperase, pero señalé a Melquarth, que, a su vez, levantó una mano a modo de bienvenida.

Me encaramé al taburete que estaba a su lado.

—Parece que has estado trabajando —dijo.

—He sacado sesenta pavos.

—Cuenta hasta el último centavo.

—¿Por qué hemos quedado aquí, Mel?

—No creía que fuera a hacerte mucha gracia que te esperara en la oficina con tu hija.

No le faltaba razón.

—¿Qué quiere tomar? —preguntó una mujer joven.

Se me dilataron las aletas de la nariz al ver a la asiática con un minivestido de color coral.

Había contenido la pasión durante diez años. Eso se había terminado. Me había librado de las cadenas.

—Nada, gracias —respondí.

—Yo, otra copa de Barolo —pidió Mel.

—Sí, señor.

—¿Y bien? —pregunté una vez se hubo ido la camarera.

—Me acabo la copa y luego vamos a dar un garbeo por el puente de Verrazano. Vamos a ir a Staten Island.

Para el caso, como si hubiera dicho: «Vamos a cruzar la laguna Estigia».

El día dejó paso a la noche en el tiempo que nos llevó llegar al Ford Galaxie 500 modelo vintage de Mel e ir hasta Pleasant Plains, en Staten Island. No hablamos mucho; no pusimos la radio ni escuchamos CD. El lugar adonde íbamos, fuera donde fuese, era un asunto serio.

En la zona sur de la pequeña población había una iglesia abandonada. Digo abandonada, pero en realidad había sido desconsagrada. Estaba rodeada por un muro de piedra de dos metros y medio de alto. La única entrada era a través de una verja de hierro activada por control remoto. La estructura rectangular de ladrillo alcanzaba una altura de al menos dos pisos y medio. Doce esbeltas vidrieras de colores llegaban del suelo a los aleros de un tejado en mansarda de tejas verde oscuro. En un extremo había un campanario cilíndrico parecido a un silo, también de ladrillo; descollaba unos tres metros sobre el resto de la estructura. Había una antena parabólica en el centro mismo de la parte inferior del tejado casi cortada a pico.

Mel condujo hasta mitad del sendero de acceso circular delante del refugio antaño sagrado.

—¿Vives aquí? —pregunté cuando abría con la llave la puerta de entrada de doble hoja.

Cruzamos el umbral y las luces se encendieron en rápida sucesión. No era un edificio inmenso para ser una iglesia, pero los techos altos, el espacio vacío donde antes estaban los bancos y luego el altar elevado me hicieron sentir bastante pequeño.

—Me quedo aquí a veces —dijo Mel, respondiendo la pregunta que yo había olvidado con la luz.

—¿Dónde duermes?

—En la estación.

—¿La qué?

—Por aquí.

Detrás del altar había una puerta pequeña que daba a una angosta escalera de caracol que bajaba.

Igual que en la iglesia, en cuanto accedimos a las escaleras, se fueron encendiendo una serie

de luces. Treinta y siete peldaños nos llevaron a una puerta poco más grande que la tapa de un ataúd. A través de esa puerta entramos en un desolado cuarto bañado por una luz tenue y lindante con una ventana del tamaño de toda la pared, detrás de la que había un hombre ensangrentado y vestido solo con camiseta y calzoncillos. Tenía las muñecas encadenadas a una pared de piedra, y los tobillos, al suelo.

El hombre ofrecía un aspecto lastimoso y triste, pero no fue eso lo que me llamó la atención. Conocía al tipo. Era ese que Mel llamaba Porker. Uno de los hombres que envió Stuart Braun para tenderme una emboscada en la cafetería del West Village.

—¿Nos puede ver? —pregunté.

—No.

—¿Has estado interrogándole?

—Lo he ablandado un poco. Estaba esperando a que llegaras tú con preguntas mejores.

Mel fue a un nicho a la izquierda de la pared acristalada y sacó de allí un par de sillas plegables. Las dispuso delante de la ventana de la sala de interrogatorios como si fuera una tele de plasma enorme.

El cuarto donde estábamos era oscuro y polvoriento, pero la habitación de Porker era todo piedra clara y luz brillante.

—Pues sí —dijo Mel mientras contemplábamos su montaje privado—. Esto es una estación del ferrocarril subterráneo.

—¿Cómo?

—En Staten Island había gente que quería liberar a tantos esclavos como fuera posible. Allá en Elliotville y bajo este edificio se dedicaban justo a eso.

Durante quizá diez segundos dejé de prestar atención al prisionero.

—Compré este edificio como refugio y quizá para algún otro negocio —continuó Mel—. Pero luego descubrí lo que había estado ocurriendo aquí antes de la Guerra de Secesión. La verdad es que me gusta. La gente debería infringir la ley si no le conviene.

—¿Nos oye? —pregunté señalando a Porker.

—Está insonorizado.

—¿Cómo se llama de verdad?

—Simon Creighton. Nació en Jersey City. Se dedica a partir piernas. Maltrata a sus novias, pero ellas lo quieren igual.

—¿Qué le has sacado?

—Solo he estado vapuleándolo. Ya sabes..., estableciendo el léxico para cuando llegaras.

—¿Te has limitado a pegarle? —pregunté mirando la cara magullada, golpeada y ensangrentada del matón a través del tabique de vidrio ligeramente tintado de verde.

—«Todo aquello que hace un hombre y que otro hombre entiende se puede definir como

lenguaje» —citó Melquarth—. Lo leí en un artículo de filología. Estaba buscando venenos, pero en cambio encontré eso.

Mel volvió al pequeño nicho del que había sacado las sillas y salió con una gabardina muy larga, un par de gruesos guantes negros y una máscara de color blanco puro que recordaba a las estatuas que hacían los griegos de sus dioses. La cara blanca era hermosa y varonil, desapasionada y ajena a la prosaica expresión humana.

—Al ponerme esta mierda —me dijo—, y el pobre Simon casi se muere de miedo.

—¿No tienes una para mí?

—No la necesitas.

—¿Por qué?

—Hay auriculares en la máscara, y también un micrófono omnidireccional. Tú escuchas lo que diga Porker y me dices si tengo que preguntarle alguna otra cosa.

Mel se plantó primero la gabardina, que le llegaba hasta los zapatos. Después se puso la máscara y luego los guantes. Volvió hacia mí la cara blanca, hierática y hermosa, asintió y luego fue a una puerta a la derecha de la ventana. Esa puerta daba a otra. Mel cerró la primera y entonces lo vi entrar en la celda de piedra blanca.

Permaneció inmóvil por lo menos tres minutos mirando fijamente a Simon Creighton.

Al principio el prisionero obeso le sostuvo la mirada. Tenía miedo, desde luego, pero también intentaba aparentar valentía. A los treinta segundos del duelo de miradas, empezó a temblar.

—¡¿Qué coño quieres, tío?!

Mel permaneció inmóvil.

—Dime qué es lo que quieres..., por favor.

Resonó un bufido en la habitación que no parecía tener origen en ninguno de los dos hombres.

—¿Qué hostias necesitas? —suplicó Simon—. ¿Te conozco? ¿Te hice algo?

Mel negó con la cabeza muy levemente y Simon hizo todo lo posible por apartarse a ras de suelo. Las cadenas tintinearon.

Transcurrió otro minuto. Entonces Mel dio un paso adelante. Al desplazarse, no se apreció el movimiento del pie, así que en cierto modo parecía estar flotando.

—¡No, por favor! —empezó a gritar Creighton, y, aunque estábamos en las profundidades de un edificio de piedra y además insonorizado, casi tuve la seguridad de que alguien iba a oírlo.

Mel se abalanzó sobre el hombre encadenado, descargando con virulencia golpes, zarpazos y patadas sobre Simon.

La paliza se prolongó unos noventa segundos antes de que yo dijera:

—Mel.

Continuó, así que insistí:

—Mel, para ya, tío. Quiero que esté consciente y pueda hablar. Quiero que siga con vida.

Tres golpes más y Mel se apartó del tipo, que sangraba y lloriqueaba. Se volvió hacia lo que

por dentro debía de ser un espejo, y pude ver tres salpicaduras de sangre en la máscara, por lo demás inmaculada.

—Pregúntale qué hacía en el Liberté Café la otra noche.

—¿Qué hacías en el Liberté Café? —Era la voz de Mel, aunque alterada de algún modo, y no procedía de él sino de unos altavoces en las paredes tanto de la celda como de la antecámara.

Simon se echó a temblar.

—Fui con Fido y Vince para trincar a un tipo con una flor roja en el ojal, pero no apareció.

—¿Quién te envió?

—Un hombre llamado Marmot, William James Marmot.

—¿Qué ibais a hacerle al tipo cuando lo cogierais?

—No lo sé.

Mel le pegó a Simon una patada en el pómulo izquierdo, estampándole la cabeza contra la pared de piedra blanca detrás de él. El impacto dejó una huella de motas rojas en la superficie de granito.

Simon lanzó un auténtico aullido.

—Se suponía que teníamos que cogerlo y preguntarle para quién trabajaba —dijo.Y, como no quería que lo volvieran a patear, añadió—: Marmot es un analista de seguridad privada que trabaja con un tipo llamado Antrobus, Augustine Antrobus. Marmot no lo sabía, pero Vince estaba al tanto de que él y Antrobus formaban equipo.

—¿A qué se dedica ese Antrobus?

—También tiene una empresa de seguridad, pero va por libre y tal. Funciona por medio de contratistas privados. Solo tiene un par de mujeres en la oficina. Una vez, Vince hizo un trabajo para él.

—¿Qué se suponía que teníais que hacer después de obtener las respuestas? —indagó Mel.

—¿Hacer? —dijo Simon con inocencia fingida.

—Sí —asintió Mel—. Hacerle al tipo de la flor roja en el ojal.

Simon se echó a llorar, no como un hombre o una mujer, sino más bien como un niño desvalido, tanto por la fechoría como por el castigo.

—Eso es todo lo que necesito, Mel —dije—.Vuelve aquí afuera.

Simon Creighton sollozaba mientras Mel y yo estábamos sentados en las sillas plegables. Mel se quitó la máscara y la dejó en su regazo, donde quedó inclinada hacia atrás, mirándome como si me juzgara.

—¿Conoces a esos que ha dicho? —preguntó Mel.

—No. Pero no debería costarme mucho localizarlos.

—Podría matar a este tipo sin más —comentó Mel después de unos compases de silencio.

El demente creado por Rikers seguía ahí en mi cabeza. El mayor crimen que había cometido hasta la fecha fueron los cuatro segundos que tardé en sopesar el ofrecimiento de Mel.

—¿Te vio cuando lo cogiste? —pregunté como si fuese una especie de charada.

—Qué va. Metí gas en su coche para dejarlo inconsciente. Cuando abrió la puerta, se liberó —alardeó el relojero—. Perdió el conocimiento antes de que pudiera meter la llave en el contacto.

—Entonces no sabe nada sobre nosotros.

—Sabe lo que le hemos preguntado. Podría contárselo a alguien.

—Lo más probable es que no lo haga —dije con sagacidad fingida—. Pero, aunque lo haga, no saben quién soy. Quizá, si saben que alguien los ha identificado, se precipiten y cometan algún error.

—Es posible —convino Mel—. El caso es que ya es la segunda vez que estaba preparado para matar a este cabrón. No me gusta quedarme con las ganas.

Respirando hondo, fue a su nicho multiusos y salió con un elegante maletín de cuero blanco. Se puso de rodillas, dejó el maletín encima de la silla y lo abrió. Sacó una jeringuilla y una aguja hipodérmica que ya tenía preparadas.

Me miró con una sonrisa y dijo:

—Hay que estar siempre listo.

Mel volvió a acercarse a Simon con su máscara. El prisionero lloró y suplicó, se retorció de aquí para allá, lanzó patadas e incluso intentó morder a Mel para evitar que le pusiera la inyección.

Conduje uno de los coches de Mel, un GTO marrón oscuro de 1973. Él se puso al volante del coche de Simon, un Cadillac de los años noventa. Simon iba inconsciente en el asiento trasero del Brougham.

Cruzamos hacia Nueva Jersey.

Los seguí por la autopista de los Veteranos de la Guerra de Corea, dejamos atrás New Brunswick y tomamos la U.S. 1. Cuatro kilómetros y medio después de Trenton había un desvío.

Era un área de descanso para averías y camioneros cansados. El área estaba vacía. Para cuando llegamos allí, Mel estaba plantado junto al Caddy.

—Despertará por la mañana con la cabeza hecha una mierda —me aseguró Mel cuando íbamos de regreso a Brooklyn—. Estará agradecido de seguir vivo y preguntándose dónde coño estuvo. Tendrá tanto miedo que igual habrá merecido la pena no matarlo.

—Estás chiflado, ¿no, Mel?

—Sí. Supongo que sí. No es que quiera estarlo. Tampoco puedo hacer gran cosa al respecto, ¿sabes a qué me refiero? Adoro la vida. Hay cosas que se me dan bien. Lo que pasa es que..., no lo sé.

20

Entré en mi apartamento poco después de las tres de la madrugada, me tumbé en la cama elevada y me quedé mirando la oscuridad de la habitación. Vi que tenía la conciencia tan alterada que esa noche no iba a pegar ojo.

Me quedé allí en la cama para que al menos mi cuerpo estuviera en reposo. Procuré no pensar en los casos ni en las cosas que había hecho ese día.

Al final me puse a recordar al marino mercante jubilado Athwart Miller y cómo jugábamos al go en su bar después de que cerrara por la noche. Podía haber obtenido la información que necesitaba en apenas unos minutos, pero él siempre tenía grog caliente preparado y el tablero dispuesto en un extremo de la barra.

Nunca tuve ni la más mínima oportunidad de ganarle. Era mucho mejor que yo, pero yo era la única persona que conocía que fuera al bar a jugar con él.

Una vez le pregunté por qué perdía el tiempo jugando con alguien con mucho peor nivel que él.

—Juego contigo porque estás aquí y cada vez que nos ponemos a ello eres un poco mejor —dijo—. Lo más que se le puede pedir a un rival es que mejore. Es como mirarse en un espejo con los ojos cerrados.

Desperté sorprendido de haberme dormido. Antes de dejar que el día se me llevara por delante, pronuncié en silencio unas palabras de agradecimiento por los obsequios de los muertos.

Entre los miles de páginas de notas que me había traído Willa Portman había un expediente sobre Lamont Charles: jugador, estafador y único superviviente de los Hermanos de Sangre de Broadway que no estaban en la cárcel o desaparecidos.

En las fotografías de Charles se veía a un hombre guapo con la piel casi de color cobre y el pelo alisado. Tenía una sonrisa de muerte y ojos que de algún modo resaltaban de la foto.

Vivía en la Residencia Aramaya, en Neptune Avenue, en el corazón de Coney Island. Era un edificio de ladrillo de tres plantas a dos manzanas escasas del océano.

Las paredes del área de recepción estaban bordeadas de sillones y sofás en los que había repantigados por lo menos dos docenas de ancianos y ancianas que habían dejado atrás la época en que eran útiles pero aún se aferraban a los recuerdos y a la esperanza de seguir con vida.

Blancos en su mayoría, aunque no todos, miraban al vacío, leían la prensa y hablaban consigo mismos o con otros. Medio despatarrados, apoyados en bastones o atrapados en sillas de ruedas, sesteaban, dormitaban, gritaban y murmuraban. La sala olía intensamente a orina, piel muerta, alcohol y desinfectante.

Enfilé el pasillo que formaban las almas torturadas, un Dante moderno adentrándose en un centro turístico playero de medio pelo. Los pacientes alargaban las manos y me llamaban. Me vieron pasar deseando, me pareció a mí, tener fuerzas suficientes para huir de su maldición privada.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó una señora de cabello azulado con un uniforme blanco parecido al de una enfermera. Debía de tener sesenta y tantos años, lo que la convertía en la segunda persona más joven de la sala.

—Lamont Charles —dije.

La cara de la mujer blanca, baja y bien conservada se iluminó y me ofreció una sonrisa por lo general reservada a nietos y gratos recuerdos de los muertos.

—El señor Charles —dijo como si esas palabras fueran un mantra diseñado para abrir las puertas del cielo.

—Sí. ¿Puede recibir visitas?

—No sé cómo es que no recibe más. Si tuviéramos una docena como él, creo que podríamos llegar a alguna parte.

No tenía ni idea de a qué se refería, pero pregunté:

—¿Puedo verle?

Los pequeños ascensores de Aramaya estaban constantemente ocupados, conque subí por las escaleras a la segunda planta y seguí las indicaciones de la recepcionista hasta la sala de recreo.

Era una zona amplia con una sucesión de puertas acristaladas que daban a una terraza con vistas al océano.

La sala en sí era un laberinto de sofás, sillones, sillas de ruedas y mesas de juego. Había por lo menos cuarenta pacientes en tan tristes condiciones como sus semejantes de la planta baja. Busqué con la mirada a un hombre un poco más joven con tres cuartas partes del cuerpo paralizadas.

—¿Puedo ayudarle?

La pregunta la planteaba un joven negro de veintitantos años muy musculoso y con atuendo azul de celador. Tenía el uso de todas sus extremidades.

—Lamont Charles.

Era la única persona en la terraza. Hacía un día templado, quizás unos trece grados, y soplaba una brisa sin mordiente. Lamont estaba sentado en una silla de ruedas eléctrica, sosteniendo un espejo delante de su cara con la mano buena. Dejaba el espejo, cogía un peine, se lo pasaba por el pelo y luego volvía a coger el espejo para ver cómo iba el trabajo de momento.

—¿Señor Charles? —pregunté.

Sin dejar de contemplarse, dijo:

—¿Sí?

—Me llamo Oliver, Joe Oliver.

Me situé entre él y la vista del océano.

Un momento después levantó la mirada y preguntó:

—¿Poli?

—Lo era. Hace mucho tiempo. Ahora soy detective privado.

Dejó el espejo y sonrió tal como hacía en los viejos tiempos, antes de que lo acribillaran.

—¿Le gusta esto? —preguntó. Tenía un deje de Carolina del Norte en la voz.

—Hace un poco de frío.

—Por eso tengo dos mantas. El olor de un sitio como ese de ahí es malo para uno, así que salgo todos los días para limpiarme los pulmones. Me da igual el frío que haga, un hombre con sangre en las venas necesita aire fresco.

Una gaviota descendió y se posó en la barandilla a unos tres metros de nosotros. Nos lanzó una mirada de soslayo, a la espera de migajas o tal vez un pez sobrante.

—¿Por qué ha venido, señor Oliver?

—Me han encargado que investigue la condena de A Free Man. Hay quienes creen que le tendieron una trampa para asesinarlo y, cuando eso falló, lo incriminaron.

—¿Lleva identificación?

Le mostré mi licencia de investigador privado en la cartera de cuero.

—Traiga aquí —dijo Lamont.

Cogió la identificación y la sostuvo igual que el espejo. Luego resopló y me la devolvió.

—Manny está en el corredor de la muerte, hermano. ¿Qué cree que va a poder hacer nadie al respecto?

—Quizá demostrar que Valence y Pratt eran polis corruptos y que no solo intentaron asesinar a Man, sino que también mataron, y en su caso hirieron, a casi todos los demás Hermanos de Sangre de Broadway.

A Charles se le empezó a contraer el ojo derecho. Por un momento, su sonrisa se transformó en gesto de desdén.

—Duele que te cagas, ¿sabe? —dijo.

—¿Qué duele?

—Aquí en la espalda. Me recetaron oxicodona, pero solo tomo los fines de semana. Solo la

tomo entonces porque todo el mundo merece un poco de paz de vez en cuando.

No supe qué decir. Me sentí mal por lamentar unos pocos meses en régimen de aislamiento en comparación con lo que estaban pasando Lamont y todos los demás pacientes de Residencia Aramaya.

—¿Quién le contrató? —preguntó Lamont.

—No puedo decirlo.

—¿Manny sabe lo que está haciendo?

—Todavía no.

La sonrisa volvió a los labios del jugador.

—Ya sabe que una vez que el estado condena a un hombre a muerte, necesita pruebas de ADN o Jesucristo en persona tiene que volver de entre los muertos.

—El ADN no serviría de nada en este caso —señalé.

—Y Jesucristo está ocupado —añadió Lamont.

Miró más allá de donde yo estaba y me retrepé contra la barandilla de madera deteriorada por el tiempo.

—¿Qué le pasó, señor Charles?

Era la pregunta adecuada. No iba a preocuparse de nadie salvo del hombre que le reflejaba el espejo.

—Me dispararon por la espalda —dijo—. Me pegaron cinco tiros y se largaron. No sabían la suerte que tenía, debieron de creer que había hecho trampas jugando a las cartas.

—¿Le dispararon unos jugadores?

—Qué coño. Un jugador me habría pegado un tiro en la cabeza. Cualquier jugador que me conozca sabe la suerte que tengo. Joder. Gano hasta cuando quiero perder.

—¿Fueron Valence y Pratt?

—O alguien que trabajaba con ellos —observó Lamont—. Mataron a todos mis demás amigos, Lana está en la cárcel y Tanya desapareció; lo más probable es que esté muerta. Rezo por Manny todas las noches, a ver si nos hacen un poco de justicia. Ya sabe que esos polis estaban metidos en toda clase de chanchullos, desde droga hasta putas. Y más le vale creer que no había nada que les importara una mierda.

—¿Qué hacían?

—Vendían drogas a críos y críos a pedófilos. Luego chantajeaban a los pedófilos. Se apropiaban de negocios privados de apuestas y mataban a cualquiera que preguntara por qué. Manny era héroe de guerra y maestro. ¿Cómo iba a hacer la vista gorda y olvidarlo un cabronazo así?

—A veces gente como esa colabora con gente como esos polis —señalé.

Intentaba enfurecer a Lamont, sacarlo de sus casillas. Pero él se limitó a sonreír.

—¿Cree que decidió crear un club para los HSB e invitar a los chavales y las chavalas a jugar

al billar y hacer los deberes porque quería aprovecharse de ellos? Eso es típico de los blancos, hombre. Cuando siete hermanos y hermanas se juntan para ayudar a críos pobres, lo que hacen es justamente eso. Y usted fue poli, así que sabe que es verdad.

Tenía mis dudas, pero lo que me sorprendió fue que Lamont parecía estar diciendo la verdad.

—Si eran tan pobres y tan inocentes, ¿cómo se paga esta residencia? —le planteé—. Coño, esto tiene que costar mil dólares a la semana.

—Mil trescientos sesenta y cinco —me corrigió.

—¿Lo ganó al bingo?

—Soy jugador, pero no idiota, señor Oliver. Tengo un seguro que incluye costes de cuidado de por vida desde que mi hermano Andrew murió en mi casa de cáncer de pulmón. Tardó diecisiete meses en morir. Él, su esposa, Yvette, y yo vivíamos en mi única habitación. En comparación, este sitio parece Disneylandia.

—Si usted y los demás Hermanos de Sangre de Broadway no rivalizaban con los polis, ¿por qué motivo se les echaron encima de esa manera?

—¿Por qué va a la guerra cualquier americano? —preguntó—. Les estábamos jodiendo el negocio. Hablábamos con las chicas y los chicos que ellos prostituían y organizábamos manifestaciones delante de los comercios que protegían. Manny contrató a una abogada para demandar a la ciudad. Creía que así nos libraríamos de represalias. —Lamont gruñó una risotada —. El señor Man era un optimista..., no, no, era más bien un idealista. Creía en lo que hacía y conseguía que los demás también creyeran en ello.

—¿Quién era la abogada? —pregunté.

—Rose Hooper.

—¿Con bufete en Manhattan?

—Antes sí. Siendo abogada, supongo que ahora está ante algún tribunal en el infierno.

—¿Fue asesinada?

—Dijeron que fue un atraco. —Levantó la mirada hacia mí—. ¿Qué le parece?

Como antiguo poli, no quería creer a Lamont. Era de esos a los que trincaba y detenía, interrogaba y, si era necesario, amenazaba. Pero tenía mucha experiencia con embusteros veteranos. No parecía ser uno de ellos.

—¿Señor Charles? —dijo una mujer.

Tenía treinta y tantos años, pero se conducía con ademanes más juveniles. Llevaba un vestido verde y un jersey blanco con volantes. Sus zapatos negros tenían unos tacones respetables y se había maquillado con cuidado. Se apreciaban leves destellos dorados en los rabillos de sus ojos.

Blanca de Nueva York, no le incomodaba lo más mínimo estar a solas con dos negros en una terraza.

—Señorita Gorman —dijo Lamont—, le presento al señor Joe Oliver. Antes era policía.

También, como blanca de Nueva York, no guardaba mucho aprecio a los de mi profesión.

—¿Para qué ha venido a ver al señor Charles?

—Yo...

—Ha venido a preguntarme si nos la tenían jurada a Manny y a mí, Loretta.

—¿Está usted investigando el caso de Lamont? —me preguntó ella.

—No directamente —reconocí—. Intento ver si la condena del señor Man podría haber sido injusta.

Estaba acostumbrado a la incredulidad que podía notar en su mirada.

—La señorita Gorman y yo vamos a ir a comer unos perritos calientes, señor Oliver. Lo hacemos por lo menos una vez a la semana.

—¿Son amigos?

—Hacía de voluntaria aquí antes de entrar a trabajar en el hospital Mercy —dijo ella—. Empezamos a salir a almorzar perritos calientes entonces.

No me sorprendió que una joven se encaprichara de Lamont. A las mujeres no les excitan necesariamente los hombres buenos. Lo que necesitan, y también necesita la mayoría de los hombres, es alguien que entienda sus deseos y sus miedos, no por fuerza en ese orden.

—Bueno —dije, a la vez que me apartaba de la barandilla astillada—, supongo que voy a dejarles a lo suyo.

Había llegado casi hasta la puerta cuando Lamont gritó a mi espalda:

—Oliver.

Me volví para verle garabatear algo en una bandejita que tenía la silla de ruedas.

Cuando volví junto a él y su cita, dijo:

—Le creo.

—Ah, ¿sí?

—Muchos polis y abogados y otros matones han venido aquí para hablar conmigo de Manny. Quieren saber si cometió algún delito que puedan endosarle. Ya sabe, como que si robó una lata de tomates estofados una vez, eso demostraría que es un asesino. No les he dicho nunca ni una palabra. Pero usted hace las preguntas adecuadas, y, aunque no me aprecie, sigue tratándome con un respeto natural.

El cumplido me recordó a Mel.

—Tenga. —Me dio un papel en el que había escrito una dirección y un número de teléfono.

—Miranda Goya. Es la única chica que salvamos que sé dónde se encuentra. No es necesario que la llame. Lo haré yo. Pero podría pasarse por allí mañana por la tarde o en algún momento a partir de entonces. Manny se jugó la vida por salvar a esa chica. Ella lo respaldará.

Miré la dirección unos segundos, noté que fruncía el entrecejo y me pregunté si habría convencido a Lamont de mis intenciones o me estaría tendiendo una trampa.

—Qué va, hombre —dijo el jugador—. Si hubiera creído que andaba metido en algo,

sencillamente habría dicho que no sabía nada. No tengo intención de que me esposen la mano buena por un expoli que ni siquiera conozco.

—¿Lee el pensamiento, señor Charles?

—Mejor aún. Sé calar a los hombres.

21

Conduje hasta casa, aparqué el coche en el pequeño garaje subterráneo que tiene Kristoff Hale para sus inquilinos y luego crucé a pie de nuevo el puente de Brooklyn.

Era mediodía y había bastante tráfico peatonal. La calzada está dividida: en un lado había sobre todo transeúntes, y en el otro las bicicletas pasaban a toda velocidad. No hay sitio suficiente para los dos, y aunque lo hubiera, en realidad los turistas no lo entienden. A menudo se plantan en el carril de las bicicletas, posando para fotos o contemplando las vistas. Y luego están los individuos privilegiados que consideran tener tanto derecho a estar en los carriles de las bicis como los propios ciclistas.

Yo me ciño al lateral reservado para viandantes, y me niego a apartarme para dejar paso a las parejas y los grupos que no entienden o no respetan las reglas. A mí me gustan las reglas; seguirlas me demuestra que soy un hombre civilizado.

Giré a la izquierda en Broadway y fui a paso ligero hasta el Distrito Financiero, eso que llaman Wall Street, donde me topé con un enorme edificio de acero, cristal y mármol azul propiedad del Citizens Bank of Eastern Europe, que a saber quiénes serían.

Era un edificio lleno de movimiento, poblado por un amplio abanico de culturas que lucían todo tipo de aspectos: desde rastas sembradas de ramitas hasta trajes de raya diplomática de seda azul. Había once baterías de ascensores. La número nueve estaba dedicada a Inversiones Suliman, ubicada entre las plantas 44 y 58.

—¿Puedo ayudarle? —dijo un guardia negro y alto con uniforme de color latón.

Detrás de él había otros dos guardias, uno blanco y el otro de ascendencia asiática. Me pregunté si enviarían vigilantes del mismo color de la gente a la que tenían que denegar la entrada.

—Soy Joe Oliver. Vengo a ver a Jocelyn Bryor —anuncié.

—¿Tiene cita?

Era un joven que parecía tener tendencia a sacar conclusiones apresuradas. Ya había decidido que iba a darme con la puerta en las narices y había hecho la pregunta para ir atajando.

—Soy Joe Oliver. Vengo a ver a Jocelyn Bryor —repetí.

—Le he hecho una pregunta —insistió el guardia del vestíbulo, cuya placa de identificación decía FORTHMAN.

—No he venido aquí a responder sus preguntas, hijo. He venido a ver a la señora Bryor. Su

trabajo es llamar a su ayudante y anunciar mi llegada.

—Yo no soy su hijo.

—Pero sí eres la putilla de esta gente. —Estaba listo para pelear. Los pacientes de Aramaya me habían cabreado con Dios y toda su creación.

—¿Qué? —dijo Forthman en tono amenazante.

El centinela asiático, un tipo mayor, dedujo la intención de Forthman por sus hombros y se apresuró hacia nosotros.

—¿Qué problema hay? —preguntó. Tenía un ligero acento inglés. Al menos eso me sorprendió.

—Le he preguntado si tenía cita —me acusó el joven negro.

—Vengo a ver a Jocelyn Bryor —le dije a mi nuevo interlocutor.

—Pero no tiene cita.

El asiático me miró, clavó sus ojos en los míos, y preguntó:

—¿Cómo se llama, señor?

—Joe Oliver. Hay quien me llama King.

—Espere aquí, señor —indicó con amabilidad el vigilante de mayor edad.

—Pero, Chin... —se las arregló para decir Forthman.

—Yo me ocupo de esto, Robert —repuso Chin.

Chin fue a una mesa alta anclada a la pared y sacó un teléfono oculto tras la cara frontal lisa.

Robert Forthman me estaba fusilando con la mirada, conque hice un gesto con ambas manos para invitarle a que pusiera de manifiesto su ira.

Apretó los puños y sonreí. Dio un paso adelante y el guardia blanco se le acercó por detrás y le susurró algo. Forthman vaciló y el blanco le dijo algo más. Con un ademán violento, el negro alto y uniformado dio un giro de ciento ochenta grados, se fue por el pasillo de ascensores y desapareció por una puerta en el otro extremo.

—La señora Bryor puede recibirlo —dijo Chin antes de que Forthman se hubiera perdido de vista.

El guardia blanco me hizo un gesto y fue a situarse al lado de la puerta de un ascensor.

Pulsó un botón y dijo:

—Ese chico es un peso semipesado.

—¿Nada más? Pensaba que igual llevaba un arma.

Se abrió la puerta del ascensor y entré.

El tipo blanco se asomó detrás de mí, sostuvo una tarjeta delante de un sensor y pulsó el botón del piso 57.

La caja del ascensor subió como flotando a una velocidad considerable. Me pregunté cómo sería

recibido. Gladstone me había contado que Bryor había dejado el Cuerpo y se había pasado al sector privado. Yo tenía motivos para odiar a esa mujer. Por eso estaba dispuesto a pelearme con un boxeador.

Las puertas del ascensor ónice y dorado se abrieron a lo que parecía el vestíbulo de una gran mansión de East Hampton.

Me saludó una chica negra preciosa con un vestido de muy buen gusto.

—¿Señor Oliver? —preguntó.

—Sí.

Era alta y delgada, probablemente una atleta. Su vestido era del tono rosado del interior de una concha de almeja de las profundidades del mar. Lucía un collar de zafiros azul claro y sus zapatos eran del tono marrón rojizo pálido del pelaje de algunas criaturas del bosque.

—La señorita Bryor lo recibirá ahora.

—¿Y usted se llama...?

La pregunta la cogió desprevenida y le titubeó la sonrisa.

—Perdone —dijo—. Me llamo Norris, Lydia Norris.

—Detrás de usted, señorita Norris.

Me llevó por pasillos largos y anchos, enmoquetados y silenciosos. Había puertas de oficinas cerradas en su mayor parte y muy poca gente caminando.

Al final de un pasaje con moqueta color crema había una puerta de doble hoja. Lydia abrió las puertas de dos metros cuarenta de alto por uno veinte de ancho y se hizo a un lado, indicándome con un gesto que entrara.

El despacho era amplio y profundo, con un ventanal curvo en la pared con vistas a Ellis Island y la Estatua de la Libertad. La moqueta era marrón oscuro y la mesa ovalada estaba tallada en una piedra muy parecida a la pizarra blanca.

Había un sofá azul oscuro sin respaldo a la izquierda. Jocelyn estaba allí sentada con un conjunto esmeralda que podía haber sido un vestido de cuerpo entero o un traje pantalón, aunque sobre todo recordaba a los nuevos trajes de planeo que los aventureros modernos usan para lanzarse a precipicios desde laderas de montañas.

Se levantó del sofá para saludarme. Como muchas polis, era bastante baja. Tenía los rasgos faciales demasiado compactos, pero aun así poseía la belleza inesperada de Isabella Rossellini.

—Joe —dijo con una sonrisa culpable.

—Jocelyn.

—Ven a sentarte conmigo.

Me acerqué y nos estrechamos la mano. Éramos expolis, de modo que abrazarnos quedaba del todo descartado.

—Me alegra verte —afirmó cuando nos sentamos.

—Lo cierto es que me sorprende que me hayas dejado subir.

—¿Por qué lo dices?

—Tal como llevaste mi investigación, supuse que me tenías por una especie de despojo que merecía pasarse la vida en la cárcel.

Su cara más bien cuadrada y delicada expresó dolor. Desvió la mirada hacia la mesa de piedra y luego la levantó hacia el techo.

—Lamento mucho lo que te hice, Joe —aseguró, volviendo sus lustrosos y huidizos ojos castaños hacia mí—. Si nunca te llamé fue porque no creía que mereciera pedirte perdón.

—Esto... —Me había quedado sin palabras como mínimo, estupefacto por la declaración y su aparente sinceridad.

Había detestado a esa mujer por mostrarle a mi mujer el vídeo en el que aparecía con Nathali/Beatrice. Había ido a enfrentarme a ella por su participación en la trampa que me tendieron. Estaba dispuesto a pelearme con el tipo de abajo porque no podía pegarle a ella, o por lo menos no sería capaz de hacerlo.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Pensabas que tuve algo que ver con lo que te hicieron?

—Tú... le enseñaste el vídeo a mi mujer —dije—. Me abandonó en Rikers cuando teníamos dinero para la fianza.

Jocelyn era más o menos de mi edad, y me estaba convenciendo poco a poco de su belleza. Era como el amanecer de una mañana después de la muerte de un rey querido. Todo se veía hermoso, pero estaba impregnado del dolor por su fallecimiento.

—Eso también lo siento —dijo—. Entonces pensaba que habías violado a esa mujer. Pero, aunque fuera así, no tenía motivo para enseñarle a Monica la grabación. Todo lo que hice con respecto a tu caso estuvo mal.

—¿Me tendiste una trampa?

Jocelyn no dio muestras de asentir. Se me quedó mirando igual que un granjero del Medio Oeste siempre rodeado de tierra que viera el mar por primera vez.

—¿Has estado pensándolo durante los últimos diez años? —preguntó.

—Y más.

—Oí que te tuvieron en régimen de aislamiento durante tres meses.

Me pasé las yemas de dos dedos por la cicatriz.

—Para evitar que me hicieran más de estas —dije.

—Cuando me contaron dónde estabas, lo cierto es que me alegré —reconoció—. Un hombre, un policía que se había servido de su autoridad para violar a una mujer tal como todo el mundo decía que hiciste; ese hombre se merecía sufrir.

—¿Quién lo decía?

—La mujer que te acusó, mi superiora, el fiscal Hines —enumeró Jocelyn—. Estaban el vídeo y los documentos aguardándote en comisaría.

»Y luego, un día me enteré de que te habían dejado en libertad. Que habían retirado los cargos

y te habían expulsado del Cuerpo.

»Fui a los archivos y todo había desaparecido. La cinta, la declaración, hasta el informe de tu detención. Intenté localizar a Nathali Malcolm, pero tampoco quedaba ni rastro de ella.

»Acudí a todo aquel que conocía relacionado con la detención, pero nadie me dijo nada. Mi antigua supervisora me aconsejó que me olvidara del asunto. Dijo que te habían despedido sin pensión y que hasta el sindicato se había desentendido.

»Fue entonces cuando me di cuenta de que te habían tendido una trampa. Te habías metido en algo que hacía de ti una persona peligrosa. Me usaron para llegar hasta ti porque estaban al tanto de lo que pensaba sobre los polis y la falta de ética profesional en relación con el sexo. Sabían que iría a por ti con todo mi empeño.

»Dejé el Cuerpo diez meses después. Cuando el capitán del distrito me preguntó el motivo, le dije que ya no aguantaba tanta mierda.

La creí. Supe que lo que decía era verdad. Le habían encargado el trabajo a mi amigo Gladstone. Habían tendido una trampa a Beatrice para que no tuviera ocasión de negarse.

—El fiscal Hines debía de saber algo —observé—. Quizá presentó cargos basándose en una mentira, pero cuando le pidieron que dejara el caso... Debía de saber algo.

—Ben murió hace siete años —dijo—. Había regresado a Carolina del Norte y tuvo un ictus.

—¿Y tanta vergüenza te daba llamarme para decirme lo que hicieron? —la acusé.

—No. No, Joe. Estaba segura de que sabías quién lo hizo y por qué. Pensaba que guardabas silencio porque te pagaron o que te matarían si te ibas de la lengua.

—¿Me matarían?

—Supuse que te metieron en chirona para que acabasen allí contigo —explicó—. Si morías allí, nadie haría preguntas. Después de todo, abusaste de aquella mujer aprovechándote de tu placa. Pensé que habías hecho alguna clase de trato con los que te incriminaron, fueran quienes fuesen, y que se habían contentado con despedirte.

Sus palabras me llevaron a cambiar de postura en el sofá sin respaldo, donde apoyé el puño derecho en el asiento de cuero para no caerme de lado.

—¿Así que de verdad piensas que iban a matarme y luego cambiaron de parecer?

—Solo así tenía sentido —razonó—. Bueno, te tenían pillado, pero evidentemente no querían que fueras a juicio. Una razón por la que nunca fui a hablar contigo fue que estaba convencida de que tú formabas parte del acuerdo, fuera cual fuese. Si me implicaba, quizá vinieran a por mí.

Me incliné hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Intentaban matarme al principio, pero luego cambiaron de parecer. Lo cierto es que esta interpretación de mi experiencia tenía sentido. Con un abogado decente, tenía muchas posibilidades de que los cargos se retirasen.

—¿Por qué has venido, Joe? —preguntó Jocelyn.

—He venido a echarte en cara que me tendieras una trampa —dije—. Para eso y para que me des los nombres de la gente con la que colaboraste.

—¿Por qué ahora? Bueno, todo eso acabó, ¿no?

—Mi hija ya es adulta. Ahora nadie me necesita.

—¿Así que vas a arriesgarte a que te maten?

No me lo había planteado en esos términos, pero ella tenía razón. Quienquiera que me hubiese incriminado de aquella manera no vacilaría en cometer un asesinato.

—¿Has oído hablar alguna vez de Adamo Cortez o Hugo Cumberland? —pregunté a la analista de seguridad corporativa.

Había tres reactores en el cielo sobre Nueva Jersey, describiendo círculos en torno al aeropuerto de Newark. Junto a ellos estaba el hermoso rostro de Jocelyn Bryor, planteándose mi pregunta.

—¿Qué es esto, Joe? —indagó.

—Tengo que averiguar quién me incriminó.

—Me parece que ya lo sabes.

—No sé tanto como para que tenga sentido.

Permanecimos sentados unos instantes más.

—Mis chicas tienen ocho y trece años —dijo.

—No te estoy pidiendo que hagas nada, que declares nada. Solo necesito averiguar quién me hizo esto. Tengo que saberlo.

Jocelyn respiró hondo y luego dijo:

—Fue un hombre que se hacía llamar Adamo Cortez quien me trajo a Nathali Malcolm. Dijo que tú la habías obligado a acostarse contigo y que temía por su vida. Él me enseñó el vídeo.

»Cinco meses después estaba en la jefatura porque tenía una cita con un psiquiatra debido a mi falta de interés cada vez mayor en el trabajo. Vi a Cortez y lo abordé. Él me eludió y se fue. Cuando le pregunté a la mujer con la que estaba hablando dónde se había metido, me dijo que se había marchado pero que no se llamaba Cortez; era Hugo Cumberland, un especialista privado que a veces colaboraba con el Cuerpo.

—¿Qué clase de especialista? —pregunté.

—¿Has venido a apretarme las clavijas, Joe?

—No. ¿Qué clase de especialista?

—Ella no me lo dijo y yo no se lo pregunté.

El aire entre Jocelyn y yo se volvió denso y silencioso. No le apetecía estar hablando conmigo, pero aun así se sentía en deuda. Yo hubiera preferido no saber lo que había averiguado, pero ya no podía borrarlo.

—¿Esa mujer no te dijo nada más? —pregunté.

—No. Pero Adamo no estaba en su despacho. Estaba con un capitán llamado Holder. Le pedí a la ayudante de Holder el número de Cumberland, pero me dijo que Cumberland no era más que un nombre que usaba a veces, y que en realidad se llamaba Paul Convert.

—¿Por qué te lo dijo?

—A veces las chicas se van de la lengua, Joe. Y la mayor parte del tiempo no nos tomamos muy en serio los secretos de los hombres.

—¿Era un tipo bajo con bigote? —pregunté—. ¿Parecía puertorriqueño?

—Ese mismo.

Después de recorrer a pie media manzana hacia el norte por Broadway, doblé a la derecha en Exchange Place y acababa de cruzar New Street camino de Broad cuando me cortaron el paso dos todoterrenos de aspecto oficial, uno por delante y otro por detrás.

Se abrieron cuatro puertas deslizantes y los vehículos vomitaron a unos hombres de uniforme oscuro.

Me planteé sacar la pistola, pero, cuando salieron de un brinco dos hombres más, renuncié a esa técnica de defensa propia. En cambio, me quedé inmóvil con las manos a escasos centímetros de los costados. Los hombres me placaron como si fuera un muñeco de entrenamiento de fútbol americano, me quitaron el arma y me esposaron, de manos y pies.

Vi a una pareja de viandantes sorprendidos antes de que me cubrieran la cabeza con una bolsa negra.

Antes de darme cuenta estaba en el asiento de atrás de uno de los todoterrenos. El vehículo estaba en movimiento y yo no.

22

Calculé que el trayecto duró algo más de una hora. Cruzamos el puente del Battery hasta Brooklyn; de eso casi no me cupo duda. Continuamos el tiempo suficiente para llegar a algún lugar de Queens, pero no mucho más. Quienquiera que me hubiese retenido quería permanecer en la ciudad.

Solo eso ya me dijo mucho.

Cuando el coche aparcó, me dispuse a gritar en cuanto se abriera la puerta. Quizá me mataran, pero por lo menos dejaría una pista que tal vez encontrara Mel o Gladstone.

Mis raptores, sin embargo, ya habían pensado en eso. Alguien me cubrió la nariz y la boca con un trapo impregnado de un dulce olor a cloroformo.

No me quedó otra que respirar.

Cuando recuperé el conocimiento en el suelo de un sótano, cobré conciencia de que tenía frío; estaba helado hasta el tuétano, como decía mi padre. El aire era húmedo, rebosante de esporas de hongos, lo que me hizo pensar en la atmósfera cargada de los cementerios y las mazmorras. Tenía las manos esposadas a la espalda, pero las piernas libres. Me puse en pie, intentando sofocar las profundas ansiedades de un hombre al que le aterraba estar atrapado en la oscuridad.

Había una bombilla de escasos vatios que proyectaba su luz insulsa desde el techo bajo. Una escalera bastante larga y empinada conducía a través de un corredor que más parecía un agujero hasta una puerta superior. Puse un pie en el peldaño inferior de la escalera y se oyó el profundo sonido de un gong.

No di más pasos y, en cuestión de segundos, se abrió la puerta más arriba.

—No te acerques a las escaleras —me gritó un hombre perfilado por la luz.

—¿Qué hago aquí?

Su respuesta fue dar un portazo.

Había un taburete y una mesa de trabajo en el sótano estrecho. No se veía ninguna salida salvo la escalera empinada. No había herramientas por ninguna parte, ningún arma u objeto que pudiera convertirse en un arma. Los hombres que me habían atrapado eran jóvenes y estaban bien entrenados. Desde luego no podía albergar esperanzas de vencer ni a uno solo de ellos con las dos manos atadas a la espalda.

Caminé de aquí para allá durante tal vez una hora, buscando algo de lo que sacar partido; no había nada.

Así pues, decidí sentarme en el taburete y recostarme contra el borde de la mesa de trabajo, aguardando mi destino.

La especialidad de un detective es esperar. Esperamos el momento adecuado, cierta llamada de teléfono o algo distinto de lo ocurrido hasta el momento. No es una profesión que encaje de forma innata con mi naturaleza, pero lo maravilloso de los seres humanos es que podemos adaptarnos y nos adaptamos.

La ventaja natural de pasar la mayor parte del tiempo quieto e inactivo abría la trampilla que llevaba a sumirse en pensamientos profundos. Caí por ella directamente.

Sentado en ese taburete decidí que quienes me tenían cautivo estaban tras mis pasos por la incriminación y no por el asunto de A Free Man. Tampoco es que hubiera mucha diferencia. En ambos casos yo era el paria, y los otros, los jueces; y eso cuando no representaban directamente la ley.

Algo dio un golpe y caí en la cuenta de que me había dormido en el taburete. Había dos hombres delante de mí a la tenue luz. Uno apuntaba una automática más o menos en dirección a mí. El otro, supuse, había dejado caer una bandeja lo bastante fuerte para despertarme.

El hombre armado, vestido de negro de arriba abajo, era alto e iba enmascarado. Su disfraz era como una máscara de esquiar, pero diseñado expresamente con el fin de ocultar su identidad. El segundo tipo llevaba un sencillo traje marrón, sin máscara, y no parecía ir armado. Era más bien bajo, con la piel más oscura que la mayoría de los blancos.

—Levántese y dese la vuelta —me ordenó el que no llevaba máscara—. Voy a quitarle las esposas para que coma.

Hice lo que decía y él hizo lo prometido.

Había tres huevos fritos, cuatro lonchas de beicon, un vaso de zumo de pomelo y una taza de café en la bandeja de resina parda.

Tenía el estómago revuelto por el cloroformo, pero comí y bebí, tal como había aprendido a hacer en la cárcel. Uno nunca sabía cuándo volvería a comer.

—Es usted motivo de gran preocupación —dijo el que no llevaba máscara ni pistola. Sus palabras sonaron sofisticadas, pero tenía un fuerte acento de Brooklyn—. Hay gente en toda Nueva York preguntándose por qué no lo deja correr de una vez.

—¿Quién es? —pregunté.

—Me llamo Adamo Cortez. Creo que un poli haitiano amigo suyo preguntó por mí.

—Surgió su nombre —dije en tono relajado, informal— y decidí ver qué sabe usted..., inspector.

—¿Dónde surgió mi nombre?

—En un sueño.

Al embustero no le gustó mi embuste.

—Levántese y dese la vuelta —dijo, un poco menos amistoso que antes.

—Todavía queda una loncha de beicon en el plato.

—Agáchese y cómasela como un perro.

Por una parte, sentí deseos de pegarle, pero por otra no quería que me cosieran a tiros. Así pues, me levanté, me di la vuelta y dejé que volvieran a ponerme las esposas.

Una vez sentado de nuevo, el hombre enmascarado de la automática se fue escaleras arriba y cerró la puerta.

Después de irse el pistolero, mi auténtico captor se inclinó sobre la mesa a mi lado.

—Ha estado hablando con gente —dijo—. Armando revuelo, blandiendo armas. Fue a ver a Jocelyn Bryor y a Little Exeter Barret. Está haciendo preguntas sobre mí. Eso no me gusta.

—No he hecho ninguna pregunta sobre usted..., señor Paul Convert.

El semblante más bien amable de mi inquisidor se evaporó. Se le fruncieron las cejas como si fuera el malvado en una película de la era dorada del cine mudo. Me miró fijamente, se apartó de la mesa, tal vez se planteó golpearme, acuchillarme o pegarme un tiro, y luego se fue escaleras arriba.

No debería haber usado el nombre que había descubierto. Tendría que haber pedido perdón y enterrado mi ira en otros casos, como el de A Free Man, por ejemplo. Pero llega un momento en que un hombre tiene que plantarse y hacerse oír, un momento en que las amenazas de otros no pesan más que su propia libertad.

Había pasado el momento de esperar. Ahora que conocía a los protagonistas, también conocía la trama. Iban a matarme, y pronto.

Soy un tipo bastante flexible. Una vez a la semana durante seis años estuve yendo a yoga en un estudio en Montague hasta que el alquiler expulsó a la joven pareja de lesbianas que daban las clases. Se mudaron a kilómetro y medio de allí, pero yo no disponía de tiempo para semejante desplazamiento.

Aun así, tenía las caderas y las rodillas bastante ágiles, y concentrándome de veras logré pasar el dedo gordo del pie izquierdo por encima de la cadena que unía mis muñecas. El pie derecho fue más fácil, y, aunque las manos no me quedaron libres, por lo menos podía moverlas hacia un lado u otro.

Rompí el taburete, haciéndome una buena porra con una de las patas. Luego rebusqué otra vez por el sótano una salida o un arma mejor. No encontré ninguna de las dos cosas.

Después inspeccioné las escaleras.

Solo parecían estar cableados para activar la alarma los tres primeros peldaños, lo que me daba una ligera ventaja. Cogí el asiento redondo del taburete y la pata reconvertida en porra y di un salto hasta el cuarto peldaño, me tambaleé un poco y después encontré el equilibrio interior del que siempre hablaban las monitoras de yoga. Subí el resto de los escalones, me aparté hacia un lado todo lo posible y luego dejé que cayera rodando el asiento del taburete, que siguió la trayectoria deseada, y cuando alcanzó los tres peldaños inferiores, hizo sonar el gong.

Volví a pegarme contra la pared, la puerta se abrió de par en par y un pie traspuso el umbral. Le golpeé en el tobillo con todas mis fuerzas. Trastabilló hacia delante y entonces le metí en toda la nariz un golpe de bate rápido del que se hubiera enorgullecido el mismísimo Babe Ruth. Se derrumbó escaleras abajo y yo me abalancé detrás.

Logré arrebatarle la automática y apuntar justo cuando aparecía otro mercenario en lo alto de las escaleras.

Disparé dos veces. En ese momento no sabía que eran los dos únicos hombres que habían dejado para vigilarme.

Veía la suela del zapato de mi segunda víctima desde donde estaba agazapado. El tipo al que había dejado inconsciente a golpes seguía respirando. Lo registré en busca de más armas, pero no las encontré. Después de quizá treinta segundos, empecé a subir de nuevo.

El tipo estaba muerto. Un disparo le había abierto un orificio justo encima del ojo derecho. Aún llevaba encima algunas cosillas valiosas: la llave de mis esposas, un número de teléfono garabateado en una hoja de papel doblada con esmero y un móvil que parecía recién sacado de su envoltorio de plástico.

En la cartera llevaba el carné de Gestión de Seguridad, S. A., una proveedora global de servicios penitenciarios, transporte de prisioneros y mercenarios. Se llamaba Tom Eliot.

En la tercera planta de la casa a las afueras de Queens, hallé un maletín lleno a rebosar de billetes de cincuenta dólares. El pago por mi muerte, sin duda.

Esposé a la mesa de trabajo del sótano al soldado inconsciente y luego usé sus llaves para llevarme uno de los todoterrenos aparcados en el sendero de la entrada.

23

No hacía falta mucho para convertirse en fugitivo, apenas unos días de trabajo policial bien hecho.

—¿Sí? —dijo Aja-Denise al séptimo tono—. ¿Quién es?

—Soy yo.

—Hola, papá. —Se apreció una sonrisa en sus palabras.

Yo iba conduciendo por el puente de la calle Cincuenta y nueve.

—Cariño, tengo poco tiempo para hablar, así que escucha con atención.

—Vale. —Se puso seria.

Le hice un resumen general de mi situación en no más de cuatro frases.

—¿Qué quieres que haga? —contestó.

—Dile a tu madre y al idiota de su marido que tenéis que iros todos de la ciudad antes de una hora. Dile que es un asunto de la policía.

—Un asunto de la poli —repitió.

—Eso es.

—¿Cómo puedo localizarte si es necesario?

—Enviaré un mensaje de texto con el próximo número que tenga al teléfono de Tesserat usando el código que elaboramos.

—De acuerdo —dijo, y colgamos los dos.

—Diga —contestó, con una nota soñadora en la voz, casi como un auténtico relojero de otra era.

—Alguien relacionado con la poli me retuvo por medio de unos mercenarios. Creo que tenían planeado matarme.

—¿Estás bien?

—Libre y sin apenas ningún rasguño. Me he llevado uno de sus coches y un móvil.

—Líbrate de los dos y ven aquí.

—Primero tengo que tranquilizarme —dije—. Pero iré esta noche.

Estacioné el todoterreno en un garaje subterráneo de Midtown. Salí procurando que no me grabara ninguna cámara de seguridad. Después me metí en ese agujero abierto en la tierra.

El metro no me hace gracia ni en las mejores condiciones. Toda esa gente, y muchos de ellos,

como bien sabía después de trece años en el Cuerpo, armados. Músicos callejeros, carteristas, locos y locas, y todas las víctimas en potencia a quienes no podría proteger ni la mejor policía del mundo.

Mi respiración en el vagón abarrotado en dirección al sur era irregular, y notaba cómo me palpitaba el corazón. Ese sótano había sido mi tumba durante unas horas, pero solo ahora empezaba a arraigar en mí el horror.

Seis veces decidí irme del país. Canadá y luego quizá Mongolia o Lituania, Cuba o el Chad. Jackie Robinson había empezado una nueva vida en Tanzania. Seis veces templé los nervios y me planteé cómo abrirme paso para salir de una tumba que no llevaba nombre.

La peor parte de aquel tramo del viaje fue que no llevaba un libro encima. Necesitaba algo que leer. Lo que fuera.

Una mujer al otro lado del pasillo se apeó en la calle Treinta y cuatro y dejó un periódico en el asiento a su lado. Me levanté literalmente de un brinco de mi asiento y cogí el periodicucho antes de que le echara mano alguien más. Luego fui a la barra de cromo entre las puertas centrales del vagón y me leí de cabo a rabo un artículo sobre Chinee Love, una cantante New Age de piel negra y pelo amarillo cuyo grupo tocaba cacharros de cocina mientras ella interpretaba sus números de *performance art*.

Escapé de aquel infierno en la parada de la calle Cuatro Oeste y caminé nueve manzanas hasta un centro de trasteros de alquiler llamado Name-it Storage. En sus archivos yo figuraba como Nigel Beard. Tenía un almacén bastante amplio en la decimotercera planta.

Era una sala abarrotada de seis metros por ocho. Había cajas de libros, documentos, armas y otras herramientas de mi oficio más particulares.

Pero, antes de hacer nada más, me senté en el mullido sillón que tenía justo en el centro del área secreta de trabajo.

Había electricidad, conque tenía luz. Había un millar de libros, pero ya no tenía necesidad de leer.

A lo largo de la hora siguiente mi respiración se normalizó y el corazón dejó de hacerme redobles. Era inocente de cualquier crimen. Esos hombres me habían secuestrado. Tenía todo el derecho a defenderme.

Y luego estaban los placeres sencillos de la vida: un sillón cómodo y aire para respirar, nada de cadenas ni delincuentes quiméricos capaces de matarte solo por querer sacar a la luz la verdad.

Después de tranquilizarme, usé agua embotellada, una pastilla de jabón y una maquinilla de usar

y tirar para afeitarme la cabeza.

Contra la pared sur del trastero había un armario de palisandro de dos cuarenta de alto por uno ochenta de ancho. Saqué de allí un estuche de maquillaje que había comprado cuando asistía a un curso denominado Técnicas de Maquillaje de Hollywood.

Estudié esa faceta de la cosmética en particular por un motivo: para poder ponerme postizos faciales convincentes cuando necesitara pasar inadvertido. Me había dado cuenta con el paso de los años de que un bigote daba un aspecto diferente a mi cara. Tenía algo que ver con la nariz, la distancia entre los ojos y la forma del cráneo.

Después de pegarme el postizo labial de pelo natural y unas patillas para disimular la cicatriz delatora, me enceré la calva y luego me contemplé en el espejo, tal como había hecho Lamont Charles.

Quedé bastante satisfecho con el resultado.

Había una gabardina de color ocre apagado colgada de una percha en el armario ropero. Estaba rellena de material acolchado, de modo que al ponérmela aparentara veinte o veintidós kilos más.

Después, pasé un buen rato mirándome en el espejo de cuerpo entero que cubría la cara interna de la puerta izquierda del armario. Mientras revisaba el disfraz, fui planeando el siguiente paso que iba a dar.

El disfraz era convincente. Había alterado lo suficiente la cicatriz, la corpulencia, la cara y el pelo. En cualquier otro trabajo, lo habría dejado así. Pero esta era una situación en la que no podía permitirme cometer ningún error. Seguía teniendo un aspecto muy de poli.

Así pues, rebusqué en el armario y saqué un par de gafas con montura de carey y gruesas lentes sin tintar ni graduar. La transformación era ahora completa. En lugar de un poli cromañón, era un pardillo neandertal.

Una cosa que había aprendido en el instituto de secundaria era que en el deporte siempre hay que moverse en la dirección que el rival menos espera. Desde el tenis de mesa hasta la lucha libre, el contendiente de movimientos inesperados es el que más posibilidades tiene de ganar.

El trabajo policial es una especie de deporte intelectual, como el go o el ajedrez. Y a veces tienes que hacer un movimiento como engañándote a ti mismo, un movimiento que evite situarte en la línea de fuego del enemigo.

Por eso decidí ir a ver a Augustine Antrobus.

En el registro, Antrobus, Sociedad Anónima, figuraba en la Quinta Avenida en la zona superior de las calles Sesenta. Era un edificio alto y estrecho revestido de lustrosa piedra caliza con

ventanas cual hendiduras que formaban un diseño curioso, como una obra de pintura moderna hecha a base de cerillas.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó un guardia. Estaba detrás de un puesto de trabajo de plástico amarillo traslúcido que le llegaba a la altura del pecho.

—Antrobus, Sociedad Anónima.

El de seguridad parecía diez años más joven de lo que era, y aparentaba cuarenta. Sus ojos azules dieron un repaso a mi abrigo abultado, la calva lustrosa y las gafas de cretino. Aunque irreconocible, tenía un aspecto raro.

—¿Cómo se llama? —preguntó tras un breve instante de indecisión.

—Nigel Beard. —Eso mismo decía el carné de identidad en mi cartera.

Había un ordenador delante del guardia; se veía a través del plástico amarillo.

—Aquí no veo a ningún Beard —dijo tras un instante o dos.

—Llámeles y pregunte.

Al vigilante de seguridad no le hizo gracia la orden, pero levantó el auricular y pulsó unos números.

—Aquí hay un tal Beard que dice que quiere subir. —Cruzaron unas palabras y luego bajó el auricular y dijo—: Las chicas de su oficina dicen que tampoco tienen constancia de usted.

—Dígales que se trata de William James Marmot. Creo que les interesará la información que traigo.

De nuevo aquella indecisión natural y luego unas palabras más a través de la línea.

Colgó el auricular y me miró a las gafas.

—Planta veintidós.

—Muy amable —dije, poniendo a prueba mi nueva personalidad desechable.

No era un edificio atestado. Solo una joven con falda negra y blusa blanca y yo esperábamos el ascensor. Se abrieron las puertas del número 8 y le indiqué con un gesto que pasara delante. Era multirracial, con una nariz ancha y amistosa y pelo moreno que viraba hacia rojizo.

Pulsé el botón 22 y ella el número 2.

Debió de fijarse en que la miraba, y dijo:

—Cierran las escaleras porque temen que entren terroristas por las salidas de emergencia. Si no, subiría a pie.

—Cuando era niño —dije— pensaba que, si me preocupaba por todas las distintas maneras en que podía morir, no pasaría nada de eso y viviría eternamente.

Se abrieron las puertas y me ofreció una amplia sonrisa de dientes separados; luego salió.

Durante los siguientes veinte pisos estuve pensando en Stuart Braun, A Free Man y un gordo al que casi había decidido dejar morir. Había un claro paralelismo entre mi situación en ese

sótano de Queens y el ferrocarril subterráneo de Staten Island donde había participado de forma pasiva en la tortura de Simon Creighton. Casi se apreciaba un equilibrio kármico.

Las puertas del ascensor se deslizaron como el telón de un escenario muy pequeño, y salí a escena.

Un hombre bajo y delgado de traje violeta había salido a recibirme. El guardia de abajo no había dicho nada de que trabajara en la oficina un hombre, así que decidí que era de seguridad. Blanco de piel aceitunada, tenía los ojos azul pálido. Su pelo era castaño en las raíces y rubio a partir de ahí. Tenía entre treinta y seis y dieciséis años y olía a aceite de rosa.

Me pregunté si las fuentes de agua refrigerada del edificio vendrían a ser versiones más antiguas y ligeramente defectuosas de la fuente de la eterna juventud.

—¿Señor Beard?

—Sí.

Aunque él fuera un matón a sueldo, supuse que aún le llevaba ventaja; el relleno de mi abrigo estaba forrado de fibra antibalas.

—Sígame.

Se volvió y me indicó que pasara primero. Enfilé un pasillo inútil que al final desembocaba en una opulenta sala con tres mesas a las que había sentadas sendas mujeres preciosas.

El maquillaje del personal dice mucho de un jefe o una jefa.

Todo, desde el guardaespaldas de aire femenino hasta las tres secretarias (cada cual de una raza distinta), indicaba que Antrobus era un sensualista.

Encima de la mesa central, a la que estaba sentada una imponente asiática de cara ancha, había una pequeña pintura al óleo de una figura desnuda bañándose. Habría apostado a que, con toda probabilidad, el lienzo era un Degas auténtico.

—¿Señor Beard? —dijo la mujer. La placa de identificación decía HATIM.

—Sí.

—¿Qué asunto desea tratar, señor?

—Es privado entre él y yo.

—Tiene que decírmelo o no podrá verlo.

—Bueno —repuse, al tiempo que me encogía de hombros—, pues supongo que no le veré.

Me volví y el tipo tirando a joven del traje violeta se dispuso a cortarme el paso. Decidí que tendría que pegarle un tiro si las cosas se torcían. Llevaba un buen disfraz. Dudaba que nadie fuera capaz de identificarme en una rueda de reconocimiento.

—Señor Beard —atronó una voz acusadamente masculina.

Me volví y vi a un hombre que encajaba con su voz igual que un puño en un mitón siberiano.

Era alto, ancho de hombros y de vientre pronunciado, con un terno de un fuerte color verde con raya diplomática gris. Llevaba camisa gris perla y adornaba su cuello una corbata granate

con matices rojo intenso y verde. Su mata de pelo era gris, pero el bigote caído de «magnate del petróleo» era blanco, casi azulado.

La cara de Augustine Antrobus era un búnker de granito, con grandes ojos amusgados que bien podrían haber sido verdes. Ese era el sensualista que había contratado al amanerado matón violeta y a las hermosas mujeres.

—Señor Antrobus —saludé.

—¿Tiene algo que contarme?

—El búfalo ha vuelto de la extinción y dentro de poco habrá pioneros cosechando los campos de Marte.

La risa de Antrobus era un arma con toda la potencia de alguna criatura salvaje.

—Adelante —dijo en tono de exigencia.

Avancé un paso y el matón violeta hizo lo propio.

—Tú no, Lyle —dijo el amo—. El señor Beard y yo vamos a tener un encuentro *mano a mano*.[4]

El pasillo detrás del área de las mujeres discurría entre una pared y una serie de ventanas estrechas con vistas a Central Park. La estriación provocada por el juego de luces y sombras me provocó la sensación de ir de safari a la caza de un león todavía insospechado.

El despacho de Antrobus era todo madera oscura y tejido azul marino intenso, estanterías solo con ediciones en tapa dura y ningún ordenador a la vista. Había dos elegantes sillones delante de su mesa de caoba del tamaño de un piano de cola. Los sillones estaban levemente ladeados uno hacia otro, como viejos amigos que compartieran coñac y confidencias.

—Siéntese —ordenó el amo y señor.

Hice lo que decía.

Una vez hubo situado su corpulencia, apoyó las manos en los reposabrazos rematados en forma de garra y dejó escapar un resoplido.

—Habla del búfalo y viste como un bufón. —Esa fue su primera andanada de palabras—. Es evidente que lo bautizaron en Estados Unidos pero se hace llamar Beard, barba, lo que significa que tiene sentido del humor y es cualquier cosa menos un bufón.

—Agradezco la cortesía, señor Antrobus. Paso casi todo el tiempo escondido..., incluso a la vista de todos.

—Lo está incluso ahora.

—He venido con inteligencia y quizás en busca de una oportunidad de hacer un pequeño negocio —dijo el hombre que yo fingía ser.

—Me gusta la palabra «inteligencia» —replicó Augustine—. Hasta un idiota puede traer inteligencia si se le facilitan las palabras adecuadas.

Noté que el corazón se me aceleraba otra vez. Ese tipo tan grande que desbordaba la realidad

me asustaba. Parecía salido de uno de esos libros de cuentos antiguos, que se escribían para asustar a los niños de manera que entendiesen cómo era el mundo en realidad.

—Soy un agente privado que trabajaba para personas que necesitan permanecer en el anonimato —dije—. Alguien que representa a un hombre llamado Stuart Braun me contrató para que, con un poco de suerte, le llevara información incriminatoria sobre otro hombre: William James Marmot.

En ese momento se acabó el colegueo. Antrobus me estudió con sus ojos entornados y asintió muy levísimamente.

—¿Con qué objeto? —indagó, cuando mi pregunta ya había quedado casi olvidada.

—Dijo que Marmot le estaba apretando y necesitaba algo que le diera ventaja a la hora de negociar.

—¿Qué clase de ventaja?

—Eso no lo sé. Conocí a un tipo llamado Porker que me dijo que conocía a otro individuo que decía que Marmot trabajaba para usted.

—¿Un hombre que ha oído hablar de un tipo que sabe de mí?

—Así van las cosas en mi negocio.

Después de un buen rato, Antrobus preguntó:

—Entonces ¿cómo es que viene aquí solo porque un tipo le dijo a otro tipo que el tipo al que usted tiene vigilado podría tener alguna relación conmigo?

—Quería ver si iba usted tan en serio como me habían dicho.

—¿Y qué opina?

Sonreí, preguntándome qué aspecto tendría mi nueva cara con esa expresión.

—No tendré que seguir vigilando a nadie si usted y yo llegamos a un acuerdo.

—Dice usted —se desvió Antrobus— que alguien que representa a Braun lo contrató.

Asentí sin sonreír.

—¿Quién?

—Un tipo que se hace llamar Lacey.

—Eso suena tan postizo como lo de Beard.

Me abstuve de sonreír otra vez. A menudo se puede identificar a un hombre por su sonrisa.

—¿Qué quiere usted, señor Beard?

—Seis mil dólares en efectivo y el señor Marmot desaparece de mi radar.

—No es una práctica empresarial precisamente limpia.

—No estoy solicitando un puesto de empleo.

Antrobus rio a grandes carcajadas.

—¿Trato hecho? —pregunté.

24

Atardecía antes de las cinco en esa época del año. El ferry avanzaba tranquilamente a través del crepúsculo en dirección al puerto de Saint George. Estaba en la proa del barco con mi disfraz abultado y bulboso, disfrutando de la brisa tenaz y pensando que había hecho un buen trabajo pasando la tarde sin dejar el menor rastro.

Había matado a un hombre ese día, y me rodeaba el hedor amoral de ese acto. Llevaba sesenta y seis billetes de cien dólares en el bolsillo anterior derecho, una prueba de que Stuart Braun iba a tener que vérselas conmigo tarde o temprano, si es que este sobrevivía.

Un hombre bajo y ancho de pecho salió a la cubierta prácticamente desierta y me miró de hito en hito durante cuarenta y cinco segundos seguidos; luego se dio la vuelta.

Quizá me parecía a alguien que conocía.

En Saint George hice una llamada desde una cabina y luego me monté en el cercanías y me senté en el extremo sur del vagón central, mirando hacia la parte de atrás y preguntándome cómo es que estaba tan tranquilo. La vida se me estaba viniendo encima igual que el grano llenando un silo vacío, pero allí estaba, sentado en sentido contrario a la marcha en una maravilla de la tecnología moderna. La vida era como el milagro de un tigre al acecho, solo que nadie a mi alrededor parecía darse cuenta.

Entonces se abrió la puerta en el otro extremo del vagón y entró el blanco bajo y ancho de pecho que me había estado observando en el ferry. Llevaba vaqueros y zapatillas de deporte, un jersey de lana granate bajo una holgada sudadera verde pálido, con la capucha a la espalda.

Me vio y avanzó con decisión hacia el trono donde estaba yo cavilando sobre toda suerte de maravillas.

—Eres ese negrata al que llaman Cueball —dijo cuando estaba quizás a tres pasos de mí.

Las demás personas a mi alrededor se apartaron. Todos salvo un caballero entrado en años justo enfrente de mí. También era blanco, con un chaquetón azul oscuro y botas, y pantalones de trabajo negros.

Un poco sorprendido por el lenguaje del desconocido de baja estatura, me fijé en el valiente anciano.

Intenté recordar la última vez que alguien me había llamado «negrata». Hasta mis amigos negros habían dejado de usar esa palabra casi por completo.

Metí la mano derecha con cautela en un bolsillo y me quedé mirándole.

—¿Me has oído? —preguntó mi antagonista. Venía pisando fuerte, eso estaba claro. Y estaba cabreado de la hostia por algo; seguramente lo había estado casi toda su vida. Lo único que me quedaba por saber era si era un idiota o no. Yo llevaba un arma en el bolsillo, y ya me había demostrado que no me daba ningún miedo usarla.

Por lo general, cuando un hombre mete la mano en el bolsillo para amenazar a un posible agresor, va de farol. Pero he comprobado que, si no dices nada, la amenaza parece más real.

—¿Qué? —insistió el tipo bajo.

No dije nada.

Dio un paso adelante.

—Junior —dijo el anciano.

El racista giró la cabeza y vio al hombre entrado en años; quizá por primera vez, ese día.

—Ernesto —dijo intentando sin éxito que su voz expresara ira y respeto al mismo tiempo.

—Ya ves que este hombre no te conoce —explicó el valiente tirando a viejo—. Ya ves que está a punto de matarte. Déjalo en paz. No es Cueball.

Las palabras del hombre llevaban peso y, tras un momento de contemplación, Junior decidió desandar sus pasos de regreso a algún otro vagón.

Cuando hubo desaparecido, le pregunté a Ernesto:

—¿A qué ha venido eso?

—Perdió a su chica por un hombre llamado Cueball —dijo—. Un tipo calvo, ya sabes. Junior cree que él se la arrebató. No se da cuenta de que la última vez que la mandó al hospital fue el día en que ella dejó de tenerle cariño.

—Bueno —dije—, gracias por quitármelo de encima.

—A mí tú me importas una mierda, tío. Junior es tan estúpido que no se ha dado cuenta de que llevas una pistola de verdad ahí dentro. He visto su muerte en el rabillo de tu ojo.

Pleasant Plains estaba a diecisiete paradas de Saint George. Ernesto fue hasta el final de la línea y más allá. No volvimos a abrir la boca y me mantuve alerta por si aparecía algún otro de esos tipos tan poco partidarios del ferrocarril subterráneo de Staten Island.

Mel estaba esperando en la estación. Las cabinas de teléfono aún servían de algo.

Nos acercamos y nos estrechamos la mano.

—Casi no te reconozco con ese disfraz —observó.

—A mí me parece que tienes un amigo. Hoy en día toda cautela es poca.

Le hice a Mel un relato abreviado de lo que había ocurrido.

—Espera aquí —dijo, y luego se fue hacia Junior.

Cruzaron unas pocas frases, y Mel sacó un móvil. Tecleó algo, dijo algo y después le pasó el teléfono a Junior. El más joven de los dos mantuvo una breve conversación al final de la que negó con la cabeza como para indicar a su interlocutor, fuera quien fuese, que no estaba interesado en lo que había sugerido. Luego le devolvió el móvil a Mel, dio media vuelta y se fue camino del bar donde acostumbraba a calmar sus sentimientos de inferioridad y pérdida.

Anduvimos catorce manzanas desde la estación de tren hasta la iglesia y no hablamos hasta que los dos estuvimos sentados en una cocina construida detrás de donde en otros tiempos el coro elevaba himnos de alabanza a Dios.

—Sí, a veces la cosa va así. —Esas fueron las primeras palabras de Mel.

—Así, ¿cómo?

—A veces hay un nubarrón negro suspendido encima de ti. Si hay algún marrón en las inmediaciones, te cae a ti fijo.

—Como tu pájaro rojo.

Mel sonrió.

—¿Qué le has dicho a Junior? —pregunté, solo por seguir hablando.

—He llamado a un tal Genaro. Es uno de los tipos con contactos en la isla. Le ha dicho a Junior que volviera a meterse en su agujero.

—¿Genaro sabe que estás aquí?

—En la isla. Tengo un apartamento a la orilla del río en Saint George.

—En el tren iba un tipo —comenté—. Junior le ha llamado Ernesto.

—Antes era matón a sueldo, en las décadas de los cincuenta y los sesenta —explicó Mel, asintiendo.

—¿Y ahora se dedica a ir en tren sin más?

—Por aquí reina la tranquilidad —contestó, y los dos nos echamos a reír.

Mel preparó una salsa de tomate con muslos de pollo y chiles y la vertió sobre unos *vermicelli*, que comimos acompañados de chianti dulce y una ensalada de la que hubiera estado orgulloso cualquier chef francés.

Le conté a Mel lo del secuestro y Antrobus, y también lo del inspector Dennis Natches y cómo quizá tuviera algo que ver con la incriminación de resultas de la cual acabé expulsado de mi profesión.

—Sigues siendo detective —señaló.

—Pero no soy poli.

—Sí —reconoció Mel—. Cuando las chicas bonitas de secundaria crecen ya no son

animadoras, pero siguen siendo chicas bonitas.

Me sirvió un poco más de vino y consideré la curiosa comparación.

—Pero dime una cosa, King.

—¿Qué?

—¿Tiene Braun algo que ver con Natches?

Fue entonces cuando le hablé de los dos casos que estaba investigando. Escuchó con mucha atención, asintiendo de vez en cuando.

—Bueno, a ver si lo entiendo bien —dijo una vez hube terminado—. ¿Intentas demostrar que hubo una conspiración contra ese Free Man?

—Sí. Contra él y contra mí también.

—¿Tienen alguna relación?

—Aparte de que hay polis implicados en las dos..., no creo.

—¿Así que intentas demostrar que Man es inocente?

—Sí. Pero no puedo esperar que me apoyes hasta el final en esto. Bueno, agradezco lo que has hecho, pero ahora soy un fugitivo.

—Es posible que no —opinó Mel—. En la radio no han dicho nada de un tiroteo en Queens. Y, de todos modos, a mí no me importa. No hay nada que me guste más que librar a un hombre de la horca. Joder, es un momento de esos definitivos en la vida. Es como Errol Flynn en *Robin Hood*.

A partir de ahí me preguntó por los detalles de mis indagaciones. Le enumeré la mayoría de los nombres y su implicación; le hablé de los Hermanos de Sangre de Broadway y de Johanna Mudd, Little Exeter y el tráfico de heroína en los antiguos muelles de Brooklyn. No le mencioné el nombre de Willa Portman.

Cuando acabábamos la segunda jarra de vino, dijo:

—Vale, vale, ya entiendo lo que quieres de Man. Quieres demostrar que lo estaban siguiendo y que sus amigos fueron asesinados y los polis que iban tras él lo incriminaron. De acuerdo. Pero ¿qué es ese asunto de tu trabajo?

—Quiero que el sindicato se ocupe de mi caso y me restituyan a mi puesto.

—Pero ¿quieres recuperar tu trabajo?

—Quiero quedar exonerado. —Decir esas palabras me recordó otra obligación—. ¿Tienes algún móvil que pueda usar unos días?

El móvil de prepago que me dio estaba todavía en su envoltorio de plástico.

Activé el teléfono y envié un texto a mi hija basado en un sencillo código que ella había desarrollado unos años antes. Nuestra clave era la transposición de números, según la cual 1 = 4, 2 = 9, 3 = 1, 4 = 7, 5 = 2, 6 = 0, 7 = 3, 8 = 5, 9 = 8 y 0 = 9. Envié el número de mi nuevo móvil a su padrastro, y después ella se agenciaría otro móvil de usar y tirar y podríamos hablar.

—Bueno, ¿qué quieres hacer ahora, King? —me preguntó Mel cuando dejé de enredar con el móvil.

—Tengo que conseguir que Natches reconozca que se conchabó con Convert para poner fin a mi carrera.

—¿Vas a entrar en su despacho sin más y decirle eso? Bueno, acabas de huir del edificio donde esos expolis intentaron asesinarte.

—Creo que igual puedo obtener información que me dé cierta ventaja sobre el inspector. Es posible que hasta consiga que venga él a verme.

—¿Necesitas ayuda?

—Qué coño. Necesito la ayuda de toda la puñetera Legión Extranjera Francesa.

El diablo se echó a reír y mi teléfono sonó al mismo tiempo.

—¿A. D.? —dije al contestar.

—No. Soy Monica.

—Ah. —Me di cuenta por su tono de que me esperaba una buena—. Hola.

—¿Qué demonios es eso de que teníamos que irnos de la ciudad por algo que has hecho tú?

A pesar de mi profesión, no me gusta mentirle a la gente. No me gusta hacer que se sientan mal tampoco. Un buen poli es un profesional que sabe cómo mentir y causar dolor, pero no disfruta con ello. Yo era un buen poli, pero necesitaba a Aja en mi vida, y Monica era al menos parte de la razón por la que estaba metido en semejante lío. Así pues, me había montado una película que las protegería a la vez que me evitaría a mí cargar con las culpas.

—No es por algo que hice yo —repuse—, sino por algo que hiciste tú.

—¿Yo?

—Cuando llamaste al congresista Acres pusiste en marcha un juego que me llevó a aparecer en el radar de unos tipos muy pero que muy peligrosos. Hombres del gobierno. Acres dedujo quién me había contratado cuando no lo sabía ni yo mismo. Lo puso en conocimiento de unos personajes muy poco recomendables que necesitan mantener sus asuntos en secreto. Ahora van a por mí y estoy de mierda hasta el cuello, igual que cuando tú permitiste que los polis me dejaran en aquel agujero.

Después de una breve pausa, dijo:

—Estás mintiendo.

—¿Llamaste a Acres?

—¿Y qué?

—Le llamaste y conseguiste que vinieran a por mí tipos armados. Me importáis una mierda tú o tu noviete, pero con el lío que hay ahora montado necesito saber que Aja está a salvo. Os habéis ido, ¿no?

—Sí. Pero no pienso decirte adónde.

—Siempre y cuando hayáis abandonado el estado, me da igual. Ahora déjame hablar con A.

D.

—¡Se llama Denise!

—Hola, papá —dijo Aja instantes después.

—No le cuentes a tu madre nada de lo que hago en mi trabajo, ¿de acuerdo?

—¿He provocado yo este problema?

—No. Pero eso tampoco se lo digas a tu madre.

—Vale. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Estoy bien. No has utilizado tu móvil para llamar, ¿verdad?

—Claro que no. Compré este móvil de prepago en una tienda.

—Qué lista eres.

—Te quiero, papá.

—Yo también —dije—. Hablaremos pronto.

En el antiguo lugar de culto había un piso superior con pequeñas celdas para los devotos sacerdotes y pastores, de la denominación que fueran. Los pies me colgaban por la parte inferior de la cama, pero me daba igual. La puerta no estaba cerrada y por el ventanuco se veía una media luna radiante.

No dormía. Estaba tumbado boca arriba con una rodilla en alto y la luz de la luna sobre mi rostro. La cabeza recién afeitada me picaba y mi pequeña estaba a salvo. Había sobrevivido a una carnicería y asesinado a un hombre. Y a pesar de todo eso no hubiera podido esperar una vida mejor.

Me levanté de la cama hacia las cuatro y media y bajé a la cocina, donde Mel estaba tomando café sentado a la mesa.

—¿Tienes un coche que pueda llevarme? —le pregunté.

—Un Copper Lexus, en el establo.

—¿El establo?

—Detrás de la iglesia. Ya sabes que es una institución antigua.

—¿Vas a ir a trabajar? —pregunté.

—Si no me necesitas luego, sí.

—¿Tienes una máquina de escribir por ahí?

—Un procesador de texto y una impresora.

—Supongo que tendré que apañarme con eso.

Conduje por Brooklyn hasta el Upper West Side de Manhattan antes de que el tráfico se complicara. Allí, en la Ochenta y tres, encontré una cafetería en la que preparaban tortillas de

beicon y pimientos, pero se habían quedado sin beicon. Así que me sirvieron los huevos con lonchas de pavo prensadas, saladas y teñidas de modo que tuvieran un aspecto y un sabor parecidos a los del beicon.

En la acera de enfrente había un local alquilado temporalmente. Me entretuve con la comida mala y el café aguado hasta que entró en la oficina provisional de campaña electoral un hombre al que reconocí.

—¿En qué puedo ayudarle? —me preguntó una mujer joven. Tenía la piel bastante oscura. En la pechera de su blusa color arándano llevaba un enorme pin cuadrado que proclamaba: ¡ACRES ES NUESTRO HOMBRE!

Me gustaba conocer a jóvenes republicanos negros. Eso quería decir que parte de la generación más joven tenía algo en la cabeza. ¿Qué importaba que estuvieran equivocados?

—Quiero ver al señor Acres, por favor.

—El congresista no ha llegado todavía.

La recepcionista de la oficina de campaña había celebrado una fiesta por sus cuarenta años uno o dos años antes. La suya era una de aquellas caras no muy atractivas que prometían algo más profundo que la belleza pasajera. La blusa camisera azul era de seda, y de la cadena de oro fina como un hilo que llevaba al cuello pendía un diamante amarillo de por lo menos dos quilates y medio.

—Creía que los republicanos no necesitaban mentir —espeté.

—¿Cómo dice? —respondió en un tono que podría haberse convertido fácilmente en ira.

—Venía por la acera cuando he visto a Bobby entrar por la puerta. Ha tenido que pasar por aquí mismo. Bueno, supongo que igual estaba usted en otra parte, pero me cuesta creer que la primera persona que ve uno en una oficina de campaña electoral no sepa cuándo está allí el candidato.

—¿De qué asunto quiere tratar con el congresista? —preguntó con frialdad.

—Dígale que el hombre con el que casi tropezó en Jersey la otra noche quiere tener unas palabras con él.

—Tendrá que decirme su nombre.

—Hermana, créame si le digo que eso es lo último que querría el congresista.

Cinco minutos después entraba en un despacho del tamaño de un escobero del que se había apropiado el candidato. Había oficinas más grandes, pero eran para los voluntarios que tenían que dispersarse y trabajar con ahínco. Lo único que necesitaba Acres era una silla para sentarse y un teléfono para darle a la lengua.

Me hizo pasar y le cerró la puerta a la mujer de la blusa azul.

Me senté en una sencilla silla de roble y el rodeó la mesa para ocupar su asiento.

—No esperaba volver a verle —dijo mientras se acomodaba.

—No he venido a causarle problemas —aseguré.

—Bien. Entonces ¿de qué se trata?

—Necesito que llame a un inspector de la Policía de Nueva York y le diga que se reúna conmigo en el English Teacup junto a Broadway, en una manzana a la altura de las calles Noventa, en torno a las, esto..., digamos, tres menos cuarto.

—¿Y por qué?

Saqué un sobre cerrado de mi bolsillo y se lo entregué al candidato.

—Mimi Lord me explicó que usted se puso en contacto con ella.

—Sí.

—Quiero que le diga al inspector Dennis Natches que le di un sobre sellado para que lo deposite en la Biblioteca del Congreso.

—¿Debo leerlo?

—No se lo aconsejaría. En su situación, su mejor opción es la ignorancia.

—¿Y con quién debo decirle al señor Natches que va a reunirse?

—Con un tal Nigel Beard. Puede decir que no tiene idea del contenido de la carta, pero que yo le dije que lo ponga al tanto de que está relacionado con el inspector de segunda clase Adamo Cortez.

—¿Y no me meteré en ningún lío?

—No. Y tiene mi dirección de correo electrónico, congresista. Si alguna vez necesita la clase de ayuda que yo presto, envíeme un mensaje y acudiré.

25

El resto de la mañana lo pasé en una relojería atestada en Cherry Lane, en el Far West Village.

Melquarth y yo desarrollamos un plan de seguridad para mí y mi reunión con el alto cargo de la Policía.

—¿Y si envía polis para que me acorralen? —pregunté a las 10: 58 según el reloj de cuco bávaro de un instituto de secundaria.

—No creo que unos polis que se dedican al tráfico de heroína recurran a agentes legales para un asunto así —repuso el experto malvado—. Sea como sea..., si alguien intenta meterse contigo, caerá sobre ellos mi ira.

Me supo mal exponer a uno de mis hermanos a un chiflado como Mel, pero estaba casi seguro de que Natches estaba por lo menos al corriente de mi secuestro, y dudaba que mi asesinato le hubiera hecho perder sueño en absoluto.

A la una en punto estaba en el English Teacup. Le dije a la camarera que mi cita llegaría tarde, pero que iba a pedir la comida y luego tomaríamos una merienda ligera cuando él se presentara a las tres menos cuarto.

En algún lugar de las inmediaciones, Mel estaba en una camioneta de un diseño especial, equipado con una considerable potencia de fuego. También había colocado un pegote de yeso de secado rápido igual que un chicle mascado bajo la mesa donde se sentaría Natches.

Preparado para la victoria o la muerte, saqué un viejo ejemplar de *El lobo estepario*, de Hesse. Desde mi encuentro con la joven en el metro, añoraba el romance del antiguo alemán con los entresijos de la mente.

Tomé un desayuno inglés como es debido, con salchichas, tomates y champiñones a la parrilla, alubias, beicon canadiense y tostadas fritas. Comí, pese a que no tenía hambre mientras leía con unas gafas que no mejoraban en absoluto mi visión.

A las dos y cuarto entró un blanco de aspecto robusto. Tenía más o menos mi edad y vestía un traje gris claro. Se sentó a tres mesas de mí y pidió café.

Exactamente a las tres menos cuarto llegó el inspector Natches vestido con traje azul oscuro. Era corpulento y al mismo tiempo alto; aunque me llevaba veinte años, no me cupo duda de que

aún le quedaban músculos para pelear. Le dijo algo a la mujer de la entrada y ella lo condujo a mi mesa.

Se quedó allí de pie unos instantes, mirándome fijamente. Sabía quién era yo. Quizá no me hubiera reconocido por el disfraz, pero el mensaje del congresista Acres había dejado las cosas bien claras.

—Siéntate —dije.

Vaciló, pero tomó asiento.

—No sé quién coño te crees que eres, pero este jueguecito tuyo no va a dar resultado.

—¿Té?

—No, no quiero un puto té —respondió unos decibelios por encima del volumen adecuado.

La gente de alrededor giró la cabeza hacia él. Natches frunció el ceño.

Vino la camarera con la bandeja de sándwiches y pastas que había pedido yo antes.

—¿Qué clase de té quiere? —le preguntó a Natches.

—Da igual —contestó, al menos en un tono de voz normal.

—Yo tomaré un Irish Breakfast —dije.

—Solo tenemos English Breakfast.

—Pues entonces ese.

Esperamos a que nos sirvieran, Natches echando pestes y yo sintiéndome de nuevo como un poli.

Después de que la mujer —de unos cuarenta años, con el cabello pajizo y bastante a gusto con su cuerpo— nos sirviera el té y se retirase, Natches se irguió en el asiento.

El hombre del traje gris también se irguió.

Resonó la campanilla encima de la puerta de la calle y entró Mel. Llevaba pantalones negros y una chaqueta informal de espiga. Se hizo una composición de lugar del restaurante y pidió una mesa bastante cerca de la del matón de gris.

—Mira, tío —le dije a Natches—. Me han pegado, marcado, deshonrado, encarcelado y me han destrozado el matrimonio unos cabronazos que ni siquiera se molestaron en ofrecerme una explicación o una advertencia. Hay gente que ha intentado asesinarme, y tú plantas ahí el culo como si fueras el mismísimo Boss Tweed[5] o alguien por el estilo. A ver si me entiendes: corres peligro.

—¿Crees que me das miedo? ¿Crees que solo porque eres capaz de conectar un par de frases seguidas voy a volver a hacerte policía? A un poli de medio pelo caído en desgracia como tú no le dejaría ni limpiarme los zapatos. Así que como hay Dios que no pienso besarte los pies.

Estaba furioso. Quizá, como el cornudo bajito de Staten Island, siempre estaba furioso. Pero me pareció que esa pasión estaba anclada en el miedo.

—Si eso es cierto —dije—, ¿por qué has venido?

Era una pregunta sincera y de su respuesta dependerían mis siguientes pasos.

—No me jodas —advirtió.

—El hecho de que estés sentado delante de mí con un guardaespaldas a pocas mesas de aquí significa que ya te estoy jodiendo, colega. Lo que quiero saber es por qué me incriminó Paul Convert. Lo que quiero saber es por qué intentasteis asesinarme, cabrones. Dos veces.

Los ojos color avellana del inspector estaban de pronto llenos de preguntas y revelaciones.

—Estás loco —dijo en un tono de voz que intentaba desesperadamente ponerse en plan moralista.

—¿A qué viene seguir adelante con toda esta mierda? —pregunté—. Bueno, vale, hace diez, doce años, tenía un caso entre manos. Quizá me puse demasiado terco e intenté acabar con el chanchullo que teníais en los muelles. Pensasteis que teníais que pararme los pies. Eso lo entiendo. Pero, ahora que conozco la trama y a los protagonistas, ¿por qué no me dejáis volver al Cuerpo?

Al plantear esas preguntas, me di cuenta de que lo más importante para mí era eso.

Tenerme en la oscuridad, quizás incluso dar con mis huesos en la tumba, era lo más importante para Natches.

Levanté la vista y vi que Mel se había puesto en pie. Se acercó al guardián gris de Natches y se sentó frente a él.

—Tú no tienes idea de nada —me espetó Dennis Natches—. Un tipo insignificante como tú podría apagarse igual que una vela en la ventana. Tendríamos que habernos ocupado de ti entonces, cuando ibas de vaquero.

—¿Por qué no lo hicisteis?

La respuesta asomó a sus ojos, pero no llegaría a sus labios.

—He terminado contigo —aseguró Natches, que apartó la silla de la mesa.

—Más vale que te termines el té —dije.

—Estás muerto y ni te has dado cuenta —respondió con una mueca que no podía ser sino maldad.

—¿Como tu amigo de ahí, quieres decir?

Natches volvió la mirada y vio a Melquarth Frost sonriente y a su hombre con gesto serio y al mismo tiempo derrotado.

—Aprendí mucho desde que era un inspector de policía convencido de que podía salir adelante por mi cuenta —dije—. Aprendí que leer es importante; que la ley es una ecuación variable en constante cambio, y que un hombre es idiota si trabaja solo.

Natches volvió a ocupar su asiento, y continué:

—Aprendí que se puede hacer caer a cualquiera, por muy alto que esté o poderoso que sea. Yo sé que, si muero, tú también morirás. Creo que tú deberías saber eso, Dennis. Tu hombre de ahí con el arma de mi hombre apuntándole debería saberlo.

»Ahora, mueve al culo, lárgate de aquí y recuerda que tu corazón también puede dejar de latir.

Se tomó su tiempo para levantarse de la silla.

Miró de reojo para ver si el guardaespaldas también se había puesto en pie.

Los dos intentaron intimidarnos con la mirada, pero sabíamos que dos polis no podían abrir fuego en un establecimiento de Nueva York, y ellos no podían contar con que nosotros no lo hiciéramos. Después de todo, ya había un muerto al otro lado del río, en Queens.

Cuando Natches y su hombre se hubieron ido, Mel se levantó y se me acercó. Le dije a la camarera mona y regordeta de cabello pajizo que me trajera las cuentas de Mel y el guardaespaldas.

—¿Crees que nos están esperando por ahí? —le pregunté a Mel cuando la camarera fue a prepararlas.

—Espero que no —dijo—, por ellos. Pero de todos modos no importa.

—¿Por qué no?

—La razón por la que he elegido este sitio es que tiene una salida discreta al edificio de al lado, y ese edificio tiene una salida a la calleja de atrás.

»Pero, aunque no fuera así, tengo a tres tipos fuera con toda clase de armas. Les envié fotos con el móvil y son de esos que se dan cuenta cuando se ha tendido una emboscada.

Sonreí y le relaté la conversación.

—Ese ya está en el punto de mira de alguien —sentenció Mel.

—Pero ¿de quién?

Sonó el móvil de Mel.

—¿Sí? —contestó. Y luego—: De acuerdo. Gracias.

Se guardó el teléfono y me dijo:

—No hay nadie ahí fuera. El inspector y su hombre se han ido en el mismo coche.

Cogí un sándwich de pepino sin corteza y le di un mordisquito.

—¿Tienes donde quedarte, King?

—Un trastero en el West Village.

—Ya.

—Mira, Mel, agradezco tu ayuda. Pero ahora mismo tengo que hacer unas indagaciones. Te llamaré luego y quizá, si tienes tiempo, puedas ayudarme otra vez.

—Está claro que te hace una falta de la hostia.

26

Hay una preciosa torre de apartamentos en la calle Cuarenta y dos, más o menos una manzana al este de la Décima Avenida. Está hecha de vidrio cilindrado y vigas de acero, con un atrio de diez metros de alto a modo de entrada.

—¿Qué desea, caballero? —preguntó un hombre de color caramelo con chaqueta roja. Estaba detrás de un mostrador de mármol verde de un metro veinticinco de alto.

—Miranda Goya —respondí, contento de que por lo menos un vigilante me tratase con decoro.

Levantó un auricular, pero, antes de llevárselo al oído, indagó:

—¿Cómo se llama?

—Joe Oliver.

Dando todos los pasos adecuados, el hombre explicó por el teléfono:

—Ha venido a verle el señor Oliver, señora Goya.

Era por lo menos cinco años más joven que yo y tenía unos labios generosos exactamente del mismo color que el resto de su piel, lo que le confería una suerte de aire especializado, casi sintético.

—Dos mil ochocientos trece —me indicó.

—Gracias.

El ascensor era amplio, y mi única acompañante, una mujer, probablemente de más de ochenta años, que se había maquillado con suficiente pericia para restar por lo menos quince años a su aspecto. Llevaba sujeto con una correa un perrito blanquinegro que intentaba echárseme encima.

Los perros me gustan. Si alguna evolucionista me hubiera dicho que los hombres descendían de los caninos, la hubiera creído. Toda la pasión fraternal, el ansia de saciar los instintos enseñando los colmillos y el miedo que siento a diario lo veo también en los perros.

Yo era un perro. Me lo habían dicho toda mi vida, hombres y mujeres por igual.

—No puedo dejar que le salude —me advirtió la señora. Llevaba una estola de zorro colocada encima de un jersey esmeralda de cachemira.

—¿Muerde?

—Mea. Se le mea en el pie a cualquier hombre que se acerque lo suficiente. Es un mal novio, pero lo adoro.

Asentí con auténtica empatía.

—¿Está en una nueva obra de teatro? —preguntó entonces.

—¿Qué?

—El bigote —dijo—. Y esas patillas estúpidas.

—¿Cómo se ha dado cuenta?

—Esto es una cooperativa de apartamentos para actores —explicó—. Aquí todo el mundo entiende de maquillaje y tiros de cámara y se sabe un millar de diálogos mal escritos.

—Vengo de un ensayo de vestuario en la Brooklyn Academy of Music —dije—. La obra se estrena en Cincinnati. Ahora mismo voy a ensayar unos diálogos para otro proyecto.

—¿Con quién?

—Se lo diría, pero no creo que al marido de esa actriz le hiciera gracia.

La anciana señora con el zorro muerto al cuello sonrió e hizo una levísima inclinación de cabeza.

La dama del perro se bajó en la decimocuarta planta y yo seguí solo hasta el piso 28.

Recorrí la mitad del pasillo de puertas a mi izquierda y pulsé el botón en la jamba del 2813. No se oyó ningún timbre o campanilla a lo lejos, pero no quería parecer impaciente, conque me contuve de llamar con los nudillos.

—¿Quién es? —dijo una voz de mujer.

—Joe Oliver.

—No se le parece.

Me pregunté si Lamont me habría sacado una foto con el móvil de algún modo o si simplemente le habría descrito mi aspecto.

—Me he puesto el bigote y me he afeitado la cabeza porque no quería que nadie me reconociera en el caso. Puedo llamar al señor Charles al Aramaya si quiere.

Después de una breve pausa, abrió la puerta.

Miranda Goya era una de las mujeres más hermosas que había visto, o que el perro que llevo dentro había visto. Iba camino de los treinta años, pero tenía la actitud de una veterana. Su vestido hasta las rodillas era un conjunto de remolinos púrpuras, rojos y verdes a partes iguales. Su figura renegaba del atuendo y, no me cupo duda, la había traicionado una y otra vez desde los trece años. Tenía un rostro altivo en forma de corazón; su piel era la mezcla de un etéreo rosa dorado y un bronce apegado a la tierra.

Traspuse el umbral y ella se hizo a un lado.

Se mordió el labio inferior cuando me quité el abultado abrigo.

—Ese abrigo le hace gordo.

—El que no se consuela es porque no quiere.

—Pase —me invitó.

Era un pequeño estudio con un tabique hasta la altura del diafragma que separaba la cocina de la sala de estar. Adosado a la pared había un tablón recubierto de formica de sesenta centímetros de ancho que hacía las veces de mesa de comedor y escritorio. La pared exterior era una cristalera de doble hoja que daba a una minúscula terraza con vistas a Harlem hacia el norte. Al lado de la puerta de vidrio había una enorme ave del paraíso en una maceta de cerámica de cuarenta y cinco litros que lucía once espléndidas flores entre azules y anaranjadas.

—¿Señor Oliver? —dijo.

—¿Sí?

—¿De verdad se llama así?

—Pues sí.

Saqué la cartera y le enseñé mi licencia de detective privado. Cogió el carné plastificado y lo comparó con el tipo calvo que tenía delante.

—Este se parece más al hombre del que me habló Lam —dijo—. ¿Para qué quería verme?

—Estoy investigando la defensa de A Free Man —expliqué—. Y, desde que empecé, me han estado acosando. Decidí que si cambiaba de aspecto igual conseguía llegar un poco más a fondo sin que me cosieran a tiros.

Miranda respiró hondo y frunció los labios para mostrar empatía.

—Siéntese, señor Oliver —dijo.

Había dos sillas de mimbre con cojines una frente a otra a las puertas de la terracita. Entre ambas había una caja de vidrio verde a guisa de mesa.

Me senté y preguntó:

—¿Whisky?

—¿Escocés o bourbon?

—De mezcla amarga —dijo ella con un simpático gesto de desdén.

—Cielo, se ha convertido en mi persona preferida de hoy.

La risa no llegó a alcanzarle la garganta, pero fue auténtica alegría procedente de un lugar oscuro.

Desde la cocina, preguntó:

—¿Hielo?

—No, gracias.

Cuando se sentó frente a mí empecé a pensar en Aja. Mi hija era una mujer preciosa con curvas y clase y una sonrisa que causaba felicidad.

El truco dio resultado. El corazón empezó a latirme más lento, y apuré el generoso trago de whisky.

—¿Quiere otro? —preguntó Miranda.

—Sí, pero no, no voy a tomarlo.

Esa sonrisa modificó sus labios de una pincelada.

—Lam dijo que creía que usted podía ser un buen tipo —observó en tono de confidencia.

—¿Tan raro es?

—Cada vez que alguien va a hablar con él de Manny me llama de una cabina y me dice qué aspecto tiene y cuándo pasó por allí. Lam no habla de Manny con cualquiera. Sobre todo si ese cualquiera es un poli.

—Expoli —la corregí.

—Poli una vez, poli siempre.

Reí y noté que el whisky se me propagaba por la frente con suavidad.

—De acuerdo, señor expoli —dijo Miranda—. ¿De qué quería hablar conmigo?

—A Free Man.

—¿Qué quiere saber?

—Tengo entendido que hubo una conspiración contra él y todos los Hermanos de Sangre, y que hay gente que sigue empeñada en cerciorarse de que su historia no salga a la luz.

La preciosa mujer miró hacia el ventanal.

Se volvió hacia mí y dijo:

—Se le está despegando el bigote. Por la izquierda. Ahora no se nota mucho, pero dentro de poco la gente empezara a darse cuenta.

Me toqué el lado que me había dicho y noté que se había desprendido un poco.

—¿Quiere que se lo retoque? —se ofreció.

—¿Cómo dice?

—A eso me dedico. Soy maquilladora. Después de que Manny me liberase, los Hermanos de Sangre me preguntaron qué quería hacer y me enviaron a la academia.

Sin discutirlo más, fue a un armario cerca de la puerta principal y sacó lo que parecía una caja de aparejos de pesca y un taburete plegable. Se sentó delante y a la derecha de mí y dejó la caja encima de la mesita de centro de vidrio verde.

—Eche la cabeza hacia atrás.

Lo hice y observó el pelo artificial.

—Alguien ha hecho un trabajo bastante bueno con esto. ¿Su novia?

Le expliqué lo del curso que hice y la razón para hacerlo.

—Una jugada muy inteligente, para un hetero —opinó Miranda—.Ya sabe que la mayoría de los hombres solo se fijan en las tetas y el culo. Ni siquiera serían capaces de decir de qué color tiene alguien los ojos.

—Los detectives lo hacen como medio de vida.

—¿Qué quiere saber de Manny? —preguntó mientras se afanaba en retocar el pelo semidesprendido encima de mi labio.

—Lamont dice que el señor Man la sacó de una situación peliaguda.

—No solo a mí.

—Pero hablo con usted.

—Sí. —Untó ligeramente con un ungüento que olía muy fuerte la parte superior de mi bigote —. Estaba metida hasta el cuello y un día Manny entró en una habitación y me sacó de allí. Y eso fue todo.

A mi pesar, poco a poco empezaba a tenerle aprecio a Leonard Compton/Free Man.

—Y no solo a mí —repitió—. En un momento dado había un centenar de chavalas y chavales haciendo toda clase de guarradas para ellos.

—¿Quiénes?

Tuvo que tomar aliento antes de decir:

—Valence y Pratt.

—¿Había más? Me refiero a otros que trabajaran con ellos.

—Sí, pero yo no sabía cómo se llamaban.

—¿Policías?

—Lo cierto es que no lo sé. —Se concentró un poco más en los pelillos y dijo—: Tenían un papel con la lista de precios de sesenta y siete cosas que teníamos que hacer si nos pagaban. Cosas repugnantes, quiero decir. De todo.

—Así que eran chulos a gran escala y el señor Man la sacó de eso —dije.

—No solo chulos. También mataban a gente. Los asesinaban.

—¿Se refiere a los Hermanos de Sangre?

—A ellos..., chavales que intentaban huir y familiares que querían liberarlos, y a cualquiera que se cruzara en su camino.

—¿Hay constancia de esos asesinatos?

Miranda presionó todo mi labio superior por lo menos con seis dedos y luego volvió a sentarse en el taburete. Respiró hondo y me miró con unos ojos que, al igual que su piel, no eran del todo pardos.

Después de quizá tres minutos, dijo:

—El caso es que adoro a Lamont. Me trató como a una auténtica mujer y no intentó aprovecharse de mí ni una sola vez.Ya sabe que las chicas como yo hacemos que los hombres quieran aprovecharse y ni siquiera nos damos cuenta.

»Adoro a Lamont y no puedo decirle cuánto aprecio a Manny. Yo estaba en un cuartucho de un salón de masajes en la Treinta nueve con un tipo blanco que me había metido el puño por el culo creo que hasta el antebrazo y A Free Man entró con un arma. ¡Joder! El blanco se lo hizo encima y se largó corriendo como una especie de perro. Y desde aquella noche nadie me ha hecho nada sin mi consentimiento.

»Ahora Manny está en el corredor de la muerte y no puedo hacer ni una mierda para ayudarle.

Ni siquiera me deja visitarlo porque no quiere que me meta en líos.

»Y a pesar de todo eso sigo cagada de miedo por hablar con usted.

Sonó mi móvil provisional y lo saqué. Mel me había enviado un mensaje de texto con un nombre y una dirección.

—Gracias por el apaño cosmético —dije—. ¿Cuánto le debo?

—No me debe nada. Me he ofrecido yo a hacerlo.

Me levanté y dije:

—Gracias por su ayuda, señorita Goya. Lamento haberle traído recuerdos tan dolorosos.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Sí. Voy a intentar demostrar las cosas que ha dicho, pero no le puedo prometer que, si me ha contado cosas que no sabe nadie más, alguien no deduzca su procedencia. No conozco al señor Man, pero no creo que le hiciera gracia que yo canjeara su vida por la de él.

Abrió los ojos de par en par como si hubiera recordado algo.

—Burns —preguntó.

—¿Qué?

—Estaba conmigo aquel día que entró Manny a la carga. Manny también se lo llevó de allí.

—¿Se llama Burns? ¿Brasas?

—Lo llaman así, pero en realidad se llama Theodore.

—¿Por qué le llaman Burns?

—Tenía un cliente al que le gustaba quemarlo con la brasa del cigarrillo cada vez que follaban. Y se follaba a Theodore una vez a la semana. Tenía un montón de cicatrices en la cara y el brazo izquierdo.

Estoy convencido de que ese fue el punto de inflexión para mí. Quizá fuera lo que Miranda había sufrido en el salón de masajes. Quizá si no hubiera oído lo que le había ocurrido allí habría podido pasar por alto la experiencia de Theodore. No lo sé. Pero a partir de ese momento no estaba meramente resolviendo un caso u otro, sino que empecé a tomármelo tan en serio como un esclavo que hubiera dicho: «Ya está bien de cadenas».

—¿Qué sabe sobre Theodore?

—Antes de que Manny nos rescatara, él colaboraba estrechamente con Valence y Pratt. Bueno, también le hacían follar con gente, pero a veces les ayudaba con las tareas pesadas.

—¿Puede decirme algo más sobre él? —pregunté—. ¿Su apellido?

—Todo el mundo le llama Burns.

—¿Hay algo más que deba saber?

—Está enganchado a la heroína —explicó la belleza con una fea mueca de desdén—. No quiere dejarla. Dice que solo merece la pena estar vivo si está colocado.

—¿Ha intentado buscarle ayuda? —pregunté; no sé por qué.

—No —respondió en tono ronco y tajante.

—¿Por qué no?

—Porque tiene razón —dijo. Su voz recuperaba un estilo que se remontaba hasta aquel salón de masajes—. Desintoxicarse seguro que lo mataría.

27

Cuando salía del edificio de apartamentos para actores, tenía la cabeza como un globo de helio y notaba los pies como si estuvieran forjados en plomo. El mundo sufría un absceso de maldad y por algún motivo era responsabilidad mía, si no por mi culpa. A Free Man estaba en el corredor de la muerte. Ningún poli, juez o tipo corriente levantaría la mano y diría: «Tengo una duda».

Antes de aquella tarde me había preguntado a menudo cómo hombres y mujeres se convertían en traidores. Cómo podían despertar un día y decir: «Todo aquello en lo que creía estaba equivocado y ahora esos tienen que pagar».

No se me pasó por la cabeza ni por un instante que Miranda Goya me estuviera mintiendo; yo, un hombre que no confiaba ni en sus propios clientes, un hombre que había sido traicionado prácticamente a todos los niveles.

Fui caminando a Port Authority y me quedé en el cruce de la Cuarenta y dos y la Octava intentando orientarme de regreso a Montague Street y sus moderados gestos de condena contra los grandes negocios y la naturaleza humana. Quería que mi problema más grave fuera cómo decidiera vestirse mi hija, o algún blanco traumatizado pensando que yo abusaba de A. D.

—¿Está bien, señor? —preguntó alguien. Las palabras eran amistosas, pero el tono no.

Era un poli de ronda que patrullaba las aceras aledañas a la gigantesca estación de autobuses. No lo reconocí. Me pregunté, eso sí, por qué se habría fijado en mí entre tantos yonquis, carteristas, prostitutas y fugitivos.

—Sí, estoy bien, agente —contesté—. Lo que pasa es que he tenido que parar un momento para aclararme las ideas.

—¿Puede andar? —preguntó el poli blanco tirando a bajo.

Sonreí, asentí y luego me aleje del enorme edificio que hacía que la humanidad pareciese la última colonia agonizante de hormigas prehistóricas.

Podría haber tomado el metro, pero en cambio fui andando hasta la confluencia de la Octava y la Setenta y tres. Media manzana más abajo por la Setenta y tres había un edificio de apartamentos de siete plantas de piedra rojiza que era muy antiguo.

Subí al peldaño de entrada, abrí la puerta principal y busqué en la lista de nombres el de Thurman Hodge. Pulsé el botón del 27, el domicilio de Thurman, y aguardé.

—¿Quién es? —preguntó una voz áspera por entre el ruido parásito del interfono.

—Smith —repuse.

La dirección y los nombres Thurman y Smith me los había enviado Melquarth en un mensaje de texto. El hecho de que yo estuviera allí quería decir que había abandonado y posiblemente traicionado el mundo que conocía hasta entonces.

—Ahora mismo bajo —dijo la voz rasposa.

El vestíbulo olía a moho. Quizás ese olor habría disuadido a más de uno, pero a mí me trajo gratos recuerdos del edificio de apartamentos donde viví con mi madre, mi hermano y mi hermana después de que mi padre fuera condenado y antes de que tuviera edad suficiente para escaparme.

—¿Sí? —dijo un hombre desde el otro lado de la puerta acristalada del edificio.

Medía uno setenta y cinco con zapatos y llevaba el basto pelo entrecano peinado simétricamente hacia los lados. Con una bata de artista antaño blanca y ahora manchada de pintura, parecía un villano de Dick Tracy de los que aparecían en las antiguas tiras cómicas de los periódicos: Flattop, o quizá, debido a su mueca desdeñosa, Gruesome.

—He venido a ver esa ganga de sótano —le dije al villano de cómic de ojillos brillantes.

Entornó los ojos un poco más y luego abrió la puerta.

—Sígame —dijo.

Fuimos por un pasillo estrecho hasta un tramo de tres escalones y salimos por una puerta a un patio especialmente pequeño que cruzamos hasta otra puerta.

Mientras Hodge, si es que se llamaba así, buscaba una llave grande en un llavero, dijo:

—Dígale a Moran que es la última vez que puedo alquilarlo. Los propietarios quieren poner una especie de centro informático aquí abajo y yo no puedo hacer nada al respecto.

No tenía ni idea de quién era Moran, pero el señor Hodge no tenía por qué saberlo.

Dio con la llave y la introdujo en la cerradura de la puerta pintada de esmalte blanco y recubierta de liquen.

Me indicó con un gesto que entrara y encendió la luz después de que yo cayera en la cuenta de que había una serie de escalones que bajaban. Di solo un leve traspié, pero me vino a la cabeza la víspera, cuando, en unas escaleras similares, le había pegado un tiro en la cabeza a un tipo.

Quince peldaños más abajo, me encontré en otro sótano, que había sido transformado en un estudio diseñado para hombres y mujeres fugitivos. Me recordó la conexión de Mel con el ferrocarril subterráneo, lo que me hizo pensar que yo estaba librando una batalla más allá de las leyes a las que antes profesaba lealtad.

—No hay señal de tele ni de radio aquí abajo —advirtió el hombre que quizá se llamaba Hodge—. La cocinilla funciona, pero no hay buena ventilación, así que no cocine nada que no quiera estar oliendo durante días. La estufa también funciona. Y aquí están las llaves del apartamento y la puerta principal. Hay un timbre para llamar a la portera, pero no lo use. Póngase en contacto conmigo.

Asentí y le tendí al señor Hodge uno de los billetes de cien dólares que me había dado el

matón ataviado de morado de Antrobus. Hodge aceptó la propina con una expresión de sorpresa.

—Si necesita cualquiera cosa —dijo—, llámeme.

—¿Hay cobertura de móvil aquí abajo? —pregunté antes de que se fuera.

—A no ser que le haya dado el móvil Jesucristo, no.

A dos manzanas de allí encontré una cafetería donde servían pastel de carne glaseado y whisky de mezcla amarga. En el apartamento de Miranda le había pillado el gusto al whisky y quería seguir por ahí.

—¿SÍ? —dijo Andre Tourneau.

—Eh, hermano.

—Joe. ¿Cómo estás?

—Como si me hubiera dormido en el suelo y hubiera despertado dentro de un ataúd.

—A mí me pasa cada vez que vuelvo a casa en Puerto Príncipe. ¿En qué puedo ayudarte, amigo mío?

—Llama a Henri y dile que llame a este número desde una cabina.

—No vas a meter en líos a mi chico, ¿verdad, Joe?

—Ya recuerdo por qué compraste esa pistola, señor Tourneau, no te preocupes por eso.

El pastel de carne estaba más rico a cada sorbo de whisky. Me sentía casi alegre cuando sonó el móvil.

—¿Diga?

—Joe —dijo Henri Tourneau—. ¿Sigues escondido?

—Llamé a Natches.

—¿Y qué te dijo?

Le conté lo necesario y añadí:

—Creo que quizá deduzca nuestra vinculación, así que quería preguntarte si tienes algún amigo que pueda mirarme el nombre de una calle.

—Lo que tú quieras, tío.

El término cariñoso me conmovió. No creo que fuera solo el whisky. Mientras investigaba mi expulsión de la policía y la condena de Man también estaba dándome cuenta de que tenía una vida con múltiples facetas y planos diversos de belleza.

Una hora después recibí un mensaje de texto que decía que un yonqui apodado Burns era cliente habitual del refugio para indigentes Bread and Bees en la avenida C del East Village.

Cuando recibí el mensaje ya me encontraba en la Séptima Avenida con Christopher, en el West Village. Allí estaba, esperando delante del local sin nombre de un adivino.

A través del ventanal que hacía las veces de fachada se veía un cuarto poco profundo decorado en tonos rojos. Había cristales diversos y dos sillones afelpados, un gato de calicó y la fotografía enmarcada de un hombre de nariz grande con la frente despejada.

Entré y me salió al encuentro una marca empalagosa de incienso que reconocí pero no hubiera sabido precisar. El anuncio electrónico de mi entrada fue el sonido de una alondra solitaria que llamaba a un viejo amigo o un nuevo amor.

Por unas cortinas rojas apareció una mujer rechoncha de piel pálida ataviada con un vestido verde cruzado y festoneado con diminutos espejos redondos.

—¿Sí? —preguntó.

—Lackey —dije.

El rostro de la mujer no tuvo que cambiar mucho para adoptar el semblante ceñudo que me mostró.

—Dígale que es Seamus del Southside.

Puso cara de desprecio, pero volvió a desaparecer tras las cortinas.

Esperé allí preguntándome qué clase de condena a prisión podía esperar después de que hubiera concluido mis investigaciones.

La mujer abrió las cortinas sin entrar a la sala de consulta espiritual y dijo:

—Venga.

Fuimos por un pasillo corto y oscuro hasta una cocina muy iluminada donde había dos mujeres y tres niños, o bien cocinando, o bien comiendo. Una niña de cara sucia levantó la vista de la mesa, sonrió y se metió el dedo en la nariz.

La mujer ceñuda me llevó por otra puerta a lo que solo podría denominar sala de estar.

Había dos sillones que parecían disecados. Uno era amarillo con grandes lunares azul oscuro. Era de dimensiones normales y parecía bastante cómodo. El otro sillón era el doble de grande que su hermanito y quizá fuera negro. No apreciaba del todo el color ni el dibujo porque me los tapaba el hombre de una gordura imposible allí sentado.

Kierin Klasky pesaba bastante más de doscientos kilos. Tenía la cara tan grande y redonda que podría haberla legado para que la cosieran a un balón de baloncesto después de su muerte. Las características de su fisonomía se reducían a la mera gordura, igual que sus manos abotargadas y sus muslos redondos como jamones.

Kierin era un blanco con traje azul y corbata roja. Había un sombrero Stetson negro en la mesa junto a su sillón de tamaño sofá. Me pregunté si alguna vez se ponía el sombrero y si se levantaba.

—¡Joe! —bramó.

—Kierin.

—Oí que te despidieron.

—Eso fue hace once años.

—Yo sigo aquí —dijo—. ¿Qué necesitas?

Antes de que me expulsaran del Cuerpo salvé a Kierin de una redada que podría haber dado con sus huesos en la cárcel para varios años. Tenía información que me hacía falta sobre la conexión de tráfico de heroína en los muelles de Brooklyn y le pedí a un amigo de archivos que manipulara el informe de su detención más reciente.

—¿Puedo sentarme? —le pregunté al gordo.

—Por favor —me invitó con un gesto—. ¡María!

Una mujer irrumpió sin la menor elegancia en la sala. Era joven y llevaba uno de esos vestidos de campesina como los que se veían en cualquier parte de Europa del Este hace un siglo, hecho de retazos de tejidos distintos teñidos de colores llamativos.

Tenía un rostro hermoso y al mismo tiempo angustiado.

—¿Sí, papá?

—Sírvele grapa a nuestro invitado.

—Sí, papá —dijo, y se fue arrastrando los pies.

—Es una preciosidad —observó Kierin—. Pero siempre tiene la cabeza en otra parte.

—Parece que no le hace falta prestar mucha atención —manifesté.

—¿A qué has venido, Joe?

Era mayor que yo, pero en nuestro negocio la edad no tenía mayor importancia.Yo fui su contacto dentro de la policía durante tres meses cuando de verdad lo necesitaba.

—¿Conoces a un yonqui llamado Burns?

María volvió con un delicado vaso de agua lleno hasta las tres cuartas partes de un licor claro con una graduación alcohólica del ciento diez por ciento.

Esperó a que yo tomara un sorbo. Al ver que no sentía náuseas, sonrió y se fue.

—¿Nombre de pila o apellido? —preguntó Kierin.

—Apodo. Lo llaman así porque tiene quemaduras de brasa de cigarrillo en la cara y el brazo izquierdo.

—Ah, ese. Sí. Un joven con muchos problemas. ¿Necesitas dar con él?

—Eso puedo hacerlo yo. Solo quería saber cualquier cosa que puedas decirme.

—Es un buen cliente cuando tiene dinero. Pero debe de haber encontrado otro contacto. Hace meses que no lo veo. Igual está muerto.

—¿Está muy enganchado?

—Solía pillar dos dosis cada vez. Durante un tiempo lo veía tres veces al día.

—¿Dos dosis cada vez?

Asintió.

—Entonces eso es lo que quiero que me vendas.

El refugio para indigentes Bread and Bees se llamaba así por las colmenas que tenía en la azotea del edificio Arnold Fray. Utilizaba la miel para alimentar a los indigentes, los borrachos y los adictos.

«La miel —decía Arnold— es el alimento de Dios».

Cuando murió Arnold, su hija, Hester, pasó a ocuparse de la gestión del centro. Era grande como su padre y dura también como él. Mantenía el colmenar y horneaba pan.

Fui hasta la recepción del refugio para hombres y dije:

—Hola, me llamo Joe Oliver.

—¿El poli? —preguntó Hester, que se levantó de la silla de oficina de nogal.

—La última vez que te vi, no podías tener más de dieciséis años —señalé—. Y yo no me parezco nada a como era entonces.

—Tengo muy buena memoria —aseguró—. Es necesaria en este oficio.

—¿Qué más recuerdas de mí?

—Lo único que necesito saber es que eres poli.

—Ya no. Me expulsaron hace más de una década.

Sonrió espontáneamente.

—He venido a ver si encuentro a un tipo llamado Burns —dije.

—¿Y esperas que te ayude?

Tenía los ojos grises y, como bien sabía, los míos eran castaños. Nos observamos, buscando un motivo para confiar, pero no lo había.

—Te prometo que no tengo nada contra Theodore, y además donaré mil dólares al refugio, en efectivo, ahora mismo. Por si fuera poco, accederé a verlo bajo tu supervisión.

28

Después de haber realizado la transacción financiera, Hester llamó a un joven negro de aspecto fantasmal para que me llevara a un cobertizo en la azotea, cerca de las colmenas. Tenía los ojos grises como los de ella.

La puerta del cobertizo estaba cerrada con candado. Después de que el joven de una delgadez extrema hubiera usado la llave, pregunté:

—¿Cómo te llamas?

—Mikey.

—Dame el candado, Mikey.

Lo hizo y lo dejé puesto en una armella de modo que la puerta no se cerrara del todo.

—Me quedo la llave también.

Estuvo a punto de negarse, pero luego accedió.

En el interior tiró de una cadenita que inundó el único espacio del cobertizo de trabajo de al menos cuatrocientos vatios de luz amarilla procedente de una sola bombilla.

—Ella subirá dentro de un rato —dijo mirando a todas partes menos a mí.

Consideraba a Mikey un hombre negro porque es el término que empleo para la gente perteneciente a nuestra supuesta raza. Pero en realidad su piel era de un tono grisáceo que tendía hacia el negro, mientras que sus ojos eran de un matiz similar que viraba en sentido opuesto.

Se dio media vuelta, con los hombros por delante, y me dejó en la cabañita fría. Tenía *El lobo estepario* en el bolsillo del abrigo, pero, antes de sacarlo, vi un viejo libro de texto de primero de latín en la mesa de trabajo llena de cosas. Por toda la cubierta de tapa dura de color bermejo había herramientas que tenían que ver con las abejas y su miel.

Al leer el prólogo a la edición del libro (publicado en 1932), averigüé que había existido una cosa llamada *Informe general sobre la investigación clásica*. Este estudio universitario recomendaba un nuevo método de aprendizaje de la lengua antigua, un método que adoptaba un enfoque histórico y también cultural.

Eché una ojeada al prólogo del autor y luego ahondé en el meollo del libro. Acababa de enterarme de que «Virgilio llamaba a sus conciudadanos *gens togata*, que significaba “gente ataviada con toga”» cuando la puerta sin cerrar se abrió de par en par y entró Hester ataviada de negro. Venía seguida de otro hombre negro delgado que vestía una cazadora deportiva verde y amarilla, vaqueros acartonados e iba sin camiseta.

—Theodore —dijo Hester—, te presento al señor Joe King Oliver.

El que supiera mi segundo nombre me cogió totalmente por sorpresa.

—Hola —saludó el hombre en quien yo siempre pensaría como Burns.

Cerré el libro, me levanté y estreché la mano que me ofrecía. Tenía la cara de un color marrón intenso, pero en todo el lado izquierdo se apreciaban cráteres y piel cicatrizada y encallecida. La mano izquierda también la tenía mutilada y desfigurada. La piel se veía escabrosa y áspera.

Mientras observaba los detalles de su desfiguramiento, él me miraba fijamente. Estaba seguro de que no podía verme la cicatriz, pero de algún modo me pareció que la intuía.

—El señor Oliver quiere hacerte unas preguntas —dijo Hester.

—Sentaos —les pedí al joven y a su carabina.

La mesa de trabajo estaba apoyada en una pared de pino sin pintar y había cinco taburetes sin respaldo delante. Ocupamos sendos taburetes.

Hester me estaba mirando, preparada para poner fin a la entrevista en cualquier momento.

Burns era la viva imagen de lo que yo entendía por un yonqui. Me tenía miedo, pero al mismo tiempo se preguntaba si podría sacar beneficios de nuestra interacción. Siempre estaba buscando el siguiente chute. Igual alcanzaba a oler las bolsitas que yo le había comprado a Kierin.

—Me alegra conocerte, Theodore —dije.

—A mí también. —Asintió.

—Miranda me dio recuerdos para ti.

—¿Conoce a Mir?

—Me reuní con Lamont en Coney Island y él me dio su dirección. Ella me contó su historia y dijo que me convendría hablar contigo.

—Mir no sabía que estaba aquí —dijo Theodore con recelo. Hester desplazó los hombros como si estuviera a punto de dictar sentencia.

—Me dijo que acostumbrabas a venir por aquí, así que le pedí a un amigo policía que buscara tu apodo junto con Theodore. Sabían que venías aquí a veces.

—Constantemente —dijo Hester—. Está intentando aclararse las ideas.

—¿Por qué te has puesto en contacto con Lamont, Mir y conmigo? —preguntó Burns.

—Porque me han contratado para demostrar que A Free Man fue víctima de una cacería y una conspiración por parte de miembros de la Policía de Nueva York; en concreto, los agentes Valence y Pratt.

Tanto Burns como Hester tenían el mismo gesto ceñudo.

—¿Manny? —inquirió Burns.

Asentí.

—¿Qué tiene que ver con eso Theodore? —quiso saber Hester.

—No tengo ni idea —dije con sinceridad—. Hablé con Miranda y ella apuntó en esta dirección.

—Como un arma —le comentó Hester a Burns.

Pero él no estaba escuchando.

—¿Quieres ayudar a Manny? —me preguntó. Me pareció que veía algo importante y perdurable ya solo en la intención, como una zarza ardiente o una resurrección.

—Para eso me han contratado.

—¿Quién te ha contratado? —preguntó Hester.

La pregunta resonó en los ojos del hombre quemado.

—Nadie, oficialmente —respondí—. No trabajo para la policía ni el Estado, y la persona que me paga tiene mucho interés en que el señor A Free Man salga en libertad. Pero no puedo daros un nombre. Eso infringiría el derecho a la confidencialidad del cliente.

—¿Cómo sabemos que no nos estás mitiendo? —preguntó Hester.

—No tenéis manera de saberlo —reconocí—. Pero he pagado al refugio el dinero por esta reunión y vosotros no sabéis nada sobre el caso.

Mi respuesta tenía motivos ulteriores. Si Burns sabía que yo tenía dinero para pagar información, era más probable que quisiera hacer tratos conmigo.

—Esta reunión se ha acabado —intervino Hester. Pero ya era tarde.

—No —repuso Burns—. No..., le creo. Sé por qué lo envió aquí Miranda.

A Hester se le volvieron a hundir los hombros. Conocía a Theodore. Sabía que él sabía que yo tenía lo que necesitaba.

Recordé una cosa que decía mi abuela. «No puedes impedir que un lobo sea lobo. Es como decir que es medianoche cuando en realidad es mediodía».

—Creo que más vale que hablemos a solas —le sugerí a Burns.

—No —se plantó Hester.

—Sí, mejor hablamos a solas, tía H. —dijo Burns con un deje de autoridad en la voz—. Es mejor que no sepas nada que tenga que ver con Manny y esos... y esos polis.

—No puedes hacer esto —me dijo Hester.

Me levanté del taburete. Burns hizo lo mismo.

—Te devolveré el dinero —se ofreció Hester, cayendo en la cuenta demasiado tarde de que su codicia por el refugio era, a su modo, una traición.

—Volveré a traerlo esta noche —aseguré.

—Conseguirás que lo maten.

—No le sirve a nadie como testigo, señorita Fray, y yo no le hablaré a nadie de nuestra conversación si usted no lo hace.

—Es vulnerable —dijo ella en un suspiro.

Vulnerable. Con esa única palabra, Hester fue capaz de explicar el dolor de la prostitución de Burns y su necesidad de autodestrucción; su adicción unida a la incapacidad de escapar de ninguna de las vertientes del sufrimiento con que lo había abrumado una vida que él no había elegido.

Había cientos de miles, quizá millones de jóvenes como Burns dando tumbos por las calles de

la Norteamérica rural, las zonas residenciales y las grandes ciudades. Todos y cada uno de ellos padecían una misma desgracia, pero solo se les podía salvar de uno en uno.

—No, nada de eso, tía Hester —mantuvo el hombre cubierto de cicatrices—. Ni un capitán de los Boinas Verdes sería capaz de sobrevivir un día en la vida que me ha tocado a mí. Soy fuerte. Puedo encajarlo.

Hester Fray se vio derrotada por su afirmación. Vi en sus ojos que adoraba su trabajo y a su gente. Esa pasión me hizo sentir deseos de saber algo más sobre ella, pero no había tiempo para esa clase de recreo.

—Tengo que meterme antes de que podamos hacer nada más —me dijo Burns en la calle.

—Tengo lo que necesitas —anuncié.

—¿Qué?

—Kierin me vendió dos dosis —respondí—. Me dijo que era lo que solías comprar, así que aquí tengo una para que contengas el dolor pero al mismo tiempo seas capaz de seguir hablando. Te la voy a dar ahora mismo. Después de que hablemos, te doy la otra y doscientos dólares.

—¿Kierin de Harlem? —preguntó Burns.

Planteó la pregunta a sabiendas de que la respuesta era inevitable, dándome a entender que era un yonqui astuto con el que más me valía tener cuidado.

—Los dos sabemos que trabaja para un tal Gypsy del West Village.

—A ver qué te ha dado.

—¿Podemos ir a algún sitio?

A la sonrisa de Burns le faltaba un par de dientes pardos, pero aún había en ella alegría y auténtica satisfacción.

Fuimos un par de manzanas hacia el este, cruzamos un parque de hormigón y entramos a una calle que no había visto nunca. Digo «calle», pero era más bien una calleja.

Hacia mitad de esa manzana había un espacio de poco más de un metro entre dos edificios anodinos bloqueado por un contenedor con candado. Burns y yo apartamos el contenedor y nos adentramos unos cinco metros hasta llegar a una puerta que parecía cerrada pero no lo estaba.

Al otro lado de esa puerta había una cámara que no podía medir más de medio metro cuadrado. Lo vi porque había una bombillita colgando de una toma de corriente en el techo que Burns encendió haciéndola girar. No era un interior, pero también es verdad que estaba separado del exterior por unas paredes y un techo. El suelo era de asfalto. El único mobiliario era un taburete de madera de tres patas.

No había basura ni desechos en el suelo. De hecho, había una escoba vieja en un rincón que se había usado largo y tendido.

—¿Qué es esto? —le pregunté a mi confidente al tiempo que sacaba la cartera del bolsillo y la

heroína de allí.

Burns cogió el pequeño pliegue de celofán y lo estudió con atención.

—Es de Kierin, desde luego —murmuró—. Ha cortado esta mierda él mismo.

Me pareció raro que estuviéramos compartiendo información.

—¿Qué es este sitio? —pregunté otra vez.

—¿Has oído hablar alguna vez de Juaquin de Palma?

—Sí. —De Palma era un adicto de la alta sociedad que celebraba fiestas salvajes para gente de toda clase con gustos parecidos a los suyos. Era escurridizo y peligroso, y captaba para su causa a artistas, músicos y jóvenes primerizas. Al final fue asesinado por un hombre llamado Tibor cuya hija había muerto de sobredosis en una de las juergas de De Palma.

—Antes andaba con él. Venía aquí cuando quería colocarse y estar a solas. Y luego, cuando murió, me apropié del lugar.

Mientras hablaba, Burns se preparó el pico. Se sentó en el taburete, llenó la cucharilla, preparó el jaco con agua de un botellín que llevaba en el bolsillo y usó una sencilla aguja hipodérmica unida a un bulbo de plástico rojo.

El aislamiento, la tenue luz y la naturaleza ascética del cuarto otorgó un aire de santidad a sus actos.

Ojalá no muriera.

Durante un largo minuto después de la inyección, Burns se quedó mirando el suelo. Luego levantó la vista hacia mí.

—Me vendría bien otro.

—Y te lo meterás —prometí—, pero antes tú y yo tenemos que hablar.

—Me gusta tomar café después del chute —dijo, y me recordó a un hombre mucho mayor.

29

Había unas ocho manzanas entre aquella singular barraca y el Cafecino Caprice de Lafayette. La cafetería estaba abierta veintitrés horas al día, o por lo menos eso decía el cartel. Era lo bastante tarde para que el establecimiento no estuviera abarrotado por completo. Nos acomodamos en torno a una mesa redonda en un rincón con nuestros dos cafés solos en tazas de plástico, que costaban 2, 95 dólares cada uno, más impuestos.

Burns respiraba relajadamente, mientras tomaba solo un sorbo de café de vez en cuando.

—La mandanga de Kierin te da un buen colocón y sigue surtiendo efecto mucho rato —dijo Burns—. Si me hubiera metido dos dosis, estaría apañado hasta mañana a la hora de comer.

—La señorita Goya dice que puedes ayudarme a exonerar al señor Man.

—Pensaba que querías sacarlo del corredor de la muerte.

—Ejecutar no —le expliqué—. Exonerar. Demostrar que es inocente.

—Ah. —Burns dejó escapar una risilla—. Sé un montón de palabras, pero a veces las confundo porque no he estudiado nunca. No como es debido. Fui a la escuela de primaria durante ocho años, pero luego, cuando cumplí los catorce sin poder graduarme, me pusieron de patitas en la calle. Mi madre ya había muerto.Yo solo iba porque ella quería, pero luego murió y me despacharon... Mi madre fue enfermera durante un tiempo y le encantaban las rosas...

Me pregunté si se estaba quedando conmigo.

—Necesito que te concentres en lo que le ocurrió a Man —dije.

—Sí —continuó—.Yo podría conseguir que lo *exoreren*. Bueno..., sé lo que ocurrió y lo que tenían planeado.

—¿Quién?

—Valence y Pratt.

—Los conocías bastante bien, ¿no?

—¿Bastante bien? Tenía que chuparle la polla raquítica a Pratt por lo menos una vez a la semana. Y él me decía siempre que, como se enterase Valence, me mataría. Me apuntaba con el arma a la cabeza mientras se la chupaba. Siempre me daba miedo que se corriera y apretara el gatillo a la vez.

—Me pareció que Miranda decía que A Free Man te apartó de ellos.

—Lo hizo. Lo hizo. Tres veces. Pero ya sabe que yo llevaba el jaco en las venas, y todo lo que me ofrecían los hermanos tenía que ser legal. Lo intenté. Lo intenté de verdad. Pero el caso es que el mundo solo tiene sentido en mi cabeza si estoy colocado. Valence y Pratt lo sabían. Sabían cómo tenerme a raya.

—No creo que los tribunales aceptaran algo así como prueba —señalé.

—No, no lo aceptarían. Nadie se toma en serio a un yonqui. Aunque les dijera que fui yo el que le tendí una trampa a Manny para que lo asesinaran, no me creerían.

—¿Tendiste una trampa a A Free Man para que se lo cargaran Valence y Pratt?

Cuando Burns me miró, había una sonrisa en sus labios y le caían lágrimas de los ojos.

—Esos polis vinieron y me dijeron que Manny les estaba jodiendo el negocio a base de bien y que tenían que hablar con él. Hablaban en clave. Sabían que yo no quería hacerle daño a nadie, así que dijeron «hablar» cuando querían decir «matar».

Estaba sentado justo frente a Burns, pero él miraba a la derecha, hacia la pared desnuda.

—¿Hiciste algo así para ellos más de una vez? —indagué.

—Dijeron que querían hablar con Manny —continuó Burns, haciendo caso omiso de la pregunta—. Dijeron que me darían cien dólares y me dejarían en paz si le decía a Manny que tenía información que podía incriminarlos y que se reuniera conmigo en el muelle de Seagate, en la orilla del West Village.

»Insistí en que me adelantaran los cien pavos y luego llamé a Manny y le dije exactamente lo que querían que dijese.

—¿Tú también fuiste?

—No. Estaba en el refugio de tía Hester, durmiendo en el mismo cobertizo donde te he conocido.

—¿Así que fuiste tú quien envió al señor Man a la emboscada en el West Village?

—Sí. Allá cerca de la cripta.

—No hay ninguna cripta por allá —dije, y caí en la cuenta de que empezaba a hablar como un yonqui.

—No hay ninguna placa falsa para atrapar a turistas en plan «aquí está enterrado George Washington» ni nada por el estilo, pero desde luego hay un cementerio a un par de manzanas de donde Yollo y Anton me hicieron llevar a Manny.

—Y tú le dijiste que se reuniera contigo aunque sabías que planeaban matarlo.

Burns giró la cabeza para mirarme. Aunque sus ojos seguían llorando, la sonrisa había menguado hasta convertirse en una mueca irónica.

—Sí.

—¿Y dices que lo hiciste más de una vez?

—Me encargaron que llevara a gente hasta ellos en varias ocasiones, y una vez tuve que ayudarles a trasladar a Maurice Chapman allá abajo.

—Enséñame dónde. Era un largo trecho para un yonqui, pero lo recorrió a su manera. A veces trastabillaba, y de cuando en cuando se detenía por completo. No dijo gran cosa. Me dio la sensación de que esa misión era demasiado complicada para cumplirla con un solo chute de caballo.

Había una iglesia abandonada una manzana al norte de Christopher en la autopista del West Side, lo que me hizo pensar en Mel y en la maldad donde solo debería existir la bondad.

Detrás de un seto de acebo en el muro norte del difunto lugar de culto había una puerta de metal.

—¿Ves ese ladrillo con la mancha negra encima de la puerta? —preguntó Burns.

—Sí.

—Levanta la mano y sácalo.

La puerta de hierro era alta y ancha. Apenas lo alcanzaba, pero al final me las ingenié para aflojar la piedra suelta. En la cara interior del ladrillo había sujeta con cinta adhesiva una sofisticada llave que encajaba en la cerradura de la puerta de metal, oxidada pero todavía firme.

Abrí la puerta y estaba a punto de entrar cuando Burns dijo:

—Un momento, expoli.

Introdujo la mano por la puerta y pulsó un interruptor para encender un foco que iluminaba un patio de ladrillo visto. La pequeña plaza interior estaba infestada de ratas de todos los colores y tamaños. Había cientos de roedores alterados por el súbito destello de luz intensa.

Entre tanto, Burns recogió un puñado de piedras del tamaño de pelotas de ping-pong que lanzó contra la alfombra de piel arremolinada.

Las ratas se dispersaron.Varias docenas huyeron por la puerta, pasándome por encima de los pies y entre los tobillos. Daban brincos y lanzaban sonoros chillidos, rezongando por la invasión de su guarida.

—Venga, deprisa —dijo Burns, que entró a paso rápido por la puerta—. La gente que está tirada en la calle es capaz de oler cuándo se abre una puerta en algún sitio.

Accedimos al patio iluminado. Burns cerró la puerta de hierro y pasó el pestillo para asegurarla. Reparé en que las bisagras estaban bien lubricadas para tratarse de una entrada tan antigua.

—¿Todavía tienes esa llave? —preguntó.

—Sí.

—Es la puerta verde de ahí.

A unos cinco metros había otra puerta de metal; esta era de cobre y se había vuelto del tono verdín de la superficie de una charca estancada.

—Pues ábrela, deprisa —dijo Burns—. Más vale que no vea la luz ningún poli.

Sirviéndome de la misma llave, la introduje en la cerradura, abrí la puerta y Burns apagó de inmediato el foco antirratas. Me rodeó, encendió otra luz en el vestíbulo al que habíamos entrado y cerró la puerta a nuestra espalda.

Solo entonces reparé en el aroma agridulce de la muerte. Era tenue, teniendo en cuenta lo que podía llegar a oler un cadáver humano.

Descendimos por una larga escalera de piedra y llegamos a una estancia donde estaban

apilados los cadáveres de al menos una docena de almas. Era como mi celda de aislamiento, o el sótano de Queens donde querían enterrarme aquellos asesinos, o el apartamento clandestino que me había proporcionado Melquarth cuando estaba huido.

La mayoría de los muertos lo estaban desde hacía bastante tiempo. Estaban desecados y las voraces ratas les habían arrancado la mayor parte de la carne.

Pero el cadáver de encima, un cuerpo más bien pequeño, seguía en estado de descomposición. Había dos de aquellos roedores en el interior de la caja torácica, lanzando dentelladas a la carne putrefacta. Sin pensármelo dos veces, saqué el revólver y les disparé.

Los tiros resonaron con estrépito, pero estábamos bajo tierra en un edificio abandonado.

—¿Estás loco? —gritó Burns. Era la única vez que había levantado la voz.

Mirando el cráneo parcialmente al descubierto me fijé en un incisivo de oro que relucía.

—Johanna Mudd —murmuré.

—¿La conocías? —preguntó Burns.

—¿Quiénes eran?

—Chavales que daban problemas —respondió Burns—. Enemigos, muertos por sobredosis a los que era preferible que no encontraran.

—¿Y tú trajiste a algunos de estos aquí?

—¿Vas a pegarme un tiro como a esas ratas? —repuso.

No había miedo en su voz. Era como un preso soviético de los viejos tiempos, condenado a muerte sin saber cuándo llegaría el balazo en la nuca.

—Vámonos de aquí —dije.

Fuimos escaleras arriba y salimos al patio de las ratas. Cruzamos la puerta de hierro y la cerramos. La llave me la guardé.

Nos quedamos en la entrada unos instantes. Quizás absortos en el ejercicio mudo de las plegarias inconscientes por los muertos. A ambos lados, a cobijo del acebo, docenas de ojillos rojos de rata nos observaban, instándonos a que nos marchásemos de una vez.

—¿Qué vas a hacer con esa llave? —preguntó Burns.

—Tirarla —dije—. Si no pueden entrar, quizás alguien traiga un cadáver y lo pillen.

En la esquina de Christopher y Hudson le di a Burns la bolsita de celofán restante y dos billetes de cien dólares.

—¡Gracias! —dijo, igual que un crío contento—. Pensaba que lo de la segunda dosis era mentira.

—Procuro no mentir a la gente que me ayuda.

Burns asintió, dándose unas palmaditas en el bolsillo donde había metido la droga.

—¿Trabajaban Valence y Pratt con alguien más? —pregunté.

—Por lo general, no. Bueno, encargaban a chulos y chavales que hicieran cosas bastante chungas, pero siempre estaban ellos al mando, si te refieres a eso.

—¿No había ningún otro poli?

—No. Nunca.

—¿Nadie?

Lo único que quería Burns era largarse a alguna parte donde pudiera meterse su dosis de evasión. Pero no quería ponerse borde con su benefactor, conque siguió allí, concentrándose.

—Una vez me dieron un sobre y me dijeron que me reuniera con un tipo allá donde las Naciones Unidas.

—¿Qué clase de tipo?

—Un sarasa bajito y remilgado.

—¿Blanco? ¿Negro?

—Un tipo blanco con un... un traje rosa que olía a rosas. Lo recuerdo porque generalmente no identifico los perfumes, pero ese olía a rosas, seguro.

—¿Qué había en el sobre?

—No lo abrí porque me lo dio Anton y solo iba a pagarme cuando volviera.

—¿Eso es todo?

—¿Por qué te interesa? Anton y Yollo están muertos y todo lo que se traían entre manos se acabó.

—Ese cadáver en la tumba era reciente —señalé—. No podía llevar ahí más que unos pocos días. Alguien que estaba al tanto de los negocios de los polis muertos aprovechó para enterrar a esa mujer.

—Quizá me acuerde de algo más luego —especuló Burns—. Ya sabes, después de chutarme y dormir, a veces recuerdo en sueños cosas que me quedaban muy lejos.

—Sí —dije—.Vale. Si recuerdas algo, Hester tiene mi número.

—¿Igual podemos hacer algún trato?

—Es posible..., si recuerdas algo que me sea útil.

Nos quedamos allí un par de compases en silencio.

—¿Vas a sacar a Manny de esa cárcel? —preguntó Burns.

—De una manera u otra. —No sabía muy bien a qué me refería; todavía no.

El yonqui lo tomó como indicación para marcharse.

Me quedé en la esquina. Eran casi las tres de la madrugada. El impacto de la tumba donde estaban los cadáveres masacrados se manifestó en forma de un escalofrío que me recorrió el pecho y los antebrazos.

30

Sé que dormí porque estuve toda la noche oyendo a un preso anónimo amenazarme con violar y asesinar a mi mujer y mi hija. Sentí la frialdad húmeda y las patitas velludas de los insectos que se arrastraban por mi piel. Los hombres gritaban de dolor y locura, y se oía el sonido constante de pisadas: presos que caminaban de aquí para allá en celdas donde solo se podían dar dos pasos y medio.

Nada de eso podía ser real porque, aunque me encontraba en una celda bajo tierra, no estaba ni remotamente cerca de aquellos sonidos propios del sufrimiento. No había ratas en busca de amor o sangre, ni pasos que no iban a ninguna parte.

Más me hubiera valido quedarme despierto, planeando el siguiente movimiento.

Desperté agotado, sin apetito ni esperanza apenas. Pero sabía lo que tenía que hacer a continuación. Sabía adónde ir y cómo llegar allí.

Mi primer destino era Ray Ray Wanamaker and Company en el lado sur de Central Park a las doce menos cuarto del mediodía.

El hermano de Ray Ray, Brill Wanamaker, era un conductor de autobús de Nueva York. Trabajaba duro, y la ciudad, el sindicato y organismos privados que evalúan el transporte público y a quienes se ocupan de él le habían otorgado numerosas distinciones.

Brill era un baluarte de bondad, pero su hermano, Ray Ray, era malo a más no poder. Había estado una temporada en la cárcel por tráfico de drogas. Su segunda condena fue por tentativa de asesinato, y se ganó su último periodo en la trena por robar una ambulancia; nadie, ni siquiera Ray Ray, por lo visto, acertaba a entender para qué había robado el vehículo de emergencia. Cuando estaba en la cárcel por tercera vez, Brill decidió salvarlo. Compró una flotilla de cinco autobuses fuera de servicio y se afanó con diligencia en reconstruirlos mientras Ray Ray se consumía en Attica.

Cuando el criminal de carrera salió en libertad, su hermano le ofreció un negocio ya preparado que trasladaría a familiares y seres queridos directamente a las cárceles donde estaban presos sus parientes y amigos.

El amor es una herramienta poderosa. Creo que Ray Ray se rehabilitó no porque tuviera un negocio con el que sacaba bastante dinero, sino debido a la idea de que su hermano había trabajado tantos años solo por él.

Ray Ray se sacó el carné para conducir autobuses, contrató una plantilla formada en su

mayoría por expresos y se puso a trabajar siete días a la semana llevando a cónyuges, miembros de la familia y demás seres queridos a ver a sus desafortunados parientes por un precio mínimo.

Me desprendí del postizo facial, me puse una sudadera con capucha amarilla y fui a la parada de autobús provisional con la que la Policía de Nueva York había recibido órdenes de no interferir para no provocar el resquemor político de quienes defendían los derechos de los presos.

La mayoría de los clientes que transportaba Ray Ray a casi todas las cárceles eran mujeres y niños, madres y de vez en cuando un hermano o un padre. Pero el Centro Penitenciario de Bedford Hills era la única cárcel para mujeres de máxima seguridad en el sistema penal de Nueva York. Así que había un buen número de maridos y novios repartidos entre madres, abuelas, hijas adultas y niños. Cuando subí a la entrada del autobús a la vieja usanza, llevaba los 17, 50 dólares en la mano y estaba listo para pagar y viajar en relativo anonimato.

—¿Joe? —dijo el conductor.

—Lenny.

—¿Tienes alguna conocida en Bedford?

—Ahora soy detective privado. Tengo que hablar con una persona.

—Tienes suerte de que Ray Ray no haga este trayecto —me advirtió Lenny el Centinela. Era un blanco delgaducho con el pelo rubio sucio y la piel como el pellejo de un cocodrilo albino.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque le tocaste los cojones más que ningún otro poli. Me dijo que no te montarías nunca en este autobús.

—¿Y?

—Yo no diré nada si tú te callas. Son diecisiete con cincuenta.

—¿Va a ver a su esposa? —me preguntó una mujer negra rechoncha de cara preciosa. Ocupaba el asiento de la ventanilla, y yo, el del pasillo.

—La amiga de un amigo. Él no puede dejarse ver por allí, así que llevo un mensaje de su parte.

—¿Visita conyugal?

—No creo que a mi amigo le hiciera mucha gracia.

—No tiene por qué enterarse —explicó la Afrodita de cara morena—. Bueno, si su hombre no puede ir a darle lo que necesita, tendría que alegrarse de que un amigo lo haga por él.

—Si fuera capaz de alegrarse de algo así, no se habría metido en tantos líos como para no poder dejarse ver por allí.

—No tiene por qué enterarse —repitió.

—Leonard Pillar —me presenté, y le tendí la mano.

—Zenobia Price —respondió, a la vez que aceptaba la mano que le ofrecía—.Yo he ido a ver

al marido de mi hermana a Ossinning cinco veces. Ella está presa por el mismo robo aquí.

—¿Qué haría si su hombre viniera a hacerle un apaño a su hermana?

Se lo pensó un momento y luego sonrió. Su sonrisa con huecos entre los dientes me recordó que la carta de Minnesota había vuelto a poner en funcionamiento mi sexualidad.

—Le cortaría la polla, cogería a los hijos de Athena y me mudaría al lago Tahoe, por la parte de Nevada, donde me ganaría la vida como crupier.

Antes de que nos bajáramos del autobús, Zenobia me dio su número de teléfono y yo le di uno que pudiera parecer relacionado conmigo.

El Centro Penitenciario de Bedford Hills era un conjunto de edificios separados del mundo por altas vallas de tela metálica y suficiente alambre de púas para proteger Fort Knox.

Dejé que Zenobia entrara primero porque no quería que oyera mi nombre de verdad. Había mentido acerca de a quién iba a ver y de mi nombre porque quería llegar a alguna parte con Zenobia Price. Quería oler su sudor, pero sabía que tenía que contenerme un poco o en un futuro no muy lejano estaría en alguna cripta desconsagrada, apilado entre desconocidos y devorado por las ratas.

—¿Nombre? —preguntó la vigilante de la entrada.Aunque estaba sentada, vi que era alta; tenía la piel blanca como el marfil añejo. La guardesa no sonreía dentro de los confines de la prisión, pero no parecía arisca.

—Joe Oliver.

—Reclusa a la que viene a ver, incluido su número y el número que le dimos autorizándole a visitarla.

—Lauren Bachnell.

La agente, que no me estaba mirando, levantó la cabeza.

—Aquí no hay ninguna presa con ese nombre.

—No es una presa —dije—. Es la vicealcaidesa.

—¿Y usted quién es?

—Ya se lo he dicho.

La vigilante se mostró confusa. Su libro de normas no tenía explicación para las palabras que le había dicho.

—Hágase a un lado —me dijo—. ¡Mary! Este hombre necesita ayuda —llamó a otra mujer que estaba sentada a una mesa de metal a unos cinco metros de allí.

Mary era ancha de hombros, y cuando se levantó tuve la sensación de estar delante de un hombre. Estaba muy molesta por tener que vérselas con un plebeyo como yo. Supuse que antes

era la vigilante a cargo de las visitas y ahora había ascendido a un rango de supervisión más elevado.

—¿Sí? —me dijo. En lugar de decir que era negra, la habría descrito como crema de mantequilla acaramelada. Sus dos puños juntos tendrían el tamaño de mi cabeza, y no me cabía duda de que no le faltaba mucho para usar esas manazas contra mi mentón.

—Me llamo Joe Oliver y he venido a ver a Lauren Bachnell.

—La vicealcaidesa Bachnell tiene secretaria y teléfono.

—Y sin embargo aquí estoy, hablando con usted.

—No puedo ayudarle.

—Eso le diré a Lauren cuando la llame desde la cabina de ahí fuera.

No le caía bien a Mary. No le caigo bien a la mayoría de la gente. Los atosigo y les obligo a hacer cosas que ofenden a su sentido de la independencia. Desde que pasé aquella temporada en la cárcel, disfrutaba especialmente tocándoles las narices a los funcionarios de prisiones.

—¿Cómo ha dicho que se llama? —preguntó la mujer bautizada en honor a la madre de Nuestro Salvador.

Se lo dije.

—Espere ahí —me ordenó, indicándome con la mano un banco de pino en el que no cabían más de dos personas.

Allí sentado me puse a pensar en mi vida hasta ese momento. Durante años había progresado de manera constante, pero siempre por el camino equivocado. En tanto que poli al estilo lobo solitario y detective privado lleno de resentimiento, era capaz de ir a buen ritmo, pero llevaba orejeras.

Se me pasó por la cabeza que mi vida entera había estado organizada en torno al principio rector de estar completamente a cargo de aquello que hiciera. Gladstone lo entendía; por eso me ayudó a hacerme detective privado.

El problema era que ningún hombre es una isla; ningún hombre puede controlar su destino. Tampoco ninguna mujer, mosquito o secuoya.

Allí estaba, en una cárcel de mujeres, buscando respuestas que no quería, impulsado por fuerzas que no podía controlar. Por algún motivo, la revelación me hizo sonreír. Era como si me hubiera quitado de encima un gran peso. La pregunta ya no era si fracasaría, sino cuándo.

—¿Señor Oliver?

Levanté la vista para ver a Mary y una mujer más menuda con la piel de color bronce rojizo. Mientras que el uniforme de Mary era azul oscuro e imponente, el de la guardia más pequeña consistía en una blusa color canela y pantalones negros. Llevaba un cinturón provisto de una porra, con espray pimienta colgando de un lado y un transmisor receptor sujeto al otro.

—¿Sí, Mary? —dije.

Ella frunció el ceño, me fulminó con la mirada y anunció:

—La vicealcaidesa puede recibirlo. Riatta le indicará el camino.

La guardia bajita me llevó hasta una verja de hierro, abrió la puerta introduciendo una combinación en un teclado y luego me condujo por un largo pasillo de ladrillo sin puertas. Llegamos a otra puerta, que también era necesario descifrar, y después salimos a un patio cubierto de hierba en el que tres presas estaban haciendo labores de jardinería.

Las presidiarias llevaban uniformes grises que, en buena medida, ocultaban sus figuras. Me miraron con intereses que iban del «ven aquí» al «ni te acerques».

La guardia llamada Riatta no habló conmigo ni con nadie más durante el trayecto. Nos cruzamos quizá con dieciocho presas, tres vigilantes y dos hombres. Al final llegamos a una puerta con vigilante y teclado electrónico. Riatta superó ambas pruebas y luego me llevó hasta la puerta gris verdosa de un ascensor.

Cuando llegamos allí la puerta se abrió, revelando un interior en el que no había espacio para más de tres cuerpos.

—Entre. —Esa fue la primera palabra que me dirigió Riatta.

Sentí una súbita punzada de dolor. Ya no estaba en la ciudad de Nueva York, pero qué sabía yo si había una orden de detención contra mí por asesinato, y ahí estaba, en una prisión estatal.

Se cerró la puerta y se oyó el zumbido de un motor. La jaula se desplazaba con tal lentitud que no se notaba. Dos minutos después la puerta se abrió y vi ante mí una cara conocida.

—Hola, su majestad —dijo.

Lauren Bachnell había sido una recluta novata en los días más felices de mi carrera policial. Su cabello podía describirse como rojizo o rubio, y tenía un modo de andar airoso, aunque no muy femenino. Era alta para ser mujer, tenía la cara ancha y la piel tan pálida como la de cualquier escandinavo.

El cuerpo, en un traje pantalón azul oscuro semejante a un uniforme, se le veía un poco más ancho que la última vez, pero no me dejé engañar. La había visto tumbar a un tipo de uno ochenta colocado de polvo de ángel de un solo puñetazo.

—Ahora no soy más que un civil —dije.

Dio media vuelta con precisión militar y la seguí.

Entramos en un despacho con grandes ventanas enrejadas en tres de las paredes. La mesa era verde pálido, hecha de alguna clase de plástico. Había un ordenador en una mesa auxiliar y un registro azul sobre el que no se veía ni un lápiz. Laur —así la llamaba cuando trabajábamos juntos— siempre había sido ordenada en exceso, quizás incluso un poco obsesiva.

Se sentó a la mesa y yo ocupé la ingrata silla frente a ella.

Me ofreció una amplia sonrisa.

—¿Qué te trae por aquí, civil? —preguntó.

—Busco a una mujer.

—Siempre igual.

—Es por trabajo —maticé.

Lauren me apreciaba. Nunca le salvé la vida ni le enseñé gran cosa, pero la trataba como a una compañera y no todos los hombres lo hacían en el Cuerpo en nuestros tiempos; ni ahora tampoco.

—¿Cómo se llama?

—Lana Ruiz.

Lauren ladeó la cabeza como hacía cuando éramos compañeros y yo modulaba la voz como si hablara por teléfono con una amante o por lo menos una amante en potencia.

—No —dije a su pregunta tácita—. Tiene información sobre algo que necesito para un trabajo.

—¿Qué?

—Créeme, cielo, más te vale no saberlo.

Lauren dejó pasar unos instantes y luego abrió un cajón del que sacó un auricular de teléfono. Desde donde yo no alcanzaba a ver marcó unos números y luego dijo:

—Que trasladen a Lana Ruiz a mi celda de reunión.

Guardó el teléfono y se me quedó mirando.

Sinceramente, yo no tenía la menor idea de lo que estaba pensando. Aunque me encanta estar en compañía de mujeres, no puedo decir que las entienda demasiado bien.

—Mi marido me dejó por tu culpa —dijo tras un buen rato de silencio.

—¿Cómo?

—Decía que cada vez que salía de hacer un turno contigo me ponía toda sexy y hacía cosas que no había hecho nunca. Decía que no se dio cuenta en aquel momento, pero, después de que a ti y a mí nos asignaran compañeros nuevos, apenas lo tocaba y cuando lo hacía no le ponía sentimiento.

—¿Es verdad? —pregunté.

—Me hiciste comprender algo sobre mí misma, Joe.

—¿Qué, Laur?

—Bueno. —Vaciló—. Es lo siguiente. Soy una mujer decididamente heterosexual. Me gustan los órganos de los hombres y cómo los usan. Pero el mundo en el que los hombres se imaginan que viven no tiene nada que ver con el mundo que yo conozco. Sus partidos de fútbol americano y su violencia física me parecen estupideces. Y, aunque tú eras uno de esos hombres, cuando estábamos juntos en ese coche patrulla alcanzaba a imaginar una vida en un mundo, quizá dentro de cien años, en el que mis ideas y las de algún hombre pudieran ser semejantes.

Nos sostuvimos la mirada y sonó el teléfono. Lauren descolgó el auricular, escuchó y luego lo

guardó.

—Sube al ascensor y te llevará hasta Lana. Cuando hayas acabado, llama a la puerta y las guardias te llevarán a la salida.

—¿Y eso que me estabas contando? —pregunté.

—Eso era antes —explicó.

—Y esto es ahora —rematé.

—Mi nuevo marido me ha dado una hija —dijo con una expresión simpática en sus rasgos anchos—.Y, a pesar de las muchas veces que te imaginaba a ti cuando estaba con George, no se me ocurriría complicarle la vida a Cynthia.

Asentí y me puse en pie.

—No habrá nadie vigilando ni escuchando tu conversación con Lana —me garantizó Lauren.

Con lo lento que se movía, no hubiera sabido decir si el ascensor subía o bajaba. Pero cuando se abrió la puerta me encontré frente a una puerta de metal ribeteada ante la que montaban guardia dos mujeres, ambas equipadas con armas cortas y porras. Una era morena, y la otra, casi negra.

—¿Viene a ver a Ruiz? —preguntó la vigilante de piel más oscura.

—Sí.

La compañera de la que había hecho la pregunta abrió la puerta con una llave. La traspuse y entré en una sala similar a la «celda de reunión» de Lauren. No había más mobiliario que una mesa solitaria y dos sillas.

Una mujer joven de uniforme gris miraba por la ventana con rejas, por encima de las copas de los árboles.

Se volvió, me vio y frunció el ceño.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Me llamo Joe Oliver —dije—. Soy detective privado e investigo la condena de A Free Man.

—¿Crees que podrían cargárselo dos veces?

—Intento demostrar que los detectives Valence y Pratt tenían en el punto de mira a los Hermanos de Sangre de Broadway y al final fueron abatidos cuando intentaban tender una emboscada al señor Man.

Lana medía poco menos de uno setenta, con la piel marrón oscuro y el pelo liso y áspero debido al agua sin tratar y los productos de mala calidad para el cabello. Era bien parecida, al estilo de las mujeres hermosas cuando pasan de los cuarenta años. Pero era una joven de menos de treinta años, envejecida por la cárcel y una vida que le exigía mucho más de lo que le daba.

—Venga, siéntate —la invité.

Ella hizo una mueca desdeñosa y luego se lo pensó, para acabar sentándose en una de las sillas de madera desvencijadas a la mesa triste y endeble.

Al sentarme frente a ella, me fijé en que tenía las uñas mordidas. Vio lo que yo había visto y bajó las manos al regazo.

—Manny —dijo. Quizá fuera un mantra—. ¿Qué te ha traído hasta aquí para verme?

—Encontré tu nombre en unas actas judiciales —dije—. Pero, antes de venir aquí, me reuní con Lamont Charles. Él me envió a ver a Miranda Goya, y ella me indicó cómo localizar a un tipo llamado Theodore.

—¿Quién?

—Burns.

—Ah. —Le recorrió los rasgos una punzada de tristeza—. Ese chaval era un caso triste. ¿Cómo está?

—Lleva tal subidón que igual acaba llegando al cielo.

La frase hizo aflorar una sonrisa a su rostro. Se retrepó en la silla y me calibró con la mirada.

—¿Qué quieres?

—¿Sabes algo que pueda arrojar una luz bien potente sobre lo que se traían entre manos Valence y Pratt?

—No, si quiero volver a ver alguna vez a mi hijita.

—Esto...

—Cecilia —dijo Lana en un tono cantarín que sonó hispano—. Ahora tiene cuatro años y está con mi madre. Yollo Valence le dijo a Billy Makepeace que si me callo la boca saldría de aquí antes de que mi hija vaya al instituto.

—Valence murió.

—Sí, pero ese y Anton tenían contactos que quieren que no salga a la luz toda la mierda que hicieron.

—¿Puedes decirme quiénes?

—No sé ningún nombre; pero, por mucho que lo supiera, no lo diría.

—¿Quién es ese tal Billy Makepeace?

—Un poli al que me estaba tirando.

—¿Era tu amante?

Lana me sonrió.

—Si no era nada de eso, ¿por qué iba a ayudarte con un hombre tan peligroso como Valence?

—No podía correrse con condón y a veces nos colocábamos un poco, así que igual le dejaba acabar.

—Y luego llegó Cecilia.

—Manny no quería que me viera con ningún poli, pero yo necesitaba cosas que Billy quería darme. Me pagaba el alquiler la mitad de las veces y me engañé pensando que estaba enamorado de mí. Después de que tuviera a la niña se hizo el test y no quería que la madre de su hija acabara muerta.

—¿Sabía lo que estaban haciendo Valence y Pratt?

—Lo sabía todo el mundo —dijo asqueada con la humanidad igual que Laur lo había estado con los hombres.

—¿Crees que se plantearía hacer alguna clase de declaración al respecto?

—¿Te lo plantearías tú? —inquirió con desprecio.

Era una pregunta tan buena que me descolocó de mi papel de investigador unos momentos. Para ser poli, un buen poli, hay que estar dispuesto a arriesgar la vida en cualquier momento. La mayoría de los agentes tenían familias y futuros en los que pensar. Se comportaban como si aquellos que infringían la ley se hubieran puesto ellos mismos en peligro. Pero ese no era mi caso. Melquarth lo entendía; mi hija también.

—Aquí no tienen cámaras —observó Lana.

—Eso me ha dicho la vicealcaidesa.

—¿Quieres hacerlo sentado en esa silla?

Mi cara de interrogación la hizo sonreír. Se levantó, se sentó en la mesa y abrió las piernas enfundadas en pantalones.

—Podemos hacerlo así si quieres.

—Soy lo bastante mayor para ser tu padre —respondí a pesar del sudor en la nuca.

—Podrías ser mi papaíto.

—¿Y qué pasa con Billy?

—No está aquí.

—No llevo condón.

—En Bedford Hills tienen una cosa llamada Programa de Atención a la Familia. Si me quedo preñada, me atienden durante nueve meses y luego puedo pasar al menos un año con el bebé. Cecilia necesita un hermanito o una hermanita. Después de eso, saldría en menos de dos años.

»Lo mío con Billy se acabó —dijo Lana para engatusarme—. No puede decir nada si pillo cacho. Joder. ¿Sabes lo que es estar aquí dentro?

Claro que lo sabía. Notaba la respiración alterada, y desde luego estaba excitado. Pero pensar en Aja hizo que mantuviera la bragueta cerrada. Era lo bastante mayor para ser el padre de Lana, y me comportaría como tal. Saqué setecientos dólares del dinero de Augustine Antrobus y se los di a la joven.

—Tengo una hija —dije en respuesta al gesto de confusión en la cara de la Hermana de Sangre—. La quiero más que a esta vida o la siguiente.

—Podemos hacer alguna otra cosa si te apetece.

—¿Por qué no me dices cómo ponerme en contacto con Billy Makepeace?

31

—Señor Makepeace —dije cuando contestó al teléfono.

Estaba sentado en la última fila del autobús en un asiento individual junto al servicio al otro lado del pasillo.

—¿Quién es? —preguntó un hombre—. ¿Cómo ha conseguido este número?

—Lana se preguntaba si ha ido usted a ver a Cecilia.

—¿Quién es? —insistió William Makepeace.

—Un amigo de A Free Man.

Imaginé que, en la barrera de silencio que se creó, Billy se estaba planteando si colgar sin más.

—Dígame quién es.

—Quiero saber si está dispuesto a declarar contra dos muertos, conseguir que pongan en libertad a la madre de su hija y quizás evitar que ejecuten a un inocente.

Otro lapso de silencio.

—Sea quien sea —respondió—, soy un agente de la ley y sus amenazas constituyen un delito.

—No si está al tanto de que los agentes Valence y Pratt tenían un cementerio privado. No si existe la más mínima sospecha de que usted sabía lo que se traían entre manos.

—¿Quién es?

—Como he dicho, un amigo de Manny.

—¿Qué hay de Lana?

—Me pidió que le preguntara a usted por su hija cuando le dije que quería saber por qué no estaba muerta como el resto de sus amigos.

—No sé nada sobre eso que dice —respondió en tono tajante. Luego colgó.

Abrí un poco la ventanilla y tiré el móvil a la autopista.

Hay una licorería a cinco manzanas del búnker subterráneo en la calle Setenta y tres donde me escondía. En la tienda compré un litro de Hennessy, de solera extra, y después volví a la cripta dormida.

En un estante en el estudio encontré un vaso de plástico color turquesa en el que cabían unos diez centilitros. Lo llené de coñac, lo apuré y volví a llenarlo.

Después de cuatro copas, los labios y las yemas de los dedos me hormigueaban. Fui dando tumbos escaleras arriba y salí del escondrijo a la calle.

Caminé, casi sin dar un solo traspié, hasta el Distrito de los Teatros, donde busqué una tienda

de electrónica en la que vendían móviles de usar y tirar. Compré tres.

En una conocida cadena de cafeterías pedí un vaso enorme de café de tueste oscuro que no tenía intención de tomarme. Enredé con uno de los móviles provisionales hasta que cobró vida y empecé a hacer mis llamadas nocturnas.

—¿Diga? —contesto Aja-Denise Oliver en tono trémulo y adormilado.

—Soy yo.

—Papá.

—¿Estás bien?

—Sí. Mañana vamos a ir a Disneylandia y Coleman dice que podemos ir todos a pescar si queremos.

Me alivió que estuviera tan lejos.

—No estás llamando a tus amigos, ¿verdad?

—No.

—¿A nadie?

—Un chico que conocí en la pista de patinaje de Dumbo[6] llamó a mi teléfono de verdad. Le dije que estaba pasando un par de semanas con unos parientes en Washington. Pero nadie sabe que lo conozco.

—Te quiero, hija.

—Está aquí mamá. Quiere hablar contigo.

Se oyeron unos crujidos y luego:

—¿Joe?

—Hola, Monica.

—¿Estás bien?

En un punto muy cercano a mi cerebro de dinosaurio se desencadenó la ira. Hubo un momento en que mi mujer podría haberme protegido de los horrores de Rikers. Podría haber pagado la fianza y quizá yo hubiera eludido lo más recio de mis terrores a altas horas de la noche.

—¿Joe? —preguntó de nuevo.

—Estoy bien.

—¿Puedes decirme qué está pasando? ¿De verdad provocó todo esto mi llamada?

—No del todo. Bueno, podría haberme metido a fontanero —dije. No quería que se enfadara conmigo. No había necesidad de torturarla, por muy intenso que fuera mi dolor.

—¿Por qué llamas? —preguntó.

—Porque la voz de mi pequeña es la penicilina que necesito para mis heridas. —Noté que un

remolino de ebriedad me recorría la mente. El alcohol estaba surtiendo más efecto.

—Estamos bien —aseguró Monica—. Coleman nos protege.

Envié dos mensajes de texto dándole las buenas noches a Aja. Doce minutos después sonó mi móvil provisional.

—Hola, Effy.

—¿Joe?

—Sí, señora.

—¿Qué teléfono es este?

—Estoy metido en un pequeño lío.

—¿Me necesitas?

El tenor de la pregunta me provocó un escalofrío. Era algo más allá del amor que se remontaba a cuando la humanidad era un grupo animal vinculado por una experiencia más honda que cualquier recuerdo.

—He estado pensando en ti —habló por mi boca el coñac que llevaba dentro.

—¿Qué?

—No me debes nada, Ef.

—Solo la vida, cariño.

Me levanté de la mesita y fui hacia la puerta de la calle de aquellos grandes almacenes del café. Tuve la sensación de que la gente me miraba. Creo que fui capaz de caminar aparentando bastante bien que estaba sobrio, pero el efecto del licor era cada vez más fuerte.

—Es posible —dije por el diminuto micrófono—. Pero has evitado que me estrellara envuelto en llamas cada vez que te llamaba. Necesitaba una mujer que me apoyara y allí estabas.

Guardó silencio unos instantes mientras yo hacía todo lo posible por caminar en línea recta calle Ocho arriba. La gente se desplazaba con sobriedad a mi alrededor. Me preocupaba que algún poli me viera y me echase el guante.

—¿Dónde estás? —preguntó Effy.

—En ninguna parte.

—¿Quieres que vaya a hacerte compañía?

—Te quiero, Effy. —Eso fue todo lo que fui capaz de decir.

Ella dejó escapar un gritito ahogado a través de las ondas que me llegó al alma.

Coño, qué borracho estaba.

Tardé cuatro manzanas en explicarle que deseaba una relación nueva; que la quería y quizá podíamos ser amigos. Me dijo que primero la había salvado de la acusación y luego, al abrirle la puerta cuando yo pasaba por un mal momento, ella pudo usarme como salvavidas para sobrellevar sus propios problemas. Los dos juntos habíamos navegado hacia aguas más seguras.

Colgamos cuando llegué a la puerta de mi escondite.

Instalado cómodamente en el apartamento, me serví otro vaso de coñac y me lo bebí delante del fregadero. Luego me puse otro más y fui a sentarme en el catre con un colchón individual que hacía las veces de cama.

El techo de la habitación subterránea era bajo. Notaba cómo ejercía presión sobre mi cabeza. El cuarto me daba vueltas, pero no era un problema muy grave; ese torbellino también podría superarlo. Pero me había sobrevenido la certeza de que iba a morir por la mañana o quizás al día siguiente.Alguien iba a matarme.

Recuerdo haber sentido náuseas. Pensé que iba a vomitar e intenté levantarme de la cama. En cambio, me sumí de costado en una inconsciencia que contenía escenarios enteros en los que era abatido a tiros, asesinado, perdía toda la sangre y acababa encerrado en un ataúd.

La melodía del móvil provisional empezaba con una nota en un registro grave y luego iba subiendo cada vez más durante dieciséis tonos. El último tintineo, también el más largo, era un poco demasiado agudo. Me sé tan bien el esquema musical porque sonó tres veces en torno a las cuatro de la madrugada.

La primera serie de notas me hizo pensar en un riachuelo que discurría por el suelo de mi cueva subterránea. Había peces en el cauce y un puma en alguna parte más arriba, dispuesto a abalanzarse sobre mí si intentaba beber agua.

La segunda llamada fue un muro reluciente de luces en el que resonaban aquellos tintineos.

Cuando estaba sonando la melodía por tercera vez, me incorporé, cogí el móvil del suelo de un zarpazo y grité:

—¿Quién coño es?

—¿Qué tal va eso, King? —me murmuró al oído Melquarth Frost.

—Mel.

—¿Estás bien?

—Eso sería pasarse de optimista, pero no estoy muerto.

—¿Qué tal la habitación?

—Estoy esperando que en cualquier momento un diablo rojo aporree la puerta y me arrebate el alma. ¿Para qué me llamas?

—Tú me has enviado un mensaje con tu número.

—¿No podías esperar a que amaneciera?

—Estaba trabajando en un reloj de madera con mecanismo de muelle del siglo XVII cuando me ha venido a la cabeza.

—¿Te ha caído el reloj en la cabeza? —Hablaba por hablar, para no acabar vomitando.

—Si te pasaste de la raya y los polis van a por ti, tengo un plan.

—¿Un plan para qué?

—Para ti.

Me planteé ponerme en pie, vi que no podía y me recosté contra la fría pared de ladrillo detrás de la cama. La frescura tuvo un leve efecto rejuvenecedor.

—Sigue hablando —dije.

—Man está muerto, lo mires como lo mires. Y el Cuerpo de Policía nunca reconocerá tener en su seno polis tan corruptos como Valence y Pratt. Tampoco reconocerán haberte tendido una trampa. Para ellos no eres más que un bicho, y todos sabemos lo que le pasa a un bicho cuando se mete entre la espada y la pared.

—Eso no parece muy buen plan, Mel.

—Conozco a un tipo en Panamá que podría hacer desaparecer a todo un equipo de béisbol. Lo único que necesito es un avión, y eso solo es cuestión de dinero.

Hablamos más, pero no recuerdo lo que dijimos. Hacía mucho tiempo que no me emborrachaba así. Y espero no volver a pasarme tanto nunca.

32

Medio consumido en la oscuridad de la semiconciencia, el peligro acechante y la muerte segura, noté que me caía a la frente una gota de agua. De haber sido yo la Bruja Malvada del Oeste esa habría sido la señal de mi perdición. Moriría y la guerra de los monos voladores tocaría a su fin.

Notaba las tripas como un dirigible medio desinflado y el dolor de cabeza era un muro de ladrillo: sólido y eterno.

Otra minúscula gota.

Esa era una de las lágrimas sobre mi cuello cuando Aja me abrazó después de que me soltaran de Rikers. Yo también lloré porque era feliz de que me quisieran.

«¿Estás bien, papá?», me preguntó. Tuve la sensación de que se encontraba en el cuarto conmigo y estábamos llorando juntos.

La siguiente gota me trajo a la memoria la tormenta que me cayó encima cuando volvía a casa del colegio en tercero. Había estado nublado todo el día, pero nadie me había dicho que podía llover. Renuncié a proteger los deberes y los libros. La lluvia primaveral me empapó la ropa. Hacía frío y me eché a temblar en el catre donde estaba tumbado.

Recordé cómo seguí caminando trabajosamente bajo el chaparrón hacia la casa de mis abuelos. No tenía otra opción. Cuando llegué, mi abuela metió la ropa en la secadora para que estuviera bien calentita cuando me la volviera a poner.

Debía de haber una gotera encima de la cama; eso fue lo que pensé. No quería levantarme en medio de la noche para arreglarla, así que me volví de costado y me pegué a la pared. Lo único que quería era seguir inconsciente.

La siguiente gota me cayó en el oído izquierdo. Me incorporé de golpe profiriendo una queja sin palabras.

Cuando abrí los ojos vi que las luces estaban encendidas y que la gotera en realidad era un hombre con un cuentagotas torturándome como un demonio menor del infierno de Dante.

—¡Glad! —grité—. ¿Qué coño haces, tío?

Había acercado una silla y usaba uno de los vasos de zumo de plástico azul para abastecerse de gotas de tortura.

—Al principio he pensado que estabas muerto, hermano —aseguró mi amigo poli más antiguo —. Luego he olido el coñac.

—¿Cómo me has encontrado? —Me fijé en que iba vestido de negro de la cabeza a los pies.

—Lo pregunté en mi perfil de Facebook y recibí un mensaje de Lauren Bachnell diciéndome

que acababas de irte de Bedford en el servicio de autobuses de Ray Ray. Solo he tenido que apostarme en la acera de enfrente y esperarte.

La resaca que pensaba que no se me pasaría nunca desapareció en menos de sesenta segundos. Lo que había en esa habitación con Gladstone era un asunto de vida o muerte; sobre todo de muerte. Lo vi todo claro en ese mismo momento. Entendí lo que me había ocurrido y por qué. También sabía cuál era el veredicto.

Miré a mi hermano vestido de negro y pregunté:

—¿Has venido a acabar conmigo?

—Eso me han dicho. Y no es la primera vez.

Me planteé atacarle, pero sabía que no tenía la menor posibilidad. Hubiera podido meterme un balazo en el cráneo en vez de echarme las gotas a la cabeza.

—¿Estabas conchabado con Little Exeter y su banda?

—Yo no. A mí me llamaron y me dijeron que eras hombre muerto.

—¿Por qué te llamaron a ti? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Hoy en día soy una especie de banco de liquidación a las órdenes del alcalde y el jefe de Policía recién nombrados. Quieren adecentar el pasado y empezar el futuro haciendo borrón y cuenta nueva. Pero por entonces había una suerte de club que compartía todo el dinero que iba y venía. Mi sobrino estudiaba Derecho, y le compré a mi mujer una casa en Miami. Les había contado a mis amigos lo que estabas haciendo y decidieron acabar contigo.

—Pero tú les ofreciste una opción mejor —señalé.

—Sabía que las mujeres te perdían, Joe. Sabía que podíamos tenderte una trampa con una jovencita blanca y mona. Funcionó de maravilla. Pero Convert es un pervertido. Se las ingenió para que el caso fuera a parar a Jocelyn Bryor y volvió a Monica en tu contra. Yo lo había preparado para que salieras bajo fianza y convencerte luego de que aceptases lo que había pasado. Pero, después de que te rajaran, me limité a meterte en el hoyo y dejar que las autoridades hicieran lo que hicieron.

—De modo que me destrozaste la vida —dije—. Así, sin más.

—Te salvé la vida, Joe. No se te ocurra pensar que no fue así.

—Pero ahora has venido para matarme.

—Cuando te he visto entrar a este edificio, me he dado cuenta de que habías ocupado el escondite del señor Thurman —dijo—. Hace tiempo que sabemos de la existencia de este lugar. ¿Cómo lo conoces tú, por cierto?

—¿Vas a matarme, Glad?

—¿Tengo que hacerlo?

—Soy un poli, tío.Vi algo que estaba mal y tomé medidas. Los tuyos lo jodieron todo.

—Eres un expoli, Joe. ¿Y quién sabe? Igual si hubieras seguido en el Cuerpo habrías caído muerto durante un tiroteo o algo así. Tal vez te salvé la vida dos veces.

—Lo que hiciste estuvo mal.

—Es posible —reconoció Gladstone Palmer—. Es posible. Pero tienes que entenderlo, Joe, ahora todos los jefazos son nuevos. La gente con la que trabajaba ya no está en el Cuerpo.

—Paul Convert sigue por ahí.

—No seguirá siendo un problema mucho tiempo. Después de cagarla en Queens, está en una situación más apurada que tú incluso.

—¿Sabías lo de Queens?

—A toro pasado. —La sonrisa de Glad era amistosa, aunque triste—. La policía no se puede permitir un escándalo, Joe. La gente que traficaba en los muelles está jubilada, muerta o se ha reformado. Ni siquiera el alcalde movería un dedo para evitar que la palmes.

Gladstone sabía cómo exponer la realidad. Vi que nunca sería exonerado, y mucho menos readmitido.

—Y hay otra cosa —continuó mi amigo.

—¿Qué? —pregunté. Me abrumó una intensa sensación de cansancio.

—Ese asunto de Free Man, Leonard Compton.

—¿Cómo sabes eso?

—Yo voy tras tus pasos, y en un distrito totalmente distinto estás armando revuelo por un asesino de polis. Ya sabes que la mano izquierda habla con la derecha incluso en el lado oscuro del Cuerpo.

—Valence y Pratt mataron a más de una docena de personas, Glad.

—Lo sé.

—Ah, ¿sí?

—Todo el mundo sabía lo de Valence y Pratt. Pero nadie mata a un poli a menos que sea el último recurso. Y ya sabes que esos tipos sacaban mucho dinero. Podían engrasar las ruedas de la maquinaria de aquí hasta Albany.

—Eso está mal, tío.

—Sí, está mal, pero esa no es la cuestión.

—Entonces ¿cuál es?

—¿Quieres que te mate ahora mismo?

No había ninguna sonrisa en los labios de mi viejo amigo. No recordaba haberlo visto nunca sin al menos un asomo de sonrisilla en alguna parte del rostro. Me tomé la pregunta en serio, y de algún lugar en lo más profundo de mi mente afloró a la superficie una respuesta como el cadáver de una criatura de las profundidades abisales muerta mucho tiempo atrás.

—No —dije—. No.

El sueño me dio alcance con esa última negación. No recuerdo qué más pudo haber dicho Gladstone. No lo recuerdo yéndose de mi celda subterránea. Sencillamente perdí el sentido, incapaz de defenderme ni salvarme.

Pero en aquel profundo reposo la respuesta a mi búsqueda seguía iluminada.

No podía reparar mi carrera. No podía lograr que le conmutaran la sentencia a A Free Man. Lo único que tenía en mi posesión era la verdad y la certeza de que debía hacer algo respecto de esa verdad. Si eso suponía infringir la ley, estaba dispuesto a hacerlo. Si eso suponía perderme la graduación de mi hija, pues me la perdería.

33

La resaca volvió cuando recuperé el conocimiento, pero no era tan mala como podría haber sido. Las únicas secuelas eran los temblores en las extremidades.

Me levanté de la cama, usé el retrete y me senté en la silla que mi viejo amigo y casi asesino había ocupado para rociarme con agua.

Todo empezó con una carta del Medio Oeste. Mi vida estaba hecha pedazos, pero a veces había que destrozar las cosas para ver qué iba mal.

Sabía qué hacer y la mitad de cómo hacerlo. No era tanto un plan como una misión suicida dirigida contra el corazón del territorio enemigo. Ahora era un terrorista iluminado que planeaba demostrarle al enemigo todopoderoso que podía hacerle daño, que podía arrebatarle sus lustrosos caprichos y sus falsos juicios.

—¿Mel? —dije cuando contestó al teléfono.

—Mi señor.

Eran las 10: 16 y estaba otra vez en aquel emporio del café. Esta vez me tomé el que había pedido.

—¿Acierto al creer que dedicas el día entero a arreglar relojes; a eso y a pensar cómo jugársela a la ley?

—Todas las horas de todos los días —dijo—. Llueva o truene. Dormido como un tronco o despierto.

Hablamos más de una hora, y durante los primeros treinta minutos mi nuevo mejor amigo se mostró bastante cauteloso. Pero para el final había conseguido llevarlo a mi terreno. Hacia las once y media expresó un entusiasmo que solo podía indicar que estaba a punto de ocurrir algo malo.

Esa mañana hacía fresco, pero aún tenía mi abrigo acolchado de disfraz, así que fui caminando hasta una calle de Times Square que el anterior alcalde había cortado para que los turistas que iban a pie pasearan con toda libertad y se sentaran en bancos dispuestos aquí y allá.

Contestó al primer tono.

—¿Sí? —Su voz sonó cualquier cosa menos confiada.

—Señor Braun —dije—. Soy Tom Boll.

—¿Boll? —gimoteó—. Y ahora ¿qué quiere?

—Me temo que le induje a engaño al principio, señor Braun. No me contrataron para buscar a Johanna Mudd sino para demostrar que A Free Man era inocente. Mis clientes habían oído que usted iba a retirarse y querían que la locomotora siguiera en marcha.

—¿Man?

—Sí. Encontré a Johanna, además. Está muerta encima de un montón de cadáveres asesinados por los polis que mató su cliente.

—Yo no tuve nada que ver con eso.

—Envió a unos hombres a matarme.

—Marmot me dijo que iba a amenazarle, eso es todo.

—¿Y usted le creyó?

—No entiende lo que está haciendo.

—Nada de eso, señor, sí que lo entiendo. Es posible que no le haga gracia que le pasara la mota negra al decirle al jefe de Marmot que usted me contrató para conseguir que lo acusaran a él, pero eso no quiere decir que sea un ignorante. Lo único que hice fue dirigir la atención hacia usted.

—Hacia mí no, idiota, hacia mi hija.

—¿Qué pasa con su hija?

—El motivo por el que me retiré del caso de Man fue que secuestraron a mi hija. La tienen en alguna parte y dijeron que, a menos que siguiera sus instrucciones, le harían daño y luego la matarían.

—¿Eso lo dijo Marmot?

—Sí.

—¿Y Antrobus?

—Ese nombre no me suena. Pero, ahora que les ha dicho que está investigando a Marmot para facilitarme información, dicen que van a matar a mi pequeña.

El azote de los policías a la hora de cumplir con su deber son los daños colaterales. Uno se esfuerza al máximo, pero los acontecimientos que pasan inadvertidos, las balas que rebotan y las detenciones en falso son gajes del oficio.

—Lamento oírlo, señor Braun. Bueno, lo único que sabía era que usted iba a lanzar por la borda el caso de Man, y luego me concertó una cita con dos asesinos. Si hubiera estado al tanto de lo de su hija, habría tomado otras medidas.

Guardó silencio al otro lado de la línea.

—Tengo unas preguntas —dije en tono templado.

—¿Por qué habría de contestarlas?

—Porque probablemente soy la única esperanza que tiene de recuperar a su hija.

Tomó aire tres veces y lo expulsó otras tantas, y luego dijo:

—¿Qué quiere saber?

—¿Qué edad tiene su hija?

—Siete —dijo, y luego lloró un poco.

—Se la traeré de vuelta si organiza una audiencia para Man en Manhattan. Tendrá que ser a lo largo de la semana que viene.

—¿Cómo va a rescatar a mi hija?

—¿Cómo lo encontré a usted?

—Haré lo que dice si accede a lograr que mi hija quede libre antes.

—No, señor Braun. El trato es este: usted concierta un encuentro entre un grupo de personas de mi elección y Man. Después de eso le llevaré a su hija.

—¿Con quién trabaja?

—Con talentos ocultos, señor Braun, talentos ocultos.

—Puedo fijar una fecha en los tribunales —admitió—, pero gente que sabe de lo que habla me ha dicho que será imposible cambiar el veredicto a menos que demuestre que él no apretó el gatillo. Y por mucho que investigue, señor Boll, no conseguirá demostrarlo. Lamento mucho lo de la señora Mudd, pero a ella tampoco la puede salvar ya.

—Agradezco su sinceridad, señor Braun. Si estoy a punto de asociarme con alguien, espero que se comporte con honor. Pero no se preocupe. Lo único que necesitamos es que A Free Man vaya a un calabozo del centro. No tendrá que demostrar lo imposible ni resucitar a los muertos.

—Intentaré fijar la audiencia para el lunes. Conozco a un juez que me debe un par de favores.

—Seguimos en contacto.

—Lo único que me importa es Chrissie, señor Boll.

—Lo entiendo. Yo también tengo una hija. No puedo ni imaginar cómo debe de sentirse. Pero manténgase fiel a mí y para el miércoles por la noche estarán los dos comiendo copas de helado.

En el banco al aire libre empezaba a hacer fresco, conque fui hacia Grand Central solo para entrar en calor. Subí al asador y pedí un buen solomillo, al punto, con patatas fritas de las gruesas y judías verdes.

—¿Sí? —respondió una voz desenfadada a mi tercera y última llamada de teléfono.

—¿Eras tú anoche o solo fue un sueño? —pregunté.

—¿Era atractivo e ingenioso?

—Supongo.

—Entonces era yo. ¿En qué puedo ayudarte, Joe?

—¿Qué sabes acerca de Augustine Antrobus y William James Marmot?

—Esto tiene que ver con Free Man, ¿verdad? —dedujo Gladstone Palmer—. Joe, no puedes

lograr que exoneren a un hombre que mató a dos polis. Eso no lo conseguiría ni el mismísimo Sherlock Holmes.

—Lo sé —dije—. Y lo acepto. Pero ya sabes que le toqué las narices a unas cuantas personas antes de que me hicieras ver la luz, y ahora tengo que arreglar el desaguisado.

—¿Renunciarás a lograr que Man sea exonerado?

—Si Convert deja de tocarme los cojones.

—Te enviaré por correo electrónico los expedientes que tenemos. Pero Joe...

—¿Qué?

—No puedo salvarte el cuello cada vez que te pases de la raya.

Los expedientes llegaron antes que el solomillo. No podía leerlos en el móvil cutre, pero eso daba igual. Se los remití a Mel con una nota e hinqué el diente a la carne.

Me habían dado mesa junto a la pared exterior del comedor. Desde allí se veía pasar por la rotonda a miles de trabajadores, civiles, polis y algún que otro maleante. Mientras comía la carne roja y maquinaba contra el Estado, llegaba desde allí abajo una algarabía sin sentido de lo más humana.

—Ferris —contestó al tercer tono.

—Hola, señor Ferris. Soy Joe Oliver.

—Hola, muchacho. ¿Qué tal estás?

—Voy por el decimoquinto asalto de un combate de boxeo de los de antes —dije—. He ido perdiendo hasta el último minuto de todos los asaltos hasta ahora, pero creo que por fin veo la manera de sortear las defensas de mi rival y meterle un buen gancho.

—Es difícil sacar fuerzas a esas alturas del combate para hacerle daño de verdad al oponente —opinó el sabio multimillonario.

—Si lo sabré yo.

—¿Qué puedo hacer por ti, hijo?

—¿Se celebra hoy algún concierto al que le gustaría asistir con mi abuela?

—Tengo una invitación para escuchar tres de las sonatas a cuatro manos de Mozart en la cámara del piso superior del Carnegie Hall.

—Si quiere, estaría encantado de acompañarle y llevar a mi abuela.

—Eso sería maravilloso.

—Entonces, hecho —dije.

—¿Y qué puedo hacer yo por ti?

—Un inmenso favor —repuse—. Aunque quizá no le resulte tan entretenido.

Hablamos de un encargo imposible durante cuatro minutos seguidos, al final de los cuales Roger Ferris dijo:

—He sido un ladrón toda mi vida, Joe. Me alegra saber que puedo usar ese talento para hacer algo bueno.

—¿Puedo ir al concierto con ropa informal? —pregunté—. He de hacer un par de cosas antes y es posible que no tenga tiempo de pasar por Brooklyn para cambiarme. —Mientras lo decía, oí tres minúsculos pitidos por el auricular.

—Haz lo que puedas.

Después de colgar, vi que los pitidos eran un mensaje de texto de Mel.

«¡Listo!». —Supongo que eso significa que está haciendo algo por ti, ¿no? —dedujo mi abuela, que en otros tiempos había sido aparcera.

—Sí, señora.

—Ya sabes que si voy a ese concierto tengo que arreglarme el pelo.

—Y ya sé lo mucho que te encanta sentarte en la silla de Lulu.

—Roger la llamó después de hablar contigo, y Lulu va a venir aquí.

—Supongo que tiene ganas de verdad de salir contigo.

Ella rezongó y luego dijo:

—Supongo. ¿Vas a tener cuidado, Joey?

—Mejor que eso, abuela... Voy a hacer lo correcto.

34

Me llevó hora y media llegar a Pleasant Plains, en Staten Island. Llamé cuando salía de la estación de tren. Melquarth salió a recibirme a la verja de su impío domicilio.

—¿Qué tal te va? —preguntó, al mismo tiempo que me estrechaba la mano.

Era una pregunta retórica. Mi anfitrión esperaba que yo asintiera o quizá respondiera con una evasiva; pero, en cambio, me quedé inmóvil, sopesando sus palabras.

—¿Qué? —preguntó.

—Dime una cosa, Mel.

—¿Qué?

—Ya sé por qué estoy aquí ante tu puerta. Mi mundo se convirtió en una locura hace una docena de años y eres el único lo bastante loco para ayudarme a superarlo.

—Vale.

—Dices que fui el único en tu vida, como aquel pájaro rojo que viste, que te trató como era debido, pero eso me parece, no sé, un poco flojo.

—Quizá lo sea para ti, Joe. —Era la primera vez que alcanzaba recordar que hubiera usado mi nombre de pila—. Bueno, a ti no te criaron como si fueras un demonio en una casa donde todo era beatería. No tuviste un padre violador y una madre que te odiara por ello. Pero fíate de mi palabra... No me disparaste y luego no mentiste; y esos años durante los que jugamos al ajedrez te sentabas ahí sin más como el hermano que nunca tuve, la amistad que podía dar por sentada o el padre que me llevaba de la mano.

»En mi mundo, en mi imaginación, era el tesoro que más deseaba.

—¿Y qué hay de aquel relojero?

Melquarth sonrió con tristeza y luego asintió.

—Algún día te hablaré de él.

Le había tocado la fibra a un hombre que no parecía tenerla.

—De acuerdo —accedí—. Vamos.

—No has contestado mi pregunta.

—¿Que qué tal me va?

Una sonrisa más amistosa con el mismo gesto de cabeza.

—Tengo una piedra fría en vez de cerebro y un nido de avispas en lugar de corazón.

—Entonces estamos listos para empezar.

Al otro lado de la pared de vidrio irrompible había un hombre alto con un terno color canela claro. En el suelo a su lado se veía una silla plegable de metal que había dejado Melquarth en la celda blanca, por lo demás vacía. Supuse que el hombre era William James Marmot y que había usado la silla para poner a prueba si, en efecto, era irrompible el tabique de cristal opaco. Ahora caminaba de aquí para allá con nerviosismo, buscando una salida por alguna parte.

La sangre resultante de la tortura de Porker se había limpiado.

—¿Cómo ha ido? —le pregunté al amigo que yo mismo me había atribuido.

—Recurrí a un socio, nadie de quien tengas que preocuparte. William James llevaba dos guardaespaldas, así que necesitaba que me echaran una mano. Ha venido sin ofrecer resistencia cuando se han derrumbado.

—¿Te ha visto alguien la cara? —pregunté.

—Qué va.

—¿Cómo lo hacemos?

—Dices que Antrobus te conoce —recordó Mel—. Eso significa que, si dejamos vivir a este tipo, no debería verte la cara, ni el color de piel, si a eso vamos.

—¿Por qué no trincaste a Antrobus?

—Me informé sobre él. Es un tipo peligroso, un tipo muy peligroso. No me importaría vérmelas con él, pero he pensado que antes podíamos divertirnos un poco con Jimmy aquí, presente.

Mel llevaba vaqueros, camiseta azul y la máscara blanca de un dios griego. En la mano izquierda tenía una pistola de cañón largo del calibre 22.

El prisionero estaba en el otro extremo de la celda cuando entró el tipo malo. Marmot era un poquito más alto que Mel. Escoró hacia delante antes de que Mel levantara la pistola. El gesto hizo que el experto en seguridad reculara un paso y medio.

—¿Qué quiere? —le preguntó Marmot a Frost.

—Necesito que me diga dónde está Chrissie Braun.

—No sé de qué me habla.

—Ojo por ojo —explicó Mel.

Marmot entreabrió los labios.

—Le digo que no sé...

Mel bajó la pistola y le disparó al hombre erguido en el pie izquierdo. Marmot lanzó un grito, cayó y al mismo tiempo se abalanzó contra Mel. Por un instante temí por mi compañero, pero este esquivó el ataque, dándole de paso un golpe en la cabeza con la pistola a Marmot.

En el suelo, el hombre se convirtió en un crío que lloraba mientras se cogía el pie ensangrentado dentro del zapato.

Mel metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un rollo de venda de tela y dos gruesos pedazos de algodón, que le lanzó a su víctima.

—Quítate el zapato y el calcetín y véndate antes de que me pongas el suelo perdido de sangre.

Marmot hizo lo que se le decía, sin dejar de lloriquear.

Cuando hubo acabado, Mel dijo:

—Tengo otra venda en el otro bolsillo. Espero que no tengas que usarla también, porque el próximo balazo te lo voy a meter en la mano izquierda, y ya sabes lo jodido que es vendarse con una sola mano.

—¿Qué hostias quiere?

—¿Dónde está enterrado el cadáver de Johanna Mudd, y dónde tienen retenida con vida a Chrissie Braun?

—Si... si... si no me suelta, los míos la matarán.

Mel levantó el cañón del arma de modo que apuntara al rostro de Marmot. El hombre se encogió de miedo.

—Si eso es verdad, puede darse por muerto.

—Mudd está enterrada en una iglesia en el West Village. Está... está abandonada y los polis con los que trabajaba la usaban para enterrar a la gente que se cargaban.

Eso demostraba la connivencia de Marmot. Supuse que Porker y sus amigos planeaban enterrarme en ese hoyo infestado de ratas.

—¿Y qué hay de la niña?

—¿Cómo sé que no me matará después de que se lo diga?

—Primero —dijo Mel, gesticulando imprudentemente con la pistola—, no puedo matarte de inmediato porque igual estás mintiendo, o quizás han trasladado a la cría mientras tú llorabas como un bebé en mi suelo. Segundo, me han contratado para encontrar a una mujer muerta y una niña con vida. No eres lo bastante importante para que tenga que matarte.

—No le creo —dijo el niñato intrigante que albergaba el corazón de Marmot.

—Pues ya puedes creer esto —repuso Mel, que ahora apuntó la pistola hacia el prisionero—: como no tenga la dirección y la situación de la niña dentro de tres minutos, empezaré a abrirte agujeros hasta que me des lo que quiero o te desangres hasta morir.

Era una dirección en Yonkers. Si lo que decía Marmot era cierto, la niña estaba vigilada por dos mujeres que él conocía. Cuando hubo acabado la confesión, Mel le dio las gracias y salió de la celda.

—¿Vamos a matar a este? —preguntó.

—No, a menos que la niña esté muerta o nos haya mentido sobre su paradero.

—¿Lo ves? Si sigo trabajando el tiempo suficiente contigo, es posible que expíe el nueve o el

diez por ciento de mis pecados. Ahora vuelvo.

Mel salió de la habitación mientras yo me quedaba de guardia. Después de unos cinco minutos, Marmot consiguió ponerse en pie, recogió la silla plegable y fue cojeando hasta la puerta. Allí se quedó a la espera para cazar por sorpresa a Melquarth.

Detestaba a ese hombre por lo que había hecho, pero aun así me identifiqué con él. Apenas unos días antes yo estaba en una situación similar, luchando desesperadamente por sobrevivir.

—Al menos sigue vivo y coleando —dijo Mel a mi espalda. Yo estaba tan concentrado en el mudo monólogo de supervivencia de Marmot que no había oído entrar a mi amigo.

Llevaba una mesita de roble hecha polvo parecida a un pupitre de escolar del siglo XIX; eso y una carpeta de cartulina.

—¿Necesitas ayuda?

—Qué va —dijo Mel, que se encogió de hombros—. Me gusta usar mis palabras cuando puedo.

Sin más, Mel entró y cerró la puerta exterior. Marmot oyó algo, porque levantó la silla de metal a modo de cachiporra.

—Aparta de la puerta y deja esa silla —dijo Mel con la voz ligeramente distorsionada.

Marmot vaciló.

—Tienes sesenta segundos y luego voy a dispararte a través de un agujero en esta puerta.

Me pasé los dedos por la cicatriz de la mejilla.

Marmot tiró la silla y se apartó de la puerta.

Mel entró, dejó la mesa en el suelo de cara al ventanal y dijo:

—Ahora recoge esa puñetera silla y siéntate a la mesa.

Cuando nuestro prisionero hizo lo que se le ordenaba, Mel dejó la carpeta en el tablero de la mesa y la abrió. Dentro había un montoncito de folios blancos con un portaminas de plástico amarillo enganchado al lomo.

—Uno no va a la casa de alguien y empieza a tirar los muebles por ahí —observó Mel—. Ahora, quiero que redactes una confesión del asesinato de Johanna Mudd, el secuestro de Chrissie Braun y la posterior extorsión a su padre. Quiero que nombres ahí a todos aquellos con los que trabajaste y todos los que trabajaron para ti. Y más vale que incluyas a tu jefe y esos polis corruptos.

Marmot empezó a temblar.

—¿A qué esperas? —preguntó Mel.

—Puedo poner lo de los polis y mis hombres, pero no puedo decir para quién trabajaba.

—¿Aunque te mate si no lo haces?

—Estaré muerto de todos modos.

—No si encierran a tu jefe.

—Eso no pasará nunca.

Mel no pudo sacarle a Marmot el nombre de Antrobus. El experto en seguridad del lado oscuro dio los detalles y el paradero de la niña secuestrada. Y nombró a todos los demás. Porker y sus amigos, Valence y Pratt. Marmot facilitaba la droga y las esclavas o esclavos sexuales que distribuían y proporcionaban los polis. Metió un palo en la rueda de la apelación de Man para que nada de eso saliera a la luz. Sus hombres asesinaron a Mudd y se llevaron a la niña. Marmot estaba dispuesto a implicar a todos salvo a su jefe. Sabía que una confesión hecha bajo coacción nunca llegaría ante los tribunales. Pero, si se le ocurría susurrar siquiera el nombre de Antrobus, ya podía ir despidiéndose de su vida.

Después de que escribiera la confesión, Mel esposó a Marmot a la silla. Luego se puso detrás del tipo y le tiró del pelo hasta que enseñó el cuello. Inyectó a Marmot una sustancia, tal como había hecho con el matón que trabajaba para él.

—¿Qué era eso? —preguntó Marmot.

—Un poco de cianuro para ayudarte a dormir.

En el momento en que el miedo se adueñó de los ojos de Marmot, perdió el conocimiento.

—En realidad no lo has matado, ¿verdad, Mel?

—No. Es que me gusta ver cuánto se asusta un hombre cuando cree que está a punto de morir.

35

Me fui de Staten Island en dirección al Carnegie Hall. Mel había prometido dejar al maleante inconsciente en un lugar donde lo encontraran antes los polis.

—Y le dejaré la confesión prendida a la camiseta —añadió—. Encontrarán a la niña y darán también con el cementerio.

—Pero no irá a la cárcel —señalé.

—Si todo lo que oigo sobre Antrobus es verdad, no tienes por qué preocuparte de que el chaval viva hasta primavera.

El concierto fue muy bueno. Mi abuela llevaba un vestido rojo que relucía por efecto del tejido brillante y unas lentejuelas de plástico claro.

—No sabía que tuvieras un vestido así —comenté.

—Roger cree que con sus regalos caros va a poder llevarme a la cama —contestó sin asomo de vergüenza.

Después de que terminara el concierto, fuimos a una reunión privada en una sala oval con una enorme vidriera de colores intensos a guisa de techo. Cuando mi abuela se excusó para ir al servicio, Ferris me llevó aparte y dijo:

—El asunto está en espera para que lo pongas en marcha a partir del lunes por la mañana. ¿Tienes alguien que pueda ocuparse?

—Sí. Tengo un amigo que tiene un amigo.

A pesar de sus quejas, mi abuela se dejó convencer por las atenciones del blanco rico. Aunque no creo que tuviera nada que ver con su dinero. Ya sea un vestido rojo o un lazo rojo, en cierto modo las manifestaciones de afecto son todas iguales.

—Hola, cariño —le dije por teléfono a mi hija a la mañana siguiente.

—Hola, papá. ¿Cómo estás? ¿Estás bien?

—Tengo la impresión de que igual no me he encontrado tan bien en toda mi vida.

—¿De verdad? ¿Se ha acabado el problema?

—Para ti sí. Para mí acaba de empezar.

—¿Estarás bien?

—Como decía, nunca había estado tan bien. Diles a tu madre y a Coleman que he dicho que

no hay peligro para que regresen a casa cuando quieran.

—Pero ¿tú, qué, papá?

—Todo irá bien, cielo. He pensado lo que tengo que hacer para no seguir mirando por esa ventana, lamentándome por el tiempo que pasé en la cárcel.

—¿Les has demostrado que se equivocaban? —preguntó. AjaDenise se negaba a aceptar que yo pudiera ser culpable de nada.

—Eso no ocurrirá nunca. Pero sé cómo dejar todo eso atrás.

—¿Cómo?

—Te lo diré el día que te licencies en la universidad.

—Para eso falta mucho.

—Después de todo lo que hemos pasado, no será más que un abrir y cerrar de ojos.

—¿Puedo ir a trabajar el lunes? —preguntó.

—Dentro de una semana a partir del lunes.

—¿Por qué no hasta entonces?

—Tengo trabajo.

—¿Puedo verte?

—Llamaré en cuanto pueda. ¿Te parece?

—Supongo.

—Te quiero, Aja-Denise.

—Yo también te quiero, papá.

—Adiós.

Estaba tumbado boca arriba sin sábanas en la cama de mi apartamento de la tercera planta en Montague Street. A lo largo de mi vida me habían rajado, acuchillado y disparado. Me había partido huesos y sufrido magulladuras tan profundas que no acabaron de desaparecer del todo. Pero me sentía igual de joven y esperanzado que mi abuela con su vestido rojo.

La siguiente llamada sonó ocho veces antes de que ella contestara.

—¿Diga?

—Willa.

—¿Señor Oliver? ¿Va todo bien?

—A la perfección.

—¿Tiene alguna noticia?

—Necesito que venga a mi despacho a la una de esta tarde.

—¿Tiene algo que ver con lo que le ocurrió al señor Braun?

—Tangencialmente.

—De acuerdo, supongo. ¿Son buenas noticias?

—Más bien un reto que podría desencadenar esas noticias.

—Allí estaré.

Ya había hablado con Mel, así que la siguiente llamada sería la más delicada.

—Diga. —El abogado había vuelto a adoptar su tono de fanfarroneo persistente.

—Señor Braun.

—Señor Boll.

—Es cosa mía.

Me refería a los titulares de la mayoría de los periódicos salvo el *New York Times*. El descubrimiento del cuerpo inconsciente de William James Marmot en la puerta de la Jefatura de Policía de Nueva York era demasiado sórdido para aparecer en la cabecera de «todas las noticias que merece la pena imprimir», como reza el lema de ese periódico, aunque se le reservó el ángulo inferior derecho de la primera plana.

—Me devolvieron a mi hija anoche. Está ilesa, aunque un poco asustada.

—Lo sé. Encontraron a su amigo Marmot con una nota prendida al pecho que los llevó hasta la casa de dos mujeres en Yonkers. ¿Hizo lo que le pedí?

—Antes me gustaría saber qué planes tiene para el señor Man.

—No.

—¿Cómo que no?

—La policía sabe que Marmot intentaba presionarle, pero no tienen pruebas de que usted fuera a abandonar a su cliente. No saben lo de Johanna Mudd.

—No tenía ni idea de lo que planeaban hacer —aseguró—. Cuando me di cuenta de lo que había ocurrido, sentí náuseas.

—Ella sintió que perdía la vida.

Eso puso fin al lloriqueo del abogado.

—Tengo pruebas suficientes para meterlo en un lío de mucho cuidado, pero si va a hacer lo que le digo no es por eso.

—Ah, ¿no?

—No.

—A ver.

—Marmot era un pececillo en las aguas que dominaban Valence y Pratt. Si le insinúo al hombre que lo contrató que usted sabe quién es, cambiarán las tornas y Chrissie echará de menos a su padre.

—No cedo a las amenazas —dijo con una certidumbre que no poseía.

—Asegúrese de que esté en una celda de detención del centro y haga planes para que reciba cinco visitas el lunes por la mañana y por la tarde.

—¿Qué visitas?

Enumeré a las personas que tenía en mente. Una o dos lo sorprendieron. Me preguntó por ellas, pero no le di ninguna respuesta.

—Haga lo que le digo —concluí— y Chrissie crecerá creyendo que fue a visitar a sus primas de Yonkers y que usted es el hombre más maravilloso del mundo.

Bajé por la escalera plegable a mi despacho después de bañarme en la bañera grande de hierro. Había dormido once horas y el mundo se había desplazado levísimamente de su eje. La gente se arremolinaba allá abajo en la avenida, ajena a las maquinaciones delirantes que yo tramaba por encima de sus cabezas.

Ya no me atenazaba el alma el tiempo que pasé en la cárcel, ni las traiciones de Gladstone Palmer, ni siquiera haber perdido la placa.

Cogí *Sin novedad en el frente* y leí sin pausa hasta que sonó el timbre de la puerta de la oficina.

Willa llevaba un vestido azul que me recordó a la *femme fatale* de una de mis novelas preferidas. Tenía el pelo recogido, y, al ver sus labios rojos, caí en la cuenta de que en nuestro primer encuentro no iba maquillada.

—Señor Oliver.

—Está preciosa.

—Gracias.

—Adelante.

Me senté a la mesa de Aja y Willa tomó asiento delante. Tenía un aspecto estupendo y me pregunté por qué. ¿Querría cerciorarse de que yo ayudara a su amante de una sola noche?

—He leído el exhaustivo artículo sobre el señor Braun en el periódico esta mañana —dijo—. No tenía idea de que habían secuestrado a su hija.

—Por eso estaba echándose atrás.

—Me llamó y dijo que quería que me reuniera con Manny el lunes a mediodía.

—Es lo que quiero yo. Él no era más que el portavoz.

Willa captó mi intención y sonrió.

—Voy a pedirle que transgreda ciertos límites —dije.

—¿Y eso qué significa?

—Dentro de poco vendrá aquí un hombre y le dará una nota que queremos que le lleve al señor Man. En la nota hay algo que es vital para este caso.

—¿Vital en qué sentido?

—No puedo contestar por..., ¿cómo lo llaman ustedes los abogados? Ah, sí, negación plausible. Usted limítese a llevarle lo que le dé mi amigo.

—Registran muy a fondo esa clase de cosas.

—Mi amigo lleva toda la vida pasando mercancías de contrabando.

—¿En la cárcel?

Asentí y asomó a sus ojos un indicio de preocupación.

—Le quiero —dijo, relacionando el miedo con esta revelación—. No quiero que salga perjudicado.

Sonreí.

—¿Le parece gracioso? —preguntó; la mujer en que se había convertido resonó en su entonación.

—Hay un hombre a la mayoría de cuyos compañeros asesinaron y que fue a parar al corredor de la muerte por el asesinato de dos polis. Su abogado lo ha traicionado. Los jueces del Tribunal Supremo comentan entre susurros que con toda seguridad será ejecutado. Y aquí está usted, pensando que igual es la que más dolor le causa.

—¿Y qué hay de..., qué hay de su mujer y su hijo?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿No deberían estar al tanto de sus planes?

—No pienso compartir mis planes con usted ni con nadie más, pero, si todo sale como es debido, el señor Man podrá tomar sus propias decisiones.

Vi que estaba a punto de hacer otra pregunta y muchas más después de esa, pero entonces sonó el timbre.

Ni siquiera miré por la mirilla.

Mel estaba ahí plantado con un traje de color maíz y camisa negra debajo.

No hablamos. Lo acompañé hasta la mesa y Willa se puso en pie. El hombre la fascinaba y al mismo tiempo la atemorizaba. La miró igual que hubiera hecho un tigre evolucionado, a través de unos barrotes autoimpuestos.

Mel acercó una silla.

Después de sus habituales titubeos, Willa también tomó asiento.

Esos pocos días abarcaban las experiencias más intensas de mi vida hasta ese momento. Era como si todos y cada uno de mis nervios tuvieran el volumen al máximo y hasta la última percepción poseyera una docena de significados, todos los cuales entendía y aprovechaba.

—Va a ser una reunión breve —dije. Luego, volviéndome hacia Willa—: Mi amigo aquí presente va a darle una cosa y usted la llevará a esa sala para encuentros en privado con abogados. Le dará el paquete y dirá que se lo dio un amigo. No mencione ningún nombre. No indique nada sobre nosotros, ni siquiera el género, la información que podamos tener o nuestra relación con investigación alguna. Él aceptará el artículo y decidirá por sí mismo.

—¿Qué dirá la nota? —preguntó Willa.

—Eso debe quedar entre él y nosotros —respondió Mel con voz sorprendentemente tranquilizadora—. Así todos estaremos a salvo.

—Cuando vas a visitar a un preso al corredor de la muerte te registran hasta la ropa interior.

Mel metió la mano en el bolsillo y la sacó con una cajita que llevaba la marca UN DÍA DE VERANO impresa sobre un campo de hierba mecida por el viento. Era un producto muy vendido de higiene femenina: un paquetito con tres tampones. Le dio la cajita a la joven abogada y ella la aceptó.

—Los precintos están intactos y lleva la etiqueta con el precio debajo —observó él.

—Pero el lunes no voy a tener el periodo.

—Entonces debe de estar al caer —dijo él en un tono inconteniblemente lobuno.

—Usted dele el paquetito —tercié—. La nota está dentro.

—Dígale que lo oculte y lo abra cuando vuelva a estar en la celda —añadió Mel—. Si sigue estas instrucciones al pie de la letra, tendrá un cincuenta por ciento de posibilidades de salvarse.

—¿Qué significa eso? —preguntó, mirando directamente a los ojos inertes de mi amigo.

—Si se lo dijera, tendría que matarla.

A la chica se le dilataron las aletas de la nariz y me pregunté si el poder que palpitaba tras esas palabras la había excitado.

—De acuerdo —me dijo Willa—. ¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Después de que se fuera saqué un oporto muy añejo y lo serví.

—¿Crees que hará lo que le hemos dicho? —preguntó Mel.

—Estoy casi convencido. Quiere a ese hombre y nosotros somos los únicos que podemos ayudarle.

—Los únicos —convino Mel—. Bueno, ¿qué hay de ese sitio?

—Se llama Consultorio Treacher, en Maiden Lane, un par de manzanas al este de Broadway.

—No lo he visto nunca.

—No se anuncia. Atienden sobre todo a pacientes ricos de Wall Street, pero tienen un acuerdo con las fuerzas policiales: atención médica gratuita a cambio de cierta protección. —Hice una pausa y luego pregunté—: ¿Y ese polvillo?

—Es lo que denominan un derivado de la bacteria *Shigella* —explicó Mel—. Actúa sobre el apéndice, pero tiene un tiempo de vida limitado, el suficiente para nuestros objetivos.

—No es que me queje —dije—. Pero ¿cómo logra un atracador autodidacta metido a relojero conseguir algo así?

—Cada vez que me enchironan procuro que la sentencia se imponga en una cárcel donde haya

muchos rusos. Siempre cuentan con las bandas más organizadas y tienen contactos con gente de su país de origen y Europa del Este en general; esos suelen tener vínculos con la inteligencia. Este pequeño veneno procede de los desaparecidos laboratorios del KGB.

—Coño. —Me dejó impresionado—. Te facilitaré los planos de la clínica. Confían en los polis y en que nadie sabe que están ahí, o sea que no tienen una seguridad muy férrea. Como hay tantos policías, es preferible que yo me acerque lo menos posible.

—De eso me ocupo yo.

Terminamos las copas de vino y nos servimos otras dos.

36

Pasé la mañana del domingo preguntándome cómo había conseguido reprimir tanto tiempo mi faceta rebelde. Ese hilo de pensamiento me llevó a caer en la cuenta de que ya no echaba en falta ser policía. Había sido un buen poli, a mi modo de ver, pero esa mierda casi acabó conmigo.

No era un criminal, no exactamente. Pero esas reglas de derecho flexibles no podían doblegarse hasta donde yo estaba dispuesto a llegar; hasta donde necesitaba llegar.

Las noticias de Internet relataban cómo William James Marmot había pasado por el extraño calvario de ser secuestrado, tiroteado, torturado y luego obligado a escribir la confesión que había aparecido sujeta a su pecho. Bajo amenaza de muerte, se había limitado a escribir lo que le dictaba su secuestrador enmascarado. Era una víctima y no un genio criminal. Marmot había ingresado en un hospital, pero, poco después de medianoche, eludió al policía que vigilaba su habitación y desapareció por completo.

A mediodía fui a un gimnasio de boxeo de los viejos tiempos reconvertido, en la zona de Dumbo. Allí hice pesas un rato y estuve entrenándome con el saco pesado durante una hora o así.

Cuando volví al despacho tenía un mensaje en el buzón de voz de la oficina.

«Señor Oliver, soy Reggie Teegs. Soy representante extraoficial de las partes con las que ha estado negociando. Todos tenemos interés en que este asunto quede al margen del sistema judicial, así que si me llama podemos reunirnos y le propondré un acuerdo en nombre de mis clientes».

Dejaba un número de teléfono que sin duda sería imposible de rastrear.

Me planteé llamar a Mel, pero decidí que no debía depender demasiado de él. Pensé que igual habría sido prudente esperar una semana o así antes de contestar, pero tampoco me pareció lo más adecuado. La propuesta de Teegs tenía cierto aire de amenaza inmediata.

—Señor Oliver —dijo nada más descolgar.

Había ido hasta Park Slope para telefonearle desde una cabina en un pequeño restaurante que frecuentaba. Podía haber sido una llamada de cualquier otra persona, pero él sabía que el único que llamaría por esa línea era yo.

—¿Y bien? —dije—. ¿De qué se trata?

—Tenemos que vernos.

—Este siglo no he tenido mucha suerte con los encuentros clandestinos —observé.

—Elija usted el lugar.

—El centro comercial de Columbus Circle, en el bar de vinos de la cuarta planta —propuse—, dentro de media hora.

—De acuerdo. Me conocerá porque seré el único hombre con chaqueta de diseño en espiga y pajarita naranja.

Llegué al bar de vinos al aire libre en el interior de la cuarta planta en veintiocho minutos. Él bebía coñac de una copa grande y miraba alrededor como una suerte de extraterrestre humanoide que observara los rituales de una especie alienígena en un rincón olvidado de sus dominios cósmicos. De una delgadez sobrenatural, era lo que podía pasar por un hombre blanco, pero tenía la tez aceitunada y unos ojos negros llamativos, incluso desde lejos.

Le dije a la azafata que había visto a mi amigo. Ella sonrió y se hizo a un lado. Cuando iba hacia él, no reparó especialmente en mí, lo que me dio a entender que no estaba provisto de una foto mía.

—¿Señor Teegs?

Debido a su constitución esbelta y su atuendo melindroso, esperaba que el intermediario profesional fuera más bajo que yo; pero cuando se desligó de la silla fue elevándose cada vez más, hasta que me vi levantando la mirada hacia sus ojos del color del vacío.

Hizo inventario de mi aspecto: traje azul y zapatos de lona negra (por si me veía obligado a correr). Tuve que concentrarme para no retorcerme las manos con nerviosismo. Ese hombre extraño me daba mala espina.

Su sonrisa reveló unos dientes relucientes pero minúsculos.

—Señor Oliver —me saludó, al tiempo que me tendía una mano—. Cómo me alegro de que decidiera venir.

Le estreché la mano y ocupé la silla a la mesita circular que quedaba frente a él.

El bar de vinos —no tenía nombre, que yo supiera— no estaba muy concurrido. Nos sentamos junto a la pared exterior, con vistas al atrio del vestíbulo de entrada tres plantas más abajo. Escogí ese sitio en particular porque, fuera cual fuese el estado económico de la nación, o del mundo, ese centro comercial siempre estaba abarrotado, pues atendía las necesidades de las clases altas, que, por lo visto, nunca andaban escasas de fondos a su disposición.

Estábamos sentados en un rincón apartado, conque mi anfitrión habló con claridad y a un volumen adecuado.

—Se tomó la lamentable decisión de acabar con su vida —dijo igual que si hablara de un perrillo que se hubiera cagado en mis rosales—. Le pedimos disculpas por ese error de cálculo.

Eso respondía mi primera pregunta: Teegs trabajaba para los que se habían servido de Gladstone a fin de incriminarme en los tiempos en que era poli, fueran quienes fuesen.

—¿Qué ocurrió?

—Nos hemos ocupado del agente que tomó por su cuenta y riesgo la precipitada decisión.Ya no tiene por qué preocuparse de él.

—¿Y de sus cómplices?

—Uno ha seguido su camino y el otro simplemente ha desaparecido.

Me gustaba cómo se expresaba Teegs. Sus referencias podían ser o bien imprecisas, o bien firmes como una roca.

—¿Por qué iban a disculparse si fue Convert quien tomó por su cuenta la decisión de hacer lo que hizo? —Yo no era un conversador tan consumado como Reggie Teegs.

—Si un hombre representa a otro, ese hombre al mando tiene que responsabilizarse. Sobre esa norma se basa la civilización occidental.

—¿Y es usted el hombre al mando?

Mostrando de nuevo su sonrisilla de dientes pequeños, dijo:

—Dios santo, no. Yo no soy más que un punto de apoyo, por así decirlo, el hombre que procura buscar el equilibrio entre las partes implicadas.

—Me hubiera venido muy bien alguien como usted hace mucho tiempo.

—Como he dicho, se han cometido errores.

—Habla de toda esta mierda como si me hubiera pisado sin querer o me hubiera servido un café solo en vez de uno con leche.

—Venga, venga, Joe —dijo el Punto de Apoyo en tono razonable—. Este asunto ha causado muertos. He venido a ofrecerle una compensación.

—¿Qué clase de compensación?

Teegs metió la mano bajo la mesa y sacó una cartera de cuero de color ante mate.

—Cuatrocientos cincuenta mil dólares en billetes sin marcar —dijo.

Si aún fuera poli, me hubiera marchado en ese preciso instante. Con solo considerarme leal al clan que me abandonó, habría dicho que no. Como mero ciudadano responsable, tenía la negativa en la punta de la lengua.

Teegs se dio cuenta y dijo:

—Antes de que tome una decisión precipitada, señor Oliver, deje que le diga que las personas de la otra parte se pondrían muy nerviosas si rechaza su oferta.

Podría pagarle la universidad a Aja-Denise con ese dinero.Y el trabajo del día siguiente conllevaría costes. Lo más que podía esperar era una suerte de ajuste de cuentas, ya fuera de resultas de un juicio o de las intrigas de algún abogado como Stuart Braun.

—Su sufrimiento es innegable —reconoció Teegs, intentando dejar clara su argumentación—, pero, a pesar de nuestros errores, sigue vivo.

—Si acepto esa cartera, ¿la gente a la que representa se retirará?

—Como la oscuridad al rayar el alba.

—¿Y si no la acepto?

—No tengo palabras para expresar las consecuencias.

Esa tarde volví a mi oficina con la cartera de piel de cerdo y más dinero del que había tenido en mi vida. Puse un disco de Charlie Parker y Dizzy Gillespie a dúo. Tocaban las trompetas como maniacos a los que por fin hubieran liberado del psiquiátrico de la humanidad.

Escuché el tema una y otra vez, pensando en las víctimas que había descubierto y hasta cierto punto vengado. Pensé en la verdad que apuntalaba las mentiras puestas en circulación por las instituciones de los gobiernos, grandes y pequeños. Esa, bien lo sabía, era mi excusa para aceptar el soborno.

37

Aja me llamó por la mañana. Habían regresado de Florida y quería saltarse las clases para quedar a comer conmigo. Yo era su padre y tendría que haberle dicho que no, pero en cambio accedí y llamé a su instituto para decirles que iba a pasar el día conmigo.

Quedamos a mediodía en nuestra pizzería preferida enfrente del Lincoln Center. Hacían pizzas sencillas con la masa más fina imaginable.

—¿Qué le ha pasado a tu pelo? —Eso fue lo primero que dijo.

—He pensado que podía dedicarme al atletismo —bromeé—. Yendo rapado soy más aerodinámico.

No le hizo gracia.

—¿Ya estás bien, papá?

En vez de contestar, la abracé y la besé; luego nos sentamos a una mesa junto al ventanal.

—Casi.

—¿Por qué solo casi?

—Lo mejor que te puedo enseñar, cariño, es que la verdad acabará por zurrarte la badana.

Dejó escapar una risilla; entonces vino la camarera a preguntarnos qué queríamos.

—¿Te está zurrando a ti la verdad? —preguntó Aja cuando se fue la camarera.

—Sí.

—¿Puedo ayudarte?

—¿Sabes cómo te daba la vara por cómo ibas vestida?

—Sí, ¿y?

—Cuando haga algo así, tienes que escuchar lo que diga, pero hacer lo que te parezca.

—Es lo que suelo hacer —reconoció.

—Si lo sabré yo.

—Pero casi siempre tienes razón, papá.

La preocupación de su rostro la hizo parecer mayor y, en mi opinión, más bonita incluso.

—Estaba muy preocupada por ti cuando nos fuimos —añadió—. Casi no podía dormir. Una noche me desperté y encontré a mamá sentada en el sofá en nuestra suite.

—¿Teníais una suite?

—Coleman dijo que era mejor que la tuviéramos para poder estar juntos. Estaba muy asustado.

—¿Y tu madre?

—Le conté lo preocupada que estaba por ti y dijo que ella también lo estaba.

—¿De verdad?

—Sí. ¿Sabes qué dijo?

—Ni me lo imagino.

—Dijo que no debería haberte dejado hace tantos años cuando aquella policía le enseñó la grabación de ti con otra mujer.

—¿Te lo contó?

—Solo me contó que te vio con alguien. Pero dijo que eras un buen hombre y ella lo sabía, aunque se enfureció tanto que fue como si otra persona la obligara a darte la espalda. Dijo que seguía enfadada, pero ahora sabe que eso no debería haber importado y que ella tendría que haberte respaldado. Dijo que tendríais que haber resuelto lo vuestro y quizás ahora no estarías metido en semejante lío. Le dije que debería decírtelo a ti cuando volviéramos, pero ella contestó que sería incapaz de hacerlo, que estaría mal que una mujer casada le dijera algo así a otro hombre.

—Vaya. Entonces ¿por qué me lo cuentas tú?

—Porque, generalmente, cuando mamá quiere que te enteres de algo me dice que no te lo cuente. Fue así como supe que quería que supieras lo que sentía.

La camarera nos trajo las pizzas y las ensaladas, y me dio un respiro para pensar.

—¿Bien? —preguntó Aja cuando se hubo marchado de nuevo la camarera, cuya placa de identificación rezaba MARYANNE.

—Bien, ¿qué?

—¿Vas a pedirle a mamá que volváis?

Era el momento perfecto para que yo hiciera lo que había ido a hacer. Metí la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y la saqué con un sobrecito marrón de plástico resistente. La carta estaba sellada, y se la entregué a la persona que más quería en el mundo entero.

—¿Qué es esto?

—Si alguna vez salgo herido o me meto en un problema grave, quiero que lo abras y hagas lo que dice. Guárdalo en lugar seguro, donde no la encuentren ni tu madre ni Coleman.

—Sé un sitio —dijo Aja con una certidumbre convincente—. Pero ¿qué pone?

—Lo más probable es que no tengas que averiguarlo nunca.

No quería que se preocupara, pero iba a guardar trescientos mil dólares del soborno en una caja de seguridad que estaba solo a nombre de ella y mío.

—Y lo tuyo con mamá, ¿qué? —preguntó, a la vez que se guardaba el sobre en el bolso.

—Aja-Denise, ¿de verdad quieres que tu madre y yo volvamos a estar bajo el mismo techo después de tantos años de peleas?

La vi imaginando lo que sería esa unión. Tras un momento abrió los ojos de par en par y luego sonrió.

—Olvídalo.

38

Quedé con Mel en un restaurante de carretera llamado Clown's Carnival, a cuatro manzanas de la clínica semisecreta. Pasaban unos minutos de las ocho. Me había puesto el vello facial postizo por si había alguna cámara de vigilancia errante al acecho.

Mel iba vestido de negro de la cabeza a los pies. Yo también, debajo de mi voluminoso abrigo pardo oscuro.

—Los planos del lugar están un poco desfasados —me dijo después de que nos saludáramos y pidiéramos cafés.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo lo has averiguado?

—Permisos de obras. La ciudad tiene un sitio web para todas las obras que se emprenden. No se ocultaban porque los polis velan por su seguridad, como dijiste. Instalaron toda clase de sistemas de seguridad para que nadie acceda por delante, pero la trasera del edificio está como siempre.

—No hay trasera del edificio —señalé—. El Consultorio Treacher comparte la pared de atrás con Kershaw y Asociados.

—*Au contraire* —dijo el sofisticado demonio—. Hay un espacio de unos sesenta centímetros entre la clínica y Kershaw, a partir de la sexta planta.Y la mayoría de las elaboradas actualizaciones de seguridad están en la novena planta. Solo hay una cama de hospital en esa planta. Basta con que subamos, accedamos a la planta y esperemos hasta que ingresen a nuestro hombre. Una vez lo hagan, y veamos cómo sitúan a los vigilantes, decidiremos cómo sacarlo. Lo único que quiero saber es si estás dispuesto a usar fuerza letal.

—¿Te refieres a matar a un poli?

Mel ni siquiera asintió.

—No, hombre —dije—. No se trata de asesinar a nadie.

—Vale. Lo pillo. Ya sé cómo plantearlo. Pero, teniendo en cuenta el cariz que pueden tomar las cosas, nos resultará mucho más complicado abrirnos paso.

Kershaw y Asociados tenía una puerta lateral. Mel había entrado y salido del edificio a lo largo de los últimos días y trazado un plan para que accediéramos sin que nos detectaran. En la puerta lateral particular no había cámara, y había manipulado la cerradura de modo que solo pareciera funcionar como era debido.

Entramos y subimos a la octava planta. Allí abrimos con palanqueta las cerraduras de las

oficinas de Myer, Myer y Goldfarb. No hubiera sabido decir por las paredes o las mesas a qué se dedicaban MM&G, pero no tenía mayor importancia. El octavo piso del edificio Kershaw quedaba a media altura entre las plantas octava y novena del edificio que albergaba el Consultorio Treacher.

Yo había llevado una mochila con todas las herramientas que podía necesitar un ladrón. Tuvimos que sacar de cuajo la ventana sin utilizar que daba a la estrecha separación entre los dos edificios. Tenía dos palanquetas para ese fin. Encajamos una silla de metal entre nuestra ventana y la pared de Treacher. Desde allí, primero uno y luego el otro, trepamos lo bastante para entrar por la ventana que daba a la habitación de la clínica. Nos vimos obligados a forzar la cerradura, pero Mel volvió a colocarla de modo que no pareciera dañada si nadie ponía demasiada atención.

Luego usamos un chicle a medio masticar para pegar un diminuto transmisor bajo la cama de hospital y descendimos de nuevo a MM&G.

Había llegado la hora de esperar.

Teníamos un diminuto altavoz por el que recibíamos señal continua del transmisor en la habitación. Cuando ocurriera algo allí, lo oiríamos.

Así pues, durante las tres horas siguientes estuvimos en silencio en la oscuridad.

Era un plan bastante sencillo. La nota oculta en el tampón, impresa en letras mayúsculas sacadas de Internet, le decía a A Free Man que si quería quedar libre debía ingerir el polvillo del interior de una bolsita de celofán que acompañaba la nota, en algún momento entre las once de la noche y las dos de la madrugada. Eso le provocaría dolores abdominales y fiebre. Debía avisar a un guardia cuando notara los primeros síntomas, y nada más.

Aguardamos. No creo que ninguno de nosotros pronunciara una sola palabra en todo el rato.

Pero, aunque no charlara, notaba la cabeza rebosante de entusiasmo, miedo e incluso cierto remordimiento.

Aunque sí había mantenido relaciones sexuales con la mujer que se hacía llamar Nathali Malcolm, no era un violador-extorsionador. A Free Man no era un asesino, aunque había matado a tiros a los dos policías que infringieron sus juramentos e intentaron asesinarlo. Los dos éramos sobre todo hombres inocentes escogidos para cargar con las culpas de auténticos delincuentes. Nunca nos harían justicia los organismos policiales ni los tribunales, de modo que lo único que podíamos hacer era tomarnos la justicia por nuestra mano.

Esa decisión me asustaba. Dar esos pasos me había llevado a un lugar en el que no había estado, un lugar que siempre me había parecido que estaba mal. Y estaba mal. Mi amigo demoniaco y yo estábamos llevando a cabo una fuga de prisión con todas las de la ley.

En el caso de un hombre con mis antecedentes, no se podía cometer nada mucho más grave.

Notaba mariposas por todo el cuerpo. Me sentía como si estuviera abocado al desastre. Pero

aun así sabía que era el único camino que me quedaba.

—¡Tráiganlo aquí! —ordenó una mujer por el pequeño altavoz colocado encima de la mesa que había entre nosotros.

Era la 1: 57 de la madrugada.

Se oyó el ruido de las ruedecillas de goma contra el suelo de linóleo, el chirrido de las estructuras de metal moviéndose y a veces topetazos contra otros objetos.

—Pónganlo en la cama —indicó la mujer.

—¡Arriba! —dijo un hombre.

Entonces oímos los sonidos menos definibles de un cuerpo al ser levantado y desplazado, probablemente de una camilla a la cama.

—No hace falta ponerle correas —renegó la mujer—. Está a más de treinta y nueve de fiebre.

—Señora, es un asesino de polis condenado. Por lo que a mí respecta, podríamos haber dejado que se muriera en su celda. Pero, mientras esté aquí, permanecerá encadenado a esta cama.

Se oyeron más ruidos y algo de conversación. Mel y yo estábamos en alerta máxima. Ya no me preocupaban el bien y el mal porque había llegado el momento de pasar a la acción.

—Tiene todos los síntomas de apendicitis, pero no es eso lo que se aprecia —observó la mujer.

—¿Nos lo llevamos? —preguntó un hombre al que no había oído hasta el momento.

—No —respondió la médica—. Quiero tenerlo en observación por lo menos veinticuatro horas. Si es alguna clase de infección contagiosa, me gustaría aislarlo antes de que se propague por la cárcel.

—¿Quiere decir que podemos cogerlo nosotros?

—No lo sé. Pero quiero ver qué ocurre.

—Arkady —dijo el primero que había hablado.

—Sí, señor.

—Quédate delante de la puerta de la habitación y sobre todo no te duermas.

—¿Y si es contagioso, sargento? —preguntó Arkady.

—Para eso inventó Dios el seguro médico.

La médica y los polis siguieron hablando un rato. Se fue la mayor parte de los policías. Durante los veinte o treinta minutos siguientes oímos a alguien, probablemente la médica, desplazándose por la habitación. Y luego, durante treinta y cuatro minutos, hubo silencio.

Con sumo sigilo, Mel subió por nuestra silla a modo de escalera y se encaramó para mirar por

la ventana de la habitación de la clínica. Luego abrió la ventana y entró. Yo lo seguí en el mayor silencio posible y trepé hasta la habitación.

Llevábamos guantes desde que habíamos entrado en el edificio Kershaw. Antes de cruzar hasta la clínica por primera vez, nos habíamos puesto máscaras de esquí oscuras.

Free Man, demacrado e inconsciente, estaba encadenado a su cama de hospital. Tenía las rastas enredadas y los labios fruncidos.

Llevaba una cizalla que usé contra las sujeciones que mantenían a Man atado al armazón de la cama. Mientras tanto, Mel estaba confeccionando un arnés para los hombros de cuerda bien gruesa con el que tenía intención de descolgar al señor Man, inconsciente, de ese edificio al contiguo.

Incorporé a Man, con el pelo enmarañado, hasta que quedó sentado, y Mel empezó a pasarle el arnés improvisado por el hombro izquierdo.

Fue entonces cuando se abrió la puerta de repente y se encendió la luz.

El tiempo se detuvo un momento. El agente Arkady había asumido un gran reto al abrir la puerta y encender la luz. Seguramente había oído algo y pensado que era Man intentando librarse de sus esposas, de modo que no había desenfundado el arma. Sin embargo, echó la mano a la pistola en cuanto nos vio.

Mel fue más rápido. El delincuente habitual giró hacia la derecha sobre los talones y efectuó cinco disparos, que apenas fueron pequeños estallidos. Arkady resultó alcanzado en ambas piernas y ambos brazos. Luego, Mel se abalanzó sobre el poli tambaleante y le golpeó en medio de la frente con la culata de la pistola.

El policía, de constitución corpulenta, se vino abajo como un toro muerto y Mel se apresuró a utilizar las esposas del agente para inmovilizarlo. Me pareció que el asunto se nos estaba yendo de las manos, pero entonces vi que no le salía sangre de las extremidades a Arkady.

Mel me vio mirar y dijo:

—Balas de goma.

Luego sacó una jeringuilla de metal de una riñonera y le administró lo que supuse que era algún mejunje para dejarlo noqueado.

Mientras lo hacía, salí al pasillo a toda prisa y busqué una silla de ruedas.

Cuando volví a entrar, mi compañero preguntó:

—¿Qué piensas hacer con eso?

—No hay vigilante. Podemos bajar en ascensor.

—¿Y si tienen cámaras de seguridad?

—Este sitio es para clientes VIP que no quieren tener ojos electrónicos vigilándolos.

Lo cierto es que la sonrisa de Mel me enorgulleció.

—Voy a volver al edificio Kershaw para sacar de allí nuestros bártulos —dijo—. Tú tienes

puestas esas patillas, así que no te hace falta máscara. Una vez salgas a la calle, dirígete al oeste hacia Broadway. Yo voy a por la camioneta y os recojo por el camino.

Era el plan correcto, pero me sentí como una rata en una trampa mientras esperaba aquel ascensor y luego iba hasta abajo. Incluso cuando llegué a la salida de mercancías de la planta baja, el corazón me iba el triple de rápido. Mel me había dado su pistola, pero eso no me tranquilizaba en absoluto. Pasaría el resto de mi vida en la cárcel si me atrapaban. Dicho todo eso, notaba una euforia en el corazón acelerado que no había sentido nunca, ni he sentido desde entonces.

En la acera de la bocacalle empecé a empujar la silla de ruedas. Toda la seguridad de la clínica estaba destinada a impedir que entrasen visitas inoportunas. No esperaban que nadie intentara escapar.

Aunque Man estaba sedado cuando lo encontramos, Melquarth le había inyectado una dosis de su tranquilizante.

—¿Llevabas dos jeringuillas? —pregunté.

—También tengo una pistola con balas de verdad. Por el mismo motivo que tú has traído esas palanquetas: para cumplir nuestro cometido.

Habíamos asegurado a Man, delgado y con el pelo largo, con los cinturones que tenía la propia silla de ruedas. Lo miré a través de las rastas. Su piel marrón oscuro podría haber sido la mía. El sesgo bien parecido de su cara podría haber pertenecido a un profesor de historia universitario radical.

Fuera hacía frío; me di cuenta por el vaho que formaba mi aliento. Pero no lo sentía. Más adelante vi los destellos rojos y azules de un coche de policía que atravesaba la intersección de Broadway y Maiden Lane.

—¡Eh! —gritó Mel.

Había aparcado junto al bordillo justo detrás de mí. La camioneta era de un tono verde intermedio y llevaba un rótulo en los laterales que decía: CONSTRUCTORA HOBART E HIJOS.

Dejamos la silla de ruedas en la acera y tendimos el cuerpo inerte de Man en un colchón en el suelo de la camioneta.

Yo me quedé allí atrás mientras Mel conducía.

Cruzamos el túnel de Holland hacia Jersey City y luego tomamos la Noventa y cinco hasta la Setenta y ocho, dejamos atrás el Newark International y después, unos treinta kilómetros más allá de Elizabeth, llegamos a un aeropuerto privado. Pasé la mayor parte del trayecto cerciorándome de que Man no se bamboleara demasiado.

Sentía llamear el alborozo en mi interior. Había hecho algo, algo real. Eso tenía más importancia para mí que cualquier otra cosa, aparte del nacimiento de mi hija.

Un guardia de seguridad a la entrada del aeropuerto nos franqueó el paso. Era un tipo blanco y bajo con la cara inmensa.

—¿Quién es usted? —le preguntó a Mel, que iba al volante.

—Lansman —dijo mi amigo. Era el nombre en clave que le había dado yo al novio multimillonario de mi abuela.

—Su piloto ya está aquí.

El piloto era una hispano alto y muy guapo que nos dijo que le llamáramos Jack. Entre los tres trasladamos a Man al pequeño reactor y lo aseguramos a otro asiento.

La única interacción que tuve con A Free Man fue con su cuerpo inconsciente. Supongo que fue algo así como si yo fuera su sueño; una aparición que nunca recordaría pero que cambió su vida.

—Ya conozco a Jack —comentó Mel mientras el piloto se ocupaba de los preparativos del vuelo—. Iré con él a Panamá y me aseguraré de que tu hombre quede en buenas manos.

—Debería acompañarte.

—Tú has estado hablando de este tipo con otras personas, ¿verdad?

—Sí.

—Eso significa que más vale que sigas con tu vida cotidiana por si alguien quiere vigilarte. También tenemos que alejar la camioneta del lugar donde aterriza el avión de tu amigo para no involucrarte. Me refiero a que no sabemos si alguien nos ha visto cuando nos marchábamos. No te preocupes, Joe. No he pasado por todo esto para jugarte una mala pasada ahora.

Tenía razón. Y lo cierto es que no quería irme en ese preciso momento.

—¿Has cogido mi mochila de esas oficinas? —pregunté.

—Sí. —Hurgó en la trasera del vehículo y me la tendió.

Saqué el maletín de cuero que me había dado Teegs.

—Aquí hay ciento cincuenta mil dólares. Veinticinco mil son para cubrir tus costes. Después de que le pagues al piloto, el resto es para Man.

Mel cogió el maletín y sonrió.

—¿Has visto, Joe? Un hombre como el señor Man es uno de los míos. Y aquí estás tú, al otro lado del muro, haciendo lo correcto.

—Más vale que te largues antes de que empecemos a besuquearnos o algo.

Dejé la camioneta en la zona de estacionamiento prolongado de un aparcamiento subterráneo automatizado. Llevaba sombrero y las patillas y albergaba la esperanza de que no hubiera ninguna cámara que captase mi disfraz. Luego cogí el cercanías en Newark de regreso a Manhattan y el tren A, que después de las diez de la noche realizaba trayectos locales, hasta High Street, en Brooklyn.

39

Me acosté a mediodía y dormí diecinueve horas seguidas sin levantarme para orinar siquiera.

A primera hora de la mañana leí todo lo que se había publicado sobre la audaz fuga de la cárcel. Stuart Braun había concertado siete visitas para su cliente. La esposa, tres médicos, Willa Portman, naturalmente, el propio Stuart y un sacerdote católico para rezar. Todos fueron interrogados. No retuvieron a nadie. La investigación se prolongaría durante décadas, si me sonreía la suerte. Aunque Willa contara lo del paquetito que le dimos, no tenía prueba de lo que había dentro. Nuestra nota indicaba a Man que se deshiciera de la nota y el paquete después de ingerir el polvillo.

Debería haber tenido miedo, pero esa mañana no sentía más que alegría.

Los días siguientes, Aja se reincorporó al trabajo. Lo único que dijo fue que sabía lo que había ocurrido y que no teníamos por qué hablar nunca de ello.

El viernes, Mel se pasó por la oficina y me dio una tarjetita de memoria.

—Le di el dinero que quedaba —dijo Mel—. Grabó un mensaje para su esposa. Lo vi y oí lo que tenía que decir. No mencionaba absolutamente nada que pueda causarnos problemas. —Sacó un papel del bolsillo y me lo entregó—. Esta es la dirección de su suegra. Imprime una nota que diga: «Para Mamá Honey y la Lil Sugar», y ella se asegurará de que llegue a su destino.

Ese mismo día sonó el timbre de mi apartamento.

—¿Sí? —dije por el interfono.

—Soy Gladstone.

Vacilé, pero luego decidí que, fuera lo que fuese lo que venía a decirme mi examigo, más me valía oírlo.

Estábamos sentados a mi mesa de comedor-escritorio tomando el whisky irlandés que había traído Gladstone.

Después de un poco de charla intrascendente dijo:

—Tengo entendido que llegaron a un acuerdo contigo.

—Es posible.

—Ese tipo, Teegs, es la bomba, ¿verdad?

—¿A qué has venido, Glad?

—Sé que crees que te traicioné, Joe, pero a mi modo de ver te salvé la vida. No podría haber evitado que hicieran algo. Intenté convencerlos de que te sobornaran entonces, pero dijeron que no podían correr ese riesgo.

—Probablemente tenían razón —reconocí—. Por aquel entonces era un tipo legal hasta el tuétano.

—¿Y ya no lo eres?

Respiré hondo y miré a mi amigo.

—No pasa nada, Glad. Ahora lo entiendo. En aquel entonces no lo entendí. Creía conocer las reglas, pero ahora veo que las reglas no cubren hasta el último puñetero aspecto de todo.

Mi amigo, eternamente sonriente, frunció un poco el ceño.

—¿Todavía quieres tomar parte en esa partida de póquer?

—Claro que sí. Después de todo lo que hiciste, debería dejarte ganar un poco de ese dinero. Y, tienes razón, me salvaste la vida. Esa noche a las tantas inserté la tarjeta de memoria en un lector conectado a mi ordenador. Apareció un icono en la pantalla e hice clic. De inmediato apareció la imagen de A Free Man. Vestía una camisa holgada de un tono amarillo. Llevaba las rastas retiradas hacia atrás y apiladas en la nuca. Daba la impresión de que la sonrisa quería despegársele del rostro y revolotear en torno a su cabeza.

«Hola, cariño. Me fui a dormir condenado y desperté en libertad. Estoy bajo el sol radiante y tan feliz como el que más. No puedo decirte dónde estoy ni cómo llegué aquí, pero tú y Lil Sugar tenéis que saber que os quiero y estaremos juntos tan pronto como lo pueda arreglar. Me mantendré en contacto, y, si necesitas comunicarte conmigo, basta con que recuerdes eso de North Blue que solíamos hacer.

»¡Hola, Lil Sugar! Ya sé que también estás ahí. Te quiero y nunca hice nada malo. No hagas caso de lo que digan. Tu corazón sabe la verdad».

Sentí que me había liberado a la vez que Man. Era un sentimiento hondo y afilado que dolía, pero al mismo tiempo me pareció notar algo así como la mano de una aparición pasajera de Dios.

GANADORES DEL
PREMIO RBA
DE NOVELA POLICIACA

Francisco González Ledesma, *Una novela de barrio*
I Premio RBA de Novela Policiaca, 2007

El comisario Ricardo Méndez, policía curtido en mil lances a punto de jubilarse, deberá aportar toda su experiencia para desentrañar un caso que mezcla acontecimientos frescos con heridas aún abiertas del pasado. Todo ello en una Barcelona que nada tiene que ver ya con la ciudad ruda pero honesta que patrulló tiempo atrás.

Andrea Camilleri, *La muerte de Amalia Sacerdote*
II Premio RBA de Novela Policiaca, 2008

Michele Caruso, director de la RAI en Palermo, se niega a que el auto de procesamiento de Manlio Caputo, hijo del líder de la izquierda siciliana y acusado del homicidio de su novia, abra el informativo regional de la tarde. Y es que «una pura y simple noticia de sucesos» no es pura ni simple en Sicilia.

Philip Kerr, *Si los muertos no resucitan*
III Premio RBA de Novela Policiaca, 2009

Un año después de abandonar la KRIPO, Bernie Gunther trabaja en el hotel Adlon, donde se aloja la periodista norteamericana Noreen Charalambides. Noreen y Gunther se aliarán dentro y fuera de la cama para seguir la pista de una trama que une las altas esferas del nazismo con el crimen organizado estadounidense.

Harlan Coben, *Alta tensión*
IV Premio RBA de Novela Policiaca, 2010

Bolitar siempre ha soñado con la voluptuosa mujer que acaba de entrar en su despacho para

pedirle ayuda. La antigua estrella del tenis Suzze T y su marido, Lex, una estrella del rock, son clientes, y Bolitar ha negociado multitud de contratos para ellos. Pero ahora que ella está embarazada de ocho meses, Lex ha desaparecido.

Patricia Cornwell, *Niebla roja*
V Premio RBA de Novela Policiaca, 2011

La doctora Kay Scarpetta se encuentra ante una difícil encrucijada: la resolución lógica de una serie de brutales asesinatos que está cometiendo una retorcida mente criminal en Savannah (Georgia) y su instinto de mujer, que le dicta normas que van más allá de las pruebas imputables y de la ciencia forense.

Michael Connelly, *La caja negra*
VI Premio RBA de Novela Policiaca, 2012

¿Qué relación puede guardar un asesinato reciente con un crimen acontecido dos décadas atrás? El inspector Harry Bosch debe plantearse dicha pregunta cuando la investigación de un homicidio le hace regresar a la peor época que recuerda de su larga trayectoria profesional: las revueltas raciales que arrasaron Los Ángeles en 1992.

Arnaldur Indridason, *Pasaje de las Sombras*
VII Premio RBA de Novela Policiaca, 2013

Alertados por una vecina, dos policías encuentran el cadáver de un anciano en la cama. El análisis forense dictamina que fue asfixiado. El registro del domicilio del difunto saca a la luz unos recortes de prensa sobre una joven que en 1944 fue estrangulada. ¿Pueden ambas muertes estar relacionadas pese a las seis décadas que las separan?

Lee Child, *Personal*
VIII Premio RBA de Novela Policiaca, 2014

Un francotirador ha intentado acabar con la vida del presidente de Francia, pero ha fallado y ha huido. Tal como se ha llevado a cabo, el atentado solo puede haber sido obra de un hombre. Es

peligroso y muy escurridizo. El exmilitar Jack Reacher es el único capaz de atraparlo, aunque no va a ser tarea fácil.

Don Winslow, *El cártel*
IX Premio RBA de Novela Policiaca, 2015

Año 2004. Art Keller, el agente de la DEA, lleva tres décadas librando la guerra contra la droga en una sangrienta contienda con Adan Barrera, jefe de La Federación, el cártel más poderoso del mundo, y autor del brutal asesinato de su pareja. Keller paga un alto precio por meter a Barrera entre rejas: la mujer a la que ama, sus creencias y la vida que quiere vivir. Una historia de poder, corrupción, venganza, honor y sacrificio.

Ian Rankin, *Perros salvajes*
X Premio RBA de Novela Policiaca, 2016

La jubilación no va con John Rebus. Siobhan Clarke ha estado investigando la muerte de un importante abogado cuyo cuerpo fue hallado junto a una nota amenazante. En el otro extremo de Edimburgo, Big Ger Cafferty ha recibido una nota idéntica y una bala a través de la ventana. Cuando la inspectora Siobhan Clarke le pide ayuda, Rebus no necesita barajar demasiado sus opciones.

Benjamin Black, *Pecado*
XI Premio RBA de Novela Policiaca, 2017

Invierno, 1957. En la mansión de Ballyglass House el reverendo Lawless ha sido apuñalado y castrado durante la noche. El joven inspector Strafford investiga el crimen, pero no tardará en descubrir que no hay mucha gente que esté realmente interesada en que la verdad salga a la luz.

Walter Mosley, *Traición*
XII Premio RBA de Novela Policiaca, 2018

Hace una década que Joe King Oliver trabaja como detective en Nueva York. Tuvo que dedicarse a esa profesión después de que le tendieran una emboscada cuando era policía. Ahora se le ha presentado la oportunidad de saber quién le traicionó, mientras paralelamente investiga el caso de un activista acusado de matar a dos policías.

[1] *If you love somebody set them free* es una canción de Sting. (*N. del t.*)

[2] En castellano en el original. (*N. del t.*)

[3] El protagonista cita de forma inexacta la letra de la canción *Brandy (You're a Fine Girl)*, un gran éxito de 1972. (*N. del t.*)

[4] En castellano en el original. (*N. del t.*)

[5] El político corrupto William M. Tweed (1823-1878) tuvo un papel destacado en el devenir de la ciudad de Nueva York en la segunda mitad del siglo XIX. (*N. del t.*)

[6] La zona conocida como Dumbo, acrónimo de Down Under the Manhattan Bridge Overpass, es la que queda bajo el paso elevado del puente de Manhattan. (*N. del t.*)

PARA MÁS INFORMACIÓN VISITA:

www.serienegra.es